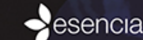
MÓNICA MARTÍN MANSO

EL CHICO CON EL QUE CONTABA ESTRELLAS



Índice

Sinopsis

Lara se cree feliz con Javier, su jefe, cuando en realidad solo está manteniendo una relación tóxica en la que ella se ha convertido en la otra. Afortunadamente, el destino le depara un plan muy especial con la persona más inesperada. Lucas es un biólogo marino que ha sufrido mucho por amor. Aun así es leal, divertido y sexy.

Lara y Lucas se conocen desde niños. Ya de adolescentes, entre travesuras, risas llenas de ingenuidad, mariposas en el estómago y noches con estrellas que contar, fraguaron su amistad en un pequeño pueblo. Y Lara se enamoró secretamente de él.

Cuando quince años después se reencuentren de manera casual en la isla de Mallorca, los cimientos de la existencia de Lara se tambalearán hasta el punto de replantearse la vida gris que lleva en Madrid y los sueños que nunca se ha atrevido a tener.

Lucas la impulsará a salir de su zona de confort y la lanzará de lleno a la aventura de vivir, con lo bueno y lo malo que tienen la vida y el amor.

Una historia que habla del primer amor, de la necesidad de no conformarse y de cómo la fuerza de la costumbre se confunde fácilmente con la felicidad, hasta el punto de anclarnos en una vida que no es la nuestra.

El chico con el que contaba estrellas

Mónica Martín Manso

Esencia/Planeta

A todos los Lucas que aparecen
para iluminar la vida

Capítulo 1

La vida raramente, muy raramente, sale como la hemos planeado. Es tan hija de puta que va a su bola. Te maneja con sutileza a través de eso que nos empeñamos en llamar destino, manipulando un manojo de hilos invisibles para llevarte justo por donde ella quiere, como si fueras un títere. O sea, mal que nos pese, y esto que os voy a decir puede que duela, somos unos monigotes a su antojo, y a veces su antojo es muy caprichoso, muy voluble y muy cabrón.

Decía John Lennon que la vida es aquello que te va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes.

No sé si yo me he empeñado alguna vez en disfrutar de los placeres comunes de los que disfrutan el resto de los mortales; ya se sabe, un *pack* de esos —muy a menudo indivisible— que incluye pareja e hijos. Un dos por uno, cual oferta del Carrefour. Supongo que cuando era cría sí, como todas, aunque no estoy segura. Siempre he sido un poco como la vida, me ha gustado ir a mi bola. Lo de seguir la corriente, o convencionalismos varios, no parece estar hecho para mí.

Sea como sea, y me empeñara en lo que me empeñase de niña, he acabado liada con un hombre casado. Para ser más concreta, he acabado liada con mi jefe, que está casado, como ya he dicho, y que además tiene hijos. Tres, exactamente. Su *pack* era de familia numerosa.

No me excusaré en un alarde de cobardía detrás de esos manidos clichés que resultan absurdos y más aburridos que una misa retransmitida por radio. No diré que él me ha prometido dejar a su mujer, con la que lleva casado más de una década, ni que su matrimonio va mal y está pensando en separarse, ni que va a bajarme la luna, porque sería faltar a la verdad. Tampoco yo

quiero que se divorcie ni que me regale la luna. Sería demasiada responsabilidad sobre mis hombros y, además, ¿qué coño iba a hacer yo con la luna? ¿Dónde iba a meterla? Mi piso es muy pequeño.

—Lara, ¿qué esperas de un hombre casado que además tiene tres hijos? —me pregunta Helena. El sonido de su voz está impregnado de una nota de desaprobación.

Helena es una de las primeras personas que me tendió la mano cuando llegué a estudiar Turismo a un Madrid caótico y demasiado grande, recién cumplida la mayoría de edad. La conocí el primer día de clase en la universidad, cuando andaba más perdida por el laberíntico edificio que un cliente de visita por Ikea. No me habría orientado ni con flechas fluorescentes en el suelo. Tantas puertas, tantos pasillos, tantas aulas...

—¿Buscas la clase de Sociología del Turismo? —me preguntó mientras yo leía el cartel de la puerta con la misma concentración que un cirujano extirpa un tumor en el cerebro.

Giré el rostro hacia ella. Ante mí tenía a una chica más o menos de mi edad, de facciones suaves salpicadas de una constelación de pequeñas pecas, aferrada a una carpeta, que me miraba con expresión amable. Yo, en cambio, mostraba un ceño profundamente fruncido y a ratos contrariado, como si estuviera inmersa en el entramado de uno de esos complejos problemas matemáticos cuya resolución se premia con un millón de dólares. *Problemas del milenio*, creo que se llaman. Sé lo que estáis pensando, que soy una dramática, y tenéis razón, lo soy.

—Sí —respondí desesperada, porque me daba en la nariz que iba a llegar tarde.

—Es esta —dijo con indulgencia, apiadándose de mí.

Mis pulmones se vaciaron de golpe por el inmenso alivio que sentí. ¡Alabado fuera Dios y todos los que están sentados a su derecha! Por instinto, me llevé las manos al pecho con la sensación de que se me acababa de aparecer la Virgen María.

—Joder, menos mal, llevo más de diez minutos de reloj dando vueltas como una tonta —le expliqué—. Ya pensaba que no iba llegar a la primera clase.

—Eso nos ha pasado a todos alguna vez. A mí me ha ocurrido lo mismo antes con la asignatura de Geografía Turística —dijo cómplice.

Me sonrió con esa calidez con la que sonríen las personas comprensivas y generosas, y en ese instante supe que íbamos a hacer buenas migas, como diría mi madre.

Y no me equivoqué.

—Me llamo Lara —me presenté.

—Yo Helena.

Nuestra amistad fue consolidándose a través del tiempo y del espacio hasta convertirnos prácticamente en hermanas. Entre nosotras circulaba un amor fraternal que nos empujaba a apoyarnos y a protegernos la una a la otra. Ambas compartíamos virtudes, defectos y pareceres, ambas nos habíamos trasladado a la gran ciudad desde nuestros pueblos natales cuando éramos unas niñas de dieciocho años. Íbamos a la capital con miedo, pero también con la maleta llena de ganas de bebernos la vida y de comernos el mundo, si es que antes el mundo no nos comía a nosotras.

Aún recuerdo aquel encuentro como si fuera ayer, está impreso en mi memoria con una nitidez rigurosa. Sin embargo, hace ya más de once años.

Me encojo de hombros con un gesto vago, volviendo a la realidad de la terraza de la cafetería en la que nos encontramos sentadas.

—Nada —contesto con humildad a su pregunta. Y es cierto—. No espero nada de él. Nunca lo he hecho. Sé lo que hay y en qué situación estamos.

Helena levanta la cabeza y me mira por encima del borde de la taza de su café capuchino, su preferido. En el fondo de sus vivarachos ojos grises hay un destello de comprensión.

Ella nunca ha aprobado mi relación con Javier. Siempre lo ha dejado claro. No porque albergue algo contra él, o quizá sí, puesto que no tiene en muy buen concepto a las personas infieles, y Javier lo es, pero, como mi mejor amiga, me apoya en todas las decisiones que tomo, incluso aunque no sean las más acertadas o

no esté de acuerdo.

—En serio, puedes escoger al hombre que quieras. ¡Al que quieras! —enfatiza con vehemencia. Deja la taza en el platillo, levanta las manos y comienza a enumerar con los dedos—. Eres guapa, inteligente, dulce… y haces un arroz con leche para chuparse los dedos —bromea.

No puedo más que sonreír a su retahíla de halagos.

—Me ves con muy buenos ojos —apunto.

—¡¿Qué buenos ojos ni qué mierda?! Los tíos se quedan bizcos al verte. Los amigos de Gustavo me acosaban a preguntas sobre ti cuando te conocieron. En la facultad sucedía tres cuartos de lo mismo. Todos querían tener una cita contigo, pero tú tuviste que liarte con un hombre casado y con hijos, un hombre que solo te hace perder el tiempo, porque nunca se va a separar de su mujer.

—Lo sé —reconozco frunciendo levemente el ceño—. Tampoco quiero que deje a su mujer, no me sentiría bien si lo hiciera, por eso nunca se lo he pedido ni me atrevería a pedírselo. No me divierte la idea de destrozar un hogar.

Helena abre los ojos y muestra en ellos una mirada concluyente que me dirige como un dardo.

—¿Entonces…?

—Bueno…, conoces a Javier. —Javier en sí mismo resulta una buena justificación. Solo hay que verlo. Está para exponerlo en un museo—. Es un hombre muy atractivo, inteligente, culto, y posee un carisma como pocas personas.

—Ya sé que es muy atractivo, que es inteligente y culto. Ya sé que también es muy carismático, que le vendería un peine a un calvo. Sería el hombre perfecto, Lara, si no fuera porque es un cabrón. Le pone los cuernos a su mujer. ¡Y se los pone contigo!

Lanzo un suspiro al aire, vaciando los pulmones. Me lo dice como si no lo supiera.

—Lara, no mereces ser *la otra.* —Helena vuelve a hablar con un sentido común que aplasta cualquiera de mis argumentos, por muy sólidos que sean o parezcan—. No mereces que ningún hombre te tenga a la sombra, que te relegue a un segundo plano en

su vida. Te mereces ser protagonista, no un personaje secundario.

Y tiene razón.

Sé que la tiene.

De verdad que lo sé.

—¿Y qué hago? —planteo, dejando caer los hombros en un gesto resignado o derrotista, o una mezcla de ambos—. Estoy enamorada de él —admito, como siempre he hecho—. Lo quiero. —Mi voz se ha vuelto un susurro.

—Lo sé, cariño, pero Javier es un camino que no lleva a ninguna parte.

* * *

De regreso a la agencia de viajes, en pleno corazón del paseo de la Castellana, no paro de dar vueltas a la conversación que he mantenido con Helena. No es que otras veces no hayamos tocado ese tema, pero en esta ocasión me ha afectado más que en otras. Es cierto que mi relación, o lo que sea que tengo con Javier, no me va a llevar a ninguna parte. Es un callejón sin salida. Y ya sabemos qué sucede con esas cosas: que permanecen en un constante y eterno punto muerto.

Tengo cumplidos los *veintitodos* y me estoy acercando peligrosamente a la treintena, la década más importante en la existencia de una persona. Esa década en la que te casas, tienes hijos, te estableces y creas una familia. Esa década en la que adquieres tu *pack*, en la que oficialmente te conviertes en un adulto, por la puerta grande, y ya no hay vuelta atrás.

Helena y su novio, Gustavo, ya están planeando pasar por el altar, y de ahí a tener hijos solo hay un paso, uno muy pequeño. Llevan juntos tantos años que he perdido la cuenta, hasta ellos la han perdido. Es lógico que quieran formalizar su relación. Yo, en cambio, no tengo nada que formalizar con Javier, ni ante Dios ni ante los hombres.

Lo que tengo de pronto es la sensación de estar a años luz del resto del mundo. De ir a la retaguardia. De estar en el culo del universo. Es una sensación que no he experimentado nunca hasta

este momento, y que no me gusta nada, porque el sabor que me deja en la boca es amargo.

Al llegar, Gonzalo ya está atareado programando el nuevo itinerario de los viajes a Tailandia, conviene refrescar las rutas para atraer a nuevos clientes, y Alma, la otra empleada de la agencia, ha estado todo el día visitando hoteles para incorporarlos a las promociones, así que no se encuentra en la oficina en estos momentos.

—Hola, Gonzalo —saludo al entrar.

—Hola, guapa —dice con ánimo por encima de la pantalla del ordenador.

Gonzalo tiene treinta y cinco años y una expresión particularmente ratonil. El primer día que lo vi le dije a Alma que era clavadito a Stuart Little. Sí, el de la película. Y más cuando una mañana se presentó con un jersey de lana verde con rayas azules, como él. Ninguna de las dos pudimos evitar echarnos a reír cuando lo vimos aparecer en la agencia.

Voy directa a mi mesa, situada al lado del despacho de Javier, y me siento en la silla giratoria.

—¿Estás bien? —me pregunta Gonzalo, que parece haber percibido algo en mi rostro.

Sonrío con desgana.

—Creo que necesito cogerme las vacaciones ya —digo para salir del paso, fingiendo desenfado y disimulando lo que realmente da vueltas en mi cabeza hasta el punto de marearme.

No era plan de contarle a Gonzalo los escarceos que mantenía con el jefe desde años atrás. Ahora me parecen tantos que no me atrevo ni a ponerles número.

Entré en la agencia como becaria después de acabar la carrera, a través de las prácticas no remuneradas que concertaba la universidad con distintas entidades privadas, y ya no salí de allí. Desde el primer momento le caí bien a Javier, y él a mí, no voy a negarlo, pero no fue hasta un año después que nos liamos por primera vez.

Fue en Barcelona.

Lo acompañé a la Ciudad Condal para visitar la nueva

sucursal que había abierto allí. Iba en calidad de ayudante, para formar a los nuevos empleados en una especie de *masterclass* exprés, y terminamos follando como animales irracionales en el hotel.

No fue algo buscado o premeditado, o por lo menos no por mi parte, aunque Helena siempre ha afirmado que Javier me pidió a mí que lo acompañara para llevarme al huerto de una vez por todas. Quizá fuera verdad, quizá sí hubiera premeditación y alevosía en su intención. Nunca me lo ha confesado y yo nunca se lo he preguntado, pero nuestra aventura se ha ido alargando y con los años ha llegado a convertirse en una relación en las sombras con identidad propia.

—Todos las necesitamos. Este año ha sido un caos —dice Gonzalo, continuando con la conversación—. Yo estoy hasta los cojones. Tengo ganas de pillarme mis quince días y largarme a la Costa del Sol, a ver si me ligo a una guiri.

La voz de Gonzalo hace que relegue al fondo de mi cabeza los pensamientos sobre Javier.

¿A una guiri? ¿Ha dicho a una guiri? Como no sea a una de esas que van cargadas de alcohol hasta las cejas..., es decir, ciegas como beodos, lo dudo. Gonzalo no es demasiado guapo ni posee una personalidad medianamente atractiva o cautivadora. ¿A qué chica en su sano juicio podría gustarle un tío que parece la versión humana de Stuart Little?

—La verdad es que no hemos parado ni un minuto, y el verano se presenta igual de movido —digo.

—No creo que nuestro querido jefe esté descontento —comenta con mordacidad, mientras yo me hago la sueca guardando el bolso en uno de los cajones de la mesa—. El muy hijo de puta se ha embolsado un auténtico dineral este año solo con las siete agencias que tiene en Madrid.

Me quedo cortada porque no sé muy bien qué contestar cuando Gonzalo y Alma despotrican de Javier (como hace el 95 por ciento de los empleados de sus jefes). ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿O decir? ¿Echar pestes del tío al que me follo? Es mi jefe, sí, pero también es mi amante, aunque esta palabra me

suena a intrigas palaciegas del siglo XVII.

Por suerte para mí, la conversación se interrumpe cuando él entra en la agencia.

La luz natural de la Castellana recorta la silueta de su figura en la puerta de la oficina. Yo lo miro embobada, como cuando era una becaria. Y es cuando lo miro cuando encuentro la respuesta a las preguntas que me hace Helena. A todas y cada una de ellas. Entonces se despejan las dudas y desaparecen las indecisiones.

Javier es un hombre de cuarenta y tres años, de constitución atlética; alto, con un aplomo y un semblante que lo hacen destacar del resto. Su afición al pádel, deporte que practica casi a diario, le confiere una musculación de deportista de élite. Posee unas facciones varoniles y acusadas que resultan sumamente atractivas. Vale, ya veis que estoy colgada de él.

—Buenas tardes —nos saluda.

—Buenas tardes —contestamos Gonzalo y yo al unísono.

—Gonzalo, ¿has terminado los nuevos itinerarios para los viajes a Tailandia? —le pregunta Javier.

—Sí. Acabo de terminarlos.

—Llévalos a la imprenta para que editen los diseños definitivos.

Gonzalo asiente en silencio, coge los itinerarios de encima de su mesa, los guarda en el maletín y se marcha. Yo sé qué es lo que pretende Javier. Siempre que quiere quedarse a solas conmigo para pasar un buen rato en su despacho, se deshace de los chicos mandándolos a algún recado fuera de la oficina.

La puerta se cierra tras Gonzalo y Javier se apresura a echar el cerrojo. Todavía quedan veinte minutos para abrir oficialmente y los quiere aprovechar bien. Hoy viene con ganas. Con las mismas que tengo yo. No sé cuánto tiempo hace que no hemos estado juntos. ¿Días? ¿Semanas? ¿Un mes? Para mí, una eternidad. La comunión de su hija y el fin de curso de los otros dos churumbeles lo han tenido muy ocupado.

Se vuelve enfundado en su impoluto traje de elegante corte y se acerca a mí despacio esbozando una sonrisa traviesa en unos labios que permanecen cerrados.

Conozco muy bien ese gesto sensual e incitante, anunciador de pecados e impulsos pecaminosos.

—Acompáñame a mi despacho. —Juega, cediéndome el paso.

—Sí, señor —respondo pícara, siguiéndole el juego.

Capítulo 2

Entro en su amplio despacho, con grandes cristaleras como paredes e inundado de luz a raudales, consciente de que su mirada de ojos verdes está recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, escrutando cada centímetro de mi anatomía con precisión de relojero centenario.

Oigo cómo cierra la puerta con un toque seco de talón y el modo en que avanza hacia mí con pasos tajantes, acercándose a lo que sabe que es suyo por derecho. El que yo en algún momento le he dado. Se sitúa a mi espalda y el aroma de su colonia mezclada con la de su masculinidad me golpea. El cabrón parece que se ha bañado en testosterona.

En silencio, levanta mi mata de pelo sujetándola con la mano, se inclina lentamente hacia mí y me besa en la nuca. Un escalofrío me asalta como un latigazo cuando siento sus labios sobre mi piel. Es como una pequeña corriente eléctrica que pone en guardia cada célula de mi cuerpo.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro de placer.

—Pueden vernos —musito haciendo un esfuerzo por mantener la compostura.

Oigo el sonido breve de una sonrisilla.

—Siempre tan pudorosa —comenta Javier con la boca pegada a mi cuello.

—No sería yo quien tendría problemas si nos vieran —digo, y aunque no sé muy bien de dónde han surgido esas palabras, pues con Javier solo vivo el momento, un *carpe diem* perpetuo, no me arrepiento de haberlas dicho.

—Lo sé —responde él sin más.

Pasa por mi lado, rodeándome, y se dirige a las cristaleras, que ofrecen unas asombrosas vistas de la Castellana. Alarga la mano y pulsa un discreto botón encajado en la pared. La magia de

la domótica hace que los estores corran poco a poco a lo largo del raíl de forma mecánica. El enorme paseo madrileño desaparece por completo de mi vista y la estancia queda sumida en una suave penumbra.

—¿Así mejor? —me pregunta Javier, utilizando el tono que se concede a una niña caprichosa.

—Sí —asiento.

Se acerca a mí de nuevo con ojos acechantes, mientras en su rostro ha comenzado a formarse una expresión de lujuria que le tensa cada músculo.

—Estás preciosa hoy —murmura a media voz.

Intuye que algo me pasa, pero lo obvia. Ahora es más importante satisfacer las apremiantes necesidades físicas, las apetencias de la carne, y el muy cabronazo sabe exactamente qué hacer para que me rinda a él. La sonrisa que me regala es tan deslumbrante que me desarma en menos segundos de lo que dura un chasquido de dedos. Esa es una de las muchas armas de Javier. Su fabulosa sonrisa. Un gesto que adoro tanto como odio cuando no va dirigido a mí.

Al alcanzarme, sus posesivas manos se cierran sin dilación sobre mi cintura, estrechándome contra su cuerpo duro e impaciente, y dejando que note la ansiosa y arrogante erección que a duras penas puede contener el caro pantalón. El miembro de Javier siempre ha tenido voluntad propia.

—Ya estás listo —digo volviéndome su más ferviente cómplice.

—Yo siempre estoy listo para ti.

Y es tan cierto como que el sol sale cada mañana o como que vamos a follar en este mismo instante, así se acabe el mundo.

—Tenemos que hablar del viaje…, del viaje a París de los Garayoa… —digo entrecortadamente—. Es urgente.

Javier me mira con los ojos abiertos como platos. La pasión, la lujuria, o tal vez el morbo, les proporcionan un aspecto oscuro y vidrioso.

—¡A la puta mierda el viaje a París y los Garayoa! —La exclamación emerge de su boca casi con violencia—. Necesito

follarte ahora, Lara, en este momento —suelta exasperado.

Javier, siempre tan directo como un disparo a bocajarro. Así es el sexo con él: a quemarropa.

Improvisado.

Inapropiado.

Excesivo.

Su boca se vuelve voraz sobre mi cuello, y los dientes raspan amenazadora y peligrosamente la piel en un alarde de marcar el territorio que le pertenece, mientras las manos trepan por mi cuerpo hasta alcanzar los pechos, estrujándolos sin compasión.

—¿Le dices esas cosas a tu mujer? —se me escapa, al tiempo que gimo.

—No, ya sabes que ella es de palabras más clásicas y menos obscenas —responde como si nada.

«A ella no la folla, a ella le hace el amor», pienso.

Aprieto los dientes. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué hoy tengo la imperiosa necesidad de desafiarlo? Conozco bien las reglas en las que se asienta nuestra relación. Las conozco muy bien desde hace cinco años, y nunca se me ha ocurrido transgredirlas.

Hasta ahora.

Aunque hacerlo sea tan peligroso como meter los dedos en un enchufe.

Javier alza la mano derecha y, con un gruñido, me baja la blusa. Mis pechos, sin la contención del sujetador, quedan desnudos ante su impaciente mirada. Aferra un pezón con fuerza entre el índice y el pulgar y lo pellizca. El gesto envía una oleada de sensaciones al centro de mi entrepierna, que, literalmente, empieza a encharcarse.

—Me vuelves loco, Lara —susurra con un sonido ronco, antes de inclinarse y atrapar el otro pezón con la boca.

—Javier... —gimo.

Echo la cabeza hacia atrás y, de forma instintiva, arqueo la espalda para apretarme más todavía contra él.

—No tenemos mucho tiempo —dice de forma apresurada entre leves jadeos—. Tengo una reunión dentro de veinte minutos con la empresa... que se va a encargar de organizar la fiesta... del

veinte aniversario de la agencia. —Su respiración es pesada mientras habla.

—Entonces date prisa —le exijo de pronto con voz provocativa.

Javier gime en mi boca cuando meto indiscretamente la mano en el pantalón y deslizo los dedos por su erección, que palpita rotunda y ardiente bajo mis yemas. Él se lanza a mi boca, haciendo que se unan y se licuen la una con la otra en un beso profundo y tan ávido que nos quedamos sin aliento. Se nota que llevamos tiempo sin estar juntos y que nuestros cuerpos se han echado de menos.

Él comienza a andar con prisa y me arrastra consigo hasta el sofá de cuero negro que hay en su despacho. Sin perder ni un segundo, pues ya me ha dejado claro que no disponemos de mucho tiempo, me desabrocha la blusa y me sube la falda de tubo hasta la cintura. Ni siquiera se molesta en quitármela.

El polvo va a ser tipo *Speedy González*: rápido y vertiginoso.

El cuero hace su característico ruido cuando mi cuerpo cae sobre él y Javier se coloca encima de mí. Noto que su erección está como una piedra.

Me aparta la blusa y sus labios, expertos ya en el terreno de mi piel, recorren mi torso dejando una estela de fuego por donde pasan.

—¡Santo Dios! —susurro, retorciéndome debajo de él.

—¿Estás preparada? —me pregunta, aunque sabe sobradamente que sí.

—Desde que he entrado en el despacho —respondo, asegurándome de alimentar su ego masculino.

Con una sonrisa ladina rasgando su boca se desabrocha el cinturón y se baja el pantalón y los calzoncillos hasta la mitad de los muslos. Su miembro enhiesto hace una gloriosa aparición en escena, apuntándome como el cañón de una escopeta.

La batalla comienza.

Javier se inclina sobre mí, coloca las manos a ambos lados de mi cabeza y me embiste sin preámbulos hasta el fondo. Por suerte, no hay nadie en la agencia, pero intuyo que el gemido que sale de

mi boca debe de haberse oído en la otra punta de Madrid como mínimo.

Enrosco las piernas alrededor de su cintura y alzo las caderas pegándome a él. Mis músculos se cierran en torno a su erección, provocándole un espasmo.

—Estás tan húmeda… —susurra con voz cada vez más ronca.

—Y tú tan caliente… —digo mientras deslizo los dedos por su espalda.

Sé cuáles son sus gustos sexuales, son ya unos cuantos años, y sé que le gusta que juguetee con mis uñas, así que se las clavo en los omóplatos, dejándole unas bonitas marcas rojizas. Alza la cabeza y entorna los ojos conteniendo un gruñido en la garganta.

A veces un poco de dolor aumenta el placer. Es increíble que términos antagónicos tengan tanto en común. Él lo sabe. Y yo también.

Levanta las caderas y, sin apartar la mirada de mis ojos, se hunde en mí con una estocada seca. El aire sale de golpe de mis pulmones, dejándome sin respiración.

—¿Es así como te gusta? —me pregunta.

Ronroneo cual gata.

—Bien sabes que sí —afirmo.

La respuesta de Javier es instantánea y agresiva. Me dedica una de esas sonrisas que me vuelven loca en los momentos de sexo y empieza a embestirme de forma explosiva y casi animal. Su cuerpo se mece sin control una y otra vez sobre el mío, que pide a gritos la liberación. Yo no me quedo atrás, no puedo hacerlo. El combate es a muerte. Muevo las caderas arriba y abajo y el ritmo de ambos se torna vertiginoso buscando nuestra propia satisfacción.

El orgasmo nos llega casi al mismo tiempo. Mi cuerpo comienza a sacudirse justo cuando la espalda de Javier se arquea en un último envite que nos deja exhaustos y sudorosos entre un coro de jadeos y frases entrecortadas que se eleva al cielo como una invocación.

Me pregunto cómo voy a organizar el viaje a París de los Garayoa después de esto.

* * *

Los hombres están más receptivos después del sexo, más tranquilos. Debe de tener algo que ver con los niveles de testosterona, así que me lanzo por el precipicio dispuesta a despeñarme si es necesario.

—No voy a ir a la fiesta del veinte aniversario de la agencia —le digo a Javier mientras contemplo devota cómo se coloca con coquetería la corbata.

Alza el rostro y percibo por su expresión reservada y su ceja arqueada y ciertamente inquisitiva que mi decisión no le gusta, que no le gusta nada. No me sorprende. Su reacción es algo que temía. Ya le había planteado mi indecisión cuando se habló de organizar una fiesta para celebrar las dos décadas del nacimiento de la agencia, y él ya me había dejado clara su desconformidad.

—¿Por qué? —inquiere.

—Porque va a estar tu mujer.

—¿Y qué pasa con que vaya a estar mi mujer?

Se me queda cara de imbécil.

—¿No te parece suficiente razón? —le pregunto a mi vez, sin ocultar mi molestia por la indiferencia que muestra hacia el asunto. ¡Se trata de su mujer, por Dios!

No es que no la haya visto nunca. En estos cinco años y pico que Javier y yo llevamos juntos hemos coincidido en alguna ocasión cuando ella ha venido a buscarlo a la oficina —cada vez viene menos—, pero nunca hemos compartido espacio más de diez minutos seguidos. Y hacerlo en la fiesta de aniversario de la agencia, aparte de no gustarme nada, no me parece una buena idea. Repito, es su mujer, y yo soy *la otra*, la amante, la aventura, la querida, y para ella (si lo supiera), la maldita zorra que está liada con su marido.

No, definitivamente no es buena idea. No lo es.

—Si no vas, la gente sospechará. Van a estar todos los empleados de la cadena —me dice Javier, tratando de convencerme.

¿Sospechar? Yo creo que todo el mundo lo sospecha ya, o, peor aún, ya lo sabe. Esa es la angustiosa sensación que tengo más veces de las que me gustaría. A menudo creo que es un secreto que todos conocen.

—Me inventaré una excusa —me apresuro a responder—. Puedo decir que me van a extirpar la vesícula —bromeo.

—No quiero que te inventes una excusa, quiero que vayas —me rebate Javier sin ningún rastro de humor.

—¿Por qué?

—Porque es un día muy importante para mí y para la agencia y te necesito allí, a mi lado.

—A tu lado va a estar tu mujer.

—Lara, por favor... —No es una súplica, es más bien una exigencia.

—Javier... —comienzo.

Se acerca con su característico garbo, coge mi mano y tira de mí para levantarme del sofá, rodeándome la cintura con los brazos. No opongo ninguna resistencia a su intención y, cuando quiero darme cuenta, estoy pegada a él, oliendo de nuevo el aroma de mi perfume de hombre favorito: *YOU*, de Emporio Armani.

Se lo regalé en el primer cumpleaños que vivimos como amantes y, desde entonces, ha sido fiel a esa fragancia, y en cierto modo —o eso quiero pensar—, a mí y a lo nuestro.

Abro la boca para decir lo que tenía pensado, pero Javier pone suavemente el dedo índice sobre mis labios, silenciándome.

—Por favor... —susurra haciendo un mohín.

Ahora sus palabras sí que suenan como un ruego, como las de un niño pequeño pidiendo a sus padres que le compren un juguete. Helena tiene razón cuando afirma que Javier le vendería un peine a un calvo. Incluso un set entero de peluquería, con sérum para puntas abiertas y todo. El muy cabrón tiene un carisma como poca gente. No es de extrañar que se le den tan bien los negocios.

—Yo... no sé... —Titubeo.

Roza mi nariz con la punta de la suya con un gesto cariñoso y respira mi aliento.

—Lara... —musita en tono aterciopelado.

Mi nombre en sus labios acaba con la última resistencia que opongo. Joder, qué poca voluntad tengo cuando me abraza.

—Está bien... —cedo al fin, suspirando con resignación.

No sé si hago bien capitulando. Supongo que no. Estoy convencida de que cualquier psicólogo me diría que no, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No sé cómo se las apaña, no sé si es su sonrisa, su mirada, su sensual voz o su puñetero modo de pedirme las cosas, pero Javier siempre termina saliéndose con la suya.

—Lo pasarás bien —me anima con voz suave—. Además, yo trataré de escaparme para estar un ratito contigo —dice en tono juguetón y sexy, dándome un beso rápido en los labios.

Le rodeo el cuello con los brazos y me limito a sonreír.

Espero que tenga razón.

Capítulo 3

La fiesta tiene lugar en el Westin Palace, uno de los hoteles más lujosos de la capital, situado en el centro, y desde el cual puede contemplarse el Congreso de los Diputados, con los leones y todo. Javier no ha reparado en gastos, nunca lo hace, y aparte de contratar para el evento el salón más amplio y más ostentoso de cuantos hay en el Westin, ha reservado casi todas las habitaciones para los empleados de las oficinas que vienen de fuera de Madrid. Un derroche de consumismo al más puro estilo neoyorquino.

—¿Qué te está pareciendo la fiesta? —me pregunta Alma.

—No está mal —respondo.

Y lo digo por decir algo, porque en realidad me está pareciendo un asco.

«Joder, no debería haber venido», estallo contra mí misma. La primera idea es la que vale, y esa fue la primera. No acudir a esta fiesta. ¡A esta jodida fiesta! Tener que ver a Lucía, la esposa de Javier, tontear con él y hacerle estúpidos arrumacos hace que mis celos se disparen, aguijoneándome como avispas rabiosas. Sé que no debería estar celosa, que no tengo derecho a estarlo. Soy *la otra*; hay determinados sentimientos que no puedo permitirme el lujo de tener, pero que en estos momentos no puedo evitar. El corazón no entiende de lógica ni se aviene a razones.

Me muerdo el labio de abajo con rabia.

Alma me mira con la cabeza ligeramente ladeada.

—No pareces muy animada —observa.

—Es que estoy cansada, nada más. Las últimas semanas han sido agotadoras —digo con la que parece ser últimamente mi excusa comodín, como la carta del *joker* en el póquer.

—Todos lo estamos. Llevamos unos meses sin parar…

Mientras Alma habla, yo observo a Lucía. Es una mujer

esbelta, elegante a rabiar, y posee un porte aristocrático, aunque no tiene ningún título nobiliario. Pero el aire distinguido que rezuma por cada poro de su piel es una de esas características que se obtienen con el paso del tiempo por medio de varias generaciones de abundancia, de privilegios y de no tener ningún quebradero de cabeza para llegar a fin de mes. Hasta donde sé, Lucía pertenece a una familia acomodada (muy acomodada) de la costa gallega.

Tengo que reconocer que no aparenta su edad y que conserva parte de la belleza que un día enamoró a Javier.

¿Qué pensaría si supiera que compartimos al mismo hombre desde hace más de cinco años? La respuesta me forma un nudo en el estómago. Un nudo pesado y fuerte que me estrangula.

Sacudo la cabeza ligeramente para deshacerme de los pensamientos que me asedian y que empiezan a correr por mi cabeza como un caballo desbocado.

—Voy a salir un rato a la terraza —le digo a Alma.

—Yo voy a por otra copa, esta se me ha terminado —repone ella.

Cada una nos vamos por un lado distinto, Alma a la barra y yo a una de las tantas terrazas que tiene el salón. Lo cierto es que agradezco que no venga conmigo, no tengo ganas de estar con nadie. En estos momentos la soledad es mi mejor compañía, a falta de Javier...

Paso al lado de él y de Lucía, que comparten risas y conversación con un grupo de ejecutivos y sus emperifolladas esposas, las cuales llevan como tres kilos y medio de complementos, entre anillos, collares, pendientes, pulseras, bolsos...

En un ataque suicida, una mirada se me escapa hacia él. Javier se encuentra con mis ojos, que le suplican algo parecido a una ayuda, un S. O. S. de un barco a punto de naufragar en mitad del océano una noche cualquiera. La fiesta está siendo aburridísima. Un coñazo, para ser exactos, y compartir espacio con su esposa no me resulta sencillo. Lo veo hacer un disimulado asentimiento con la cabeza en respuesta a mi mirada. Mi mensaje

de socorro ha sido recibido.

Sin detenerme ni hacer el intento, salgo a la terraza, que está vacía. Sonrío para mis adentros, Javier y yo podemos encontrarnos aquí sin levantar sospechas. A ojos de los demás solo seremos un jefe que está hablando con una de sus empleadas.

Llevo la vista al frente, la noche está serena y una agradable brisa primaveral refresca el ambiente y agita suavemente algunos mechones de mi pelo.

Madrid se esculpe entre la bruma naranja de las farolas que iluminan sus calles y avenidas.

Respiro hondo.

Un largo rato después no hay ni rastro de Javier y empiezo a impacientarme. ¿De verdad no puede desocuparse ni cinco putos minutos? ¿Para esto me ha convencido? ¿Para estar en la fiesta como un jarrón chino? ¿Como una de las ostentosas estatuas de bronce que decoran el lujoso salón del hotel?

Me inclino un poco hacia delante para apoyar las manos en la balaustrada y resoplo, armándome de un par de toneladas de paciencia. Mi mirada repara en dos figuras que caminan por la calle. Por la acera de la plaza de las Cortes, donde se encuentra el Westin Palace, dos jóvenes pasean cogidos de la mano haciéndose un centenar de carantoñas. Algo así como envidia me recorre las venas. Envidia y nostalgia.

De un modo extraño, la realidad cae sobre mí de golpe con todo su peso y crueldad, como una maza de plomo, aplastándome contra el mundo. De pronto la soledad que siento es asfixiante. Terriblemente asfixiante. Tanto que incluso tengo la necesidad de llevarme la mano a la garganta en un intento porque entre aire en mis pulmones.

¿Cuántos años tenía cuando empecé con Javier? ¿Veintitrés, veinticuatro...? Los mismos que ahora tiene la pareja que no deja de hacerse arrumacos varios mientras pasea por un Madrid incombustible, demostrando su amor a todo el que se cruza con ellos.

Yo nunca he ido cogida de la mano de Javier por la calle ni nos hemos hecho mimos en las esquinas, ni siquiera nos hemos

permitido el capricho de tomar algo tan simple como un café en la terraza de un bar... Nuestro amor ha estado constantemente oculto en la sombra, circunscrito tras la relación de jefe y empleada. Siempre nos hemos visto en la penumbra que concede la clandestinidad, incluso las veces que nuestros encuentros tienen lugar en el piso de la calle Serrano en el que Javier estableció nuestro nidito de amor. Lo nuestro es furtivo, secreto, invisible...

Terrible eso de la invisibilidad.

Oigo unos pasos a mi espalda y emerjo de mi ensimismamiento. Giro deprisa la cabeza con la cara iluminada por la ilusión, pensando que es Javier, pero mi rostro adopta una expresión de decepción al ver a Gonzalo con su mirada ratonil y su puñetero semblante de Stuart Little.

—Hola —lo saludo.

—Parece que esperabas que fuese otra persona —observa.

Como siempre, mi cara es un libro abierto expresando cada una de mis emociones, incluso para los que no son muy duchos en ese tipo de lecturas, porque a Gonzalo tampoco es que le sobren muchas luces.

—¿A quién iba a esperar? —digo fingiendo despreocupación.

Él se acerca hasta donde estoy y me ofrece una de las copas que trae en la mano.

—Ron con limón. Es lo que tomas, ¿verdad? —me pregunta.

Durante unos segundos dudo si beberme o no otra copa. No me gustaría terminar bailando encima de la barra como hice en una ocasión en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, pero algo, tal vez la rabia, la frustración o el cansancio, me impulsa a coger la copa que me tiende mi compañero de trabajo.

—Sí, gracias —digo antes de llevármela a los labios y dar un trago.

—No te estás divirtiendo mucho —señala Gonzalo, acomodándose a mi lado.

—Esta fiesta me está resultando un tostón —confieso sin ningún reparo—. No quería venir, pero Javier al final me convenció.

En el último momento me muerdo la lengua. No debería

haber dicho lo de Javier.

—Nuestro jefe puede llegar a ser muy persuasivo, sobre todo cuando algo le interesa mucho —dice con lengua pastosa, entornando los ojos.

Tal vez es mi sexto sentido, ese que poseemos todas las mujeres, o el exceso de sensibilidad que tengo esta noche, o que me va a bajar la regla, pero me parece percibir una doble intención en la voz de Gonzalo. Y no me gusta. En lugar de contestar, doy otro trago al ron con limón y guardo silencio. En boca cerrada no entran moscas.

Da media vuelta, poniéndose de cara a mí, y apoya el codo en la balaustrada.

—Esta noche estás preciosa, Lara. En realidad no solo esta noche, siempre estás preciosa.

—Vaya, gracias —respondo utilizando otra vez un tono despreocupado para ocultar que estoy empezando a sentirme incómoda.

—El rojo te sienta muy bien.

Hoy me he puesto un vestido ceñido con escote palabra de honor de color rojo, por Javier. Es su color preferido y le encanta verme con él. Dice que realza mis ojos miel y mi pelo moreno. Aunque esta noche no parece haberle causado mucha impresión.

Asiento agradecida. No sé a qué viene tanto halago por parte de Gonzalo, pero intuyo que se ha pasado con el agua con misterio y que va como una cuba.

—El rey Midas… —apelativo con el que Gonzalo a veces nombra a Javier— tiene suerte… —dice de repente, como si su cerebro de ratón estuviera tramando algo.

Frunzo levemente el ceño.

—¿Por qué dices eso, Gonzalo?

—Porque el cabrón tiene todo lo que un hombre puede desear: poder, dinero, mujer, hijos y una amante que satisface sus necesidades sexuales, las que seguro que no satisface su mujer.

Sus palabras me dejan la sangre helada. Durante un nanosegundo mi corazón se detiene y pierde unos cuantos latidos, que ignoro adónde van a parar. Mi cerebro se colapsa. Gonzalo

sabe que soy la amante de Javier. ¡Joder, lo sabe!

Trago saliva con dificultad.

—¡¿De qué coño estás hablando?! —Sin pretenderlo, mi voz brota de mis cuerdas vocales en un tono más defensivo de lo que quería. «Tengo que tranquilizarme», me exijo.

En el rostro ratonil de Gonzalo aparece una vaga expresión de suspicacia.

—Entre los empleados de las oficinas de Madrid se habla, se rumorea...

—¿Qué se rumorea? —pregunto, obligándome a mantener la voz lo más natural posible, sin altos ni bajos, ni nada que manifieste que estoy atacada de los nervios.

—Que el rey Midas tiene una amante joven y guapa y que se la trajina en un bonito y exclusivo piso de la calle Serrano —contesta—. El asunto está en boca de todos.

La noche se vuelve de repente más oscura a mi alrededor, como un pozo sin fondo, y yo me veo cayendo estrepitosamente en él. El vaso de ron con limón tiembla en mi mano.

No soy una simple aventura, no llevo tres meses con Javier, sino más de cinco años, pero el modo desdeñoso en que Gonzalo pronuncia las palabras me hace sentir como si mi relación con él fuera una mierda y yo una puta.

—No deberías dar pábulo a esas habladurías, si Javier se entera puedes meterte en un lío —digo cuando logro reaccionar, después de beberme casi media copa de golpe.

Gonzalo me mira con aire sombrío.

—Tienes razón, no debería perder el tiempo hablando del jefe cuando podemos hablar de nosotros... —indica con voz sugestiva.

Alzo las cejas. Las levanto tanto que a punto están de salírseme de la cara. En serio.

¿De nosotros? ¿Qué narices se ha bebido este tío? ¿Acaso ha fumado alguna hierba de esas raras que te hacen alucinar pepinillos de colores?

Dejo la copa en una de las mesas que hay en la terraza, con pocas ganas de seguir con la conversación.

—Creo que mejor me voy a casa —digo.

—Te acompaño —se apresura a ofrecerse Gonzalo.

—No, prefiero ir sola.

—Vamos, no seas rancia.

Él se pega a mí con lo que pretende ser un pobre intento de provocación. Tan cutre como es él. Respiro hondo, tratando de mantener la calma y de no arañarle su cara de ratón con mi manicura recién hecha. Lorena, la chica que me hace las uñas, me mataría.

—Gonzalo, he dicho que prefiero ir sola —repito, y mi tono es de advertencia, porque se me está calentando la cabeza... y la lengua.

—¿El rey Midas no te permite tener amigos? ¿Te quiere solo para él? —dice cargado de mordacidad al ver que no va a salirse con la suya.

Noto cómo el color de mi cara se esfuma de golpe. Su impertinencia hace que apriete los puños.

—¡Deja de decir gilipolleces! —suelto sin poder contenerme.

Doy media vuelta para irme, pero Gonzalo me agarra del brazo con una expresión crispada en el rostro. Me vuelve hacia él y me clava su aguda mirada de ratón.

—¿Te folla bien? —dice con rabia, como si fuera una pitón escupiendo veneno.

Me trago la conmoción que amenaza con aparecer en mi rostro y las ganas de cruzarle la cara de una bofetada. Stuart Little sabe que la amante de Javier soy yo. La cosa se pone fea. Fea de cojones.

—¡Suéltame! —le exijo entre dientes.

Aunque en realidad lo que me apetece es arrancarle el hígado a mordiscos.

—Hey, chicos... —La voz de Alma hace que Gonzalo me suelte.

—Chicos, entrad en el salón, Javier está haciendo un brindis.

—Yo me voy —digo en tono seco, pasando a su lado.

—¿Ocurre...? ¿Ocurre algo?

—Estoy cansada —me excuso saliendo de la terraza y dejando a Gonzalo y a Alma tras de mí.

Cruzo el salón como alma que lleva el diablo. No tengo ganas ni intención de quedarme en esta mierda de fiesta ni un segundo más. Ya he tenido suficiente.

Quiero descender los peldaños de la escalinata que llevan al vestíbulo de dos en dos, pero los doce centímetros de tacón de mis *stilettos* negros no me lo permiten. No se puede huir de una fiesta con unos zapatos tan chics.

De pronto mi nombre retumba en la recepción en la voz grave de Javier.

—¡Lara!

Giro la cabeza y miro por encima del hombro mientras avanzo a zancadas por el brillante suelo de mármol, pero no me molesto en parar. No quiero hablar con él, no quiero hablar con nadie.

—¡Lara, espera!

Lo ignoro de nuevo y sigo mi camino hacia la salida. Justo cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, la mano de Javier se cierra en torno a mi muñeca y me detiene, haciendo que me gire para tenerme cara a cara.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—A casa —respondo enfadada sin preocuparme de mirarlo.

—¿Qué te pasa?

Lanzo un suspiro.

—Estoy cansada y quiero irme.

Javier observa si hay alguien cerca y, cuando se cerciora de que estamos solos, extiende la mano y me acaricia la mejilla con suavidad.

—La fiesta apenas ha empezado —dice—, ni siquiera has estado durante el brindis.

Lo miro directamente a los ojos. ¿Cómo puede ser tan egoísta?

—¿Eso importa? —espeto.

Las dos copas que me he tomado y mi poca tolerancia al alcohol están haciendo que se me suelte la lengua.

—¿Como que si importa? ¿A qué viene esa pregunta, Lara? —Javier deja caer en el costado la mano con la que me ha acariciado

la mejilla.

—Viene a que has estado muy ocupado con tu mujer como para preocuparte de mí.

Me mira con rostro inexpresivo.

—No puedes venirme ahora con eso —me reprocha.

—¿Por qué no?

—Porque no —dice rotundo—. Hemos hablado de esto mil veces y lo hemos dejado claro.

Alzo el dedo índice y lo apunto con él. Sé qué lugar ocupo en la vida de Javier, sé cuál es mi sitio, que no puedo enfadarme, pero me molesta verlo con su mujer mientras yo estoy en las sombras.

—Te dije que no quería venir a esta fiesta, pero tú te empeñaste en que sí, en que era importante para ti que asistiera, y, como una idiota, accedí. Y en ningún momento pensaste en mí, y me has obligado a compartir espacio con tu mujer, a ver cómo tonteáis, cómo se ríe con tus amigos mientras yo me quedo en un digno decimocuarto plano —digo con ironía.

Hay un silencio. Javier parece perplejo, no solo por mi reacción y por lo poco acostumbrado que está a este tipo de situaciones conmigo, sino también por lo que intuye tras ella.

—¿Has bebido? —me pregunta.

—No estoy borracha, si es lo que quieres dar a entender —digo.

—Entonces no sé qué cojones te pasa... ¿Por qué estás diciendo tantas tonterías?

—¡Que estoy harta! ¡Eso es lo que pasa! —estallo con mirada furiosa.

Javier parece molesto. Me fijo en cómo un músculo le palpita en la mandíbula.

—No te voy a permitir que me montes una escena —dice—. Y menos hoy. No tienes derecho a hacerlo.

Y yo alucino. ¿Que no le monte una escena? ¿Se puede ser más hijo de puta?

—¿A qué tengo derecho contigo? —le pregunto.

Me mira receloso.

—Lara, por favor, no montes una escena —repite en el mismo

tono hosco, dejando entrever cierta amenaza en sus palabras.

Durante unos segundos lo miro a los ojos, tratando de leer qué pasa por su mente, pero cuando Javier se cierra en banda hay poco que hacer. Sacarías más información de un trozo de hormigón. Así que me doy por vencida. Suspiro con cansancio.

—Tranquilo, no te voy a montar ninguna escena —digo—. Puedes seguir disfrutando de la fiesta.

Doy media vuelta sin esperar su réplica, bajo los dos escalones de piedra que llevan a la calle y salgo del hotel con el corazón martilleándome contra las costillas, pero aliviada de dejar por fin la fiesta.

¡La noche ha sido una auténtica mierda!

Javier no hace el más mínimo intento de detenerme. Reconozco que su actitud pasiva me decepciona, aunque no me sorprende. Es un hombre demasiado previsible y lo conozco lo suficiente para saber que no vendrá detrás de mí. No está acostumbrado a ir detrás de nadie.

«¿Qué más da?», me pregunto.

Me ha dejado claro qué lugar ocupo en su vida. Nunca permite que me olvide de ello. Pero, por si me quedaba alguna duda, esta noche ha vuelto a recordármelo.

Yo soy *la otra*.

Capítulo 4

Paseo por la acera para calmar los nervios. Mientras respiro hondo varias veces, o más bien resoplo como un miura antes de embestir, meto la mano en el bolso y saco el móvil para llamar a un taxi. Justo en el instante en el que tecleo el número en la pantalla táctil del teléfono, aparece uno por la plaza de las Cortes. Corto la llamada de inmediato cuando aún suenan los tonos y levanto el brazo con la esperanza de que esté libre. Parece que la suerte me sonríe por primera vez en la noche y el taxi se detiene a mi lado.

Abro la puerta y me acomodo en el asiento trasero del coche. Le indico mi dirección al conductor, un tipo de mediana edad con pelo canoso y rostro amable, y apoyo la espalda en el respaldo, suspirando. Ha sido una noche muy intensa. Me he puesto celosa, he discutido con Javier y Gonzalo sabe que tengo una relación con el jefe, aparte de tirarme los trastos, el muy cretino... ¿Alguien da más?

Si Stuart Little sabe lo mío con Javier, Alma seguro que también. Incluso me ha dicho que se rumorea entre los empleados de las oficinas de Madrid. Una sensación de angustia se apodera de mí. ¿Y si llega a oídos de su mujer? ¿De sus hijos?

Me paso la mano por la frente.

—Madre mía... —musito en voz apenas audible para que el taxista no me oiga.

El cuerpo se me descompone por momentos.

A pesar de los años que llevamos juntos nunca se me ha pasado por la cabeza que la mujer de Javier pudiera enterarse de lo nuestro, ni tampoco mis compañeros de trabajo. Nuestra máxima ha sido la discreción. Pero parece que los secretos no se pueden guardar eternamente, y ahora la posibilidad de que todo se descubra, de que nos quedemos con el culo al aire, se hace más

real que nunca, ganando todas las estadísticas.

Un hilo de sudor frío desciende por mi espalda. Por suerte, Gonzalo coge vacaciones el lunes y no tendré que verle la cara en unos días. Solo espero que termine la noche tan bebido que no se acuerde de nada de lo que me ha dicho. Cada vez que lo pienso me hierve la sangre. Qué impertinente, qué indiscreto, qué… gilipollas.

—Hemos llegado. —La voz del taxista me arroja a la realidad. Pestañeo un par de veces y vuelvo en mí.

Pago la carrera y bajo del vehículo, dándole las gracias al hombre y deseándole que tenga una buena noche.

Nada más entrar en el piso, me quito los *stilettos* sin ni siquiera agacharme —lo hago con un puntapié ensayado muchas veces— y los lanzo contra el aparador. Estos putos zapatos lo único que hacen es destrozarme los pies siempre que me los pongo. Saco el móvil del pequeño bolso de mano y dejo este último en una silla. Voy directamente al salón como si tuviera plomo en los pies o cargara con la bola del mundo sobre mis hombros, como Atlas con el cielo. No veo la hora de llegar al sofá y desplomarme sobre él como una muñeca de trapo. Así me siento en estos momentos, entre otras tantas cosas más.

Me echo hacia atrás contra el respaldo, me tapo la cara con las manos y resoplo ruidosamente. Me obligo a no pensar en nada: ni en Javier, ni en Gonzalo, ni en la fiesta, ni en que tengo una relación con un hombre casado, con el rosario de problemas varios y quebraderos de cabeza que ello conlleva…

Un rato después, vencida por las circunstancias, me tumbo, apoyando la cabeza en el brazo del sofá. Cierro los ojos y voy notando cómo el leve mareo que me ha provocado el alcohol y el ajetreo emocional de la noche me sume poco a poco en un sueño tranquilo.

* * *

El domingo, pese al sol de finales de primavera que luce fuera, lo empiezo con un dolor de cabeza de tres pares de narices. Es tan fuerte que tengo la sensación de que se me va a partir por la

mitad en cualquier momento. No ayuda haberme quedado dormida en el sofá toda la noche en lugar de haberme ido a la cama de matrimonio de mi habitación. Aún llevo puesto el vestido de fiesta.

Solo a mí se me ocurre algo semejante.

¡Me cago en la puta leche!

Le echo un vistazo de arriba abajo. Está tan arrugado y tiene tan mal aspecto que solo parece que puede salvarse si lo llevo a la tintorería.

Me levanto y voy al cuarto de baño a por un ibuprofeno, o a por una tonelada de ellos. De alguna forma tengo que deshacerme de este terrible dolor de cabeza.

No me quiero mirar en el espejo para no verme el careto que seguro que tengo, pero termino girando el rostro y haciéndolo. Así, sin precalentamiento ni nada, como si fuera masoquista y disfrutara viéndome con cara de cadáver recién desenterrado.

Estoy pálida, tengo ojeras, ojos de sueño y expresión de loca, por no hablar del pelo, en el que parece haber anidado una grulla durante la noche.

Joder.

Suspiro y me dejo en paz. Ya bastante tengo.

Abro el cajón donde guardo las medicinas, pero no encuentro el ibuprofeno por ningún lado. Rebusco y rebusco. Nada.

—Juraría que compré una caja en la farmacia hace un par de semanas —digo con desgana, abriendo todos los cajones del armario.

Después de un rato, por fin la encuentro en un estante, al lado de los tampones, donde san Pedro perdió la alpargata. Niego para mí. Aparte de dolerme la cabeza, un día la voy a perder.

Me tomo la susodicha pastilla y abro el grifo de la ducha. Necesito despejarme y volver a ser una persona y no un zombi en *La noche de los muertos vivientes*. «No bebí tanto —pienso—, dos copas y media», pero llego a la conclusión de que el alcohol no es lo mío. No lo han hecho para mí.

Debajo del chorro frío los sentidos empiezan a desperezarse y las ideas parecen reorganizarse dentro de mi cabeza entumecida, ayudándome a pensar con claridad.

Tengo un problema con Javier. Un problema grave.

Y Javier y yo tenemos un problema con los que saben lo nuestro, entre ellos Gonzalo, aunque no creo que abra el pico si quiere mantener su puesto de trabajo. No anda la cosa como para estar haciendo tonterías.

Cierro los ojos y permanezco un largo rato bajo la ducha, relajando la tensión acumulada en los músculos y dejando que el agua arrastre el cansancio de la piel. Cuando salgo, me envuelvo en el albornoz y miro el móvil, que descansa en la encimera de mármol del lavabo, esperando tener noticias de Javier. Pero es una esperanza vana, porque no hay nada. Ni una llamada, ni un mensaje, ni un puñetero wasap. Ni siquiera para preguntarme si llegué bien a casa o si sigo cabreada.

Salgo del baño con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta ancha con un gracioso dibujo de las villanas de las películas de Disney con una leyenda que reza: *«Todas somos buenas hasta que descubrimos que ser cabronas es mucho mejor»*. No sé si ser cabrona es mejor, pero desde luego empiezo a pensar que es más interesante... y tiene pinta de ser más divertido.

Paso el domingo poniendo al día la casa, que falta le hace. El intenso trabajo de las últimas semanas no me ha dejado tiempo ni para limpiar de una manera decente. Así que barro, friego, paso la aspiradora a la alfombra, hago el baño, pongo un par de lavadoras y coloco en las estanterías del salón algunos libros que llevan algo así como un siglo encima de una silla.

Para ser sincera, mis domingos no son muy diferentes del de hoy. No me puedo permitir hacer planes con mi pareja, como el resto de los mortales. No voy al cine a ver el estreno de una película cargada con kilo y medio de palomitas, no paseo por el parque de El Retiro cogida de la mano de mi novio, no me tomo un café en una terraza de la plaza Mayor con él... Esas cosas son para la mujer de Javier. Para mí quedan los momentos furtivos, los minutos robados, los polvos clandestinos en el despacho o en el piso de la calle Serrano; las migajas de un tiempo que no me pertenece, del que no soy dueña y del que nunca lo seré.

Y poco más...

Las personas tendemos a conformarnos con la vida porque nos insensibilizamos a ella y a las situaciones, convirtiendo nuestra existencia, nuestro día a día, en un círculo vicioso que no nos sumerge más que en una infelicidad crónica. Yo creo que soy una de esas personas. Puede que los años y, quizá, la relación con Javier, me hayan convertido en una de ellas. Llego a esta conclusión mientras doy muy buena cuenta de una caja de bombones Nestlé que compré hace unos días en el supermercado. Así que igual estoy algo grogui de tanto azúcar.

Alrededor de las nueve de la noche suena el móvil. Las notas de *Torn*, de Ava Max, suenan en el salón.

Tal vez sea Javier.

Alargo el brazo y lo cojo de encima de la mesa con rapidez, esperando ver su nombre en la pantalla. No es Javier, sino Helena. Dentro de mi pecho la esperanza se desvanece. ¿Es que Javier no piensa llamarme?

—Hola, guapa —digo al descolgar.

—Hola, ¿qué tal la fiesta? —me pregunta.

—Una puta mierda.

—Vaya, pues sí que te fue mal.

—Peor que mal, Helena; últimamente las cosas se están complicando de mala manera.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —En la voz de Helena percibo una nota de preocupación.

Recuesto la espalda en el sofá y resoplo. ¿Por dónde empiezo a contarle?

—Discutí con Javier, me puse celosa de su mujer y Gonzalo me tiró los trastos.

—¡¿Quéééé?! —exclama Helena al otro lado de la línea telefónica.

—Pero eso no es lo peor, lo peor es que Gonzalo sabe que estoy liada con Javier. Algo que parece que también saben el resto de los empleados de la cadena. Lo mío con el jefe ya es un secreto a voces.

—¿Estás segura? —Helena no da crédito.

—Completamente segura. Incluso saben que nos vemos en el

piso de la calle Serrano. —Me paso la mano que tengo libre por el pelo y me coloco algunos mechones detrás de la oreja—. Me aterra pensar que llegue a oídos de su mujer y de sus hijos —confieso con angustia—. No sé qué hacer...

—Ya sabes lo que pienso al respecto, Lara.

—Sí, lo sé —digo.

Helena es tajante con este tema y aboga porque mande a tomar por culo a Javier y me busque a otro, que renuncie a estar a la sombra de un hombre que no me merece y con el que no tengo ningún futuro.

—Pero no puedo dejarlo —me adelanto a afirmar con la misma vehemencia con la que lo hago siempre—, lo quiero demasiado —argumento con la razón con la que me justifico constantemente. Solo la idea de pensar en vivir sin él me corta la respiración.

—Entonces prepárate para lidiar con todo lo que se te viene encima —me advierte Helena.

—Gracias. Eres una crack dando ánimos. ¿Te has planteado alguna vez ser parte de la plantilla de las personas que atienden el teléfono de la esperanza? —digo con ironía.

Noto cómo al otro lado de la línea Helena contiene una carcajada, pero de inmediato se pone seria y adquiere ese tono maternal que utiliza cuando pretende mostrarme su desaprobación.

—Lara, ¿cuánto hace que somos amigas? —pregunta.

—Un porrón de años —respondo.

—Sí, un porrón de años, y porque somos amigas te apoyo y te apoyaré en todas las decisiones que tomes, pero no me pidas que esté de acuerdo con que desaproveches tu vida del modo en que lo estás haciendo con Javier.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que menos necesito en estos momentos es una regañina —le indico—. No quiero sentirme peor de lo que ya me siento.

—No te estoy regañando —contesta Helena, aunque yo creo que sí. Siempre que hablamos de Javier, no sé cómo se las apaña, pero termina regañándome—, solo quiero que abras los ojos de una puta vez. Ese tío se está llevando los mejores años de tu vida sin

que tú te des cuenta.

—Tienes razón. De verdad que sé que tienes razón, pero no es tan fácil —digo—. Sobre el corazón no se puede mandar y mi corazón le pertenece a Javier, aunque no sea un hombre para mí, aunque esté casado, aunque tenga hijos, aunque me tenga en la sombra...

—Sé que sobre el corazón no se puede mandar, que no hace lo que le decimos, pero por una vez podrías intentar pensar en ti, anteponer la cabeza al corazón y pensar en ti. —Helena guarda silencio unos segundos—. Lara, era cuestión de tiempo que se supiera que Javier y tú estáis liados...

—Pero somos muy discretos —corto con suavidad, como si eso fuera suficiente.

—No lo discuto, pero lleváis muchos años viéndoos a escondidas, los dos vivís en Madrid y para colmo de males trabajáis juntos.

—Todo se está enmarañando —susurro—. Me puse supercelosa cuando lo vi con su mujer en la fiesta —añado dando vueltas a lo mismo.

—Puedo hacerme una idea... —dice Helena, bañando sus palabras con un deje de comprensión.

Enderezo la espalda y me inclino un poco hacia delante para cambiar de postura. Extraigo de la caja otro bombón, uno de chocolate blanco, y le pego un mordisquito en una esquina.

—No tengo ningún derecho a estar celosa. Créeme que sé que no tengo ningún derecho. Soy muy consciente del lugar que ocupo en este triángulo. Es solo que... —Me callo—. Ella estaba allí con él, ¿sabes? Riendo, hablando, compartiendo confidencias con sus amigos... Y yo... —Dejo la frase suspendida en el aire cuando se me hace un nudo en la garganta—. Yo estaba haciendo el imbécil.

—Deja de fustigarte, no solo eres tú la responsable de esa situación. Javier no debería haberte puesto en ella.

—Por querer tenernos a las dos con él, no reparó en que me iba a hacer daño a mí.

—Es que Javier solo piensa en él.

Durante un rato no digo nada.

—Estoy hecha un lío…

—¿Sabes qué haría yo? —dice Helena con resolución.

—¿Qué? —pregunto, y miedo me da, porque Helena a veces tiene ideas de bombero retirado.

—Me cogería vacaciones, me iría al Caribe y me tiraría a todo lo que se moviera —contesta.

Como por ejemplo ahora, ahora es una de esas veces.

Toso y, aunque me pongo la mano, se me salen algunos pedazos del bombón que tengo en la boca.

—¿Tirarme a medio Caribe es tu solución? —digo entre sorprendida y perpleja.

—Un clavo saca otro clavo, y muchos *clavitos*… —enfatiza la palabra con la doble intención justa— seguro que también, ya me entiendes…

—No voy a ir al Caribe a follarme a todo bicho viviente —afirmo.

—¿Por qué no? Allí no te conoce nadie, podrías hacer lo que te diera la gana: playita, mojitos, solecito; te das unos cuantos homenajes y, después, si te he visto no me acuerdo.

—Dios mío, estás para que te encierren y escondan la llave.

—Puede sonar a locura, a locura muy loca, pero ¿cuánto hace que no haces una locura, Lara? Desde que estás con Javier te has vuelto una rancia.

—Mira quién fue a hablar… La que lleva media vida con su novio.

—Ya, pero yo antes de conocer a Gustavo no era precisamente una santa. Tú mejor que nadie lo sabes.

No puedo más que reírme, aunque no tenga ganas. Es otra de las maravillosas virtudes de Helena, que sabe arrancarme una sonrisa incluso en los peores momentos.

—Sí, lo sé —digo—. No sé si es una buena idea, pero por lo menos me has hecho reír.

—Piensa en lo que te he dicho.

—¿En lo del Caribe?

—Sí.

—Está bien, lo pensaré —bromeo. Pero sé que no lo voy a

hacer. ¿Cómo me voy a ir al Caribe a follarme a todo lo que se menee?

—Mañana te llamo.

—Hasta mañana, loca —me despido.

—Un beso.

—Un beso.

Dejo el móvil sobre la mesa de centro y sigo en mi empeño de dar buena cuenta de la caja de bombones de Nestlé. Mmm…

Capítulo 5

El lunes no empieza bien. Yo voy a la agencia con la escopeta cargada y dispuesta a disparar contra Javier, metafóricamente hablando. No ha sido un fin de semana fácil para mí, sobre todo después de la maldita fiesta de aniversario.

—Fue una mala idea, Javier —le digo enfadada en el despacho.

—Ya lo sé, joder. Deja de repetírmelo —repone con expresión malhumorada mientras apila una torre de papeles sobre su mesa—. Pero no creo que fuera tan grave como para irte —me reprocha.

Tengo la sensación de que eso es lo único que le importa. Pongo los brazos en jarra.

—¿Y qué querías que hiciera allí? ¿Crees que me resulta fácil verte con tu mujer?

—Sabías que estaba casado cuando empezamos. Es una tontería que te pongas celosa a estas alturas —arguye con frialdad e indiferencia mientras continúa colocando la pila de documentos.

«¡¿Qué?!»

Sacudo la cabeza sin apartar la mirada de él. ¿Por qué no se pone en mi lugar, aunque sea durante un segundo? ¿Por qué solo piensa en él? Lo quiero, pero a veces me dan ganas de arrancarle la piel a tiras.

—Eres un egoísta —digo—. ¿En algún momento te has parado a pensar en mí? ¿O en tu mujer?

—Es muy temprano para discutir —me corta.

Lanzo al aire un bufido de exasperación.

—Y, según tú, ¿cuándo es el momento apropiado para discutir? ¿Por la tarde? ¿Por la noche? ¿Después de echar un polvo? —le pregunto con acidez, cansada de sus constantes evasivas.

—Lara, deja el sarcasmo para otro día.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco...»

Suspiro y cuento lentamente hasta diez respirando hondo. La indiferencia de Javier empieza a desesperarme en serio, alcanzando cotas inimaginables. Ayer estuve pensando todo el día en cómo iba a decirle que la gente sospecha que estamos liados, pero, vista su pasividad, en estos momentos no me importa en absoluto su reacción. Como si le da un jamacuco.

—Tenemos un problema más grave —digo sin más, llevando la conversación a lo importante de verdad.

—¿Qué clase de problema? —pregunta.

«Ahí va.»

—Gonzalo sabe que tenemos una relación.

Intento mantener la calma, pero la voz me tiembla ligeramente. Javier deja de golpe lo que está haciendo y levanta el rostro hacia mí igual que un resorte. Sus ojos verdes muestran una expresión dura, pétrea, como si de pronto se hubiera convertido en una estatua de granito y el gesto se le hubiera congelado en la cara.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Gonzalo sabe que tenemos una relación —repito ahora sin vacilar—. Incluso sabe que nos vemos en el piso de la calle Serrano.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, el sábado, y lo hizo de muy malas maneras.

—¿Qué quieres decir con «muy malas maneras»?

—Que me lo escupió en la cara cuando rechacé sus proposiciones de llevarme a la cama.

Javier arquea una ceja con gesto concluyente.

—¿Le gustas a ese imbécil? —En su voz hay una innegable nota de burla.

Me encojo de hombros. Me importa un bledo si le gusto o no a Stuart Little. Lo que me preocupa es que sabe lo que tengo con Javier. Y esa información en una persona como él es un arma peligrosa, como una bomba de relojería en malas manos.

—Eso no es lo relevante —digo—. Al parecer, lo nuestro es ya

un secreto a voces entre los empleados de las oficinas de Madrid.

Javier lanza un puñetazo contra la mesa con los labios fruncidos. La pila de papeles que ha estado colocando con meticulosidad se tambalea peligrosamente, perdiendo el equilibrio, y los primeros documentos terminan esparcidos por el suelo.

—¡Joder! —prorrumpe—. ¿Y cómo cojones se han enterado?

—Y yo qué sé. Seguro que alguien nos ha visto.

Javier inclina el torso hacia delante y apoya las manos en la mesa. Todo su cuerpo está en tensión bajo el traje impoluto y perfecto de color negro, y sus ojos se mueven de un lado a otro con rapidez. Sé que el cerebro le está yendo a mil por hora, como cuando está ideando una estrategia para machacar a sus adversarios en una reunión importante.

—¿Crees…? ¿Crees que Gonzalo dirá algo? —pregunto con voz cautelosa.

—Espero que no, si no quiere irse a la puta calle —dice con contundencia.

Doy un paso hacia delante mientras me acaricio los brazos con las manos.

—¿Qué vamos a hacer?

Mi voz se debilita por segundos. El miedo a que nos descubran o a que Javier rompa la relación conmigo por ese motivo me atenaza brutalmente, envenenándome la sangre como si fuera ponzoña. Los instantes que tarda en contestar se me antojan eternos en medio del tenso silencio que reina en el despacho. Joder, ¿por qué ha tenido que pasar ahora esto?

—Tú, de momento, te irás a Mallorca —dice rotundo, irguiendo de nuevo la espalda.

Abro los ojos como platos.

—¿Qué? —digo en un susurro, sin comprender de qué va.

Dejo caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—A Marina la han tenido que operar de urgencia de apendicitis y no podrá ir al Congreso Nacional de Agencias de Viajes y Turismo.

Marina es una de las empleadas de la oficina de la calle Alcalá.

—¿Y se te ha antojado que vaya yo en su lugar? —le pregunto sin ocultar mi malestar y mis pocas ganas.

—Eres la mejor para sustituirla.

—¡Y una mierda! —estallo, con la misma intensidad que una bomba atómica—. Lo que quieres es alejarme de aquí, deshacerte del problema.

—Es lo mejor hasta que las cosas se calmen —reconoce Javier —. Van a ser veinte días, tómatelo como unas vacaciones —añade impasible.

—No quiero tomármelo como nada. No quiero estar lejos de ti.

—Lara, por favor, esto se está poniendo feo...

—¿Y lo mejor es quitarme del medio?

—Te vendrá bien, últimamente estás...

—¿Cómo estoy? —lo incito a hablar.

—Muy irascible. De todo haces un drama.

—Lo que me faltaba por oír —digo bufando.

Cruzo los brazos por debajo del pecho.

—Nos conviene separarnos —dice, y tengo la sensación de que está hablando de un negocio—. Tenemos que alejarnos el uno del otro para pensar con claridad, darnos un tiempo, espacio... Poner distancia.

«¿Alejarnos el uno del otro para pensar con claridad? ¿Darnos un tiempo? ¿Espacio? ¿Poner distancia? Pero ¿qué cojones está diciendo? ¿Estamos tontos o qué?» Las palabras giran en mi cabeza como si estuvieran inmersas en un torbellino. ¿Qué mierda significa eso? Entonces caigo en la cuenta y la sangre se me hiela en las venas. No puede ser...

—Lo de quitarme de en medio es literal —digo con expresión atónita.

—¿Ves? Ya estás convirtiendo esto en una tragedia griega —comenta Javier.

Pero no lo niega, no me dice que estoy equivocada, que estoy confundiendo las cosas, y eso me desespera.

—No me lo puedo creer... —murmuro pasándome las manos por el pelo.

Mientras doy vueltas de un lado a otro del despacho tengo un momento de lucidez. No voy a permitir que me manipule como si fuera una jodida marioneta y tampoco voy a dejar que se salga con la suya. Esta vez no.

Me paro en mitad de la estancia, alzo el rostro y lo miro a los ojos. Esos ojos verdes en los que tantísimas veces me he perdido y en los que tantísimas veces he deseado perderme, puede que solo para encontrarme.

—No voy a ir a Mallorca —digo tajante—. Manda a cualquier otro en el puesto de Marina.

Javier me dirige una mirada autoritaria desde detrás de la mesa.

—No voy a mandar a nadie, vas a ir tú. —Abro la boca para quejarme, pero levanta la mano y me hace callar—. Soy tu jefe, Lara, que no se te olvide —agrega en un tono tan cortante que no admite ninguna réplica.

El estómago se me encoge hasta el tamaño de una canica, y el corazón también. ¿Cómo puede salirme ahora con eso? ¿Con que es mi jefe? Cuando está encima de mí follándome, embistiéndome como un animal en celo, gimiendo mi nombre mientras su cuerpo se estremece de placer entre mis piernas, no se acuerda de que es mi jefe. ¿Cómo puede hacer uso de su poder en las circunstancias en las que nos encontramos? Se supone que estamos juntos en esto... o tal vez no.

—Como quieras —accedo al fin, dando la batalla por perdida.

Decido que discutir con Javier es inútil. Es como hablar con una puta pared. Me vuelvo y me dirijo hacia la puerta del despacho.

—Ten la maleta lista para el miércoles —me dice antes de salir con voz inexpresiva, como la de una máquina de tabaco.

Mi respuesta es un portazo.

Capítulo 6

Miro mi reloj de pulsera. Un discreto Cartier blanco regalo de Javier por mi último cumpleaños.

Llego tarde. Escandalosamente tarde.

¡Mierda!

He quedado con Helena a las ocho y media para tomarnos algo en una de las cafeterías del centro comercial Castellana 200 antes de volver a casa y seguir con la rutina diaria, y voy con veinte minutos de retraso.

Me va a matar.

Helena odia la impuntualidad casi tanto como el brócoli.

Trato de acelerar el paso, adelantando a la gente y sorteando con agilidad a todas las personas con las que me cruzo, pero como siempre los putos tacones no me dejan avanzar todo lo deprisa que quiero. La próxima vez voy a echarme en el bolso unas manoletinas y me voy a reír del mundo.

Cuando diviso la silueta de Helena y su inconfundible abultado pelo rizado en una mesa situada al lado de una mampara que tiene un par de macetas con petunias, junto las manos en un gesto implorante y hago un mohín con la boca.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —repito una y otra vez mientras me acerco a toda prisa a ella.

Helena me mira con cara de pocos amigos, pero después suspira resignada.

—Como sabía que ibas a llegar tarde he venido prevenida — dice alzando la última novela de amor que se está leyendo, porque Helena es una romántica empedernida, aunque me sugiera planes tan superficiales y descabellados como irme al Caribe y tirarme a todo bicho viviente. Pero así es ella, una contradicción en sí misma.

—Mujer prevenida vale por dos —bromeo guiñándole cómplice un ojo—. Aunque tú vales por diez.

Helena sonríe. Me conoce y sabe que no voy a cambiar, aunque también sabe que lo intento. Por eso me lo perdona todo.

Cuelgo el bolso en el respaldo de la silla y me siento frente a ella.

—He tratado de salir antes de la agencia, pero una pareja de novios ha entrado a última hora para que les prepare el viaje de luna de miel a los fiordos noruegos —me justifico—. Las parejas de novios a veces pueden ser muy pesadas —añado pinzándome con los dedos el arco de la nariz.

—Es lógico, uno no tiene una luna de miel todos los días —dice Helena.

—Supongo.

Alzo la mano y hago una señal para llamar la atención de la camarera, una mujer bajita y teñida de rubio, que lleva recogido el pelo en una coleta alta.

—Un ron con limón —le pido cuando se acerca.

—Ahora mismo te lo traigo —dice.

Helena arquea sus cejas pelirrojas —porque es pelirroja natural, y tiene los ojos grises— y me mira como si acabara de pedir una copa de arsénico.

—¿Tienes pensado emborracharte? —me pregunta con tranquilidad.

—No, pero no es mala idea.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ocurre que mi jefe es un cabrón.

Ella se echa a reír y se aparta uno de los rizos rojos que le cubren la cara.

—Esa es una frase que hemos dicho todos alguna vez de nuestros jefes. Yo la semana pasada lo dije del mío.

—Sí, pero en mi caso es distinto, porque da la casualidad de que mi jefe también es mi amante.

—Venga, Lara, desembucha —me apremia, porque empieza a impacientarse.

—Javier me manda a Mallorca veinte días —digo.

—¡Joder! —exclama Helena—. Javier es un cabrón, pero tiene detallazos.

—No lo hace por tener un detalle conmigo, porque quiera regalarme unos días de paz y relax, lo hace porque es un cabrón.

—¿Por qué?

—A Marina, la chica que iba a ir en representación de la cadena al Congreso Nacional de Agencias de Viajes y Turismo, se le ha antojado sufrir una apendicitis y Javier ha tenido la ocurrencia de que vaya yo en su lugar.

—Mujer, no creo que tener que operarse de apendicitis sea un antojo —opina Helena en tono socarrón—. Pero yo no lo veo tan mala idea. No sé por qué dices que es un cabrón... En Mallorca puedes hacer lo mismo que te dije que podrías hacer en el Caribe. Llevarte a la cama a todo el que te dé la puta gana. Hacer el loco, desmelenarte... Allí no va a haber nadie que pueda coartarte.

La camarera vuelve con mi ron con limón, interrumpiendo la conversación. Cuando la mujer se marcha, agarro la copa y me bebo casi la mitad de un trago. El alcohol me raspa la garganta, calentándomela, y aunque no me gusta mucho, agradezco la sensación que me produce.

—Javier me manda a la otra punta de España para alejarme de aquí. Me quiere quitar del medio. Está acojonado —digo retomando la conversación.

Helena todavía me mira alucinada por el atraco que he hecho al ron con limón.

—¿Acojonado? —repite.

—Sí, desde que le he dicho que Gonzalo sabe que tenemos una relación.

—Supongo que tendrá miedo de que pueda enterarse su mujer.

—Claro, y lo entiendo. Yo tengo el mismo miedo, ya te lo dije ayer cuando hablamos por teléfono, pero no tiene por qué mandarme a las islas Baleares. Así no se va a arreglar el problema. Y lo peor es que no he podido negarme, aunque lo he intentado. El muy... —Presiono los labios y callo el exabrupto que pugna por saltar de mi boca—. Me ha salido con lo de que es mi jefe. A estas

alturas —bufo.

—Pega fuerte —apunta Helena—. Por no decir que es un capullo.

—Siempre he acatado sus órdenes en todo lo referente a la agencia. Nunca le he puesto un «pero», ni me he aprovechado de nuestra relación para sacar beneficio. He sido muy respetuosa con eso, pero esto no se lo perdono. —Guardo silencio unos segundos y doy otro trago a mi copa, que me está sabiendo mejor que nunca —. Y por si no fuera suficiente, dice que últimamente estoy muy irascible, que de todo hago un drama y que nos va a venir bien que nos tomemos un tiempo.

Helena bebe un sorbo de su té rojo con hielo.

—¿Y por qué no te lo tomas así? ¿Por qué no te tomas este viaje a Mallorca como una oportunidad para pensar y reflexionar sobre la relación que tienes con Javier? —plantea, con la sensatez que tanto adoro cuando mi mente es un caos—. ¿No crees que es un buen momento para hacer examen de conciencia y quizá... poner las cosas en orden?

Me quedo unos segundos en silencio, pensando en lo que acaba de decir Helena, mientras fijo los ojos en la copa y doy vueltas a los dos dedos de ron con limón que hay en el fondo, como si esperara obtener una respuesta del líquido. Javier tiene razón cuando afirma que últimamente estoy muy irascible, no sé si esa es la palabra exacta, pero sí es cierto que me siento rara con respecto a nuestra relación. No lo puedo negar y no voy a hacerlo. No a mí misma. No sé muy bien de qué modo explicarlo, pero no me encuentro tan cómoda como antes, aunque sigo enamorada de él como el primer día. Sin embargo, ahora que ha salido a la luz lo nuestro, las dudas e inseguridades que tuve cuando empezamos están emergiendo de nuevo a la superficie, y no pretenden dejarme en paz.

—No sé, Helena... —vacilo—. No quiero alejarme de Javier.

—Solo van a ser unos días —dice ella.

Asiento con la cabeza poco convencida.

—Sí, solo van a ser unos días —repito automáticamente, como un robot.

—¿Cuándo te vas?

—El miércoles. El avión sale a las siete de la tarde.

—Aunque vas por motivos laborales, intenta pasártelo bien, ¿vale? —Helena me anima con una expresión risueña que me da a entender que todo va a ir bien.

Capítulo 7

El vuelo a Mallorca sale puntual de la terminal 4 del aeropuerto Barajas Adolfo Suárez, y eso hace que mi humor mejore un poco. Las prisas del viaje y no haber visto a Javier ayer en todo el día me han alterado los nervios, ya bastante tocados por todo lo que ha sucedido últimamente. Según me dijo en una fugaz llamada que se dignó hacerme a media tarde, en la que apenas me dejó abrir la boca, le había surgido un viaje imprevisto a Barcelona. Pero, para ser sincera, yo creo que no se pasó por la agencia para evitarme. Javier está dando la espalda a los problemas que se nos han presentado, y eso me da mucho que pensar. Es un hombre metido en la cuarentena, ¿no se le tendría que suponer un poco de madurez?

«¿Por qué los hombres no maduran nunca?», me pregunto con resignación.

Me consuelo como los tontos. Al menos no me ha tocado esperar en el aeropuerto y las acompañantes con las que comparto asiento son dos hermanas de mediana edad que se encuentran absortas en unas lecturas que parecen muy interesantes, dado que no han despegado los ojos de sus respectivos libros.

Ya de camino, mientras observo por la pequeña ventanilla la espesa manta de nubes algodonadas sobre las que volamos y los rayos de sol que se filtran por ellas formando preciosos velos de luz de color ámbar, me vienen a la cabeza las palabras de Helena, tan lúcidas como de costumbre. «Puede que el viaje a Mallorca sea una buena terapia», pienso. Unos cuantos días lejos de Javier y de la agencia es una oportunidad para examinar tranquilamente mi vida y la relación con él.

Poco más de una hora después, aterrizamos en el aeropuerto de Palma. Los ocho kilómetros que lo separan de la ciudad los

recorro en un taxi cuya conductora, al decirle que vengo de Madrid, me cuenta una a una todas las beldades de la isla.

—¡No te puedes perder todo lo que hay en nuestra preciosa isla! ¡Sería un delito si lo hicieras! —me dice con un entusiasmo envidiable.

Pero yo no sé si tengo muchas ganas de hacer turismo, la verdad. No tengo el chichi para farolillos. Aunque, por supuesto, evito decírselo a ella para no quedar como una rancia y quitarle la ilusión con la que me habla de su tierra.

—No me lo perderé —aseguro finalizando la conversación antes de pagarle la carrera y salir del taxi.

Con la pequeña maleta que me he traído, y donde he metido lo imprescindible para pasar estos días, me paro en la puerta del hotel antes de entrar y echo un vistazo. Es un modesto edificio de varias plantas, con encantadores balcones, y en la fachada podemos leer el nombre: ES PRÍNCEP.

Me decido a entrar y, mientras el recepcionista me toma los datos para el *check-in*, me repito como un mantra que tengo que cambiar eso que llaman chip y tratar de pasarlo lo mejor posible. Me lo digo unas mil veces para ver si se me queda grabado en el cerebro, pues soy muy dura de mollera, como dicen mis padres. No sirve de nada amargarse y catapultarse al fondo del abismo, aunque las circunstancias a mi alrededor inciten a ello, o a tirarse a las vías del tren.

Después del registro, subo a la habitación. Es amplia y coqueta, con muebles de diseño en un cálido color caoba y una terraza con vistas al mar que me enamoran nada más verlas. Abro de par en par las puertas que dan a ella y salgo. Hace un día espléndido. El cielo luce un azul celeste fascinante y el sol resplandece con un brillo aterciopelado, como si quisiera darme la bienvenida.

Algo me lleva a cerrar los ojos e inhalar hondo, llenando los pulmones. El aire huele a sol, a armonía y a brisa marina, como esas eternas tardes de verano en las que la mirada se te pierde contemplando el atardecer justo antes de que el sol alcance el horizonte y el día se escape.

El amago de una sonrisa se cuela discretamente en mis labios, como un secreto.

De vuelta en la realidad, deshago enseguida la maleta: cuelgo la ropa en el armario, llevo el neceser al cuarto de baño y dejo la documentación del congreso sobre el escritorio, preparada para darle un repaso esta noche antes de que la primera conferencia empiece mañana. Lo siguiente que hago es darme una ducha y bajar a cenar.

Voy directamente al comedor, un lugar decorado con plantas tropicales y macetas de helechos, y tras sentarme a una de las mesas que hay libres, pido al camarero sopa de verduras y un filete de merluza a la plancha. No tengo el estómago para muchos trotes. Los nervios me lo tienen cerrado, así que prefiero no cargarlo y comer algo ligero. Estoy a punto de empezar a cenar cuando una voz femenina me interrumpe:

—Hola, Lara.

Alzo el rostro y miro a la persona que está frente a mí. La reconozco de inmediato. Es Lola, una chica cordobesa morena y de grandes ojos negros con la que coincidí hace cuatro años en este mismo congreso, solo que en aquella ocasión el evento se celebró en Alicante.

Sonrío.

—Lola, hola, ¿qué tal estás?

Me levanto y nos saludamos con un par de besos en las mejillas.

—Bien, ¿y tú? —me pregunta.

—Bien.

—Te veo guapísima, chata, ¿cómo lo haces? —dice con un desparpajo que no ha perdido en estos años.

—Trato de no estresarme con el trabajo —bromeo.

Lola ríe y sus ojos desprenden una chispa que da un toque infantil a su rostro.

—Pero tú no puedes quejarte —le devuelvo el piropo, porque es lo correcto, y en este caso porque es verdad.

Lola es una chica muy guapa, dueña de una belleza andaluza que parece haberse acentuado con los años, como el sabor de los

buenos vinos.

—Imagino que has venido para asistir al congreso... —dice.

—Sí —afirmo—. A la chica que iba a venir han tenido que operarla de apendicitis y la estoy sustituyendo.

—Pues me alegro de ver una cara conocida y de que nos alojemos en el mismo hotel —dice Lola.

—¿Quieres sentarte aquí? —le pregunto.

—Ay, sí, te lo agradezco mucho. Detesto comer sola.

Asiento y, mientras el camarero le trae su plato, le pregunto cómo le ha ido en estos años.

—Y, dime, ¿qué es de tu vida?

—Me casé hace tres años —contesta.

—¿Y qué tal la vida de casada?

—Pero me separé hace unos meses.

La respuesta de Lola me deja un poco cortada.

—Oh, lo siento... —me disculpo rápidamente, y noto que mis mejillas se sonrojan.

Lola agita la mano en alto.

—Salí ganando. No supuso una gran pérdida. Rubén era un idiota —dice.

—Si es así, me alegro de que te lo hayas quitado de encima —digo poniendo una nota de humor al tema.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Sinceramente, no tengo ni idea de qué contestar. Porque la situación sentimental en la que me encuentro es bastante difícil de definir, ni haciendo un croquis..., pero resumo: tengo una relación desde hace más de cinco años con un hombre. Eso se considera serio, son bastantes años, pero claro, no cuenta con mucho futuro si el hombre en concreto está casado y tiene hijos, y no anda con miras de divorciarse ni nada parecido.

—Tengo algo por ahí, pero últimamente... no va muy bien. —Lo arreglo como puedo.

—Por eso tienes ese halo de tristeza en los ojos —observa Lola, y me quedo alucinada con su percepción. Qué agudeza la suya.

—¿Tanto se me nota? —no puedo evitar preguntarle.

Ella esboza una sonrisa en sus labios pintados de color coral.

—Tengo un sexto sentido para detectar esas cosas —me responde—. Los ojos no te brillan con la misma intensidad con la que lo hacían la primera vez que te vi hace cuatro años. Por aquel entonces estabas radiante.

Hago un cálculo rápido. «Hace cuatro años, Javier y yo llevábamos solo un año saliendo, y yo estaba encoñadísima con él», pienso para mis adentros. Nos encontrábamos en el mejor momento de la relación. Inmersos en esa etapa en la que todo se arregla a base de polvos y sexo.

—Supongo que, aunque trate de disimularlo, no puedo esconderlo por completo —digo.

—Los ojos son el espejo del alma, querida —dice Lola con su gracia andaluza.

El resto de la conversación transcurre entre risas. Agradezco haber coincidido con Lola en este congreso, así el tiempo va a ser más ameno. Veinte días pueden hacerse muy largos o muy cortos dependiendo de cómo y con quién los pases.

—He estado viendo qué bares hay por la zona para salir a tomar algo después de las ponencias de mañana —comienza Lola cuando estamos asaltando con gula el postre, tres enormes bolas de helado—. Hay una fiesta especial de fin de primavera en un bar al lado del puerto. El Olimpo de los Dioses, creo que se llama... ¿Te apetece ir? Podríamos pasarlo bien.

Arrugo la nariz. No sé si la idea me entusiasma. Salir de fiesta como una quinceañera no es mi plan perfecto. Ha dejado de serlo hace unos cuantos años ya.

—No sé...

Lola no me deja terminar.

—Venga, Lara, no podemos quedarnos metidas en el hotel los días que va a durar el congreso. Ya que estamos en Mallorca y que el verano está a la vuelta de la esquina, debemos aprovecharlo. Es casi una obligación —trata de convencerme.

La miro. Su boca está abierta en una sonrisa artificial de dientes apretados, como la del gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. Y admito que me hace gracia. Lola es tan *cuqui*...

—Está bien, iremos a ese bar. ¿Cómo has dicho que se llama? —pregunto.

—El Olimpo de los Dioses. Quizá sea un nombre premonitorio y encontremos allí a un buen par de dioses. —Eleva las cejas un par de veces—. Aunque con dos maromos buenorros nos conformamos también.

Muevo la cabeza y sonrío para mí al darme cuenta de que Lola podría ser perfectamente hermana de Helena. Tienen la misma forma de ver... las cosas.

Ella mira el reloj cuando se acaba el helado. Retira la silla y se levanta.

—Me voy —dice—. Todavía tengo que leerme la documentación del congreso y quiero aprovechar este rato. Mañana nos vemos, guapa.

—Hasta mañana —me despido.

Capítulo 8

No creo que en El Olimpo de los Dioses —el nombrecito se las trae, todo hay que decirlo— encontremos ningún dios, como dice Lola, ni tampoco ningún diablo, pero tiene razón cuando afirma que no podemos pasarnos todo el día metidas en el hotel, sobre todo en una ciudad tan tentadora como Palma. Además, no somos monjas de clausura. A nadie le va a hacer daño una copa y un poco de distracción.

Cuando hice la maleta, no tenía planeado salir de fiesta, así que no metí nada de ropa para la ocasión. Pero remiendo la falta de previsión con una falda vaquera corta, una elegante camiseta de tirantes de lentejuelas negras y unas sandalias con un taconazo de vértigo que alargan mis piernas hasta el infinito y más allá.

—Arreglada pero informal —me digo frente al espejo, bastante conforme con mi improvisado *outfit*, mientras me pinto los labios de un llamativo color fucsia.

Cuando estoy lista bajo al vestíbulo, donde he quedado con Lola. En el ascensor trato de no pensar en Javier ni en nada de lo que he dejado en Madrid, relegándolo al último rincón de mi cabeza. El muy capullo ni siquiera se ha dignado llamarme en todo el día. Ya no sé ni qué pensar de su actitud. Pero desde luego me siento decepcionada.

—Estás para hacerte un favor, chata —bromea Lola al verme.

Bato las pestañas lentamente fingiendo coquetería y me echo a reír.

—Tú sí que estás para hacerte un favor. ¿Dónde coño tenía tu marido los ojos para dejarte escapar? —pregunto.

—En el culo —dice ella.

—Pero ahí solo hay uno —se me ocurre.

—Pues con ese me miraba.

Ambas rompemos a reír con una carcajada.

* * *

El Olimpo de los Dioses es un bar situado a unos pocos metros de la playa. Se encuentra tan próximo a ella que el salitre impregna el aire como una seña de identidad. En el interior, bañado por una íntima luz de neón violeta, largas enredaderas, con sus hojas y frondas, cubren paredes y techos dando un toque exótico al lugar. Echo un vistazo rápido. Está lleno de gente arregladísima, como si fuera el cotillón de Nochevieja, pero con la piel bronceada. Diría que algunos se han quedado con todo el sol de la playa. Joder, ¿cómo coño se puede estar tan moreno?

—No está mal, ¿verdad? —me pregunta Lola.

—No, la verdad es que el bar está genial —respondo.

Además, la música, una selección de los años noventa mezclada con temas más actuales, es bastante decente. Nos da la bienvenida *No Roots* de Alice Merton, y eso me anima bastante.

Vamos derechas a la barra y, entre el barullo creciente de las conversaciones de la gente que nos rodea, le pedimos al camarero unas copas casi a grito pelado. Yo opto por mi acostumbrado ron con limón, para no perder el hábito, y Lola por un JB con Coca-Cola.

—¡Madre mía, cómo está el camarero! —dice dándome un codazo cuando el chico se da la vuelta para coger las respectivas botellas, situadas en las estanterías que hay detrás de él—. Le doy un nueve. Le daría un diez si no fuera por el *piercing* en la ceja. No me gustan mucho los *piercings*, aunque tengo que reconocer que a él no le queda mal.

—Habla más bajo, que va a oírte —replico sintiendo algo de vergüenza.

Lola se ríe.

—No me va a oír, y si me oye, mejor. No estoy diciendo nada que no sea verdad —añade con descaro, comiéndoselo con los ojos.

Durante un segundo me arrepiento de haber aceptado su invitación de venir a El Olimpo de los Dioses. No tenemos quince

años ni podemos comportarnos como si los tuviéramos. Somos mujeres hechas y derechas, por Dios.

—Mira, al otro camarero, el que está en el extremo de la barra, el rubio con perilla, le doy un ocho —dice.

—Deja de poner nota a los hombres, Lola.

—¿Por qué? Es divertido. —Sonríe con picardía.

No me imaginaba que Lola pudiera ser tan descarada, aunque bien es cierto que no la conozco tanto como para saber cómo es, pero me pareció más discreta cuando coincidimos en el congreso que se celebró en Alicante. Quizá la separación de su marido la ha devuelto a la adolescencia, porque se queda embobada mirando a cada hombre que pasa como si tuviera las hormonas en plena ebullición.

El camarero vuelve con nuestras bebidas y Lola le guiña coquetamente un ojo cuando paga. La madre que la parió, no desaprovecha la ocasión. Él le ofrece una sonrisa que a mí me parece prometedora. Uy, aquí hay tema que te quema...

—Hay demasiados hombres guapos en el mundo como para perder el tiempo con uno solo —dice Lola, volviéndose hacia mí copa en mano.

Sonrío a la evidencia cogiendo de la barra mi ron con limón. Es cierto que a veces lo único que hacemos con una pareja es perder el tiempo, porque terminan convirtiéndose en caminos que no van a ninguna parte, si es que alguna vez fueron caminos que recorrer, si no han sido desde el principio callejones sin salida. Por ejemplo, Javier.

«¡No! ¡No! ¡No!», grito para mis adentros.

Nada de pensar en él esta noche.

Stop.

Para.

Alto.

Respiro hondo apartando de mi cabeza todo lo que tiene que ver con Javier. Él es quien me ha mandado aquí, quien me ha apartado de su lado, quien me ha dicho que nos tomemos un tiempo...

—¿Nos sentamos? —sugiero.

—Sí —dice Lola.

Miro a mi alrededor en busca de una mesa libre. En mi recorrido por el bar, me topo con los ojos de un chico que me está mirando fijamente desde el otro extremo. Entre los claroscuros que forman las luces puedo ver que es muy atractivo: moreno, con rasgos rotundos y barba de un par de días que le sienta genial. No sé la razón, quizá es por la intensidad con la que me observa, pero me pongo nerviosa. Sospecho que estoy oxidada en esto de ligar, como una de esas máquinas que llevan años sin utilizarse y que necesitan engrasarse. Hago memoria y caigo en la cuenta de que hace siglos que no salgo a divertirme.

Lo único que se me ocurre es fingir que no lo he visto y, para ello, alzo levemente la barbilla y me vuelvo hacia Lola adoptando un gesto de indiferencia.

—Allí hay una vacía —dice ella, señalando con el índice una mesa en el rincón del fondo.

No sé si son imaginaciones o paranoias mías, pero siento la mirada de ese chico clavada en mi nuca, taladrándome. Movida por un impulso, giro la cabeza y miro con disimulo hacia él. Mis sospechas se confirman cuando me encuentro de nuevo con su intensa mirada, tan persistente que el corazón se me acelera. Estoy tan nerviosa que al mover el brazo tiro la copa de Lola.

—¡Joder, lo siento! —me disculpo.

Lola, que me demuestra tener unos reflejos nivel Dios, echa la silla para atrás y se retira rápidamente.

—¿Te he manchado? —le pregunto.

Mi voz está teñida de preocupación. Chasqueo la lengua, molesta conmigo misma por mostrarme tan torpe. La culpa la tiene ese chico que no deja de mirarme. ¿Qué narices le pasa? ¿Por qué mierda no me quita el ojo de encima?

—Tranquila, no me ha caído ni una gota —contesta Lola.

—Menudos reflejos —digo con admiración.

Ella sonríe.

—Voy a pedirte otra copa —me adelanto a añadir, levantándome de la silla. Lola me detiene poniendo la mano en mi brazo.

—Deja que vaya yo, así veo de nuevo al camarero —dice con voz seductora.

—Vale.

La observo dirigirse a la barra y colocarse en el lado donde el camarero del *piercing* está sirviendo. Está claro que es una chica que no duda en ir a por lo que le interesa.

Respiro hondo y trato de convencerme de que no tengo motivo para estar nerviosa. Da igual si ese o cualquier otro chico me mira como si quisiera desnudarme con la vista, yo tengo pareja: estoy con Javier.

Cuando me termino la copa miro hacia la barra. Lola está en un rincón hablando con el camarero y compartiendo risas y complicidad con él. Suspiro y niego con la cabeza. Mucho me temo que no voy a poder contar con ella esta noche.

Odio esta situación. No me gusta estar sola en los bares. Mientras veo cómo la gente se divierte, vuelvo a arrepentirme de haber venido a El Olimpo de los Dioses, debería haberme inventado una excusa y haberme quedado en la habitación leyendo o viendo alguna serie en Netflix.

Me debato entre levantarme e irme al hotel o dirigirme a la barra y pedirme otra copa. Al final opto por lo segundo. No voy a dejar sola a Lola. Haciendo un esfuerzo, me levanto y me obligo a ir a la barra, poniendo todo mi empeño, que no es poco, en no mirar hacia la mesa del desconocido que no deja de observarme.

La barra está llena de gente y me toca esperar si quiero pedir. Pese a que mi primera intención es volver a la mesa, acabo poniéndome en la cola. Bien pensado, tampoco tengo nada mejor que hacer.

—¿Laura?

Doy un pequeño respingo al oír una voz masculina muy cerca de mi oído. Me vuelvo con el ceño fruncido. ¿Quién osa perturbar mi paz?

Miro al chico que está detrás de mí. Es un tipo de unos veintipocos años, alto y rubio. Tiene unos bonitos ojos castaños y una sonrisa llena de deslumbrantes y perfectos dientes blancos. Valdría para hacer un anuncio de dentífrico sin necesidad de

Photoshop. Pero que invada mi espacio personal y respire en mi oreja sin conocerme hace que me caiga mal de inmediato. Me dan ganas de decirle que deje correr el aire entre nosotros, pero me contengo.

Nada de borderíos ni numeritos en Mallorca.

—Creo que me estás confundiendo con otra persona —digo con calma, sin pretensiones de darle conversación.

—¿No te acuerdas? Nos conocimos el verano pasado aquí mismo —insiste.

—Perdona, pero te estás equivocando —repito con expresión rancia, al límite de mi paciencia.

La cola avanza un par de metros y aprovecho para volverme, darle la espalda y, naturalmente, pasar (deshacerme) de él. Parece que ha pillado la indirecta, porque ya no lo oigo más. ¿Quién será la siguiente a la que le irá con la tontería del nombrecito?

Avanzo un par de turnos más en mi misión de llegar a la barra. Estiro el cuello y veo que ya solo hay tres personas delante de mí. Joder, esto es peor que la cola del paro.

—¿Lara?

Una voz masculina suena de nuevo a mi espalda.

¡No puede ser! Otro idiota con la misma estúpida estrategia para ligar. No, por favor. Pero ¿qué cojones les pasa a los tíos? ¿Venden un manual donde les dan trucos cutres para entrarles a las chicas y todos lo han comprado? Por Dios, que ya tenemos una edad...

Contraigo las mandíbulas y me giro bruscamente hacia él con cara de rottweiler, dispuesta a cantarle las cuarenta, pero me quedo con la boca abierta, como si me hubiera convertido en una estatua de piedra en el momento de girarme. Mi sorpresa es colosal cuando tengo a menos de un metro al chico que me miraba desde la mesa.

—Eres Lara, ¿verdad?

Ahora que puedo distinguir su rostro de cerca estoy pasmada. Es mucho más guapo de lo que me parecía desde la mesa. Moreno, con unos rasgos clásicos que rayan casi la perfección; pómulos marcados y unos labios carnosos y definidos que dan ganas de

morder. De morder, de chupar, de succionar… Oh, Dios. Los vaqueros ajustados que lleva puestos resaltan sus piernas largas y atléticas, y posee unos hombros anchos que incitan a pedirle —o a suplicarle agarrada a su tobillo cual lapa— que te abrace, que te abrace hasta que te desencaje la columna vertebral.

Con tal estampa, mi cerebro solo reacciona para asentir de forma mecánica con la cabeza, como aquellos perritos que llevaban los coches de antaño en la bandeja trasera y que se movían debido a la inercia.

—¿Nos conocemos? —digo con cautela cuando consigo reaccionar.

—¿No te acuerdas de mí?

Lo miro con el ceño fruncido mientras me pregunto en silencio si no será otra triquiñuela para ligar conmigo, como la del chico anterior. Pero se sabe mi nombre. Es imposible que lo haya adivinado por azar, no es tan común como María, Ana o Laura, y además no parece de esos tíos que necesiten usar ese tipo de argucias para conseguir a la mujer que quiera. Se las tiene que quitar de encima a manotazos.

—Lo siento, pero no…

—Me siento ofendido —bromea. Su voz es… como caramelo caliente sobre una enorme bola de helado.

Estoy mirando sus labios cuando se curvan en una sonrisa. ¿Cómo puede tener alguien una sonrisa tan jodidamente espectacular?

—Después de todos los momentos que hemos pasado juntos, que no te acuerdes de mí duele —continúa, llevándose la mano al corazón y fingiendo estar destrozado por mi falta de memoria.

Vuelvo a preguntarme si no se estará quedando conmigo y le dedico una mirada recelosa a la par que curiosa, buscando dónde situarlo y si es cierto que debería recordarlo. Juro que me acordaría si hubiera compartido un solo segundo de mi vida con él.

Un haz de luz del bar pasa por sus ojos, iluminándolos y permitiéndome ver que son de un claro azul y que están rodeados de larguísimas pestañas. Es extraño, pero de pronto me resulta familiar. Una vaga imagen trata de abrirse camino por mi cerebro

a codazos, pero no termina de adquirir nitidez en mi cabeza por más que me esfuerzo, y no logro recordar quién es. Frustrada, me doy por vencida.

—Creo que me has confundido con otra pers... —comienzo a decir.

Pero entonces una imagen del pasado aparece en mi mente como el fogonazo de un *flash*. Rápido. Fugaz. Cegador. No puede ser... No puede ser quien pienso que es. El estómago me da un vuelco y durante unos segundos mi corazón deja de latir.

—¿Lucas?

Capítulo 9

—El mismo que viste y calza —afirma.

Al ver que finalmente lo he reconocido, su sonrisa se ensancha, haciéndose todavía más espectacular y más IRRESISTIBLE —sí, en mayúsculas—, y yo siento que mis huesos se disuelven dentro de mi cuerpo hasta que me tiemblan las piernas como si fueran de gelatina.

Me tapo la boca con la mano.

—Joder... —susurro con asombro.

Lucas, que por fortuna está más lúcido que yo, se inclina y me da un par de efusivos besos en las mejillas.

—Te ha costado reconocerme —dice.

—Sí, bueno..., es que estás muy cambiado —señalo atónita, colocándome el pelo detrás de las orejas.

—Te confieso que a mí también me ha costado un poco reconocerte —asegura—. Te he estado mirando un rato desde la mesa porque no estaba seguro de que fueras tú. Te has convertido en toda una mujer.

—Y tú en todo un hombre —digo, o balbuceo, no lo sé muy bien. Porque creo que estoy a punto de que me dé una embolia.

Y en menudo hombre se ha convertido. No me extraña que me haya costado un huevo y parte del otro reconocerlo. La última vez que lo vi era flaco y desgarbado, como la mayoría de los adolescentes, aunque era muy guapo, eso sí; pero ahora lo es todavía más y su cuerpo es fuerte y musculoso.

—¿Cuántos años han pasado desde el último verano que nos vimos? —me pregunta.

Hago memoria y tiro de matemáticas para hacer cuentas.

—Unos quince —respondo.

—Quince años... Eso es media vida —comenta pasándose la

mano por el pelo.

Era una niña cuando me enamoré perdidamente de Lucas. Yo tenía diez años por aquel entonces y él trece. Los tres años de diferencia que había entre nosotros a él lo metían directo en el grupo de «los mayores», como llamábamos en mi pueblo a los que nos sacaban unos cuantos años. Pertenecer a ese grupo era algo así como pertenecer a un club Vip al que nosotros, «los pequeños», no podíamos acceder.

Lucas era un madrileño que pasaba los veranos en la casa de sus abuelos, situada al lado de la mía, lo que nos convertía en vecinos. Nuestra amistad se fraguó cuando éramos solo unos niños y esas estúpidas etiquetas no nos afectaban. Y, aunque él integraba el prestigioso club Vip de «los mayores», no había día que no encontráramos un hueco para pasarlo juntos.

Entre nuestras incontables gestas de aquellos años estaban cazar grillos, ranas, escaparnos al río a bañarnos y jugar a la «mano negra», o lo que comúnmente se conoce en el argot popular como llamar al timbre de una casa y salir corriendo a toda velocidad para que los dueños no te vean. He de reconocer que yo por aquella época era un poco «chicazo», en el buen sentido de la palabra. No me entendáis mal, pero me lo pasaba mejor con Lucas que con mis amigas. Influía, claro, que él me gustaba, con la intensidad y la inocencia con la que te gusta un chico por primera vez en tu vida. Lucas se convirtió en uno de esos amores platónicos que aparecen en la adolescencia, carente de cualquier elemento o connotación sexual, y que la mayoría de las veces ni siquiera es correspondido, como era mi caso.

Él fue el primero que me hizo sentir el agitado revoloteo de las mariposas en el estómago, el primero que deseé que me robara un beso. Yo lo adoraba, literalmente. Sentía una devoción por él como la que se siente por la imagen de un santo o una Virgen, pero él no correspondía a mi adoración. Para Lucas solo era la vecina mocosa con la que podía hacer toda clase de chiquilladas.

—¿Qué te parece si te invito a algo y nos ponemos al día? —sugiere.

—Sí, claro —contesto por inercia.

La verdad es que estoy todavía en estado de shock. A la última persona que habría esperado encontrarme aquí sería a Lucas, y menos después de tantos años. Nuestros caminos se separaron hace una década y media y nunca más volvimos a saber el uno del otro.

Hasta esta noche.

Nos acercamos a la barra, que por fin parece haberse despejado de gente, y nos sentamos en los dos únicos taburetes que quedan libres, como si alguien los hubiera dejado ahí para nosotros a propósito.

—¿Empezamos por un chupito? —dice Lucas.

—Vale.

—¿Has probado el Jägermeister? —me pregunta.

Arrugo la frente.

—¿El *Jagerqué*? —digo.

Lucas se echa a reír al ver la expresión de mi cara. Su risa es la guinda del pastel: profunda, masculina, resonante.

—Jägermeister. Es un licor de hierbas alemán.

—¿Y a qué sabe?

Sus anchos hombros se alzan y su camiseta negra se ajusta prodigiosamente a los músculos de sus brazos. El movimiento me hace tragar saliva. Joder.

—Está hecho con más de cincuenta y seis ingredientes distintos, así que su sabor es difícil de definir —responde.

Y sus palabras me resultan tentadoras.

—Bien, tomémonos un Jägermeister de esos —acepto con aplomo.

Lucas hace una seña al camarero con la mano para que lo atienda.

—Dos Jägermeister —pide.

El chico rubio con perilla, al que antes Lola le ha dado un ocho de nota, asiente y coloca dos vasos de chupito sobre la barra. Saca del estante una botella parecida a la de un whisky, desenrosca el tapón verde y, con habilidad, llena los vasos de un líquido amarillento que podría ser perfectamente una muestra de orina.

Lucas coge uno y me lo pasa, después pilla el otro para él.

—A la de tres —me anima.

—A la de tres —digo.

Sin dejar de mirarme, empieza a contar.

—Uno, dos y...

—Tres —termino de decir yo.

Ambos nos llevamos el vasito a la boca y nos bebemos el líquido que contiene de un solo trago.

¡Santo Dios!

Aprieto los labios y mi rostro se contrae en una mueca al sentir lo fuerte que está. Noto que las mejillas se me llenan de calor.

—¡Joder! —mascullo cuando la lengua de fuego que quema mi garganta se disipa.

—En la Segunda Guerra Mundial, las tropas alemanas utilizaban el Jägermeister como anestésico y desinfectante para las heridas —me explica Lucas.

—No me extraña —afirmo aún con la cara contraída mientras dejo el vaso sobre la barra—. Esto resucitaría a una momia.

—Tranquila, parece fuerte las primeras cien veces, luego te acostumbras —dice él entre risas. Y observándolo llego a la conclusión de que tiene que ser verdad, porque él ni se ha inmutado—. Y dime, Lara, ¿estás aquí de vacaciones o por trabajo?

—Un poco de ambas cosas —contesto—. He venido al Congreso Nacional de Agencias de Viajes y Turismo. Este año se celebra aquí.

—Finalmente estudiaste Turismo, como querías —observa, y me sorprende que se acuerde de la carrera que quería estudiar cuando era una adolescente.

—Sí —afirmo.

—Siempre te gustó viajar y conocer otras culturas.

—Sí, y me sigue gustando, pero viajar no es barato, y además hay que tener tiempo. Y tú, ¿estás aquí de vacaciones?

—No, trabajo aquí. Soy biólogo marino.

Mis ojos se agrandan.

—Así que tu afición a cazar ranas, renacuajos y peces del río te llevó a ser biólogo marino —digo.

—Creo que sí.

—Tiene que ser un trabajo fascinante —apunto.

—No está mal, la verdad.

Por el brillo que atisbo en sus ojos azules sé que su trabajo le apasiona. Ya lo hacía cuando éramos niños. Los animales eran su pasión: ranas, grillos, peces, pájaros…

—¡Lucas, estás aquí!

Un par de chicos aparecen en escena. Al verlos, Lucas choca la mano con ellos con esa noble camaradería que solo comparten los hombres.

—Hola —los saluda.

Ambos chicos, más o menos de mi edad, me miran con los ojos entornados y algo de suspicacia, como si estuvieran pensando que soy el ligue de Lucas.

—Si interrumpimos, nos vamos… —dice el segundo con doble intención.

—No interrumpís nada —se adelanta a hablar Lucas—. Ella es Lara, una amiga de la infancia que me he encontrado por casualidad aquí.

—Hola, Lara, yo soy Quique —se presenta el primero de ellos.

Se acerca y me da un par de besos.

—Hola, encantada —digo.

—Yo soy Alejandro —explica el segundo.

—Encantada, Alejandro.

—Cuidado con las casualidades, que las carga el diablo —bromea el que se llama Quique mirándome a mí y a Lucas alternativamente.

—Qué poético —responde Lucas en tono socarrón—. Anda, tira —indica dándole una sonora palmada en la espalda.

Se levanta del taburete y eso me anuncia que se va a ir. Pero descubro que no quiero que se marche. Me siento como una rueda a la que le han sacado el aire. Incluso me sienta mal que sus amigos hayan venido a interrumpir nuestra conversación. Hay muchas cosas que quiero preguntarle, la principal, que si está casado o tiene novia.

«Un momento…»

Detengo en seco mis pensamientos dentro de mi cabeza. «¿Qué cojones me pasa? —me pregunto—. A mí me da igual su estado civil; si tiene novia, si está casado; si tiene familia numerosa, mascotas incluidas, o si tiene dos pares de gemelos.»

—Ahora tengo que irme —dice dirigiéndose a mí—. Pero, si te apetece, podemos quedar en otro momento y seguir poniéndonos al día.

Y sus palabras, por raro que parezca, producen en mí un tremendo alivio. Quiero volver a verlo.

—Sí, claro —contesto, como cuando de pequeños me proponía ir a cazar ranas al río.

—¿Tienes ahí el móvil?

—Sí.

—Déjamelo —me pide.

Abro el bolso, recostado encima de la barra, meto la mano en él, y tras unos segundos rebuscando en el fondo, saco el teléfono y se lo paso.

—Este es mi número —explica tecleando con dedos ágiles en la pantalla táctil del *smartphone*—. Llámame y quedamos —añade, devolviéndomelo.

—Vale —digo al tiempo que se lo cojo de la mano.

—Disfruta de la noche —se despide, guiñándome un ojo con un gesto que me parece de lo más sexy.

—Tú también —le deseo con expresión de idiota en la cara.

Mientras lo veo desaparecer entre la gente que abarrota el bar, me digo a mí misma que espero que no la disfrute metido entre las piernas de alguna de las exuberantes chicas que hay en la noche de Mallorca.

—¿Quién es la maravilla con la que hablabas? —Lola aparece a mi lado con un cóctel de esos que vienen decorados con una sombrillita.

—Es Lucas.

—Pues a Lucas le doy un diez —dice siguiendo con su afición de poner nota a los chicos.

Se lleva la pajita a la boca y da un sorbo al cóctel.

—¿Y de dónde ha salido nuestro diez? —pregunta.

—La verdad es que lo conozco.

Lola me mira con sorpresa.

—¿De qué lo conoces?

—Veraneaba en mi pueblo cuando era niño. Sus abuelos eran mis vecinos.

Sonrío al recordar lo feliz que fue mi niñez y mi adolescencia con él.

—¿Y te lo has encontrado aquí? ¡Qué casualidad! ¿Está de vacaciones? —Lola sigue con su interrogatorio.

—No, vive aquí, en Palma, es biólogo marino —respondo.

—¡Guau!

—Lucas es la última persona a la que esperaba encontrarme aquí. De hecho, hacía quince años que no nos veíamos.

Algo percibe Lola en mi voz o en la expresión de mi rostro, porque me pregunta:

—¿Fuisteis novios?

—No. Solo fuimos amigos.

—Pero él te gustó, ¿verdad?

¿Esta chica tiene poderes adivinatorios, un radar, o es que la expresión de mi rostro es un puñetero libro abierto para todo el mundo?

Suspiro.

—Sí, fue el primer chico del que me enamoré.

—¿Y qué vas a hacer?

Enarco una ceja.

—¿Cómo que qué voy a hacer?

—Me he fijado en cómo lo miras...

Dedico a Lola una mirada de extrañeza. ¿De qué habla?

—¿Y cómo lo miro? —pregunto.

—Pues seguro que como lo mirabas cuando eras una adolescente —contesta.

—No digas tonterías. —Bufo a medio camino de la indignación—. Lo que pasa es que me ha hecho mucha ilusión verlo después de tantos años, porque éramos muy amigos...

—Y porque fue el primer chico que te gustó, fue tu primer amor, aunque no te correspondiera, y eso nunca se olvida. Sobre

todo si está tan bueno como lo está Lucas.

—Eso no es cierto. —Me defiendo como una cucaracha patas arriba—. Además, te he dicho que tengo una historia en Madrid.

—Sí, y también me has dicho que la relación no está bien del todo —Lola sigue bebiendo su cóctel como si nada—, y cuando en una relación se abre una grieta, a veces por esa grieta se cuela otra persona.

—Lucas no se va a colar por ningún lado —me apresuro a decir, como si fuera a mí misma a quien quisiera convencer de tal afirmación.

—Yo lo dejaría colarse entre mis piernas —dice Lola con travesura en los ojos negros—. Oye... —Cambia el peso de un pie a otro, saca la pajita de la copa y lame las gotitas del cóctel—, ya que a ti no te interesa tener nada con él, ¿te importa si yo..., ya sabes, le tiro la caña?

Parpadeo sorprendida y empiezo a notar cierta tensión en las mandíbulas. Levanto el rostro y miro a Lola con recelo. O con celos, no sé muy bien. Pero ¿por qué debería importarme que le tire los trastos a Lucas? Yo estoy con Javier.

«No, no me importa. Por supuesto que no. Yo estoy con Javier», me repito. Pero de pronto, no sé de dónde, emergen en mí unas enormes ganas de lanzarle a la cara el cóctel que tiene en las manos.

Capítulo 10

Mis labios todavía tienen prendida la sonrisa bobalicona que se me dibujó anoche cuando miré el móvil y vi que Lucas había sustituido su nombre por «El chico con el que contabas estrellas» cuando apuntó su número en la agenda de contactos.

Al leerlo, un torrente de recuerdos se agolpa en mi mente. Aparte de cazar grillos, ranas, bañarnos en el río y otras actividades de ese calibre, algunas noches Lucas y yo nos tumbábamos en el prado que hay fuera del pueblo, hombro con hombro, con la bóveda celestial extendida sobre nuestras cabezas, y nos poníamos a contar estrellas, como si el cielo y cada astro nos pertenecieran.

Él me enseñó dónde estaba el Lucero de la tarde o Estrella vespertina, que es la denominación común para referirse al planeta Venus, y que se deja ver sutilmente las tres primeras horas del atardecer al oeste y las tres últimas antes del amanecer al este. Curioso, ¿verdad? Con él, todo lo era.

Lucas me decía que siempre podía encontrarlo cerca de la Luna (y así es), y que su misión era protegerla. Eran cosas de niños, claro, pero a mí me encantaba creer que aquella historia era cierta y que Venus protegía a la misteriosa Luna.

A veces pasábamos tanto tiempo contando estrellas que el sueño nos vencía y nos quedábamos dormidos en mitad del prado. Suerte que era verano y hacía calor. En pleno invierno eso habría sido del todo inviable. Cuando nos despertábamos, nos tocaba salir por patas a casa y colarnos por la ventana para que no nos regañaran por habernos pasado de la hora impuesta.

—¿Cómo es posible que se acuerde? —susurro tumbada boca arriba en la cama.

Giro el rostro. Los débiles rayos matutinos iluminan el reloj

digital de la mesilla. Abro los ojos como platos y la expresión embobada que tengo se me esfuma de un plumazo al ver que se me echa encima la hora a la que va a dar comienzo la ponencia de hoy en el congreso.

—¡Mierda! —grito.

Retiro la sábana de golpe y salto de la cama directa al baño, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Abro el grifo y me meto en la ducha después de haberme quitado el pijama al vuelo.

* * *

Llego a la carrera. La puerta de la sala donde se celebra el congreso está cerrada, así que imagino que ya ha empezado la ponencia. Tiro del pomo y, al abrir y ver lo que hay al otro lado, mis sospechas cristalizan. Una mujer rubia con el pelo cortado a lo *garçon* está hablando en lo alto de la tarima. Echo un vistazo por la sala y localizo a Lola en uno de los sillones de la penúltima fila. Por suerte no me toca ir hasta el principio. Me pongo de puntillas para que los tacones no resuenen en el suelo y, con todo el sigilo de que soy capaz, camino hacia ella.

—¿Se te han pegado las sábanas? —me dice en voz extremadamente baja cuando me siento a su lado.

—Algo así —respondo.

Me niego a admitir que mi tardanza se debe a que mi mente ha estado divagando por los recuerdos de mi niñez con Lucas.

—No te has perdido nada interesante —apostilla—. Esta tarde voy a ir a la playa a tomar un poco el sol, ¿te apuntas? —Hace una pausa y me dirige una mirada maliciosa por encima de sus gafas de pasta rojas—. A no ser que tengas otros planes más interesantes… —Deja la frase suspendida en el aire y de inmediato intuyo por dónde van los tiros.

—No tengo otros planes más interesantes —corto.

—¿No vas a quedar con Lucas?

—No —niego.

Y cuando el monosílabo sale de mi boca me siento como si

estuviera desilusionándome a mí misma, como si una parte de mí no estuviera del todo de acuerdo con esa decisión. Pero es que en estos momentos lo más inteligente que puedo hacer es mantenerme alejada de Lucas. El motivo no lo sé, pero entraña peligro.

—Además, tengo muchas ganas de tomar el sol y quitarme de encima este blanco nuclear —añado para dar convicción a mi negativa.

—Como quieras... —dice Lola encogiéndose de hombros.

Las distintas ponencias y charlas se alargan durante toda la mañana y, mientras los expertos hablan, micrófono en mano, para darnos consejos útiles sobre cómo atraer nuevos clientes y satisfacer de forma óptima sus demandas, me es imposible dejar de mirar el móvil, sacándolo una y otra vez del bolso. Respiro hondo, armándome de paciencia, cuando lo consulto por última vez y veo que sigo sin tener noticias de Javier, pese a que lo he llamado un par de veces. Pero su respuesta brilla escandalosamente por su ausencia.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Lola al percibir mi desasosiego.

—Javier no me ha llamado ni una sola vez desde que me he venido a Mallorca ni ha respondido a las dos llamadas que le he hecho yo —respondo.

—¿Javier es el tío con el que estás?

Asiento.

Sí, Javier es el gilipollas con el que estoy. Porque Javier se está descubriendo, como el que no quiere la cosa, como un auténtico gilipollas. Contando con que todavía estemos juntos, porque me parece que él lo de tomarnos un tiempo lo ha asumido en serio. Tan en serio que ni siquiera me llama. El muy cabrón... Podría haberme atropellado una locomotora o haberse estrellado el avión en el Mediterráneo, que no se enteraría.

Eso me lleva a preguntarme con muy malas pulgas qué diablos le pasa. En cuanto le ha visto las orejas al lobo ha salido corriendo como un niño pequeño. En el fondo no es más que un cobarde.

—¿En tres días no has sabido nada de él? —dice Lola.

—No.

Tuerce la boca.

—Pues no pinta muy bien, chata —opina, tratando de amortiguar la cruda realidad adoptando un tono cariñoso en sus palabras.

—No, no pinta nada bien —digo pensativa, mirando de nuevo el móvil.

* * *

Me tumbo en la toalla, cierro los ojos y dejo que el Mediterráneo entre en mí a través de todos los poros de mi piel. La brisa corre ligera, agitándome los mechones de pelo que se me han soltado de la trenza que me he hecho antes de salir del hotel, y los rayos de sol caen sobre mi rostro brindándome una serenidad como pocas cosas en la vida.

—¿No me digas que esto no es vida? —Oigo la voz de Lola entre la neblina de paz en la que me hallo sumergida.

—Ya lo creo que es vida —susurro complacida sin abrir los ojos.

Lanzo al aire un suspiro.

Al ser junio, la playa no está atiborrada como ocurre en julio y agosto, y no nos hemos tenido que tirar de los pelos ni partirnos la cara con la gente para quedarnos con un trocito en el que poner las toallas y tumbarnos. Así que la tarde ha empezado bien.

La inercia de las últimas horas hace que mire el móvil otra vez casi como una autómata. Mi corazón se rompe en pedazos cuando compruebo que Javier sigue sin dar señales de vida. Es frustrante. Pero respiro hondo y me trago las ganas de llorar.

—¿Sigues sin saber nada de Javier? —me pregunta Lola.

Niego con la cabeza.

—Nada.

—¿Él sabe que estáis saliendo?

Vuelvo el rostro hacia ella y me bajo ligeramente las gafas de sol, mirándola con cara de circunstancias, o como si acabara de transformarse en un marciano.

—¿Perdona? —digo.

Lola ríe.

—Es que hay hombres que no se enteran —bromea—. No se les da bien eso de poner etiqueta a las relaciones.

—Llevamos más de cinco años juntos —explico.

—Vaya... —Lola parece sorprendida—. Si después de cinco años no lo tiene claro, el asunto es peor de lo que parece. —Se incorpora y se sienta en la toalla, mirándome—. Y llevando juntos tanto tiempo, ¿no tenéis planes de futuro? No es que yo abogue mucho por el matrimonio, puesto que estoy divorciada, pero está bien oficializar la pareja si queréis tener hijos.

—Él lo tiene todo muy claro, te lo aseguro —digo—. Pero entre nosotros las cosas no son tan fáciles... —Mi voz se va apagando.

Lola carraspea y cambia de posición.

—Quizá me estoy metiendo donde no me llaman, Lara, pero ¿por qué? ¿Por qué las cosas no son fáciles entre vosotros?

Imitando su gesto, me levanto y me siento en la toalla. Me debato interiormente durante unos instantes, sopesando la idea de contarle mi historia con Javier, pero dudo que la entienda. Las amantes, queridas o como nos llamen, no estamos muy bien vistas. No digo que no sea normal y no voy a justificarme, pero el corazón no siempre se enamora de la persona adecuada. El corazón no entiende de lógicas ni de razones, ni de cuál es la persona correcta o no. Se enamora y te lo tienes que comer con patatas.

—Él es un hombre casado y además es mi jefe —confieso al final del tirón.

Percibo en la expresión de Lola una ligera chispa de sorpresa. Supongo que no esperaba una respuesta como la que le he dado. Durante unos segundos no murmura ni una palabra.

—Oh... —susurra al cabo de un rato.

—Sé que está mal y no voy a justificarme porque no tengo justificación, pero a veces las historias no son perfectas —me adelanto a decir.

—Al menos eres honesta y, sobre todo, contigo misma —comenta Lola—. Yo no soy nadie para juzgarte, y no voy a hacerlo,

pero evidentemente no es algo que comparta, ni siquiera que entienda. Yo me separé de mi marido porque lo pillé con otra.

Dibujo una mueca en mis labios.

Aunque no es su intención, las palabras de Lola me hacen sentir como una puta mierda, como la peor persona del mundo. Tal vez lo soy.

—Siento mucho que esa fuera la razón —digo bajando la cabeza.

—Lo que me pasó a mí no es culpa tuya —comenta—. Pero, dime, ¿por qué estáis mal? —Retoma la conversación.

—La gente de la oficina se ha enterado de lo nuestro y a Javier le ha entrado el pánico. Me ha alejado de todo, incluso de él, enviándome aquí, y ahora no da señales de vida —le resumo mientras dejo que la mirada vague por el horizonte—. ¿Sabes qué sensación tengo? —Vuelvo el rostro hacia Lola para mirarla—. Que hemos estado bien mientras no había problemas, pero, ahora que los hay, que la gente sabe que estamos liados, él ha salido huyendo. Nunca le he exigido nada ni he pretendido que se separara de su mujer, pero ahora sí quiero que me dé la cara. En cambio, ha salido pitando.

—Los hombres infieles son así. No se caracterizan precisamente por ser valientes —afirma Lola con dureza.

Y no puedo negar que no tenga razón. Para muestra, un botón.

Nuestra conversación se interrumpe cuando una pequeña pelota pasa justo al lado de la cabeza de Lola —a punto está de golpearla— y cae entre las dos.

Gira la cara sobresaltada.

—¿Por qué no os vais a jugar a otro lado con la puñetera pelotita? —dice con expresión de pocos amigos a los dos chicos que la han lanzado.

Uno de ellos se acerca y se coloca delante de nosotras. Alzo el rostro y me pongo la mano en la frente a modo de visera, pues el sol me ciega los ojos y no me permite verle la cara.

Delante de mí, con un bañador negro ajustadito, resaltando su bronceado, y el torso desnudo, está Lucas. Sí, Lucas. En todo su

puto esplendor. La respiración se me corta de golpe y me quedo sin aliento. Joder, imposible no fijarme en su abdomen. Es como una tabla de lavar de las que tenían nuestras abuelas. Os juro que con un poco de agua y detergente podría lavar mi bikini en él.

—Perdonad, chicas —se disculpa con voz suave—. Se nos ha escapado. —Sus ojos azul claro se dirigen a mí con un fugaz brillo que no soy capaz de interpretar—. Hola, Lara —dice.

—Hola, Lucas —lo saludo, y es lo único que alcanzo a decir, o a balbucear, porque a mi cerebro no le está llegando el suficiente oxígeno en este momento y lo único que puedo hacer es tratar de no babear. ¿Por qué me turba tanto su presencia? ¿Por qué me altera tanto verlo? Todo mi cuerpo parece ponerse en alerta.

Lola extiende el brazo y le devuelve la pelota.

—Gracias —dice Lucas.

El chico que está jugando con él a las paletas se acerca a nosotras. Es entonces cuando veo que se trata de Quique. Lola carraspea ruidosamente para hacer notar su presencia. Creo que su intención es que la presente. Pues no se hable más.

—Ella es Lola —indico—. Lola, él es Lucas y él Quique —los presento, señalando a uno y a otro.

—Encantado de conocerte, Lola —afirma Lucas con amabilidad.

—Encantado —repite Quique.

—Encantada, chicos —corresponde Lola, a quien ya se le ha pasado el cabreo.

—Volvemos a encontrarnos —me dice Lucas con una extensa sonrisa en la boca.

Y por la expresión que advierto en su mirada parece que está pensando que nuestros encuentros son cosa del destino, como si las hadas que manejan con sigilo los hilos tuvieran algo que ver.

Sus ojos se deslizan sutilmente por mi cuerpo. Entonces me doy cuenta de que estoy en bikini, un bikini negro y rosa que no me dio tiempo a estrenar el verano pasado, y no sé por qué, me sonrojo. ¿Cómo puedo ser tan idiota? Ya no soy una adolescente, soy una mujer abocada a los treinta.

«Por Dios, Lara», me reprendo.

—¿Por qué no nos tomamos algo los cuatro en el chiringuito? —propone Lola.

Giro el rostro como si hubiera recibido un latigazo y la miro con ganas de estrangularla despacio con mis propias manos. Lola me ofrece una sonrisa de anuncio de pasta de dientes mientras se encoge de hombros con gesto inocente y me guiña un ojo discretamente, aunque su intención es clara, porque de inmediato centra la atención en Quique, al que tengo la impresión de que encuentra muy interesante.

Y lo es.

Quique es alto, guapete, con ojos oscuros y rasgos marcados. Tiene un cuerpo atlético y un pelo negro que para sí quisieran los modelos de anuncios de champús.

—A mí me parece una buena idea —dice prestándole la misma atención a Lola que ella le presta a él.

—Y a mí —tercia Lucas, que de pronto está encantado, como si se hubiera puesto de acuerdo con Lola para organizar el casual encuentro—. En el chiringuito preparan unos mojitos deliciosos —añade.

¿Por qué no deja de sonreír de esa forma tan condenadamente irresistible?

—Os ayudamos a recoger las cosas —propone Quique con resolución.

Y yo, sin decir nada, como si me hubiera comido la lengua el gato.

Nos ponemos un pareo y después, entre los cuatro, lo metemos todo rápido en las bolsas de playa y nos dirigimos al chiringuito.

Lola y Quique se quedan hablando en la barra, pero Lucas y yo preferimos sentarnos a una mesa de la terraza. Es de madera, con varias capas de pintura blanca, y lo suficientemente pequeña como para que a Lucas apenas le quepan las piernas debajo de ella. Parece de juguete comparada con él.

Durante los primeros instantes se instala un silencio extraño entre nosotros. Un silencio que no sé muy bien qué significa, y que tampoco logro identificar si es malo o bueno. Solo sé que está ahí,

sobrevolando nuestras cabezas como un fantasma.

—Quizá estoy metiendo la pata... —dice él de pronto.

—¿Por qué dices eso? —pregunto.

Lucas se encoge de hombros.

—No sé... Tal vez tienes novio o estás casada, o a punto de casarte, y no te apetece andar quedando conmigo.

Lo miro unos segundos y, aunque las facciones de su rostro son varoniles y marcadas como las de un hombre, en sus ojos claros veo a aquel niño con el que jugaba todos los veranos, con el que hacía travesuras y contaba estrellas, y del que me enamoré como una loca cuando era adolescente.

Me aclaro la garganta y, tragando saliva despacio, me esfuerzo para no mirar a otro lado.

—No estoy casada ni tengo novio.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensar lo que he dicho, o al menos darles una vuelta en la cabeza. ¿Por qué he respondido eso? Porque es la verdad. Javier no es mi marido ni tampoco mi novio.

«Pero tienes una relación con él —me dice una malévola vocecita interior—. Técnicamente no estás libre.»

«Si de tecnicismos hablamos, técnicamente nos estamos tomando un tiempo. ¿No? ¿No es eso lo que dijo Javier? ¿Que necesitábamos tiempo y espacio?», le replico.

No dejo que la dichosa vocecita me diga nada más, le doy un puntapié y pregunto a Lucas:

—¿Y tú? ¿Tienes novia o...?

Él se apresura a responder sacudiendo enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—No —niega. El alivio hace que suelte el aire que de forma inconsciente he estado conteniendo en los pulmones—. Estuve saliendo con una chica dos años, pero ahora estoy soltero y entero —bromea.

No sé si estoy haciendo bien ocultándole mi verdadero estado sentimental; ocultándole que en realidad soy la amante de un hombre casado y que ese hombre es, además, mi jefe. Supongo que no, pero algo, ignoro qué, me incita a acercarme a él, como un

pesado imán que tira de mi cuerpo hacia el suyo sin que pueda evitarlo, y creo que decírselo lo alejaría.

—Me sorprende que te acuerdes de que soy la chica con la que contabas estrellas —digo haciendo alusión al apelativo con el que se añadió a los contactos de mi teléfono: «El chico con el que contabas estrellas».

Lucas esboza una sonrisa de su catálogo de «sonrisas encantadoras» y yo doy un sorbo a mi mojito —que está delicioso, todo hay que decirlo—, intentando mantener a raya la temperatura de mi cuerpo, que amenaza con subir varios grados de golpe, y no precisamente por razones climatológicas.

—No lo olvidaría nunca —dice. Él también bebe un trago de su mojito—. Mi infancia fue maravillosa en parte gracias a ti. Tengo unos recuerdos preciosos de nuestros veranos en el pueblo.

El corazón me da un brinco dentro del pecho.

—Yo también tengo unos recuerdos preciosos de aquella época —revelo.

Lucas apoya el vaso en la mesa y me mira.

—¿Te gustaría recordar viejos tiempos? —me pregunta.

—¿Quieres que vayamos a cazar ranas y peces? —digo en tono de broma.

—No exactamente. —Ríe—. Pero ¿te gustaría bucear conmigo mañana en la cala En Basset? Es un lugar precioso y hay una gran cantidad de vida marina. Estoy seguro de que te encantará ver las profundidades del mar.

La idea me entusiasma, pero nunca he buceado, no de esa manera, y así se lo hago saber a Lucas.

—Nunca he buceado.

—Pero sabes nadar…

—Sí, claro.

—Bastará con eso. Bucearás junto a mí.

—¿Y el equipo? Yo no tengo.

—Alquilaremos uno para ti, no hay problema.

Su entusiasmo me contagia, incrustándose en cada célula de mi cuerpo. Es tan desbordante que me hace pensar que por lo menos merece la pena intentarlo. Los ojos le brillan de una forma

infantil, como cuando era un niño. Entonces los recuerdos de aquella época se apoderan de mí y me devuelven parte de las sensaciones que tenía cuando era una cría.

—¿Qué me dices? —insiste con una ceja arqueada, esperando mi respuesta—. Te advierto que el buceo es adictivo. Está considerada una de las mejores cosas del mundo junto al chocolate y la siesta —prosigue—. Algunos piensan que incluso es mejor que el sexo —añade, y sus ojos adquieren una sombra de malicia, que ignoro por qué, pero me encanta.

No sé si es verdad o no, lo del chocolate, lo de la siesta, lo del sexo, pero termina por convencerme.

—De acuerdo —accedo sonriente.

Capítulo 11

Lucas pasa a recogerme al hotel a las cuatro de la tarde del día siguiente. Antes de salir de la habitación llamo a Javier, por si le llega un soplo de lucidez y le da por cogerme el teléfono. Pero tampoco tengo esa suerte. El tono suena una y otra vez interminablemente al otro lado de la línea sin que descuelgue. Una ola de tristeza me invade. «¿Cómo puede desentenderse de mí de esta forma?», me digo con indignación.

—Lara, ¿estás bien? —me pregunta Lucas al entrar en su coche.

Fuerzo una sonrisa.

—Sí, estoy bien —miento.

—No tienes buena cara.

—Descuida, es solo cansancio. El congreso está siendo muy pesado. —Pongo eso como excusa, aunque en realidad me está resultando sumamente interesante. Estoy aprendiendo un montón de cosas.

—Si quieres podemos dejarlo para otro día.

La comprensión que muestra Lucas me llega al corazón. Levanto la mirada hasta sus ojos y el inicio de una sonrisilla eleva la comisura de mis labios, pero esta vez no necesito forzarla, es espontánea y de verdad.

—No —contesto con resolución en la voz.

No estoy dispuesta a que Javier me estropee el día. No voy a dejar que mi ánimo dependa de él, o de si me llama o no. Creo que esa es una de las primeras premisas que sugieren los libros de autoayuda para ser feliz: que no dejemos nuestra felicidad en manos de los demás, y voy a tratar de aplicármela.

—Quiero ir a bucear contigo, Lucas —digo.

Él me sonríe, iluminándome el día y cambiando mi estado de

ánimo con la misma facilidad con que lo hacía cuando era una niña y me enfadaba porque mis padres me habían regañado por haberlos desobedecido.

—Bien, entonces pongámonos en marcha —dice al tiempo que arranca el coche.

* * *

—¿No te sorprende que nos hayamos encontrado en Mallorca después de quince años sin vernos? —me pregunta Lucas sin quitar la vista de la carretera.

—Sí que me sorprende, porque nunca pensé que volvería a verte, y menos en este viaje —contesto.

—¿Por qué en este viaje no?

—Porque no debería haber venido yo, sino una compañera de trabajo, pero la tuvieron que operar de apendicitis en el último momento, y en su lugar vine yo, aunque te confieso que lo hice a regañadientes.

—¿No querías venir?

—No, me obligó mi jefe —digo tratando de que mi voz suene neutral y no adopte ninguna entonación extraña al hablar de Javier.

Lucas gira el rostro hacia mí.

—¿Y ahora te arrepientes de haber venido? —me pregunta.

Noto un anhelo en su voz.

—No, no me arrepiento. Está siendo un viaje genial, y eso que venía dispuestísima a no disfrutarlo, pero Mallorca es preciosa.

—¿Cuántos días vas a estar aquí?

—Veinte.

Él entorna los ojos. Esos ojos azules tan bonitos. Esos ojos que parecen contener un pedazo de mar.

—Yo voy a poner todo mi empeño para que este viaje sea inolvidable para ti —dice.

Y el tono de su voz encierra miles de promesas, miles de ilusiones, miles de confidencias, de descubrimientos, de revelaciones...

Un escalofrío recorre mi espina dorsal hasta erizarme el vello de la nuca. No puedo verme la cara, pero seguro que en estos momentos la tengo de idiota.

* * *

Llegamos en unos cuarenta y cinco minutos aproximadamente, aunque a mí se me han pasado en un suspiro. La teoría de la relatividad del tiempo de Einstein se confirma en casos como este.

Lucas deja el coche en el parking de un recinto donde está el centro de buceo, un pequeño edificio de dos plantas con la fachada pintada de gris.

—Aquí podemos alquilar un equipo para ti y una lancha de motor para desplazarnos —dice dirigiéndose a la entrada.

Yo sigo sus pasos emocionada, con el estómago lleno de nervios, dando saltitos como una niña pequeña antes de entrar en el parque de atracciones, pues la idea de bucear..., matizo: la idea de bucear *con él* cada vez me seduce más.

Cuando lo tenemos todo, incluido el equipo propio de Lucas, que saca del maletero del coche, caminamos hasta la cala.

En Basset es una pequeña ensenada llena de belleza al oeste de la isla de Mallorca. Está formada por grandes paredes de rocas y un suelo cubierto de una manta de posidonia; una planta acuática con flores típica del Mediterráneo.

El aire huele a salitre y la brisa sopla ligeramente, revolviéndome el pelo.

—¿Qué es? —pregunto señalando el islote que tenemos enfrente.

—Es la isla Dragonera —contesta Lucas.

—¿Hay dragones en ella? —bromeo en referencia a su llamativo nombre.

—Hoy por hoy aún no se ha visto ninguno, pero nunca se sabe... —Sonríe con complicidad—. La isla de Mallorca es tan mágica que podrías encontrarte un dragón en alguno de sus asombrosos rincones.

—¿Por qué la llaman así?

—Se cree que es por la hendidura de agua dulce que hay en una cueva que posee la isla. Procede del término latín *traconis*, que significa «hendidura en la tierra».

Asiento obnubilada.

Dios, lo escucho como si fuera tonta de baba. Es como si el sonido de su voz, grave y modulado, me hipnotizara hasta atontarme.

—Es impresionante —comento.

El contraste entre el exuberante verde de la isla, el intenso azul del cielo y el color delicadamente turquesa del mar crea un efecto sorprendente. Tanto es así que uno podría llegar a pensar que es cierto que es un lugar mágico.

—Lo impresionante viene ahora —dice Lucas, pasándome mi equipo de buceo.

Apoyo la pesada mochila en el suelo, abro la cremallera y lo primero que saco es el traje de neopreno. Al verlo, pongo cara de póquer. No tengo ni puta idea de por dónde empezar.

—Yo te ayudo a ponértelo —se apresura a decir él con amabilidad.

—Te lo agradezco, porque no tengo la menor idea de por dónde cogerlo, la verdad —reconozco con algo de vergüenza.

—Quítate la ropa —me indica.

Y al oírlo pronunciar esas palabras, mi mente pronto se va por otros derroteros que nada tienen que ver con el buceo y el neopreno. Tienen más que ver con… Sacudo la cabeza para expulsar los pensamientos indecorosos que la atraviesan.

«Vade retro, Satana!»

—Lara, la ropa… —repite Lucas al ver que no me muevo.

—Ah, sí, perdón —farfullo.

Dejo de divagar y de ir por caminos que no debo y, cuando vuelvo en mí, me desabrocho el botón del short vaquero. Me lo quito, lo doblo y lo dejó sobre una roca, junto con el top de tirantes, quedándome únicamente con el bikini, un modelo de color verde botella con un estampado de florecillas negras. Alzo la vista y alcanzo a ver cómo Lucas se quita la camiseta por la cabeza.

¡La madre del cordero!

Los músculos de su torso se definen por el movimiento de los brazos con una precisión que quita el aliento. De hecho, me doy cuenta de que se me ha olvidado respirar. Su cuerpo parece cincelado por el mismísimo Gian Lorenzo Bernini. Y no ayuda a normalizar mi respiración que tenga la piel tan bronceada y que me den ganas de pasarle la lengua por ella como si fuera un caramelo gigante.

Mmm…

Oh, no, comienzo a divagar otra vez.

«Vade retro, Satana! Vade retro!»

Quizá no haya sido tan buena idea después de todo venir a bucear con Lucas. Verlo enfundado en el ajustado traje de neopreno tampoco contribuye a calmar mi mente calenturienta.

—Lara, ¿estás bien? —Su voz a un metro de mí me sobresalta.

Parpadeo varias veces. No, joder, no. ¿Cómo voy a estar bien?

—Sí, perfectamente —miento.

—Si te da miedo o no te apetece podemos cancelarlo —dice.

—No, no, de verdad. Estoy superemocionada. Tengo muchas ganas de bucear. Es que me he distraído pensando en una tontería del trabajo —digo en tono despreocupado y vehemente a la vez, para que me crea.

Porque decirle que me está poniendo cachonda no estaría bien, ¿verdad?

—Tienes la misma expresión expectante que cuando te proponía ir a cazar grillos —observa él al tiempo que manipula mi traje.

Me echo a reír mientras se agacha y comienza a tirar de las perneras del mono de neopreno para subírmelo por las pantorrillas.

—¿Te acuerdas de los terrarios caseros que les hacíamos para que vivieran? —le pregunto, empezando a sentirme nerviosa por su cercanía.

—Como para no acordarme. Eran auténticas obras de ingeniería —contesta.

Me estremezco de placer cuando siento su cálido aliento sobre mi tripa. Solo espero que Lucas no se haya dado cuenta de cómo

reacciono ante él.

—Eran hoteles de lujo —apunto, intentando mantener la compostura y la mente ocupada, pero a duras penas puedo conseguir alguna de las dos cosas.

Él se levanta despacio, al tiempo que tira del traje de neopreno hacia arriba para ir ajustándolo a mi cuerpo.

—Mete los brazos por aquí —indica. Introduzco los brazos por las mangas del traje—. No ha habido niños en el mundo que trataran tan bien a los grillos como tú y yo —dice retomando la conversación.

—Sí, es cierto. Hasta les dábamos de comer lechuga —digo mirando al frente, porque ni siquiera me atrevo a respirar por miedo a que mi cuerpo reaccione de alguna forma inesperada.

Por fin oigo el sonido rasposo que hace la cremallera al subirla y suelto el aire.

—Ya estás lista —concluye Lucas.

Alzo los ojos hacia él. Está tan cerca que puedo sentir su respiración. Durante unos segundos nos quedamos mirándonos, incapaces de decir palabra, inmersos en un silencio rebosante de significado, bebiendo el uno de la mirada del otro.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero para mí es como si no hubiera nadie más en el mundo que él. Todo desaparece. Todo se evapora. Todo se esfuma.

—Gracias —susurro al cabo de un rato.

Y mi agradecimiento no sé si es más por haberme ayudado a ponerme el traje de neopreno o porque esté conmigo en este idílico lugar con alma de paraíso.

Bajo la mirada y rompo el intenso contacto visual entre nosotros. Lucas esboza una débil sonrisa.

—De nada —dice dándose la vuelta—. Por cierto, bonito bikini —apunta mientras echa a caminar hacia sus cosas.

—Gracias —repito como si no supiera decir otra palabra, o como si fuera gilipollas.

—Las bombonas de oxígeno, la máscara y el esnórquel nos los pondremos en la lancha —indica Lucas.

Guardamos las cosas en las mochilas y nos dirigimos a la zona

donde están las lanchas para coger la que hemos alquilado. Una vez subidos a ella, nos trasladamos a la orilla este de la isla Dragonera. Antes de alcanzarla, Lucas para el motor y echa el ancla.

—Aquí los arrecifes son espectaculares —comenta.

Me coloca cuidadosamente la bombona a la espalda y la máscara y el esnórquel en la cara y me explica la manera correcta de lanzarme al agua. No parece complicado, pese a que sea una completa inexperta en el tema. Solo espero —y rezo por ello— no hacer el ridículo delante de Lucas, porque conmigo nunca se sabe. Si vamos diez chicas por la calle, yo sería a la que se le quedaría encajado el tacón en el minúsculo agujero de la alcantarilla. Por eso espero —repito, y rezo por ello— no sufrir ningún percance que quede grabado en nuestras retinas para la posteridad.

Lucas prefiere que primero me zambulla yo, para comprobar que lo hago de forma correcta y que no tengo ningún problema. Sigo a pies juntillas todas las instrucciones tal y como me indica con paciencia infinita. Me siento en el borde de la lancha y me dejo caer hacia atrás. Cuando compruebo que estoy ya en el agua sin haberme dado un coscorrón con la lancha o haberme partido la crisma, saco la mano derecha y apunto con el pulgar hacia arriba para mostrarle que todo ha ido bien.

Nada más sumergirse él, busca mi mano, la coge y, con una sonrisa que veo en sus preciosos ojos azules, comenzamos a descender hacia el fondo marino, agitando enérgicamente los pies. Solo vamos a bajar unos pocos metros, nada profesional, así que no hay que preocuparse por el nitrógeno ni el síndrome de descompresión. Lo que para mí no deja de ser un alivio.

Capítulo 12

A medida que descendemos me acomete el miedo. Nunca he buceado, como ya he dicho, y ya sabemos el pavor que tenemos los seres humanos a lo desconocido, y además yo, lo confieso ahora que no nos oye nadie, soy bastante catastrofista. Pienso que el pie se me va a quedar enganchado en el fondo, que el oxígeno se acaba y me asfixio y un largo etcétera más de calamidades e infortunios que acaban conmigo muerta. Pero la presencia de Lucas y su mano agarrando con firmeza la mía me dan tanta seguridad, tanta confianza, que disipa cualquier duda, incluso el desasosiego que me produce pensar que me pueda morder un tiburón.

Y no me arrepiento ni un solo instante de haberme dejado convencer, porque el mundo submarino que se ofrece a mis ojos es un espectáculo tan fascinante como increíble.

Miro a un lado y a otro con los ojos muy abiertos, tratando de abarcar todo lo que me rodea. Todos los colores del mundo parecen haberse desparramado por el fondo del mar, impregnando de irisación cuanto hay en él.

Una colonia de corales forma pesadas estructuras esbozando figuras fascinantes. Decenas de recovecos los atraviesan de un lado a otro como si fueran las calles de una ciudad en miniatura.

Algas rosa danzan arriba y abajo con sinuosos movimientos como si siguieran el compás de una nostálgica música, obligando a la mirada a no despegarse de su maravillosa visión. Me descubro hipnotizada por la imagen, hasta que un banco de pequeños peces naranja pasa delante de mí, llamando mi atención.

Lucas me suelta la mano y, ya más confiada, en una tonta ilusión trato de acariciar uno de los peces. El animal gira bruscamente y se aleja.

Vuelvo el rostro para buscar la mirada de Lucas. Sus ojos me

sonríen a través de la máscara. Yo le devuelvo el gesto emocionada. Ignoro si es él, si soy yo, si es la absoluta quietud del lugar, el silencio, o la exquisita belleza del fondo del mar, pero siento una extraña liberación que se expande por cada célula de mi cuerpo.

Joder, qué maravilla.

Lucas aferra de nuevo mi mano y, batiendo los pies, me arrastra unos metros hasta una zona de arrecifes de color blanco. Veo que extiende el brazo para señalar algo. Sigo el movimiento de su mano y me encuentro en el suelo una estrella de mar de un brillante púrpura.

«Es preciosa», pienso.

Aprieto la mano de Lucas para indicarle que me encanta.

La estrella desaparece de pronto cuando un cangrejo se asoma alborotando la arena con sus pinzas.

Me echo a reír.

Dedicamos algo más de dos horas a explorar cuanto encontramos en esa especie de pecera gigante, sin dejar de hacernos señas cada vez que vemos algo nuevo o un pez multicolor pasa por nuestro lado. Jamás pensé que pudiera haber tanta belleza bajo el mar y que disfrutaría tanto viéndolo.

Lucas se da un par de golpecitos en la muñeca, como si tuviera un reloj, y me indica con el dedo que tenemos que ascender. Yo asiento conforme, aunque no saldría de aquí nunca. Me coge la mano y, juntos, subimos a la superficie. Cuando mi cabeza emerge del agua no puedo evitar dar un grito. Me quito la máscara y el esnórquel y extiendo una sonrisa por mi cara que se abre de oreja a oreja.

—¡Es maravilloso! —exclamo emocionada—. Lucas, es... Joder, es... maravilloso —repito, porque no me salen más palabras —. Simplemente maravilloso. Ahora entiendo por qué eres biólogo marino.

—¿De verdad te ha gustado? —me pregunta.

También se ha quitado la máscara y el esnórquel y me observa expectante.

—¿Que si me ha gustado? Ha sido la experiencia más

fascinante de mi vida —digo entusiasmada—. Me pasaría todo el día ahí abajo —añado sin poder dejar de sonreír.

Me acerco a él y la emoción del momento hace que eche los brazos alrededor de su cuello y lo abrace cual pulpo.

—Me alegro de que te haya gustado —me dice al oído con voz cálida.

Entonces tomo conciencia de que estamos demasiado cerca el uno del otro, de que es muy guapo (demasiado guapo, joder), y mis mejillas se encienden de golpe. Aun así, mis ojos descienden involuntariamente hasta su boca, como si tuvieran vida propia y no se rigieran por mi cerebro. Observo que sus labios tienen un par de gotitas de agua y debo hacer un esfuerzo para vencer la tentación de pasar la lengua por ellas. Deseo lamerlas, beberlas, besarlas...

En silencio me pregunto cómo será besar a Lucas. Y es una pregunta que ya me hice siendo una adolescente. ¿Quién iba a decirme a mí que volvería a planteármela arañando los treinta?

Carraspeo nerviosa y obligo a mi cerebro a funcionar. Me separo de él enseguida y trato de recomponerme a pasos agigantados, o esto puede terminar en un desastre.

—Subamos a la lancha —dice entonces.

Cuando llegamos a la orilla de la cala, nos despojamos de todo el equipo de buceo y lo metemos en las mochilas.

—¿Te apetece ir a comer un poco de pescadito frito a Sant Elm, una localidad cercana?

No lo dudo ni un instante.

—Sí, porque estoy hambrienta, bucear me ha abierto el apetito —respondo, vestida de nuevo con mi short vaquero y mi camiseta de tirantes.

—Veo que sigues con el mismo apetito que cuando eras niña —comenta colgándose la mochila en el hombro—. ¿Devoras los bocadillos de Nocilla como si te fuera tu vida y la de todos tus familiares en ello?

—Estooo... —me rasco el cuello—, sí. Es más, ahora me los hago triples. No puedo evitarlo, la Nocilla es una de mis debilidades —le confieso, aunque es algo que ya sabe—. El chocolate en general. Si vieras el repaso que les doy a las cajas de

bombones… Las dejo temblando.

Lucas se queda mirándome como si yo fuera un animal en peligro de extinción.

—Eres la hostia, Lara —dice de pronto.

* * *

Caminamos por un paseo marítimo lleno de restaurantes de todo tipo. Finalmente entramos en uno de ellos y nos acomodamos en la terraza, donde las vistas al mar son preciosas. El camarero se acerca a nosotros y, tras enumerarnos con suma amabilidad y cercanía los platos de la carta, en la que hay mucho pescado, mucho vino y mucha fruta, nos decantamos por unas sardinas fritas y un salteado de verduras.

El olor a salitre, con el mar meciendo las olas a solo unos metros, sigue impregnando el aire, pero en Sant Elm se mezcla con el fino aroma que desprende el jazmín que rodea la terraza.

—¿Te gusta? —me pregunta Lucas, lanzando un vistazo a su alrededor.

—Me encanta. Es un lugar que tiene muchísimo encanto —respondo.

Él echa el torso hacia delante, apoya los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos y me mira por encima de ellos con una expresión que no logro interpretar, y eso que no se me da mal leer caras, pero no sé por qué con él me cuesta tanto.

—Físicamente has cambiado mucho, como es lógico, pero sigo viendo en ti a la niña con la que contaba estrellas en el prado —dice.

Me azoro ante la intensidad de su mirada azul y la complicidad que hay en sus palabras.

—No queda mucho de aquella niña en mí —afirmo.

—¿Por qué dices eso? Todos conservamos dentro algo del niño que fuimos.

Observo sus ojos. Son de un azul tan intenso como el cielo que tengo enfrente.

—Con los años nos vamos viciando y perdemos la inocencia

que poseemos cuando somos pequeños —comento.

—Vamos, Lara, hablas como si te hubieras convertido en una bruja.

—Hay gente que aseguraría que lo soy —asevero.

No sé por qué narices digo esto, y por qué se lo digo a Lucas, pero estoy pensando en la relación que mantengo con Javier y en lo que piensa la gente de las mujeres como yo. Probablemente zorra será lo más bonito que nos llamen.

Lucas ríe sin tomarse en serio mis palabras.

El camarero aparece en escena con nuestros platos y una cesta de pan y lo deposita todo sobre la mesa.

—Recuerdo una vez que yo pensé que eras una bruja —dice Lucas para mi sorpresa cuando este se va.

Frunzo el ceño.

—¿Cuándo pensaste que era una bruja?

—Cuando le dijiste a todo el mundo que tenía piojos. Te odié por ello.

—Yo... yo nunca dije que tenías piojos —digo con una voz que sale chillona de mis cuerdas vocales, mintiendo lo mejor que puedo porque en realidad sí que hice correr ese rumor por el pueblo cuando tenía diez años y Lucas trece. Pero fue porque a Irene, una niña de cabellos dorados y grandes ojos azules que había llegado nueva, le gustaba Lucas, y no quería que jugara con él.

Vale, sí, apuntaba maneras de bruja. No lo voy a negar.

—Eres la peor mentirosa del mundo, Lara —dice él socarrón—. Sí que lo hiciste, y ningún niño quería acercarse a mí por miedo a que se los pegara. Incluso mi abuela me lavó unas semanas el pelo con un champú que olía a rayos. Joder, apestaba.

Me muerdo los labios. A duras penas soy capaz de contener la risa.

—Bueno, era solo una niña —me excuso. El tono que utilizo ahora es suave como la seda—. Habría sido peor si hubiera dicho que tenías ladillas, y créeme que estuve a punto de decirlo.

Lucas se echa hacia atrás y suelta una sonora carcajada, dejando entrever su perfecta y blanca dentadura. El sonido

vibrante y masculino de su risa resuena en mi mente como una melodía. El cabrón es sexy hasta descojonándose de risa.

—¡Madre mía, eras un bicho! —exclama.

Inclino la cabeza a un lado, me encojo de hombros y pongo en mi cara una expresión de inocencia digna de la mejor actriz de Hollywood, caída de pestañas incluida, como si no hubiera roto un plato en mi jodida vida.

—Seguro que lo hiciste para que jugase solo contigo —dice complacido.

—Eres un engreído —replico.

—¿Yo? ¿Un engreído? ¿Eso es lo que piensas de mí? —me pregunta.

Las comisuras de mis labios se elevan en una sonrisa.

—No —niego con franqueza—. La verdad es que eres un tío encantador.

«Y fascinante, inteligente, divertido e increíblemente guapo», pero esto decido que es mejor y más prudente callármelo.

Y sin percatarnos, como suele ocurrir en estos casos, surge entre nosotros una suerte de conexión mágica que se va tejiendo con sigilo como un encantamiento y que crece con los recuerdos, con las decenas de anécdotas que nos contamos, con las risas cómplices, con las miradas más cómplices aún; que son incapaces de desprenderse la una de la otra, y con las que nos comunicamos sin necesidad de utilizar las palabras. Una conexión que toma forma con el brillo juguetón de los ojos, con las sonrisas sin venir a cuento, esbozadas simplemente porque sí, sin un pretexto, por sonreírle al otro, nada más, con una confabulación entre ambos que nos saca de la realidad.

Y la maravillosa cercanía que sentimos nos hace pensar que no ha pasado el tiempo, que los quince años que hemos estado sin vernos se han desvanecido en una nada que tiene poco que ver con el mundo material y mucho menos con las manecillas del reloj, convirtiéndose en ceniza, en polvo, y trasladándonos casi al punto en el que lo dejamos. Exactamente en ese preciso punto, como si continuáramos siendo los mejores amigos.

Estiramos la tarde hasta encender las primeras farolas de Sant

Elm, para disfrutar el uno del otro, aunque lo disfrazamos detrás del típico «ponernos al día». Pero en el fondo hay algo más.

Y este lugar parece de pronto estar hecho exclusivamente para nosotros, a nuestra medida. El mundo entero parece hecho a nuestra medida. Sin que sobre ni falte nada.

Capítulo 13

Por suerte, al día siguiente llego excepcionalmente puntual al congreso. Debe de ser que voy aprendiendo, o que en lugar de vertiginosos zapatos de tacón de doce centímetros llevo unos de poco más de cinco y eso me ha permitido caminar más rápido. Me encuentro con Lola en la puerta del edificio donde se celebran las conferencias y charlas. Está apoyada en la pared, terminando de fumarse un cigarrillo. En cuanto me ve, endereza la espalda y se pone a hacerme preguntas en plan ametralladora, con una soltura que para sí habrían querido muchos miembros de la Santa Inquisición.

—¿Qué tal ayer el buceo? —Empieza nada más apagar la colilla y tirarla a la papelera.

—Bien, pero estoy hecha polvo, no pensé que bucear cansara tanto —respondo—. Aunque mereció la pena. Dios, Lola, tienes que ver todo lo que hay bajo el mar. ¡Es impresionante! —digo entusiasmada.

Pero si el buceo cansa o no cansa, si el fondo marino es impresionante o no, o si he visto a la Sirenita o a Neptuno, no es lo que le interesa a Lola. A ella lo que le importa es saber qué tal me ha ido con Lucas. De lo poco que la conozco, sé que tiene una tendencia a la curiosidad muy acusada, o al cotilleo, más bien.

—¿Y con Lucas? —continúa.

«Lo sabía.»

—Bien.

Entorna los ojos y me dedica una mirada suspicaz.

—¿Solo bien?

—¿Cómo quieres que nos fuera?

—No sé… —Se encoge de hombros—. Parecía la cita perfecta para terminar follando como bestias.

Pongo los ojos en blanco.

—Solo somos amigos —le aclaro—. Además, que no se te olvide que yo tengo una relación.

No le diré que me abalancé sobre él para abrazarlo, que estuve a punto de lamerle dos gotitas de agua que tenía en los labios y que durante unos instantes me pregunté cómo sería besarlo. Y que, por la noche, ya metida en la cama, volví a preguntármelo, como cuando era una adolescente.

—A propósito, ¿has sabido algo de Javier? —dice muy oportuna mientras emprendemos el camino hacia el salón donde tienen lugar las conferencias.

Mi semblante cambia por completo, transfigurándose en una mueca adusta. Últimamente el nombre de Javier me pone de mal humor.

—No, lo llamé antes de irme con Lucas, pero no me cogió el teléfono.

—¿Y crees que eso es una relación?

Desde luego, Lola no se anda por las ramas. Es como un puñetazo en el estómago.

Suspiro agotada.

—Por favor, no me martirices más de lo que ya me martirizo yo.

—Está bien. Lo siento... Oye, ¿vas a ir a la fiesta que va a dar en su casa Alejandro, el amigo de Quique y Lucas? —me pregunta cambiando de tema.

—¿De qué fiesta me hablas?

—¿No te ha dicho nada Lucas?

—No.

Y, muy a mi pesar, admito que el hecho de que Quique haya invitado a Lola y que Lucas no me haya invitado a mí me molesta, pero pongo cara de que no me importa. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Quizá se le ha pasado comentártelo —dice Lola.

—Quizá —susurro con despreocupación.

«Aunque tuvo toda una tarde para decírmelo —pienso con fastidio—. ¿Por qué cojones no me ha hablado de esa fiesta?»

Porque quizá tiene otros planes, o porque tiene un compromiso con otra persona, o porque tiene pensado llevar a otra chica, o porque prefiere estar solo con sus amigos, o porque se ha aburrido de mí... Las posibilidades pueden ser tantas como las estrellas que contábamos en el prado del pueblo cuando éramos niños.

«Respira, Lara. Respira.»

—Iremos juntas a la casa de Alejandro, seguro que te encuentras allí con Lucas.

Pero no quiero seguir hablando de él.

—Tú con Quique, ¿bien? —le pregunto mientras rumio la idea de ir o no a la dichosa fiesta.

—Sí, muy bien. Es un tío genial —responde Lola—. No creo que lo nuestro dure más que los días que voy a estar en Palma, es «un cabeza loca» y no está por la labor de comprometerse ni esas historias, pero al menos mi estancia aquí será menos aburrida con él —dice. Me dirige una mirada maliciosa—. Es un empotrador nato —añade.

Las dos reímos.

Admiro lo claras que tiene Lola las cosas y reconozco que de mayor quiero ser como ella, a ver sí así logro tener menos quebraderos de cabeza.

* * *

Después de debatir conmigo misma (hasta el aburrimiento y más allá) si ir a la fiesta o no, finalmente decido acudir. Una decisión en la que Lola tiene mucho que ver porque puede ser muy persuasiva. O muy pesada, depende de cómo se mire. Si es así con los clientes, tiene que ser la puta estrella de la agencia en la que trabaja.

Oímos el jaleo de la fiesta antes de entrar en ella. Las voces y las risas se extienden por todo el lugar, indicándonos que ya ha empezado. Decenas de personas llenan el jardín aquí y allá.

Si pensábamos que la casa de Alejandro sería una de esas impresionantes mansiones con un terreno de cuatro mil metros

cuadrados, piscina, hamacas, pista de pádel y hasta helipuerto, estábamos muy equivocadas. Nada más lejos de la realidad. El recinto es una pequeña parcela salpicada de árboles frutales y con el suelo cubierto de césped, pero que está situada al lado de la playa, y eso le da muchísimo encanto. Aparte de la iluminación a base de farolillos y guirnaldas de lucecitas, que destacan contra la incipiente puesta de sol creando una escena de postal.

—Hay bastante ambiente —comenta Lola.

—No está mal —digo.

Mis ojos se dedican casi de inmediato a buscar a Lucas, pero tras varios barridos exhaustivos por el mar de gente que bebe y baila despreocupada, no lo encuentro por ningún lado. Algo se desinfla dentro de mí, no como un globo que explota al clavar un alfiler, sino como la rueda de una bicicleta cuando se pincha, que va perdiendo el aire poco a poco. Sin él, esto va a ser un puto coñazo.

Respiro hondo y me insuflo ánimo para pasar la noche de la mejor manera posible. Si es que encuentro alguna.

—Vamos a la barra, que está Quique —dice Lola.

Al contrario que yo, ella tiene la actitud suficiente para comerse la noche. En mi caso, probablemente la noche me coma a mí, me degluta y termine escupiéndome hecha una mierda.

Arrastro la mirada hasta donde señala y veo a Quique y a otro chico muy atareados sirviendo copas. Nos abrimos paso entre los invitados y nos dirigimos a ellos.

—¡Hola, guapas! —nos saluda efusivamente Quique.

—Hola —respondemos.

Quique estira el cuerpo por encima de la barra y da a Lola un pico en los labios.

—No sabía que eras camarero —comenta ella.

—Soy de todo un poco —contesta él.

—Veo que estás muy liado, ¿tendrás luego un hueco para mí? —dice Lola con una voz entre juguetona e insinuante.

—Yo para ti siempre tengo un hueco —responde Quique utilizando la misma entonación. Lola sonríe cómplice con él.

»¿Qué os pongo? —nos pregunta después, ya en un tono

normal.

Observo que el otro chico está preparando dos margaritas a unas invitadas y se me antoja uno.

—Yo quiero un margarita —digo.

—Que sean dos —dice Lola, que también se anima a beber uno.

—¡Marchando!

Mientras Quique nos prepara los cócteles con una profesionalidad que me sorprende, discuto conmigo misma si preguntarle por Lucas o hacer como si no me importase que esté o no en la fiesta. Opto por lo segundo, pero antes de que pueda detener mi lengua, que posee una voluntad propia que desconozco, ella solita se lanza al ataque.

—¿Lucas no ha venido? —suelto, pero lo hago despreocupadamente, incluso me echo la melena hacia atrás, simulando una indiferencia que estoy muy lejos de sentir. ¿Desde cuándo no hacía este tipo de cosas? ¿Aparentar desinterés por un chico cuando por dentro te corroen las ganas de verlo? Desde que era una adolescente. Dios, empiezo a pensar que soy patética.

—¿Lucas? No, tiene que trabajar —responde Quique al tiempo que cubre el borde de las copas con sal.

Me fastidia que no haya podido venir a la fiesta, pero admito que siento alivio cuando pienso que es por trabajo y no porque ande con la cabeza metida entre los muslos de alguna guiri paliducha de metro ochenta de las que hay por estos lares.

—Aquí tenéis.

Saco la cartera del bolso para pagar los margaritas, pero Quique se adelanta.

—A estos invita la casa —dice.

A mí me sonríe y a Lola también, pero pícaramente, y además le guiña un ojo. Entre ellos hay química de la buena, de la que te augura echar un polvo al final de la noche.

—Este tío es un encanto —dice Lola cuando nos damos la vuelta con nuestros margaritas en la mano.

Y en ese instante sé que el culo se le está haciendo Pepsi-Cola.

* * *

La tarde cae, como lo hace mi ánimo, que ahora está bajo mínimos. Observo cómo están las cosas a mi alrededor. Todo el mundo parece divertirse. Todo el mundo menos yo. Lola está hablando con Quique, el chico se ha escapado unos minutos de la barra para coquetear con ella y asegurarse de que terminará la noche con un final feliz. Yo he estado un rato conversando con Alejandro, el anfitrión, que ha tenido la deferencia de acercarse a mí cuando ha visto que me encontraba sola, pero al rato lo ha llamado el DJ para comentarle no sé qué del sonido. Así que aquí estoy, en un rincón, junto a un naranjo, tomándome mi quinto margarita y muerta de aburrimiento.

Giro despacio la vista y miro de reojo mi bolso, apoyado en una mesita de jardín de mimbre negro. Dentro tengo el móvil, que en estas circunstancias es igual que decir: «Dentro tengo la pistola». El móvil es un arma sumamente peligrosa cuando llevas unas copas de más, en mi caso, unos margaritas de más.

Tras pensar una décima de segundo lo que voy a hacer, dejo la copa sobre la mesa, cojo el bolso y saco el teléfono de su interior.

Marco.

Suena un tono..., otro..., otro..., otro más...

Bufo.

—Lara, ¿qué quieres? —me contesta por fin.

Bendito sea Dios y toda su corte de santos.

—¿Cómo que qué quiero, Javier? Pedirte una pizza no, eso está claro —digo enfadada.

—No estoy para tus ironías.

—Ni para mis ironías ni para nada. Por cierto, gracias por cogerme el teléfono.

Lo oigo suspirar con paciencia al otro lado del hilo telefónico, pero me da igual.

—Lara, ahora no puedo hablar —me corta.

Frunzo los labios. Detesto esa afición que ha cogido últimamente a salir huyendo de los problemas y de mí.

—¿Por qué?, ¿estás con tu mujer? —le pregunto, tratando de vocalizar bien cada palabra para que no note que me he tomado más margaritas de la cuenta.

Duda unos instantes.

—No, estoy en una reunión —responde al cabo de un rato, después de carraspear un par de veces para aclararse la garganta.

Está mintiendo. Lo sé porque siempre que lo hace carraspea dos veces de forma breve, pero no está en mis planes de hoy montar más de un pollo, y que mienta diciendo que está o no con su mujer me da lo mismo.

—¿Cuándo podemos hablar? —le pregunto.

El silencio se abre paso en la conversación. Me quito el teléfono de la oreja y me lo acerco a la boca.

—Javier, ¿que cuándo cojones podemos hablar? —repito casi comiéndome el aparato, por si en estos días el muy imbécil se ha quedado sordo.

Mi lengua amenaza con trabarse por culpa de mi poca resistencia al alcohol, pero consigo salir airosa en el último momento.

Varias cabezas se vuelven hacia mí dirigiéndome miradas curiosas porque creo que se lo he preguntado chillando, pero las ignoro. Hago una seña desdeñable con la mano dándoles a entender que sigan a lo suyo y me llevo de nuevo el teléfono a la oreja para escuchar la respuesta de Javier, si es que quiere contestar de una puta vez.

—Cuando vuelvas de Mallorca —dice.

¿Qué? ¿Lo está diciendo en serio? Creo que no he oído bien. Quizá es por la música. Tiene que ser eso. Me tapo el otro oído.

—¿Cuando vuelva de Mallorca? Todavía faltan quince días para eso.

—No quiero que me llames por teléfono, las cosas no están bien por aquí.

—¿Qué pasa?

—Creo que Lucía sospecha. No me ha dicho nada, pero me está haciendo muchas preguntas...

El efecto de los margaritas se me pasa, despejándome de

golpe.

—¿Por qué crees que lo sabe?

—Te lo he dicho, porque está empezando a hacerme muchas preguntas.

—Vale, lo entiendo, pero… —Trato de mostrarme razonable, comprendo por lo que está pasando, pero Javier me interrumpe.

—No voy a permitir que mi matrimonio se rompa —asevera con voz grave—. No voy a permitir que mi familia se venga abajo, Lara.

«Pues eso deberías haberlo pensado antes de sacar la polla a pasear y tener una amante», pienso indignada para mí.

Pero la vehemencia con la que pronuncia las palabras, la seriedad implícita en ellas, la declaración de intenciones que duerme en el fondo, es como una bofetada en la cara, una de esas que te la vuelven del revés, que no sabes por dónde te han venido. Porque me pone en mi lugar de un plumazo, como una vocecilla que me dice perversamente al oído: «Tú eres *la otra*, que no se te olvide. Tú eres a la que va a mandar a la puta mierda si las cosas se ponen feas».

Y, sí, lo soy. Soy *la otra*.

Y si se me olvida, ahí está él para recordármelo. Siempre.

—Lo comprendo, Javier, pero tú y yo tenemos que hablar de lo nuestro…

—¡He dicho que hablaremos cuando vuelvas, hostias! ¡¿Es que no te ha quedado claro?! ¡¿Hablo chino o qué?! —me grita.

Su tono hosco me deja clavada en el suelo.

—¡Eres un puto gilipollas! —balbuceo, y seguidamente cuelgo.

Mis hombros se estremecen de rabia.

Con el móvil aún en la mano, espero que Javier recapacite y me llame, para que de una vez por todas hablemos y aclaremos las cosas, o para acallarme la puta boca, aunque sea. Pero el teléfono guarda un silencio de tumba que me desespera. Si no fuera porque es nuevo y lo estoy pagando a plazos, lo estrellaría contra la pared para que se hiciera pedazos. Nuestra relación se está desplomando, como esos perfectos castillos de cartas que se derrumban cuando se

les da un pequeño toquecito en la cúspide, porque en el fondo son construcciones frágiles erigidas sobre una base endeble e inconsistente que no aguantan ni el más mínimo envite.

—¡Joder! —mascullo.

Capítulo 14

Guardo el móvil en el bolso y me llevo las manos a la cara. Me cago en la leche, estoy llorando. Aquí, delante de todo el mundo. Varios chicos y chicas me miran con expresiones extrañas, como si nunca hubieran visto llorar a nadie. ¿Qué narices les pasa? ¿Se creen que formo parte de un *reality show* o qué?

Cuando empiezan a intercambiar entre ellos miradas compasivas y a cuchichear unos con otros, me doy la vuelta con las mejillas sofocadas y salgo por los portones de madera que hay en la parte posterior del jardín y que dan a la playa.

Echo a correr de forma maquinal, sin rumbo, como una zombi. Lo único que deseo es alejarme de toda esa estúpida gente que me mira con una mezcla de curiosidad y pena y estar sola para lamerme las heridas, como un perro al que acaban de apalear.

Paso al lado de unas sombrillas de brezo y dejo atrás un grupo de jóvenes que están apurando los últimos coletazos de sol del atardecer, y me siento frente al mar. Me quito las sandalias y hundo los pies en la fina arena, abandonándome al contacto tibio que proporciona a mi piel.

No quiero llorar.

Me niego en rotundo. Javier no se lo merece, pero las lágrimas caen descontroladamente por mi rostro, y cuanto más me las enjugo más brotan. Cierro los ojos y respiro hondo un par de veces llenándome los pulmones para intentar calmarme, pero no lo consigo. Ni con una caja de diazepam me tranquilizaría. La conversación con él resuena en mi cabeza como un martillo percutor: tuc, tuc, tuc, tuc…

Y durante unos instantes tengo la sensación de que me voy a volver loca.

La indiferencia que muestra hacia mí y hacia nuestra relación

me duele tanto como si me clavase un cuchillo en el estómago.

El muy hijo de puta.

Recojo las piernas y paso los brazos alrededor de las rodillas. Inhalo otro par de profundas bocanadas de aire y, con los ojos cerrados, dejo que el sonido sedante de las olas rompiendo en la playa me calme.

* * *

—Lo que hoy te duele mañana te hará reír.

Abro los ojos lentamente. Giro el rostro y me encuentro a Lucas sentado a mi lado. Ignoro cuánto tiempo he permanecido aquí, con la mente cabrioleando entre un centenar de pensamientos y vaguedades mientras me he dejado mecer por el sonido del oleaje, pero casi es de noche. Solo unos reflejos escarlata de un crepúsculo a punto de morir se difuminan entre los velos oscuros del cielo.

—Ahora no soy buena compañía —digo.

Vuelvo la mirada al frente y me limpio las lágrimas de las mejillas con las manos.

Lucas sonríe, como si le acabara de decir una absurdez.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿De qué?

—De lo que te ha puesto así.

Sacudo la cabeza con decisión, negando.

—No merece la pena —respondo quitándole hierro.

Aunque desahogarme me vendría bien para aligerar la presión que siento en el pecho y que es como un nudo a punto de estrangularme, no tengo ganas de hablar de Javier, y menos con Lucas.

—Nunca me ha gustado verte llorar —admite él de pronto—. Ni cuando eras niña y te descalabrabas la frente o te magullabas las rodillas. Algo me empujaba siempre a cuidarte, porque eras un desastre.

Esbozo una débil sonrisa que apenas me llega a los labios.

—Todavía sigo siendo un desastre —digo.

Uno gigante con patas. Solo hay que verme. Llorando en medio de una preciosa playa de Palma porque mi relación de más de cinco años con un hombre casado y con hijos se va irremediablemente al garete.

—Pero ahora ya no tienes que cuidar de mí —añado, y lo hago a la defensiva.

Ni él ni Javier.

—Sé que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo —afirma Lucas.

Noto que algo en su voz ha cambiado. Un leve deje más serio de lo habitual en él, pero en estos momentos no estoy para pensar en nada. Me abrocho las sandalias y me levanto.

—Lo mejor es que volvamos a la fiesta —señalo mientras me sacudo la arena del vestido.

Lucas se incorpora con un movimiento ágil y me mira unos segundos.

—Tengo una idea mejor —dice.

Estira su enorme mano hacia mí y me la tiende en un gesto de invitación.

—No sé si en estos momentos es buena idea… —farfullo indecisa.

Sea lo que sea lo que quiere hacer, no me apetece. Lo único que quiero es irme al hotel, meterme en la cama hecha un ovillo y llorar hasta que se me sequen los ojos, o pillarme una cogorza tan cojonuda que pierda el conocimiento. Así podré olvidarme de todo.

—Venga, no te hagas de rogar —insiste con voz cómplice.

Ladea la cabeza para mirarme y me brinda una de sus radiantes sonrisas. Una de esas abiertas en las que enseña su perfecta y blanca dentadura y que se convierten de modo *ipso facto* en una invitación imposible de rechazar.

Dejo caer los hombros y suelto un suspiro al tiempo que cojo su mano.

—Te va a encantar, ya verás… —afirma con aire enigmático.

Corremos por el borde de la playa hasta que llegamos a un camino de cabras por el que adivino que hace mucho tiempo que no pasa nadie. Es en este instante cuando me alegro enormemente

de haberme puesto sandalias planas, con tacones habría sido imposible dar un paso. Ni siendo la Mujer Maravilla podría haber evitado torcerme un pie con uno de estos endemoniados baches.

—¿Adónde vamos? —le pregunto, porque reconozco que algo de curiosidad empieza a aguijonearme.

Lucas se vuelve hacia mí manteniendo en los ojos la expresión enigmática del principio.

—Ya lo verás —musita sin darme una sola pista.

Y como por arte de magia me transporto a años atrás, cuando tenía once años y me arrastraba (casi literalmente) para enseñarme la madriguera de un conejo o un nuevo nido que había encontrado en un árbol al lado del río.

—Lucas, pero ¿adónde me llevas? —le preguntaba, tratando de seguir el ritmo de sus pasos, más largos que los míos.

—Ya lo verás —respondía él con ojillos brillantes, como quien te va a mostrar un importante tesoro que acaba de descubrir—. Es algo que tienes que ver, Lara. No te lo puedes perder —decía entusiasmado.

Y allá iba yo con él adondequiera que me llevara.

Sonrío para mí animada por el recuerdo.

El camino de cabras muere ante una verja oxidada que parece a punto de caerse. Tanto es así que tengo la sensación de que, si la tocamos con un simple dedo, se vendrá abajo convirtiéndose en un amasijo de hierros. Uno de los pilares incluso se ha desplomado.

Miro a Lucas y arqueo las cejas con gesto interrogante.

—Entremos —dice.

Vacilo.

—¿Aquí? —inquiero sin moverme del sitio.

Lucas entorna los ojos azules y me dirige una mirada desafiante.

—¿Acaso tienes miedo? —me reta.

Entonces reconozco su táctica. La usaba cuando éramos críos. Siempre que me desafiaba a hacer algo, yo terminaba haciéndolo, aunque estuviera cagada de miedo, solo para que no pensara que era una cobarde y así impresionarlo.

—No voy a caer en tu trampa —arguyo—. Ya no soy una

niña.

—No me has respondido a la pregunta —dice con la misma mirada desafiante, ignorando mi comentario.

Resoplo, apartándome varios mechones de pelo de la cara.

—No tengo miedo, pero ¿no sería allanamiento de morada? —le pregunto con reticencia.

En el fondo, este lugar sí que me da un poco de grima, un *poco bastante*, pero jamás lo reconoceré delante de Lucas. Antes muerta.

Él deja escapar una risilla condescendiente. Algo que me sienta igual que una patada en el hígado. A veces creo que es la persona que mejor me conoce del mundo, más que mis propios padres, más que yo misma.

—Este lugar lleva abandonado décadas. Nadie nos va a denunciar por allanamiento de morada —me informa—, excepto...

—¿Excepto qué? —me adelanto.

—Excepto el fantasma que dicen que habita en él.

Trago saliva y me quedo lívida y con expresión de piedra en el rostro. Detesto que se hable de fantasmas en mi presencia.

—¿Un fantasma? —Mi voz sale con una entonación más estridente de lo que quería.

«Que no cunda el pánico, Lara. Que no cunda el pánico. No pasa nada. No pasa absolutamente nada», me digo infundiéndome valor.

No puedo dejar entrever mi miedo. Seguro que Lucas lo huele, como los perros. Pero parece que sí que lo he dejado a la vista o lo ha olido, porque estalla en una sonora carcajada que se amplifica por el silencio que reina en el lugar. Según veo, toda esta situación le hace mucha gracia. Me pregunto si se reiría igual si le diera una patada en los huevos.

—Vamos, Lara, ¡me estoy quedando contigo! —dice cómicamente, abriendo los brazos—. ¿No me digas que todavía crees en fantasmas?

Me falta tiempo para taladrarlo con los ojos. Uy, si las miradas matasen...

—¡Eres un cabrón! —exclamo con rabia, dándole un pequeño

puñetazo en el hombro.

—No has cambiado nada —comenta riéndose con ganas.

—Deja de cachondearte, imbécil —le pido enfurruñada.

Él mueve la cabeza y sus facciones perfectas componen una expresión que dice: «No tienes remedio».

Y es verdad, no lo tengo.

En silencio, aferra con fuerza mi mano, como si pretendiera impedirme salir corriendo, y casi en volandas atravesamos la herrumbrosa verja, que se encuentra entreabierta.

Capítulo 15

Apenas puedo parpadear.

—Guau… —digo en un suspiro.

Un viejo jardín se extiende desierto y silencioso ante mis asombrados ojos. Aunque está visiblemente descuidado por años de abandono, habla de un pasado espléndido, de un tiempo en el que debió de ser un lugar de ensueño.

—Lo mejor está más adelante —dice Lucas—. Ven a verlo.

Lo sigo medio embobada, arrastrando la mirada por todos lados para no perderme nada. Pasamos por delante de un par de bancos de piedra con las esquinas desvencijadas. La maleza y las malas hierbas lo anegan todo, pero mantienen intacto un caminito de arena que se bifurca en dos más con forma de medialuna para juntarse unos metros más adelante, donde empieza una corta avenida bordeada de majestuosos sauces llorones y que conduce a lo que parece una casa a medio derruir. En el centro del círculo hay un estanque con el agua acumulada de la lluvia y, en mitad de este, una fuente con la figura de una hermosa mujer. Pese a que ha oscurecido, la noche no es cerrada y la luz de la luna ilumina el lugar con un toque mágico.

—¿Es Afrodita? —pregunto a Lucas.

—Sí, la diosa del amor.

La delicadeza con la que está esculpida, a pesar de que la piedra está revestida en algunas zonas por una capa de musgo, me provoca un extraño sentimiento de ternura.

Aparto la vista de Afrodita y, mientras avanzamos por el caminito de la izquierda, alcanzo a ver lo que supongo que es una caseta de jardinero, una pequeña construcción llena de encanto con forma hexagonal y ventanas de madera de medio punto. El silencio es tan intenso que casi puede oírse.

—¿Qué te parece? —me pregunta Lucas delante de la casa.

Abro mucho los ojos, que me brillan emocionados, y durante un rato contemplo el edificio y las enredaderas que cubren parte de la fachada, como si fuera la más bella obra de arte.

—Maravillosa —contesto.

—¿Aún tienes miedo?

—Ya no... —digo con soltura. Entonces me doy cuenta de que acabo de reconocer que cuando hemos entrado sí que tenía miedo. ¡Mierda!—. Y antes tampoco lo tenía —agrego rápidamente, como si tratara de borrar las palabras anteriores.

Él me mira de reojo con una sonrisilla burlona en los labios. No se lo ha creído.

Subimos la escalinata de piedra y, ya en el porche de columnas envejecidas, Lucas se adelanta unos pasos y abre la puerta con un ligero empujón que da con la mano.

—Podemos entrar... —digo con asombro.

—Sí.

Le brindo una sonrisa maravillada.

Permanezco muda durante unos segundos, contemplando cuanto me rodea como si fuera el Edén. El interior de la casa abandonada no puede ser más fascinante. Lucas me lee el pensamiento.

—Fascinante, ¿verdad?

Asiento lentamente con la cabeza. Es como si hubiera perdido la capacidad de hablar, porque mis cuerdas vocales no pueden formular sonido alguno.

Me fijo en los techos del vestíbulo. Son altísimos y están coronados por una cúpula por la que se filtra el reflejo plateado de la luna. Sigo con la mirada la escalera que sube al segundo piso. La balaustrada está descolorida y las malas hierbas se han adueñado de los peldaños.

El tiempo parece haberse detenido aquí dentro, congelando los últimos vestigios de encanto.

—¿Sabes a quién perteneció? —pregunto con curiosidad.

—A unos marqueses. La pareja no tuvo hijos ni tampoco herederos directos a quienes dejársela. Nadie se hizo cargo de ella,

así que terminó convirtiéndose en lo que ves.

—Qué pena...

—Tiene otro jardín en la parte de atrás —me informa Lucas —. ¿Quieres verlo?

—Sí, por favor —digo poniendo voz ñoña.

Me indica un pasillo y nos encaminamos hacia él. Lo cruzamos y, detrás de unas puertas carcomidas y sin cristales, hay un precioso jardín con una piscina vacía, un quiosco de hierro forjado y un columpio. Este último llama tanto mi atención que me acerco como una autómata a él. Las inclemencias del tiempo han hecho de las suyas en la madera, que está podrida. Alargo el brazo y paso suavemente la mano por las cadenas oxidadas.

—¿Ahora crees que ha sido buena idea venir? —me pregunta Lucas con voz sensual, pegando sus labios a mi oído. Y me asombro por la intensidad que ha adquirido su tono.

Su aliento roza mi piel y me produce un escalofrío que me recorre la espalda de arriba abajo con tanta intensidad que arqueo el torso.

—Sí —respondo rotunda.

Él pasa las manos por mi cintura. Son tan grandes que abarca su contorno por completo y se acerca más a mí. Tenerlo tan cerca me acelera el pulso.

—Qué bien hueles... —musita pasando la nariz por mi cuello.

Sonrío algo ruborizada.

Lucas me da un pequeño beso detrás de la oreja y sigue el recorrido hasta el hombro.

—Estaría toda la noche oliéndote... Y lamiéndote... milímetro a milímetro —murmura como quien entona una oración a un santo.

Oh, Dios.

Ahogo un gemido al sentir la dureza de su miembro presionándome tras la tela del vaquero.

—Mira qué dura me la pones —susurra. Instintivamente, muevo las nalgas contra su erección—. Joder, Lara... —resopla en mi cuello.

Me mezo otra vez contra él con el corazón a mil. No puedo

creer lo que estoy haciendo, pero algo dentro de mí me impulsa a seguir adelante.

No deseo detenerme.

No puedo.

—Me va a reventar la polla si sigues haciendo eso —dice Lucas con voz agónica.

Me vuelvo hacia él y en ese momento me atrae hacia sí, ciñendo mi cuerpo al suyo con una mezcla de masculinidad y ternura que me pone a cien.

Durante unos segundos nos miramos. Y en el silencio nos lo decimos todo. TODO.

Sus ojos, que, bañados por el resplandor de la luna han adquirido un tono plateado, muestran un deseo que ya no está dispuesto a ocultar.

Siento que la sangre se me acelera.

Alza mis brazos en silencio y, sin apartar la vista de mí, los coloca alrededor de su cuello. Al bajar las manos me acaricia con suavidad la piel desde las muñecas hasta las axilas con la yema de los dedos. Su rostro queda peligrosamente cerca del mío. Sé lo siguiente que va a suceder y sé que debería pararlo, decirle que no soy una persona libre, que tengo una relación con Javier, pero mis labios no hacen el más leve amago de moverse, y entonces Lucas inclina la cabeza hacia mí y su boca se encuentra con la mía. ¡Dios santísimo! El contacto es eléctrico.

Y cedo a la tentación.

Ya es demasiado tarde para escapar.

Estoy perdida.

Besar a Lucas es como concluir algo atávico. Algo que lleva mucho tiempo suspendido en el aire y que por fin cae para encajar en el lugar donde tiene que hacerlo, donde le corresponde.

Y tengo la sensación de que necesitamos besarnos, tocarnos, palparnos, como si fuéramos un mensaje en braille para el otro.

Despacio, desliza la punta de la lengua entre mis labios. El cuerpo me vibra. Abro la boca y la hace avanzar con sensual lentitud en su interior, incitadora y juguetona. Tiene un sabor dulce, como a miel o a arrope, o tal vez solo es una sensación mía.

Poco a poco el beso se hace más agresivo, variando la presión con rapidez hasta que consigue dejarme sin aire en los pulmones.

Cómo besa el cabronazo.

Y por primera vez en mi vida siento que el alma se me escapa mientras la boca de Lucas se funde con la mía. Y todo parece esfumarse: tristeza, recuerdos, Madrid, Javier… Todo gira en mi cabeza como un tifón, alejándose.

Lucas se separa unos centímetros para mirarme a los ojos y me retira un mechón de pelo de la mejilla.

—Llevo queriendo besarte desde que era un adolescente —dice.

«¡Quieto todo el mundo!»

La Tierra se para de golpe. Me imagino una de esas frenadas secas en las que todos los ocupantes del vehículo se impulsan hacia delante, calvando las uñas en el salpicadero.

¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Que quería besarme desde que éramos adolescentes? Su confesión me deja muerta. Siento que la cabeza me da vueltas.

—¿Y por qué no lo hiciste? ¿Por qué no me besaste? —es lo único que mi cerebro es capaz de enunciar sin ponerme a balbucear como un bebé.

Lucas sonríe por la obviedad y me da un toque en la punta de la nariz con el dedo.

—Porque eras solo una niña. Habrías salido corriendo —responde.

Sonrío a mi vez. Tiene razón. Aunque estaba enamorada de él hasta las trancas, si me hubiera besado habría salido corriendo aterrada.

Alzo la vista y lo miro traviesa.

—Pero ya no soy una niña —digo seria, sin considerar mucho la imprudencia de mis actos y sus posibles consecuencias.

Lucas entorna los ojos lentamente y me dedica una mirada salvaje que repasa mi cuerpo de arriba abajo y que hace que mi entrepierna se humedezca.

—Eso ya lo veo —susurra con voz ronca, con voz de sexo ardiente y desenfrenado, antes de volver a besarme como si le

fuera la vida o la muerte en ello.

Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Cuando noto sus manos sobre mis pechos, acariciándolos por encima de la tela del vestido, dejo escapar un suspiro.

—Lara, abre los ojos —me pide.

Hago lo que dice y me encuentro con un Lucas desplegando una sonrisa lenta y sinuosa que tiene sus ojos de color azul fijos en mí mientras cuela la mano por el vestido y me pellizca los pezones con los dedos.

Su mirada, ensombrecida por el deseo, es tan hipnótica que me resulta imposible apartar la vista de él.

«¿Qué me pasa?», me pregunto.

Me sorprende la habilidad con la que desata la tira que sujeta mi vestido a uno de los hombros. Cualquiera diría que lo ha estado ensayando o que es algo que hace todos los días. Tal vez esto último sea una opción con posibilidades. Lucas tiene que follarse a las tías a pares...

Gimo cuando se introduce un pezón en la boca y siento un leve pellizco de dolor cuando tiene la increíble idea de tirar suavemente de él con los dientes.

—¡Joder! —mascullo.

—¿Tienes idea de las ganas que tengo de follarte? —dice con voz oscura.

Pero yo no tengo la cabeza para preguntas, y menos para andar pensando en respuestas, así que voy directa al grano y a lo que me reclama el cuerpo desde hace un rato.

—Pues entonces fóllame —le pido, y me oigo con un matiz suplicante.

Aunque no es una petición, sino una exigencia que deja entrever la necesidad que tengo de él, que es la misma necesidad que tengo de respirar. Y soy consciente de que estas palabras son una inmolación a lo bonzo, porque no hay vuelta atrás ni deseo parar. Me voy a quemar viva.

Lucas se quita el blazer negro que tan bien le queda con los vaqueros y lo deja caer al suelo. Se echa encima de él y tira de mí. No sé cómo lo hace, pero antes de que me dé cuenta estoy debajo

de él, aprisionada por los formidables músculos de su cuerpo.

Se inclina y me besa el cuello, una de mis debilidades. Después va bajando y su lengua traza caminos de saliva por mi torso.

—Eres jodidamente perfecta, Lara —me susurra en el vientre.

Me estremezco cuando su cálida respiración me acaricia la piel.

—Y tú eres un jodido capullo que no me besó cuando era un adolescente —le reprocho entre jadeos.

Lucas suelta una risilla.

—Has aprendido algunas palabrotas en estos años que no nos hemos visto —se burla.

—He aprendido palabrotas y otras cosas —digo pícara.

—¿Me las enseñarás?

Levanta los ojos y me mira travieso por debajo de la espesa línea de pestañas negras. Sus ojos me derriten por dentro. ¡Dios!

—Si te portas bien, sí.

—Prometo compensarte lo del beso —dice al tiempo que agarra la escueta tira del tanga negro y va bajándolo.

Y en su voz hay encerradas un sinfín de promesas.

Lucas desliza la mano entre mis piernas y me separa los muslos. La piel se me enciende por donde me acaricia. Cuando introduce un dedo en mi interior, ronroneo echando la cabeza hacia atrás. Por puro instinto levanto la pelvis para que lo meta hasta el fondo. Lucas empieza a moverlo rítmicamente dentro y fuera y yo comienzo a gemir como si fuera la primera vez.

Saca el dedo de dentro de mí y se incorpora, sentándose sobre sus piernas. Protesto, pero él no dice nada. Se baja los pantalones y el bóxer hasta la mitad del muslo y deja al descubierto su poderosa erección. Ver su miembro erecto es una de las cosas más magníficas que se pueden contemplar. ¡Por todos los dioses! Es… largo, pesado, poderoso… Coge la cartera del bolsillo trasero del vaquero y al segundo está poniéndose un preservativo.

—Tomo la píldora —lo informo.

Al instante me arrepiento de haberlo dicho porque, aunque la píldora se puede tomar por otros motivos que no son la

anticoncepción, lo normal es que esa sea la razón. Porque tienes pareja y quieres evitar un embarazo.

—Nunca está de más protegerse —dice él con una sonrisa.

Le devuelvo el gesto agradecida de que no haga preguntas.

Aferra mis piernas y las coloca encima de sus muslos. Me sujeta por las caderas y, sin dilación, me penetra hasta el fondo de una sola embestida.

—Dioooos... —gimo en alto, arqueando la espalda.

Lucas me mira esperando mi reacción y, al ver la expresión de placer de mi rostro, saca el miembro y vuelve a metérmelo de golpe, haciendo que mis pechos reboten sobre mi torso.

Y así una vez y otra y otra...

—Estás tan húmeda... —susurra.

Después de un rato follándome con fuerza, cambia de postura y se tumba sobre mí. Pone los brazos a ambos lados de mi cabeza, aguantando el peso de su cuerpo en ellos, y me mira expectante. Paso las manos por sus costados y me agarro a sus hombros por detrás, y, sin apartar los ojos de mí, comienza de nuevo a embestirme impetuosamente. Suelto el aire de los pulmones y suspiro. ¡Qué delicia!

—Lucas... —Gimo su nombre degustando cada una de las letras que lo componen.

—Es una gozada estar dentro de ti... —musita contra mi cuello.

Me estremezco al sentir la calidez de su aliento en mi piel.

Unos minutos más tarde está otra vez enterrándose en mí con acometidas hondas y secas. Mis músculos se tensan, y con unos asaltos más me sacudo bajo su cuerpo cuando el placer asola mis terminaciones nerviosas. Lucas me abraza y me estrecha contra sí con la respiración jadeante al alcanzar su propio orgasmo.

Joder.

Cuando los espasmos desaparecen, se deja caer a mi lado. Se apoya en un codo y me retira un mechón de pelo de la cara. Lo veo sonreír.

—¿Bien? —pregunta con voz suave y entrecortada.

Aún agitada y sumergida en la nebulosa del placer, suspiro

satisfecha.

—Muy bien —digo tratando de regular el acelerado ritmo de la respiración.

Lucas se inclina y me da un beso en la frente. Cierro los ojos con la mano en su mejilla y durante unos instantes disfruto de la sensación de protección que me proporciona un gesto tan sencillo como ese. ¿Cuándo me ha besado Javier en la frente?

No necesito pensarlo mucho tiempo.

Nunca.

Y todo hace que mis pensamientos respecto a él estén mucho menos idealizados. Porque las comparaciones son odiosas, y Javier está empezando a perder. El pedestal en el que lo tengo subido se tambalea peligrosamente.

—¿Quieres contar estrellas? —me pregunta Lucas en una tentativa de recordar viejos tiempos.

—Contigo, siempre —respondo.

Él se tumba boca arriba después de subirse los vaqueros y junta la cabeza con la mía, como hacíamos cuando éramos niños y nos tirábamos en el prado del pueblo. Tendidos en el suelo, oímos el rumor del mar a lo lejos. Respiro hondo, aspirando la mezcla de los mil aromas de la noche.

—¿Te acuerdas de la Estrella vespertina? —me pregunta.

Muestro una amplia sonrisa mientras estiro el brazo y tanteo el suelo para buscar mi vestido. Cuando doy con él, me lo echo por encima.

—Claro. —La busco con los ojos y la encuentro rápidamente al lado de la Luna, más brillante que nunca, como si quisiera hacerse notar porque supiera que estamos hablando de ella, como de pequeños. Alzo el brazo—. Es esa —digo señalándola con el dedo.

—Es chula, ¿verdad?

—Mucho. ¿Ves la Osa Mayor?

—Sí, está ahí —dice Lucas, apuntando con el índice las estrellas que le dan forma—. ¿Y tú ves la Osa Menor?

—Sí, está un poco más arriba. Ahí.

—No has perdido facultades —comenta con orgullo.

Giro la cabeza hacia él.

—Tuve un buen maestro —declaro—. ¿Y tú recuerdas la historia mitológica que me explicabas sobre la Osa Mayor y la Osa Menor?

—Por supuesto.

—Nunca me ha interesado especialmente la astronomía ni nada que tenga que ver con mitos y leyendas, pero me encantaba oírte contar esa historia.

—¿Quieres que te la cuente ahora?

—¡Sí, por favor! —le pido como si fuera una niña.

—Vale —dice tomándose unos instantes antes de hablar de nuevo—. Zeus, el rey de los dioses, estaba casado con Hera, la diosa que representa el matrimonio —comienza—, pero Zeus se tiraba a todo lo que pillaba...

—Cuando éramos niños no me la explicabas así —lo interrumpo descojonándome.

—Ya, bueno, han pasado los años y ahora la versión no es apta para menores de dieciocho.

—No, Lucas, cuéntamela como cuando éramos niños —me quejo.

—Vaaale. —Sonríe, y me concede el capricho. Se aclara la garganta—. Zeus, el rey de los dioses, estaba casado con Hera, la diosa que representa el matrimonio. Zeus tenía muchas aventurillas... —Gira el rostro hacia mí—. ¿Así mejor? —me pregunta con voz cómplice.

—Sí —contesto satisfecha.

Luego vuelve a mirar al cielo y yo me muevo un poco para acomodarme.

—Una de esas aventurillas la tuvo con una hermosa ninfa llamada Calisto, de esa relación nació Arcade. Cuando Hera se enteró de la infidelidad de Zeus, transformó a la hermosa ninfa en un oso, que es la Osa Mayor. —Intensifica el tono de voz—. Un día Arcade tuvo la mala fortuna de cruzarse con su madre. No la reconoció, pues Hera ya la había transformado en oso. Así que Arcade levantó el arco y apuntó con la flecha dispuesta a matar al oso, pero cuando estaba a punto de disparar... —hace una pausa de

esas que se pueden llamar dramáticas—, Zeus la convirtió también en oso para que no matara a su propia madre. La leyenda dice que, para que no se arañaran entre ellas con sus enormes zarpas, las cogió por la cola y las lanzó al cielo. —Su voz vuelve a adquirir profundidad—. La diosa Hera se enfureció cuando se enteró de lo que había hecho Zeus. Muy enfadada, se fue a ver a su hermano Poseidón, el dios de los mares, y le pidió que la Osa Mayor y la Osa Menor no pudieran bañarse nunca en las aguas de sus océanos. Poseidón cumplió su deseo. Por eso estas dos constelaciones nunca desaparecen tras la línea del horizonte, para que jamás toquen el agua del mar —termina de relatar la historia.

Y yo me quedo como tonta.

Dejo escapar un suspiro.

—La cuentas con el mismo encanto que cuando eras un niño —digo sin parar de sonreír.

—Es que como cuentacuentos no tengo precio —bromea.

Río.

Giro la cabeza hacia él y Lucas imita mi gesto. Nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Nos miramos a los ojos.

—Me ha gustado tanto como cuando era cría. Gracias —le aseguro con una voz que suena muy dulce. Quizá demasiado dulce.

—Ha sido un placer —dice.

Elimina la distancia, aproximándose a mí, y me da un pico en los labios. Cuando se retira, sonrío de nuevo y un silencio se instala entre nosotros. Solo el cántico de los grillos se oye en la noche.

—Lucas, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Durante estos años has pensado alguna vez en mí?

No duda un segundo en responder.

—Sí, ¿cómo iba a olvidar a la niña delgaducha y con los ojos de color miel con la que jugaba en verano?

—Ya...

Se incorpora ligeramente y me mira con la cabeza apoyada en una mano.

—No es la respuesta que esperabas, ¿cierto?

«¿Cómo lo hace? ¿Cómo narices sabe en cada momento lo que

estoy pensando?», me pregunto admirada por la facilidad con la que adivina lo que está pasando por mi cabeza.

—Con los años has desarrollado una extraña habilidad para leer las mentes —afirmo.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida de ello.

—Quizá sé lo que piensas porque te conozco muy bien.

—Ya te he dicho que he cambiado mucho desde que era una niña.

—Hay cosas que no cambian, Lara.

Capítulo 16

Cambio de posición y apoyo la cabeza en su duro vientre, formando una cruz sobre la hierba, como en las fotografías que utilizan los diseñadores para hacer las cubiertas de las novelas románticas.

—¿No se te hace extraño? —le pregunto mirando el manto de estrellas que cubre el cielo.

—¿El qué?

—Pasar de cazar grillos y bañarnos en el río a follar desenfrenadamente.

Lucas se carcajea y su vientre vibra debajo de mi cabeza.

—Bueno, entremedias han pasado quince años.

—Ya...

—Te estás aficionando a los monosílabos —observa. Sonrío—. Dime, ¿qué esperabas que respondiera a la pregunta que me has hecho antes?

Alzo los hombros. No debería haber preguntado nada. Dudo que en estos momentos me convenga complicarme la vida sin necesidad. Mi cabeza ya está bastante enredada con los problemas que han surgido con Javier.

«Javier...» Mi mente conjura su imagen.

—Es una tontería —respondo, apartándolo de mis pensamientos.

—Venga, Lara, dímelo. Me encantan tus tonterías, como cuando decías que había un tiburón en el río.

—Pero eso lo dije porque me pareció ver una aleta que sobresalía del agua...

—¿Y tenía que ser precisamente de un tiburón?

Pongo los ojos en blanco.

—Yo qué sé...

—¿No podías pensar que un tiburón no cabía ni de coña en un río que apenas tenía un metro de profundidad? —se burla.

—¡Era una cría! —me defiendo, alzando las manos para enfatizar mi exclamación.

Lucas ríe, pero unos segundos después su risa se diluye poco a poco.

—Ahora hablando en serio y sin monosílabos, dime qué respuesta esperabas —insiste con voz suave al tiempo que me acaricia el pelo.

Me muevo en el sitio algo inquieta.

De pronto me siento como aquella adolescente que se ruborizaba cuando Lucas estaba demasiado cerca de ella o si le cogía la mano y la arrastraba consigo a quién sabe qué disparatado lugar. Esa adolescente que lo miraba de reojo sin atreverse a decir todo lo que sentía por miedo a que se riera de ella o la rechazara.

¡Mierda! Hasta creo que me estoy sonrojando.

Por Dios, ya no tengo doce años.

Inspiro hondo y jugueteo con la tela del vestido. Al final me armo de valor y lo suelto.

—Si has pensado en mí, no como la niña delgaducha y con los ojos de color miel con la que jugabas en verano, sino como..., ya sabes... Has dicho que querías besarme desde que eras un adolescente.

—¿Quieres saber si me gustabas? —me pregunta Lucas, más claro y valiente que yo.

—¿Te gustaba? —digo impaciente.

—Sí.

Su afirmación me produce una rara satisfacción: le gustaba a Lucas. No debería importarme. Han pasado más de quince años, pero lo cierto es que me importa. Seguro que es una cuestión de ego o algo de eso.

—¿Y yo a ti? —Como es lógico, él también quiere alimentar el suyo.

—Tú les gustabas a todas las niñas —respondo.

—Esa es una respuesta un poco ambigua, pero me lo tomaré como un sí. —Sonríe—. ¿Y ahora? —Su voz se torna seria.

Me quedo inmóvil, sin apenas atreverme a respirar. En este instante me encantaría mimetizarme con la hierba o que la Tierra se abriera justo debajo de mí y me tragara. Cualquiera de las dos opciones me vendría bien.

—¿Qué quieres decir? —contesto como si no hubiera entendido del todo la pregunta, y arriesgándome a que crea que me falta un verano. Supongo que lo hago para ganar unos segundos de tiempo y soltarle otra de mis respuestas ambiguas. Trago saliva.

—¿Te gusto ahora?

—¿Hay alguna tía a la que no le gustes?

—Sigues dándome respuestas ambiguas, pero volveré a tomármelo como un sí.

Tengo que reírme a la fuerza.

—Claro que me gustas —suelto al fin.

—¿Pero...?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué dices «pero»? —pregunto.

—Porque tengo la sensación de que hay un «pero» —dice él —. Aunque no sé de qué tipo. Los dos estamos solteros, y creo que lo único que podría ser un impedimento es que alguno tuviera pareja.

¡Hostias! Ha dado en el clavo.

Me muerdo el labio de abajo.

Este instante de intimidad es perfecto para revelarle qué hay detrás de ese «pero» que tan bien ha intuido. Abro la boca, pero en el último instante se esfuma de mí la tentación de confesarme ante él. No quiero romper el momento.

Y eso hace que me sienta fatal e insólitamente extraña. Jamás pensé que me vería en una situación como esta. La idea de serle infiel a Javier es algo que nunca se me ha pasado por la cabeza, a pesar de la mierda de condiciones en las que estoy con él. A pesar de ser *la otra*, nunca me he planteado la posibilidad de ser la protagonista de mi propia historia, ni cuando Helena, con su aplastante y a veces abrumadora sensatez, trata de abrirme los ojos.

—No hay ningún «pero», Lucas —digo con mi mejor sonrisa.

—Entonces ¿qué pasa? ¿A qué viene esa reticencia que noto en ti?

—A que no deja de ser extraño... —respondo.

—¿Por qué?

—Porque fuimos amigos cuando éramos pequeños —digo como algo obvio, aunque es una solemne tontería—. Sabemos mucho el uno del otro. Yo sé un montón de cosas de ti. —Alzo las manos y empiezo a enumerar con los dedos—. Sé que no te gusta la coliflor y tampoco los guisantes, que tu color favorito es el azul y que te cagas de miedo cuando oyes hablar de extraterrestres y vida inteligente en otros planetas, por eso odias la película de *E. T.*, aunque debería constituir un delito. ¿A qué niño no le gusta *E. T.*?

—Ahora no me cago de miedo con los extraterrestres. Ya no soy un niño —se defiende él.

—Ya, ya... —Echo la cabeza un poco hacia atrás y lo miro de reojo—. ¿Has visto *E. T.*?

—Soy muy mayor para ver películas infantiles —contesta un poco a la defensiva.

Abro la boca con asombro.

—¿Así que no la has visto? —me burlo.

—Nos estamos desviando del tema —dice carraspeando. Me río para mis adentros—. A mí me suena a excusa eso de que es extraño que estemos juntos porque fuimos amigos en el pasado. Éramos unos niños. No tenemos nada que ver con las personas que somos ahora. Y puedo entender que lo pongas como excusa, no tengo por qué gustarte...

—Sí que me gustas —digo rápidamente.

—Y de nuevo planea sobre nosotros ese «pero» —repone con acierto.

—En serio que no hay ningún «pero».

Pero sí lo hay. Uno con nombre y apellidos y que, además, es mi jefe.

—Claro que, hasta que te vayas, puedo hacer méritos para gustarte un poquito más —dice Lucas, llenando las palabras de sensualidad.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? —lo provoco.

Se desliza sinuoso hasta ponerse encima de mí. Sentir su cuerpo sobre el mío ya es un placer en sí mismo, sin nada más. Su mano serpentea por mi torso hasta que se cuela entre mis muslos.

—Cosas como esta… —susurra acariciándome suavemente el clítoris con los dedos mientras fija sus ojos azules en los míos para observar mi reacción.

Suspiro.

Con una sonrisa sexy que esboza de medio lado, comienza a mover el dedo corazón trazando círculos sobre los pliegues de mi sexo.

—Si me haces esto, seré tuya para siempre —bromeo entre los leves gemidos que el placer arranca a mi garganta.

—Te voy a hacer esto y muchas cosas más —me promete.

Se inclina y atrapa mi boca en un beso lento y sensual que permite saborearnos los labios. Su lengua se abre paso lentamente acariciando la mía, enredándose en una lucha silenciosa. Rendida, gimo en su boca mientras noto que los pezones se me endurecen.

Y todo esto sin parar de masturbarme.

¡Joder!

—Lucas, ya… —le pido.

—Ahora no va a ser tan rápido, cielo —me advierte.

—Pero es que estoy a cien —le digo.

—Chisss… —me silencia—. Voy a hacer que te pongas a mil.

Deja de acariciarme la entrepierna y se incorpora. Sin apartar la mirada ni un segundo de mí, se deshace de la camiseta y del pantalón vaquero con un par de hábiles tirones.

Verlo completamente desnudo es una oda al cuerpo humano y a millones de años de evolución. La madre que lo parió. ¿Es posible ser tan perfecto? ¿No es delito o algo así?

Tira la ropa a un lado y, conteniendo el aliento, lo observo colocarse de rodillas entre mis piernas después de lanzarme despacio una mirada de arriba abajo, admirando mi cuerpo. Se agacha y emprende un camino de besos entre los muslos, cortos y suaves, mientras va ascendiendo.

Cuando creo que su lengua va a empezar a practicarme un

sexo oral que promete hacerme subir al cielo, se recrea besándome las ingles, el pubis, y repasando con la lengua el hueco del ombligo.

¡Qué puto y delicioso martirio!

—No puedo… —murmuro con la voz entrecortada—. No puedo seguir así… Esto es una puta tortura, Lucas, te necesito dentro de mí ya.

Él sonríe de medio lado. Percibo un matiz canalla en su gesto que termina de ponerme cachonda, por si no lo estuviera ya suficiente.

—Me encanta torturaros —se burla hablando a ras de mi piel.

Suspiro y me dejo hacer. ¿Qué otro remedio me queda?

Después de un rato mete las manos por debajo de mis nalgas, inclina la cabeza y hunde el rostro entre mis piernas. Me contraigo con un fuerte estremecimiento cuando su lengua lame por fin mi coño.

—Oh, Dios… —gimo.

Estoy tan excitada que no voy a necesitar mucho más para correrme. Mi cuerpo se tensa como las cuerdas de un arpa nueva.

—Lucas… —imploro agarrándole la cabeza.

—Todavía no —dice él, mirándome desde abajo con una mueca de complicidad.

Y me quedo atónita cuando retira la boca. «¿Qué? ¿Cómo? Pero ¿qué invento es este?»

Alzo un poco más la cabeza para ver qué cojones pasa. En los ojos azules de Lucas asoma el regocijo de quien sabe que te tiene en sus manos. «Maldita sea, vuelve ahí abajo. Yo quiero mi orgasmo.»

—¡Joder, de verdad que eres un capullo! —exclamo con vehemencia.

Resoplo con frustración y me dejo caer completamente hacia atrás.

—No lo sabes bien… —admite chulo, echando mano a otro preservativo que saca de la cartera y desenrollándolo a lo largo de su imponente erección.

Se estira sobre mí como un gato perezoso y me besa con

pasión cuando alcanza mi boca. La humedad de su lengua resbala por la mía, y ambas se unen dando forma a una danza de movimientos sensuales y exquisitos mientras noto la apremiante firmeza de su miembro presionando mi estómago.

Lucas introduce la mano entre nosotros, coloca la punta en la entrada de mi vagina y me penetra poco a poco. Arqueo la espalda contra su formidable cuerpo y dejo escapar un gemido, agarrándome a sus hombros como si me agarrara al borde de un precipicio para no despeñarme por él.

«¿Qué me pasa? —me pregunto—. Parece que nunca hubiera follado.»

Lucas levanta la cadera y me embiste de nuevo lentamente.

—Así, despacio... Muy despacio... —susurra con voz queda en mi boca mientras entra y sale de mí con una languidez desesperante pero que resulta muy excitante.

Me arqueo aún más y lo aprieto contra mí para que su miembro me llene por completo, centímetro a centímetro. Durante unos instantes me invade la sensación de que voy a volverme loca de placer.

Lucas menea arriba y abajo las caderas con movimientos lentos y sinuosos mientras me abraza y me besa una y otra vez.

—Quiero que revientes de placer —susurra en tono ronco.

—Si sigues así lo vas a conseguir —jadeo.

Aferra mis muñecas, me sujeta las manos por encima de la cabeza y empieza a acelerar el ritmo, embistiéndome más deprisa.

—Así, Lucas, así... —lo animo.

—¿Así es como te gusta? —me pregunta con una sonrisa canalla que me pone a mil, o a diez mil, tal como pretendía.

—Sí —digo.

—¿Quieres que te folle más rápido?

—Sí.

Lucas impone un movimiento aún más vertiginoso, más duro. Me aferro con fuerza a su espalda sudorosa y lo aprieto contra mi cuerpo, como si temiera otra vez caerme por un abismo. Pienso que quizá no es del todo descabellado, porque estoy empezando a sentir un extraño vértigo. ¿Por qué tengo esta sensación? Exhalo

un gemido antes de descomponerme en un orgasmo brutal que a punto está de sacarme de la galaxia. Me sacudo con tanta violencia bajo el cuerpo de Lucas que creo que me voy a romper en mil pedazos.

Unos pocos empujones después, él se arquea y, con un gruñido gutural que se le escapa entre los dientes, se deja ir dentro de mí.

* * *

—¿En qué hotel te alojas? —me pregunta cuando salimos de la casa abandonada agarrados de la mano como dos quinceañeros. Y alucino con la perfección con que la suya encaja con la mía. Parece que estén hechas la una para la otra, formando un delicado ensamblaje, igual que las piezas de un reloj.

—En Es Príncep —respondo.

—Te acompaño.

Le sonrío agradecida y con una expresión embobada. Todavía no soy capaz de desprenderme de la sensación de escepticismo que invade mi cabeza. Es como si la noche que hemos pasado juntos hubiera sido un bonito sueño, nada que ver con la realidad. Pensé que iba a ser un peñazo cuando supe que Lucas no iba a ir a la fiesta de Alejandro, y luego la bronca con Javier…, pero ha terminado siendo una noche maravillosa. Me atrevería a decir que una de las más maravillosas de mi vida. He estado con Lucas. *Mi* Lucas. El primer chico del que me enamoré perdidamente. Mi primer amor. Mi amor platónico de la adolescencia.

—Pensé que esta noche no te vería —digo mientras caminamos por el sendero de cabras por el que hemos accedido a la casa—. Quique me ha explicado que estabas trabajando.

—Cuando he terminado me ha llamado Alejandro y me ha dicho que estabas en la fiesta, y he querido pasarme un rato para verte.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco, me has salvado de morirme de aburrimiento —confieso.

—Pero no estabas sola, has ido con Lola, ¿no?

—Sí, pero estaba muy ocupada con Quique.

—Ya he visto que se traen algo entre manos —comenta Lucas.

—No es nada serio, por lo que me ha dicho ella.

—A Quique no le gustan las cosas serias. Es «un cabeza loca». Adora demasiado su libertad como para perderla con una pareja.

—Eso me ha dicho Lola.

—Solo espero que no le haga daño a tu amiga.

Hago un aspaviento con la mano que tengo libre.

—No te preocupes por eso. Lola tiene muy claro lo que quiere Quique y también lo que quiere ella. Sexo sin compromiso mientras esté aquí.

—Si es así, no tenemos que preocuparnos de que alguno de los dos salga trasquilado —dice Lucas.

Durante unos segundos nos quedamos en silencio. La atmósfera destila tranquilidad y una suave brisa corretea entre nosotros agitando levemente los mechones de mi pelo.

—Lara, ¿puedo hacerte una pregunta sin pecar de indiscreto? —Lucas toma de nuevo la palabra.

Me muerdo el labio inferior entreviendo qué pregunta me va a hacer.

—Sí, dime.

—¿Por qué estabas llorando en la playa?

«¡Bingo!»

—Como te he dicho antes, no merece la pena hablar de ello. Son cosas del trabajo —miento.

—¿Te va mal?

—No, no..., pero mi jefe a veces es un poco... exigente. Nada más —contesto.

—Solo tienes que decírmelo y le doy una paliza —bromea Lucas con ese sutil sentido del humor que lo caracteriza.

Me echo a reír.

—No creas que no se la merece —digo.

* * *

Frente a la puerta del hotel, Lucas me rodea la cintura con los

brazos mientras dibuja una suave sonrisa en los labios. La noche está clara y despliega su manto de centelleantes estrellas sobre nuestras cabezas.

—Mañana se celebra la verbena de Sant Joan. He quedado con los chicos para dar una vuelta y tomarnos unas cervezas en la playa. ¿Te apuntas? —me pregunta.

Hago una mueca con la boca. No creo que lo que ha pasado esta noche deba repetirse. Lo más sensato es dejarlo aquí. No me conviene traspasar líneas que pueden resultar peligrosas.

—Te lo vas a pasar genial. La ciudad se llena de fuego, de chispas y de *dimonis* —insiste al ver mi gesto de poco entusiasmo.

—No sé… —dudo.

Clavo los ojos en su camiseta de los Beatles para no caer presa de su intensa mirada.

—Sería imperdonable estar en Palma y no ir a la fiesta de Sant Joan para celebrar la llegada del verano. —Trata de convencerme al tiempo que hace un puchero.

Lo que sería imperdonable es decirle a Lucas que no, y menos cuando hace un puchero. Joder, está para comérselo.

Resoplo.

—Se lo comentaré a Lola, seguro que ella va a ir con Quique —accedo finalmente, desarmada por la atracción que ejerce sobre mí.

Su rostro se ilumina.

—Perfecto —dice—. ¿Te paso a recoger a las nueve?

—Sí —asiento.

Inclina la cabeza y me besa. Mientras su lengua juguetea con la mía, sus dedos se introducen entre mi pelo y me acaricia la nuca, provocándome un intenso escalofrío en la espalda. Deseo besarlo, desesperadamente. Solo Dios sabe que es cierto lo que digo, pero lo mejor es dejarlo aquí. Echo la cabeza un poco hacia atrás y me separo de él.

—Hasta mañana —se despide.

—Hasta mañana —susurro.

Nos damos un beso rápido y me dirijo hacia la puerta del hotel. Lucas se queda ahí, mirándome, y antes de que entre me

dice en tono cómplice:

—Sueña conmigo esta noche.

—Y tú conmigo —respondo.

Capítulo 17

Salgo corriendo del baño con una toalla en la cabeza cuando oigo el móvil y me tiro en plancha sobre la cama. Extiendo la mano y lo cojo de encima de la mesilla, donde está cargándose.

—¡Por fin me coges el teléfono!

Aprieto los labios con una mueca de disculpa, aunque nadie pueda verme.

—Lo siento, Helena, es que he estado… ocupada —me justifico sin mucha convicción en la voz.

—¿Acaso el congreso dura las veinticuatro horas del día?

—No, no, lo que pasa es que… Bueno…

No sé por dónde empezar a contarle todo lo que ha sucedido estos días en Mallorca.

—Lara, desembucha. Vamos —me exige al ver que me tiro unos segundos dudando entre qué decir o no y cómo empezar.

Hago una inhalación profunda y dejo caer los hombros.

—He hecho algo muy malo, Helena —comienzo al fin.

—¿Cómo de malo?

—Como una… travesura.

—A mí me gustan las travesuras —dice ella, dejando que oiga su risilla al otro lado de la línea.

—No te imaginas a quién me he encontrado aquí…

—¿A quién?

—¿Te acuerdas de Lucas?

Helena se toma unos segundos para hacer memoria.

—Lucas… Lucas… —repite tratando de recordar—. Lucas, ¿el chico que veraneaba en tu pueblo? Lucas, ¿tu amor platónico? —dice al cabo de un rato.

Mi amiga sabe de la existencia de Lucas. Su nombre salió a colación una mañana de confidencias cuando, aburridas de las

clases, nos saltamos una del primer curso y nos fuimos a tomar algo a la cafetería de la Facultad de Químicas, donde se concentraba el mayor número de tíos buenos por metro cuadrado. Era un espectáculo visual asegurado.

Ella me reveló sentada delante de un café capuchino que sus amores platónicos habían sido un profesor del instituto, un tío rubio con ojos almendrados que por aquel entonces superaba la cuarentena, y Bradley Cooper. Yo le confesé a mi vez que los míos habían sido Lucas y Jason Momoa.

—Sí —respondo a sus preguntas.

—¡No jodas!

La sorpresa de Helena es mayúscula, como la mía cuando me encontré de forma inesperada a Lucas en El Olimpo de los Dioses.

—Sí, sí jodo.

La toalla se mueve peligrosamente en mi cabeza. Sujeto el móvil entre el hombro y la oreja y me la recoloco como puedo.

—Esto se pone interesante... —dice ella, acompañando el comentario de una sonrisilla, y creo que empieza a olerse por dónde van los tiros, porque si algo tiene Helena es una intuición propia de una bruja. En otros tiempos la habrían quemado en la hoguera seguro—. Cuéntame... Pero lo primero, ¿está bueno?

—El cabrón está como un tren —digo, empezando a babear.

Me doy la vuelta sobre la cama, reclinándome en la almohada, y miro al techo con ojos ensimismados.

—Es el chico más guapo que he visto en mi vida. Ya apuntaba maneras cuando era un adolescente, pero ahora... ¡Joder!

—Lara, ¿estás salivando? —me pregunta Helena con asombro.

Arrugo la nariz.

—Sí, igual que si tuviera delante un *brownie* de chocolate recién sacado del horno —confieso, utilizando el mismo tono que si estuviera reconociendo una travesura después de que me hubieran pillado con las manos en la masa.

Helena rompe a reír a carcajadas.

—Ay, Dios...

—Me lo encontré en un bar de aquí... —continúo hablando—. Una noche que salí con Lola, una chica cordobesa que conocí hace

cuatro años en este mismo congreso. Hacía quince que no veía a Lucas… ¡Quince! ¿Te imaginas el shock? Te juro que me costaba articular las palabras.

—Puedo hacerme una idea. Me pregunto cómo reaccionaría yo si me encontrara con mi profesor del instituto. Ese que me gustaba… Puede que también me quedara en shock, pero porque seguro que está calvo y tiene los dientes amarillos —dice—. Me acuerdo de que fumaba como un puto carretero.

Me echo a reír ante su ocurrencia.

—Lucas era la última persona que esperaba ver aquí —aseguro.

—¡Es el destino! —se apresura a decir Helena.

—No es el destino, es simplemente una casualidad, como tantas que existen por ahí.

—Cuidadito con las casualidades, que las carga el diablo.

—Esa misma frase dijo Quique, un amigo de Lucas. ¿Os habéis puesto de acuerdo?

—No, es que es cierto. A veces, lo que comienza como una coincidencia no termina como tal. Nada pasa por casualidad, Lara. Todo lo que nos sucede en la vida ocurre por algún motivo. ¿Nunca lo has oído? Es una de las cuatro leyes de la espiritualidad de Sai Baba.

Enarco una ceja.

—¿Sai Baba? —repito.

—Es un maestro indio.

Niego con la cabeza, sin poder creer que Helena me esté hablando de ese tipo de cosas.

—No debo dejarte sola mucho tiempo, te pones muy mística —digo en tono burlón.

—Ya te enseñaré unas cuantas cosas más, pero sigue contándome: ¿te reconoció él o lo reconociste tú?

—Fue él el que se acercó a mí. El corazón me dio un vuelco cuando se presentó. Fue…

—Dime que te lo has follado —me corta con visible impaciencia.

—¡No seas basta! —la reprendo, pero se me escapa una risilla

que me delata.

—Vale, entonces dime que habéis hecho el amor románticamente bajo la luz de la luna —repone en tono socarrón.

Ella y su humor.

Y, aunque estoy hablando con Helena, mi mejor amiga, el pudor del momento hace que me ruborice como si tuviera doce años. ¿Qué me está pasando últimamente? No me reconozco. Haberme encontrado con Lucas parece que me ha devuelto a la edad en la que se gestó nuestra amistad.

—Echamos dos polvos que, en una escala del uno al diez, podrían catalogarse de veinte —digo en voz baja, como si alguien pudiera oírme, aunque es imposible porque estoy sola en la habitación del hotel.

—¡Sí! ¡Esa es mi chica! —exclama ella con voz triunfal.

Me aparto el móvil de la oreja para no quedarme sorda por su grito.

La conozco, y me la imagino cerrando los puños y alzándolos con el mismo entusiasmo con que lo haría si metiera un gol el Real Madrid, de quien es una acérrima aficionada.

—Conoces mi tendencia al morbo... No es necesario que entres en detalles, pero ¿cómo fue?, ¿dónde?, ¿cuándo?

—Anoche. En el jardín de una preciosa casa abandonada que hay aquí, en Palma.

—¿Así que fue bajo la luz de la luna?

—Sí.

—Oh, qué romántico. Arropados con el manto de las estrellas... —susurra Helena con voz ñoña—. Continúa —me pide.

—El primero fue salvaje —lo digo todavía sorprendida—. Lucas ni siquiera se quitó la ropa y tampoco hubo muchos preliminares. No hacían falta, estábamos..., no sé...

—Hambrientos el uno del otro —dice Helena.

—Algo así. En cambio, la segunda vez fue mucho más romántica. Él se empeñó en hacerlo más despacio y para mí fue una tortura, porque estaba a cien.

—O sea, ¿que estabas más caliente que el palo de un churrero? —Se ríe.

—Sí. Por más que le pedía que me follara, tuve que aguantarme y seguir sus tiempos. Y el muy cabrón continuaba con esa torturante y placentera lentitud... Eso sí, el orgasmo fue... —Cierro los ojos, deleitándome con el recuerdo que asoma a mi mente—. Joder, Helena, creí que me iba a romper de lo violentos que eran los espasmos.

—¡La madre de Dios! Lucas lo tiene todo. Es guapo y folla de puta madre. ¿A qué estás esperando?

—No me digas eso. ¿Tú sabes el cacao mental que tengo? —le digo al borde de la desesperación.

—Pero a ti Lucas te gusta, ¿no?

—Me gustaba cuando era una niña.

—Y ahora también te gusta, si no, no te habrías liado con él. Además, hace un momento estabas babeando por sus huesos. ¡Si hasta has salivado! —me recuerda para mi vergüenza.

—Y otra cosa que no es precisamente salivar también —se me escapa.

Rememorar las proezas *amorosoeróticas* de Lucas ha hecho que me ponga cachonda.

—¡La madre que te parió, Lara!

Me incorporo y me siento en la cama soltando un sonoro suspiro. Me paso la mano que tengo libre por la frente, un poco agobiada.

—No sé cómo ha pasado, de verdad... Yo... no quería liarme con él. Estoy con Javier.

Al otro lado de la línea oigo el resoplido cansino de Helena. Es el gesto habitual en ella cuando hablo de Javier. Cada día me deja más claro que no lo soporta.

—¿Has tenido noticias de él estos días?

Es una pregunta, pero intuyo que mi amiga sabe la respuesta, por eso su voz suena cáustica. Parece que ella conoce mejor a Javier que yo.

—No —respondo con vergüenza—. He estado llamándolo, pero no me cogió el teléfono hasta ayer, y fue para discutir. No quiere saber nada de mí hasta que regrese a Madrid. Tuvimos una bronca de cojones.

—¡Será mamón! —El insulto le sale del alma.

Arrastrada por la necesidad de desahogarme, de arrancarme del corazón todo lo que llevo dentro, comienzo a poner voz a mis pensamientos. Los que he estado rumiando desde que Javier me envió aquí.

—Nunca pensé que me trataría del modo en que me está tratando —digo con voz apagada, con un nudo en la garganta.

La conversación que tuve ayer con él, o la discusión, mejor dicho, me sigue doliendo. Tengo cada palabra clavada en el corazón como un dardo.

—Lo sé, cariño —dice Helena, consolándome.

Y siento pena de mí misma.

—Se ha desentendido de mí y de la relación que tenemos con una frialdad desconcertante.

—Es un puto cobarde.

Helena no va a parar de despotricar de Javier ni en un siglo. Con esto le estoy dando munición y arsenal suficiente para armar la Tercera Guerra Mundial, y esta vez no puedo negar que tenga razón. Lo único que me ha demostrado estos días es que es un mamón y un cobarde, como dice ella.

—No tengo ni idea de qué voy a hacer… —susurro al borde del llanto—. Pensé que cinco años de relación pesaban más, que era para él algo más que *la otra* —añado.

Quiero ser fuerte. Trato de serlo, pero solo alcanzo a aparentarlo.

—Para empezar, deberías darle una patada en el culo a Javier —asevera Helena sin contemplaciones de ningún tipo—. Está descubriendo su verdadera cara, Lara. Mientras las cosas han ido bien, él estaba bien, pero al mínimo problema ha salido huyendo, como las ratas de un barco a punto de hundirse.

Suspiro.

—Tienes razón, pero eso no borra lo que siento por él. Lo quiero, Helena. No me imagino mi vida sin Javier.

—Sé que lo quieres, pero ahora que ha aparecido Lucas… No sé, cariño, quizá podrías darle una oportunidad.

Capítulo 18

Miro el reloj.

Son las nueve menos diez.

Lucas está a punto de venir.

Doy un último repaso en el espejo al estilismo que he escogido para esta noche entre las cosas que metí en la maleta. Un vaporoso vestido blanco con grandes flores de colores y escote palabra de honor y unas sandalias de cuña. Creo que es el conjunto ideal para estar en la playa contemplando las hogueras de San Juan y disfrutando de la noche.

La brisa entra en la habitación haciendo ondear las finas cortinas, que danzan a un ritmo sinuoso. El guirigay y las risas lejanas que se filtran desde la playa a través del balcón abierto anuncian el movimiento que va a tener Palma esta noche.

Me asomo. El olor salobre del mar penetra en mis fosas nasales, y sé que este aroma, tan propio del Mediterráneo, se va a quedar grabado para siempre en mi memoria, asociado a todos los recuerdos que estoy coleccionando estos días.

Agarrada a la barandilla, descubro a Lucas en la calle. Lo reconozco al instante. Y al verlo apoyado en el capó de un coche, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos, el corazón me da un brinco hasta subírseme a la garganta. Parece que intuye mi presencia, porque alza la vista hacia el balcón donde me encuentro.

Levanto la mano y la agito de un lado a otro para saludarlo. Lo veo sonreír.

—Ahora mismo bajo —digo devolviéndole el gesto.

—No me moveré de aquí —responde él con su habitual carácter jovial.

Me doy la vuelta y entro en la habitación. Cojo el bolso de

encima de la cama y me lo cuelgo en el hombro. Me estoy dirigiendo hacia la puerta cuando la imagen de Javier cruza durante un segundo mi mente. Me detengo en mitad de la estancia, presa de unos inoportunos remordimientos que no tienen otro momento mejor en el que aparecer que cuando voy a encontrarme con Lucas.

No estoy haciendo las cosas bien. Javier no se está portando de manera correcta conmigo, hasta un ciego lo vería, pero esa no es razón para que lo engañe, y en cuanto a Lucas... Lo más honesto por mi parte sería decirle la verdad. No se merece lo que le estoy haciendo. No se merece mi silencio.

Cierro los ojos con fuerza.

No es el momento.

Tal vez mañana...

Sacudo la cabeza y destierro al fondo de mi mente todo lo que no sea disfrutar de esta noche.

Apago la luz de la habitación y cierro la puerta tras de mí cuando salgo.

* * *

Lucas se incorpora para recibirme y, como saludo, me da un breve beso en los labios.

—Estás preciosa —dice con los ojitos brillantes.

Y me pregunto a cuántas chicas habrá dicho eso mismo o algo parecido.

—Tú también —respondo.

Lleva unos vaqueros negros ajustados y una camiseta del mismo color de manga corta y cuello en pico que resalta sus pectorales y que le queda de fábula. Como todo lo que se pone, pero el negro le sienta especialmente bien.

—Te he echado de menos —dice con voz maliciosa, pasando la mano por mi cintura y acercándome a él.

Dios, qué bien huele.

Sonrío al tiempo que empezamos a andar.

—No es muy elegante lo que te voy a confesar... —dice en

tono confidente mientras nos dirigimos a la playa—. Esta mañana me he despertado empalmado, con una erección de caballo percherón, como cuando era adolescente, reminiscencia de nuestros polvos de anoche —aclara con la mayor naturalidad del mundo. Se aproxima a mi oído—. He tenido que masturbarme en la ducha mientras pensaba en ti.

Estoy rayando la treintena, acariciándola con peligro con los dedos, pero la revelación de Lucas hace que me ruborice desde los tobillos hasta la raíz del pelo, y no porque me escandalice, qué va, sino porque me siento extrañamente orgullosa de provocar esas extraordinarias reacciones en su cuerpo.

—¡Joder, Lucas! —mascullo con una risa nerviosa que no puedo contener.

—Ya sé que no es muy caballeroso hablar así. Debería ser más galante —dice con la misma naturalidad con que me ha hecho la confesión, y muy seguro de sí mismo, porque sabe que lo que está diciendo me está encantando—, pero quería que lo supieras. Si te molesta que haya pensado en ti mientras me… aliviaba, la próxima vez recurriré a los métodos tradicionales.

Bajo la cabeza y me llevo la mano a la boca para tratar de ahogar la risilla nerviosa que amenaza nuevamente con escapar de mis labios.

—No me molesta ni me escandaliza, todo lo contrario… —digo en un hilo de voz.

Lucas se inclina hacia mí.

—Me alegra saber que te gusta que me masturbe pensando en ti. Eres mucho mejor que el porno.

Oh, mierda, estoy ruborizándome otra vez.

—¡Chicos! ¡Chicos!

La voz de Lola se inmiscuye de golpe en la conversación. Levantamos el rostro hacia el lugar de donde provienen los gritos y nos la encontramos manoteando de un lado a otro para que la veamos.

—¡Aquí! —dice dando pequeños saltitos.

Lucas me suelta la cintura para que podamos pasar con más comodidad entre la gente y nos acercamos a Lola, que está en una

de las barras dispuestas al aire libre junto a su recién estrenado *follamigo* Quique.

Los chicos se saludan apretándose efusivamente las manos y Lola y yo nos damos un par de besos en las mejillas, aunque nos hemos visto por la tarde. Ha venido a verme a la habitación —hoy no ha habido conferencias ni ponencias en el congreso—, para constatar que seguía viva y hacerme medio millón de preguntas sobre cuándo, cómo y, sobre todo, con quién me fui de la fiesta. Cuando he empezado a responder no me he ido por las ramas.

—Anoche estuve con Lucas —he dicho.

—Defíneme *estar*.

—Nos liamos.

—¿Y por qué lo dices en ese tono? —ha preguntado ella, extrañada ante mi reacción—. ¿No fue bien?

Me he sentado en el borde de la cama, como si mis piernas de repente se hubieran convertido en gelatina y no alcanzaran a sostenerme.

—Sí, fue bien. Demasiado bien —le he confesado con tristeza y anhelo en la voz.

—¿Entonces...?

He mirado al suelo.

—Es por Javier... —Lola ha atravesado la habitación encaramada en sus altísimos zapatos de tacón y se ha sentado a mi lado—. No sé qué hacer —he dicho sin levantar la vista.

Me he metido el pelo detrás de las orejas. Estaba agobiadísima.

—Haz lo que te diga el corazón.

La he mirado de reojo.

—Eso suena a manual de autoayuda —he bromeado esbozando una sonrisa tan débil que apenas llegaba a mis labios.

—Tal vez, pero es lo único que puedes hacer en este momento, Lara, por muy a manual de autoayuda que suene, que no digo que no. —Lola ha sonreído, pero enseguida se ha puesto seria —. No conozco a Javier, no sé cómo es ni sé qué tipo de relación tenéis, pero... —Ha apretado los labios y después de un silencio ha vuelto a hablar—: Es un hombre casado, con hijos y, por lo que me

has contado, no tiene intención de dejar a su mujer para estar contigo. No parece que vayas a tener un futuro prometedor con él.

He agradecido que Lola utilizara un tono suave para mitigar el golpe que suponían sus palabras. Tan ciertas como que me llamo Lara. Si algo me había dejado claro Javier desde el principio es que nunca iba a romper los lazos que lo unían a Lucía por mí. Y yo, no sé por qué, me había resignado a ello con una conformidad absoluta, con la conformidad con la que nos resignamos a tantas cosas en nuestra vida, incluso cosas que podemos cambiar.

Y en esas estaba.

He lanzado al aire un suspiro. Lola me ha pasado el brazo cariñosamente por los hombros.

—¿Qué te dice el corazón que hagas ahora? —ha preguntado.

—Que aproveche estos días para estar con Lucas. Él me gusta —he confesado, y mientras pronunciaba las palabras era consciente del egoísmo que supuraba cada una de ellas—. Joder, soy tan egoísta… —he susurrado tapándome la cara con las manos.

—Bueno, Javier no se caracteriza por ser generoso precisamente —ha repuesto Lola—. Él tiene a dos mujeres a su entera disposición mientras tú solo lo tienes a él a medias. A mí no se me dan bien las matemáticas, pero las cuentas no cuadran —ha dicho con esa gracia cordobesa que la define.

He ladeado la cabeza y la he juntado con la suya.

—No te imaginas lo que agradezco haber coincidido contigo en este congreso, Lola, y tenerte a mi lado en este momento, siendo cómplice de mis miedos, mis dudas y mis inseguridades… —He dejado escapar el aire de los pulmones—. Siento mucho darte tanto el coñazo. —He sonreído.

Ella me ha devuelto el gesto con un afecto que, no sé si es porque estaba muy blandita por todo lo que estaba pasando, me ha llegado al alma.

Capítulo 19

—¿Os pido dos cervezas? —nos pregunta Quique.

—Sí —respondemos Lucas y yo al unísono.

—La playa está hasta la bandera —comenta Lucas al tiempo que echa un vistazo a su alrededor.

—Yo creo que este año hay más gente que el pasado —dice Quique.

—No me quiero ni imaginar cómo estará el *correfoc* —apunta Lucas.

—¿Qué es el *correfoc*? —pregunto con interés.

Lucas gira el rostro hacia mí.

—Es el espectáculo de pirotecnia que se celebra en el Parc de la Mar, el parque que está situado bajo la catedral. Ya veréis, os va a encantar —asegura animado.

—Los *dimonis* corren por el parque y los más valientes se meten en los círculos de pirotecnia para bailar con ellos al ritmo de los tambores —explica Quique antes de dar un trago a su cerveza.

—¿Los *dimonis* son demonios? —quiere saber Lola.

Quique asiente y Lucas pasa a darnos la explicación correspondiente mientras llega nuestra cerveza.

—Sí, son siete personas que se visten de demonios. Cada uno de ellos representa uno de los siete pecados capitales.

—¡Estoy deseando verlo! —dice Lola, que se muestra entusiasmada ante la perspectiva de vivir el *correfoc* en primera persona.

El camarero deja las cervezas en la barra y Lucas me pasa una. Me llevo la botella a los labios y doy un trago. Joder, está buenísima.

—¿Vosotros bailáis con los *dimonis*? —les pregunto.

—Sí, aunque Lucas el año pasado sufrió un percance —

contesta Quique.

Frunzo el ceño y lo miro.

—¿Qué te ocurrió?

—Para entrar en los círculos de los *dimonis* hay que llevar una sudadera de manga larga y que tenga capucha para no quemarnos.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Te quemaste? —me apresuro a preguntarle, temiéndome lo peor, porque me estoy dando cuenta estos días de que Lucas es un poco temerario.

—En la mano —responde sin darle mayor importancia.

—¿Y fue muy grave?

—Me salieron un par de ampollas, pero nada serio.

—Fue más serio de lo que dice —interviene Quique—. Tuvo que ir a urgencias a que lo curasen y le vendaron la mano.

—Joder, Quique, oyéndote, cualquiera diría que me abrasé la mano —dice Lucas.

—Entiendo que quieras hacerte el valiente delante de Lara, pero reconoce que fue una quemadura seria —bromea su amigo al tiempo que me guiña un ojo con complicidad.

Doy un trago a mi cerveza y me río.

—Tío, más que de Mallorca pareces de Bilbao. Qué exagerado eres. —Lucas sigue la broma. Todos reímos—. Oye, ¿y Alejandro?

—Se unirá a nosotros más tarde. Anda con no sé qué líos del trabajo... —dice Quique.

Cuando nos terminamos las cervezas nos vamos al Parc de la Mar, un precioso parque con un lago de agua salada en cuyo centro se puede ver un surtidor. Alrededor del lago hay una zona pavimentada y en la parte este una gran explanada con césped, palmeras y un parque infantil. Como lujoso telón de fondo, la imponente catedral se alza en mitad de la noche, iluminada perfectamente con un centenar de focos.

—Vamos hacia el muro —dice Quique.

Ahí, bajo la mirada de la silenciosa catedral, antorchas, fuego y el murmullo de decenas de conversaciones de la gente se entremezclan y conforman un escenario tan mágico como impresionante.

Lucas, que me tiene cogida de la mano, gira la cabeza y me sonríe. De nuevo hay en sus labios una de sus irresistibles sonrisas. Sin decir nada, pues no lo necesito, le devuelvo el gesto. Él me aprieta la mano.

—Los *dimonis* están a punto de aparecer —anuncia Quique entusiasmado, y lanza una sudadera a Lucas, que la coge al vuelo sin problemas.

Me suelta y se la pone con un par de movimientos rápidos, echándose la capucha por la cabeza. Un extraño escalofrío me recorre la espalda. Es como si se hubiera transformado de pronto en un atractivo ladrón, en un fugitivo.

—Ten cuidado —le digo, como si se fuera a la guerra.

—No te preocupes, lo de la mano del año pasado fue una tontería —dice para tranquilizarme. Se inclina y me da un pico en los labios—. Vosotras no os mováis de aquí —indica.

Asiento, y Lola y yo, inmóviles, vemos a Lucas y a Quique meterse entre la multitud.

Unos minutos después, siete hombres caracterizados de demonios, con máscaras, cuernos y demás parafernalia, recorren el lugar de un lado a otro al ritmo acompasado de los tambores, mientras mueven las piras de fuego que llevan en las manos formando bellos abanicos blancos a su alrededor. El silbido que producen es ensordecedor.

—Es impresionante —comento, incapaz de apartar la vista del espectáculo que se está desarrollando ante mis ojos.

—Es una puta pasada —afirma Lola—. ¿Ves a los chicos? —me pregunta.

—Sí, están ahí —digo señalándolos con el dedo.

Lucas y Quique bailan al lado de los *dimonis*, y no se les da nada mal. El movimiento sinuoso del cuerpo de Lucas me envuelve en un extraño estado hipnótico, donde solo lo veo a él reír y danzar con impulsos seguros y resueltos. El resto del mundo ha desaparecido a su alrededor: la gente, los *dimonis*, el fuego, el estridente sonido... Me resulta tan atractivo, con la cara semioculta tras la capucha de la sudadera negra, que hay instantes en los que me cuesta respirar.

—¿No te parecen muy valientes? —opina Lola.

—Me parecen unos temerarios —atajo con los ojos brillantes de admiración—. No son conscientes de que pueden quemarse. Están locos. Yo no me metería ahí ni muerta.

—Yo tampoco.

Los juegos pirotécnicos se van sucediendo uno tras otro mientras la gente sigue bailando y brincando al son de los tambores, que no dejan de sonar.

Para tranquilidad de Lola, y la mía propia, el espectáculo termina y Lucas y Quique vuelven sanos y salvos con nosotras.

—Parecéis un par de antorchas humanas recién apagadas —me burlo cuando se acercan, y percibo el olor a humo de su ropa.

Lucas sonríe.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta.

—Muy peligroso —respondo—. Pero espectacular. Por cierto… —me pongo de puntillas y me acerco a su oído—, bailas muy bien —digo en tono cómplice.

«Ahora sé por qué te mueves tan bien cuando follas», pienso. Pero esto no se lo digo.

—Gracias —responde Lucas.

—Tenemos que volver a la playa para encender la hoguera y pedir un deseo —interviene Quique.

* * *

Los chicos preparan una pequeña hoguera con leña que cede el ayuntamiento a las familias y grupos de amigos que acuden, y nos sentamos alrededor.

Mientras disfrutamos de unas cervezas fresquitas, nos explican que, a las doce de la noche, la tradición dice que, para que el deseo que pidamos en la noche de San Juan se cumpla, hay que entrar en el agua de espaldas y con una vela encendida en la mano.

—Pero nosotras no tenemos vela —se lamenta Lola.

—No te preocupes por eso, cariño —dice Quique—. Lucas y yo hemos comprado un regimiento de velas en un bazar chino.

—Qué previsores —señala Lola, guiñándole un ojo coquetamente.

—¿Nos vamos a meter vestidas? —pregunto reticente.

—No va a pasar nada porque se te moje un poco el vestido —me dice Lucas en tono despreocupado.

—Ya, pero...

—Además —me corta con suavidad—, con este calor se te va a secar rápido.

Giro el rostro y fijo la mirada en la hoguera. Las llamas fluctúan arriba y abajo con un movimiento relajante. «¿A qué viene mi reserva? —me pregunto—. ¿Realmente me importa que se me moje el vestido?» No, claro que no. Me importa una mierda. Es solo un estúpido vestido.

Una sonora carcajada de Lola me devuelve a la realidad. La miro durante unos segundos y después paso los ojos por Quique y Lucas. Los tres se están riendo de algo que ha dicho este último. Mientras los observo me descubro sonriendo. ¿Cuándo fue la última vez que estuve así? ¿Rodeada de amigos? ¿Disfrutando de una fiesta?

No lo recuerdo.

Con Javier nunca hay reuniones con amigos, ni con los suyos ni con los míos y, por supuesto, quedo excluida de todo aquello que involucre a su familia (padres, hermanos, primos...). Es decir, de todo lo que tenga relación con su vida. Es impensable. Nada de eso se hace con la amante, con *la otra*, con la querida, con la que está en la sombra. Con Javier nunca hay cenas románticas en bonitos restaurantes, ni barbacoas con los vecinos, ni vacaciones en la playa, ni fines de semana en la montaña. Nada. No hay planes, ni expectativas, ni proyectos futuros juntos. Solo sexo rápido, polvos clandestinos en nuestro nidito (o picadero, como se quiera llamar) de la calle Serrano, o esporádicamente en su despacho. Lo único excitante en mi *affaire* con él es tener que escondérselo a todo el mundo y buscar unos segundos entre reunión y reunión para darnos un mísero beso o meternos mano tras la puerta, como adolescentes.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta Lucas, pasándome la mano

por la espalda.

Pestañeo y vuelvo el rostro hacia él. El resplandor de las llamas oscurece su mirada, dándole un aire misterioso y sexy.

—Sí —afirmo.

—¿Te lo pasas bien?

—Me lo estoy pasando genial.

«Demasiado genial», pienso para mis adentros.

Y el miedo me asalta. Miedo a no volver a estar alrededor de una hoguera tomándome unas cervezas con amigos. Miedo a que lo que estoy viviendo ahora acabe. Miedo a que siga adelante. Miedo a irme de Mallorca. Miedo a volver a Madrid. Miedo a decepcionar a Lucas. A decepcionar a Javier.

—¿Quieres otra cerveza?

—Sí, por favor. Con este calor entran solas.

Lucas alarga el brazo, saca un botellín helado de la nevera portátil y me lo tiende después de quitarle la chapa. Lo cojo de su mano y doy un trago largo. Tengo la boca seca. Saco la lengua y me la paso por los labios para limpiarme unas gotitas de cerveza que han quedado sobre ellos.

—Me encanta ese gesto, Lara —dice Lucas, mirándome con ojos traviesos.

—¿Qué gesto? —pregunto, porque no sé a qué se refiere.

—Cuando te humedeces los labios con la lengua. Es tan sexy... —Cierra los párpados unos instantes—. ¡Joder!, podría devorarte aquí mismo —dice.

Sonrío.

—Acabaríamos en una comisaría —bromeo.

—Lo sé —conviene, suspirando con un ronco susurro de resignación. Desliza la mano por mi nuca y acerca el rostro a mí—. Me conformaré con comerte la boca —añade.

Lo recibo con los labios entreabiertos y las ganas encendidas. Noto la calidez de su lengua buscando con avidez la mía, que enseguida se entrelaza con la suya en lo que podría catalogarse como una batalla campal. El beso es explosivo y húmedo, hasta el punto de que mojo las bragas.

—¡Por fin llegas!

La exclamación de Quique hace que nos separemos, a regañadientes, todo hay que decirlo. Alejandro acaba de llegar para unirse al grupo y no es plan de que tenga que ver el espectáculo de nuestras lenguas.

Antes de girar la cabeza hacia el recién llegado, aprovechando el último instante, Lucas apresa mi labio inferior con los dientes y tira de él.

—Pensé que no terminaba nunca —dice Alejandro.

Se inclina y saluda a Quique golpeándole la mano afectuosamente. Lo mismo hace con Lucas, exhibiendo ese típico saludo tan característico de los chicos.

—¿Qué tal el *correfoc*? ¿Algún incidente? —le pregunta a Lucas al tiempo que se sienta en el hueco que hay libre entre él y Quique.

—Ninguno —contesta él—. Es una pena que no hayas podido estar. Te hemos echado de menos, tío.

—El cabrón de mi jefe me ha tenido hasta ahora instalando un nuevo programa en los ordenadores de la plantilla —se queja Alejandro.

—Eso te pasa por empeñarte en ser informático, deberías haber sido banquero —se burla Quique—. Siete horitas de trabajo por la mañana y para casa.

—En la siguiente vida lo seré —dice Alejandro, cogiendo una cerveza.

La conversación entre los cinco se llena de risas, historietas y anécdotas, mientras esperamos que lleguen las doce, hora en la que es tradición pedir el deseo.

—¿Así que vosotros dos os conocíais de antes? —nos pregunta Alejandro a Lucas y a mí con la intención de que empecemos a contarle cómo fue nuestra infancia juntos.

—Sí —contesto yo—. Lucas venía a veranear a mi pueblo.

—Lara fue mi mejor amiga de pequeños —interviene Lucas.

—Haríais un montón de picias juntos —dice Lola antes de dar un trago a su botellín.

—Alguna que otra —afirma Lucas.

—Éramos unos niños muy buenos —apunto.

—Sí, sí... Menos cuando nos daba por poner petardos en las puertas y llamar al timbre. ¿Te acuerdas de la bronca que nos echó aquella mujer que vivía a las afueras, al lado de aquel pequeño parque? Salió con una escoba para atizarnos con ella.

Me tapo la cara con la mano, avergonzada por aquellas fechorías.

—Madre mía, casi te alcanzó —declaro—. Menos mal que saltaste, porque si no te habría pegado en las piernas.

Todos se echan a reír.

—Es cierto, faltó el canto de un duro para que me diera.

—Es que la señora Matilda era de armas tomar.

—Es sorprendente que después de tantos años la vida os haya juntado aquí —comenta Alejandro.

—¿No habéis tenido ningún contacto en este tiempo? —pregunta Quique.

Lucas y yo negamos con la cabeza.

—No, y lo cierto es que no sé por qué... —señalo, dejando que se deslice una nota de anhelo en mi voz.

Me pregunto qué habría pasado si Lucas y yo hubiéramos seguido manteniendo el contacto o él me hubiera besado, como quería hacerlo.

Él se encoge de hombros.

—Cuando mi abuelo murió, mi abuela se vino a vivir con nosotros y mis padres terminaron vendiendo la casa del pueblo porque dejamos de ir —explica—. En aquella época no había móviles ni redes sociales que facilitaran el contacto como ahora.

—A mí también me ha pasado con algunos de los amigos del pueblo, no he vuelto a saber nada de ellos —dice Alejandro—. Pero es lo normal.

—Sin embargo, Lara y Lucas han vuelto a encontrarse, y yo creo que lo han hecho en el momento más oportuno —habla Lola—. Creo que sus caminos, antes o después, estaban destinados a juntarse, como si siguieran un orden cósmico.

La miro y ella me está observando con una expresión cómplice. No hago ningún comentario. Puede que sea el momento más oportuno, como dice ella, o el más inadecuado, depende de

cómo se mire. A veces no se sabe cuándo la vida te está sonriendo o dándote una patada en los huevos.

Capítulo 20

Minutos antes de llegar a las doce, la gente que rodea las hogueras y que hasta este momento ha estado bebiendo, comiendo y hablando, por este orden, empieza a levantarse. Quique saca unas cuantas velas blancas de una mochila y las reparte.

Lucas enciende la suya después de prender la mía con un mechero que extrae del bolsillo del vaquero. Le pido que sostenga mi vela un momento mientras me quito las sandalias de cuña.

Los cinco nos dirigimos con nuestras velas hacia el agua y nos colocamos de espaldas. Antes de meternos en la playa, Lucas busca mi mano y la coge, para que hagamos el ritual juntos. Me sonríe cuando lo miro en silencio y aprieto sus dedos, como dándole las gracias por hacer que estos últimos días estén siendo los más maravillosos de mi vida.

Unas campanas suenan desde algún lado de Palma, trayendo su sonido cadencioso por el aire. Son las doce en punto. En ese instante la gente empieza a meterse en el mar inspirada por la tradición. La playa se llena de pequeñas lucecitas que se asemejan al resplandor de centenares de luciérnagas.

La atmósfera de la calurosa noche huele a mar, a salobre, a madera quemada y a briznas de felicidad.

Lucas y yo echamos a andar hacia atrás con cuidado de no perder el paso y caernos. No me gustaría terminar la noche de San Juan en urgencias por culpa de un esguince. A medida que nos adentramos noto el frescor del agua en las piernas y cómo el vestido empieza a flotar alrededor de mi cintura como si fuera seda líquida. La luz de la luna, radiante esta noche, rebota en el negriazul del mar, espolvoreando sobre la superficie brillantes lentejuelas de plata. Se oyen risas emocionadas, conversaciones y grititos por algún que otro traspié.

Y es en este instante, agarrada a la mano de Lucas, empapada, sonriente, emocionada..., cuando me doy cuenta de que este recuerdo permanecerá en mi memoria para el resto de mi vida, como un rastro indeleble de lo que está siendo una noche mágica.

Lanzo un vistazo de reojo a mi alrededor.

Alejandro está al lado de Lucas, y Lola y Quique a mi lado, aunque ellos no se han agarrado de la mano como nosotros. Tal vez son menos moñas.

—Ahora pide el deseo —susurra Lucas.

—Vale —digo.

Durante unos instantes miro la ondulante llama de la velita, cierro los ojos, respiro hondo y pido mi deseo.

«Que todo salga bien.»

Admito que es un deseo muy general, tan general que podría decirse que no parece ni un deseo. También quiero que haya paz en el mundo, que se erradique el hambre, que no se fabriquen armas de destrucción masiva, pero sobre todas las cosas quiero que todo *esto* salga bien, y por *esto* me refiero a lo que ahora mismo tengo entre manos (que es algo así como una granada defectuosa), porque algo me dice que me voy a dar una hostia de campeonato, de esas que te saltan la mitad de los dientes. No quiero hacerle daño a Lucas ni dar un motivo a Javier para dejarme, pero en este instante no sé cómo evitar alguna de las dos cosas.

—Ya —susurro abriendo los ojos.

Miro a Lucas, que me sonríe ampliamente mostrando su perfecta dentadura. ¿Qué deseo habrá pedido él? ¿Algo relacionado con el trabajo? ¿Con la salud? ¿Algo relacionado conmigo? No debería pensar cosas como esas ni nada que implique futuro, debería limitarme a vivir el momento y ya. *Carpe diem*.

Apagamos las velas con un pequeño soplido y salimos del agua. Todos estamos empapados de cintura para abajo, pero nos da igual. En una hora, con el calor que hace, la ropa se habrá secado.

—Espero que tu deseo se cumpla —dice Lucas.

—Y yo espero que se cumpla el tuyo.

«Menos si tu deseo es liarte con una guiri de piernas kilométricas y tetas de plástico», pienso con malicia para mí.

Volvemos a sentarnos alrededor de la hoguera y a contar miles de historietas con las que no paramos de reír y bromear, haciendo que el ambiente sea alegre y distendido. Un par de horas después, a eso de las dos, Alejandro se levanta y se va a casa, alegando que tiene que madrugar al día siguiente porque trabaja y el cabrón de su jefe le haría pagar caro que llegase tarde. Entre arrumacos, Lola invita a Quique a la habitación del hotel para pasar la noche juntos, y Lucas me propone tomarnos la última cerveza en su piso.

Supongo que lo correcto sería haberle dicho que no, es lo que impondría cualquier código ético o moral, pero mi incapacidad para resistirme a él es cada día más notoria y desesperante. Lo deseo. Negarlo a estas alturas del libro sería estúpido. Lo he deseado siempre. Me gusta su mirada de color azul, sus grandes manos, su sonrisa blanca y perfecta, su voz grave y cadenciosa, la intensidad con la que dice que quiere follarme o que se masturba pensando en mí. Me gusta cómo me come con los ojos y la habilidad que tiene para hacerme sentir única, para hacerme sentir especial. ¿No son suficientes motivos?

Llegamos a su piso cogidos de la mano y envueltos en la extraña magia que emana de la noche de San Juan, o igual son las cervezas que me he tomado y que me producen ese efecto narcótico y dulce que me hace verlo todo más rosa de lo que es en realidad.

—No es muy grande, pero al menos veo la playa —dice Lucas cuando abre la puerta y me cede el paso para entrar.

Echo un vistazo rápido, sin descansar la vista en nada especial. Lo que menos quiero es que piense que soy una cotilla. Es cierto que no es muy grande, pero no está recargado de muebles ni cachivaches y da sensación de amplitud. El salón está separado de la cocina por una barra americana con una encimera de mármol negro, y en un rincón hay algunas máquinas para hacer ejercicio: una cinta de correr, una bicicleta estática, unas pesas...

Los grandes ventanales que cubren una de las paredes dan a una terraza en la que hay una mesa de mimbre y dos sillas. Me acerco y descorro un poco las cortinas de color gris. Las vistas al

Mediterráneo son espectaculares. El resplandor de la luna baña el agua, confiriéndole un color plateado.

—Bonito, ¿verdad? —dice Lucas.

No lo he oído acercarse. Su cuerpo pegado a mi espalda me reconforta.

—Sí —contesto escuetamente.

—Necesito una ducha. Como has dicho, parezco una antorcha humana recién apagada —dice, y yo sonrío—. Pero quiero ducharme contigo… —Su voz aterciopelada hablándome junto al oído provoca que un gemido involuntario escape de mis labios—. Lara, ¿quieres ducharte conmigo? —me pregunta lamiéndome el lóbulo de la oreja.

«¡Joder!, si me lo pides así…»

—¿Tienes que preguntármelo? —digo, tratando de mantener la compostura.

En el reflejo del cristal veo que Lucas esboza una sonrisa, tan débil que no llega a sus preciosos ojos azules.

—No sé… —comienza, pasando las manos por mi cintura y apoyando la barbilla en mi hombro—. A veces te observo y te veo perdida en tus pensamientos, muy lejos de mí. —Durante unos segundos permanece en silencio como si estuviera organizando sus ideas—. Tengo la sensación de que hay algo que se interpone entre nosotros, Lara. No sé cómo explicarlo, algo que no se puede tocar pero que está ahí, que siempre está ahí y que impide que te entregues por completo a mí. Sé que te guardas *algo*…

Busco su mirada en el cristal.

Posiblemente este sea un buen momento para confesarle la verdad, para aclararle ese *algo* que me guardo; ese *algo* que está entre nosotros. Posiblemente es ahora o nunca. Puedo darme la vuelta y besarlo o darme la vuelta y revelarle mi pecado.

Él seguro que lo entiende. Es comprensivo y posee sentido común (un sentido del que parece que yo carezco). Pero ¿y si no es así? ¿Y si se enfada? ¿Y si lo decepciono? No soportaría su rechazo. Amordazo al angelito que habla en mi hombro y me decanto por escuchar al malévolo diablillo que me dice que guarde silencio.

—Eso son tonterías —digo al final.

Él me da la vuelta para mirarme de frente.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Sí, Lucas.

Se queda unos segundos mirándome, como si pretendiera obtener la verdad a través de mis ojos, y por un momento creo que lo va a conseguir.

—Vamos a ducharnos —propone para mi alivio al tiempo que me levanta en brazos, obligando a que mis piernas se enrosquen en su cintura—. Esta noche es la más corta del año, pero yo voy a hacer que sea la más larga —susurra en mi oído, convirtiendo su voz en un murmullo aterciopelado.

Un espasmo de anticipación me atraviesa la espina dorsal. Rodeo su cuello con las manos y suspiro.

Sin soltarme, Lucas me lleva hasta el cuarto de baño. Enciende el interruptor antes de entrar y una tenue luz violeta ilumina la estancia con un toque íntimo. Se sitúa al lado de la ducha y deja que mi cuerpo se deslice lentamente por el suyo hasta que quedo de pie.

—Voy a abrir el grifo —dice, separándose de mí.

Da un par de pasos, abre la mampara, mete el brazo y gira el grifo. No puedo evitar fijarme en su trasero, apretado por los ajustados vaqueros y gritando: «¡Dame un mordisco!».

—Tienes un culo de toma pan y moja —aseguro poniendo voz a mis pensamientos.

Lucas se echa a reír.

—Vaya..., gracias —dice, mientras de un solo movimiento se quita la sudadera y la camiseta, dejando desnudo su torso, que también está de toma pan y moja—. Pensé que nunca me lo dirías —añade entre risas, mirándome de soslayo.

—Eres un creído.

Su risa se hace más sonora, más profunda, más masculina, y mi sangre empieza a viajar a toda velocidad quemándome las venas.

Se acerca a mí, con una expresión más seria en el rostro. Levanta la mano y me coloca un mechón de pelo tras la oreja. Alzo la vista y lo miro a los ojos. El azul claro de su mirada se ha

oscurecido por el deseo.

Apoyo las manos en su pecho y comienzo a acariciarlo. Me asombro por su dureza y por la tensión que adquieren sus músculos bajo la yema de mis dedos.

Aferra el borde de mi vestido y me lo saca por la cabeza, dejándome en ropa interior. Recorre mi cuerpo de arriba abajo, acariciándome con la mirada, mientras se desabrocha el cinturón y termina de desnudarse.

De pie, frente a mí, lo oigo resoplar cuando me quito la ropa interior, como si no supiera por dónde empezar. Pero la paciencia no es una de las mejores cualidades de Lucas.

Me agarra el rostro entre las manos y estampa su boca contra la mía mientras me empuja con su duro cuerpo contra la pared alicatada de la ducha. Noto la frialdad de los azulejos en la espalda y me reconforta frente a la ola de calor que me recorre la piel.

Bajo el chorro de agua tibia, Lucas se aplasta contra mí, haciendo que note su impresionante erección en el vientre.

—Oh, joder… —musito separando mi boca de la suya para poder respirar.

Lo miro unos instantes con ojos hambrientos y me lanzo a él, besándolo frenéticamente. Mientras le mordisqueo el labio inferior con los dientes, deslizo la mano hacia su miembro erecto y se lo acaricio de arriba abajo, ejerciendo presión con los dedos. Lucas cierra los ojos echando la cabeza hacia atrás y gime profundamente, y juro que es el sonido más excitante que he oído en toda mi vida.

Durante un rato le doy placer, hasta que él coge mi mano y la retira de su erección. Entorno los ojos y lo miro confusa.

—No quiero terminar tan pronto —susurra con una sonrisa al ver mi cara—. Todavía queda mucha noche por delante y tengo que dosificarme, aunque contigo es muy difícil…

No sé muy bien qué decir, así que le dedico una sonrisa indulgente.

Después de desviar la alcachofa de la ducha para que el chorro de agua no nos dé de lleno, Lucas inclina la cabeza hacia mí y me lame el lóbulo de la oreja y el cuello. Sigue con la lengua un

recorrido por mi escote y con la boca rinde un salvaje homenaje a mis pechos, chupando, succionando, mordisqueando y besando mis pezones.

Introduzco los dedos en su pelo mojado y me froto contra sus labios, obligándolo a que vaya de un pecho a otro. No hay palabras para describir el intenso placer que siento.

Lucas sigue bajando, lamiendo y besando cada centímetro de mi cuerpo. Hinca una rodilla frente a mí y me separa los muslos con las manos. Contemplo anhelante cómo acerca la boca a mi sexo y dejo caer la cabeza hacia atrás al notar la punta de su lengua lamiéndome el clítoris.

Gimo sin reserva y muevo la pelvis para acrecentar el contacto. Si queda alguien en la playa celebrando todavía la noche de Sant Joan, seguro que ha podido oírme.

—No sabes cómo me gusta que te mojes así por mí, Lara —susurra con voz ronca contra mi pubis.

Alza la vista y me mira con ojos morbosos. No sé si son imaginaciones mías o la excitación del momento, pero juraría que su rostro muestra una expresión de triunfo al saber que me pone a mil.

Coge mi pierna izquierda y la coloca sobre su hombro, abriéndome totalmente a él y dejándome a merced de su boca, que vuelve a hundirse en mi sexo. Un líquido caliente se expande por mis entrañas al sentir cómo introduce la lengua en mi vagina.

Ahogo un jadeo en la garganta y aprieto su cabeza contra mí. Si Lucas pretende volverme loca de placer, lo va a conseguir.

Mi vientre empieza a tensarse augurando un orgasmo épico. Me apoyo por completo en la pared alicatada adivinando lo que se avecina. Unos instantes después me retuerzo sobre mi propio cuerpo, gimiendo a pleno pulmón mientras me sacudo adelante y atrás con una intensidad que me sorprende a mí misma y corriéndome como no recuerdo haberme corrido nunca. Lucas me coge las nalgas y las aprieta contra su boca hasta que los últimos coletazos del orgasmo desaparecen.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —digo.

Las piernas me tiemblan tanto que creo que no me pueden

sostener.

—Me encanta tu sabor —dice él lamiéndose los labios.

No tengo tiempo de pensar en el morbo que me ha dado lo que acabo de ver, porque Lucas echa mano de un condón de la estantería, se lo pone con pericia e inmediatamente se inclina sobre mí y me besa al tiempo que me coge de los muslos y me levanta en vilo, apretándome contra la pared. Envuelvo su cintura con las piernas y paso los brazos por su cuello.

—Lucas… —musito.

—Quiero metértela hasta el fondo, Lara. Correrme dentro de ti —susurra contra mi boca.

Inhalo hondo y me dejo hacer…

Lucas me baja sobre él y me penetra despacio. Lo oigo gemir cuando nota el calor de mi cuerpo, y para darle más placer contraigo los músculos alrededor de su erección. Él cierra los ojos y vuelve a gemir. Sale de mí y me penetra de nuevo con más fuerza. Me sujeto a sus hombros, clavándole las uñas en la piel, y arqueo la pelvis para que tenga mejor acceso a mí.

Lucas acelera los movimientos y, sujetándome con fuerza por las nalgas, empieza a embestirme con ímpetu. Busco sus labios y, mientras me empotra contra la pared de un fuerte empujón, nos devoramos la boca.

—Me corro… —jadea embistiéndome sin piedad—. Me corro…

Un gruñido animal escapa de su garganta y empieza a convulsionar contra mi cuerpo.

—Joder, Lara… —sisea con la respiración acelerada.

Y aunque se corre dentro de mí, los movimientos no cesan. Un par de embestidas más culminan en mi segundo orgasmo. Me aferro a su cuello con fuerza y me abandono a los estremecimientos que me asaltan mientras grito su nombre una y otra vez con los dientes apretados.

Tras unos segundos en los que permanecemos con las frentes juntas, compartiendo aliento e intentando apaciguar nuestros agitados pechos, que suben y bajan por el esfuerzo, Lucas me pregunta:

—¿Te bajo? ¿Puedes sostenerte?

Asiento varias veces con la cabeza, aún aturdida.

Poco a poco voy resbalando por su cuerpo mojado y me pongo en pie.

Con las manos en sus hombros, nos miramos a los ojos durante unos segundos y nos besamos. Esta vez es un beso suave, tibio y lánguido. Lucas sonríe y, acariciándome la cara, dice:

—Vamos a ducharnos.

Capítulo 21

Durante un rato nos enjabonamos mutuamente bajo el relajante chorro de agua. Lo hacemos con lentitud, como si quisiéramos aprendernos de memoria el cuerpo del otro y dejar cada poro de la piel grabado en la yema de los dedos.

—¿Me dejas lavarte el pelo? —me pregunta Lucas.

Alzo los ojos —siempre tengo que alzarlos cuando estamos cerca porque me saca casi una cabeza— y lo miro ligeramente sorprendida. Aparte de mi peluquero, Joseph (en realidad se llama José y es de un pueblo de Extremadura, pero dice que Joseph suena más *cool* y que le da un toque extra de sofisticación), ningún hombre me ha lavado el pelo. Nunca.

—Si no quieres, no —añade Lucas al ver que guardo un silencio como si me hubieran extirpado la lengua.

—Sí, sí que quiero —me adelanto a decir rápidamente—. Sesión de peluquería gratis, ¿cómo puedo negarme? —bromeo—. Es solo que... No sé... —Encojo los hombros—. Me sorprende que quieras lavarme el pelo —explico.

Él se inclina hacia mi oído como si quisiera contarme un secreto.

—No se lo digas a nadie, pero es uno de mis fetiches. Me encantan las tías con el pelo largo —confiesa—. Y lavaros el pelo me parece muy erótico.

—Oh... —musito con sorpresa.

—Ponte de espaldas —me pide cogiendo el bote de champú del estante.

Me doy la vuelta y poso los ojos en el alicatado de la pared. Respiro hondo y decido que mi única opción es dejarme llevar. Claro que no es muy difícil, porque es lo que llevo haciendo desde que me reencontré con Lucas.

—¿Y tienes algún fetiche más? —pregunto curiosa.

—Los maniquís —responde él al tiempo que empieza a enjabonarme el pelo con mimo.

Abro unos ojos como platos. Menos mal que no puede verme la cara, porque ahora es todo un poema.

—¿Los maniquís? —repito como si no hubiera oído bien. Porque estoy segura de que no debo de haber oído bien.

—Sí, se llama agalmatofilia. ¿Nunca has oído hablar de ella?

—No —contesto con el ceño fruncido.

¿Cómo voy a haber oído hablar alguna vez de la agalmat..., como narices se llame?

—¿Y qué...? ¿Qué te pone de los maniquís? —inquiero confusa, pero intentando mantener la compostura. Siempre me he caracterizado por tener una mente abierta.

—Su inmovilidad, su extrema quietud —dice Lucas como si fuera lo más natural del mundo mientras sus dedos masajean mi cuero cabelludo—. Me pasa lo mismo con las estatuas. Yo no lo hago, pero hay gente que llega al extremo de robar los maniquís de las tiendas.

Levanto las cejas hasta que casi se me salen de la frente.

¡La madre que lo parió!

—Entiendo —respondo poco convencida mientras pongo cara de circunstancias.

Lucas empieza a descojonarse vivo detrás de mí, y entonces lo comprendo todo.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¡Claro que me estoy quedando contigo! —dice entre carcajadas, deteniendo las manos en mi nuca—. Solo tú podrías creerte que me excitan los maniquís.

—¿Sabes que eres un idiota? —replico enfadada, dándole un pequeño codazo en la tripa, pero lo único que provoco es que se ría con más ganas.

—Tendrías que haberte oído. —Sigue riendo—. Parecía que estabas hablando con un marciano.

—Bueno..., hay fetiches sexuales muy raros. Los seres humanos somos de lo más extraños —me justifico.

—Sí, tienes razón, pero te aseguro que a mí no se me pone dura cuando veo un maniquí.

—¿Por qué siempre me haces lo mismo? —me quejo.

—Porque me encanta —contesta Lucas con un regocijo en la voz que hace que me den ganas de arrancarle la cabeza de un mordisco—. Es igual que cuando éramos niños... Te creías todo lo que te decía. Como aquella vez que aseguré que había visto al Ratoncito Pérez.

—Eres muy gracioso, de verdad —refunfuño con sorna, poniendo los ojos en blanco—. Muy muy gracioso... ¿Por qué no te vas a cagar?

—Anda, no te enfades y deja que te lave bien el pelo —dice en tono conciliador, tan cerca de mi oído que me estremezco, al tiempo que retoma la tarea y sus dedos vuelven a masajear mi cuero cabelludo.

Lo mandaría a la santa mierda, lo juro. Saldría de la ducha y lo dejaría ahí plantado como un abeto, pero es que el masaje que me está dando roza la maravilla pura.

«Joder, qué gustazo», pienso con los ojos cerrados.

Como continúe un poco más voy a terminar teniendo otro orgasmo.

—Inclina la cabeza hacia atrás —dice Lucas después de un rato en el que hemos permanecido en silencio.

Hago lo que me pide y, cogiendo la alcachofa de la ducha, me enjuaga el pelo, con cuidado de que el agua no me chorree por la cara.

—¿Qué tal? —pregunta.

Enderezo la cabeza y abro los ojos.

—Maravilloso. —Lanzo un suspiro al aire—. Tienes unas manos prodigiosas —digo.

—Es algo que me dicen muy a menudo —afirma Lucas, llevando la conversación hacia otro lado.

Me doy la vuelta y lo miro de reojo con picardía.

—Será mejor que durmamos un rato o mañana no habrá quien nos levante —sugiero. De repente me ruborizo—. Bueno, si quieres que... que me quede a dormir. No sé... Tal vez prefieres

dormir solo —añado rápidamente, después de darme cuenta de que estoy en su casa y de que no sé si tenía planeado que durmiéramos juntos.

Él me abraza en silencio. Le rodeo la espalda con los brazos y apoyo la cabeza en su pecho.

—Por supuesto que quiero que te quedes a dormir —susurra en mi oído.

* * *

Pero lo de dormir unas horas se vuelve misión imposible. Pese al cansancio que tengo encima, no puedo dormir. Ni siquiera he sido capaz de conciliar el sueño un par de horas. Estoy en la cama de Lucas, con la cintura asida por su brazo, y su respiración, tranquila y cadenciosa, removiéndome el pelo de la nuca con una suavidad que me produce escalofríos de placer, pero Javier no para de dar vueltas en mi cabeza como una mosca cojonera. Me siento mal; triste, culpable. Y no solo por él, también por Lucas.

No sé cómo he llegado a este punto ni por qué la vida, el destino o quien maneja los hilos (que en mi opinión es un cabronazo porque lo hace con muy mala leche) ha puesto a Lucas en mi camino en este momento. Me gusta y, aunque suene duro, se ha convertido en una complicación, porque se está desencadenando algo peligroso dentro de mí. De forma temeraria, he encendido un fuego que ahora no sé cómo coño apagar.

Me doy la vuelta con cuidado, tratando de no moverme mucho, y lo miro. Está profundamente dormido. Su rostro se ve relajado, con la maravillosa y dulce placidez del sueño. Es un hombre, pero ahora yo veo al niño travieso con el que jugaba cuando era una cría y con el que contaba estrellas en el prado del pueblo.

Antes de que me dé cuenta mi mano está acariciando la línea de su mandíbula. Lucas respira hondo con el contacto y se mueve un poco entre las sábanas. Me encojo con una mueca en la boca y contengo el aliento esperando que no se despierte. Me gusta verlo dormir.

Paso un rato disfrutando de su cercanía, acariciándole el torso desnudo con los dedos, embriagándome del calor que desprende su cuerpo. No quiero moverme. Si pudiera, me quedaría así el resto de mi vida, pero la naturaleza, con un don de la inoportunidad de *Libro Guinness*, me llama de forma urgente. Es lo que tiene ingerir más cervezas de la cuenta.

Retiro las sábanas como si estuviera manipulando una bomba a punto de explotar y voy al baño. Cuando camino me doy cuenta de que tengo agujetas. Pero no me extraña. Lucas es una fiera y, por si fuera poco, no está mal dotado. Nada mal.

Lo primero que hago nada más entrar es echarme un vistazo en el espejo. Mi pelo no tiene ni orden ni concierto después de dejarlo secar peligrosamente a su libre albedrío. Tengo la piel sonrosada, como si estuviera en un perpetuo rubor, y los labios rojos por los besos. Bajo los ojos y me quedo mirando la camiseta que me ha dejado Lucas para dormir. Es negra, con personajes de *La guerra de las galaxias* caricaturizados como si fueran muñecos de Playmobil. No puedo evitar sonreír. Siempre ha sido un poco friki.

Salgo del baño y, ya en la habitación de nuevo, mis ojos se escapan furtivamente hacia él. Está sobre las sábanas, desnudo como un dios, con su cuerpo bronceado por el sol de Mallorca. El cabrón está como quiere. De buena gana lamería su piel morena centímetro a centímetro, para impregnar mi lengua con su sabor. Me oigo dejando escapar un gemidito.

Joder, estoy fatal.

Camino de puntillas hasta la cama, para no despertarlo, pero mis esfuerzos por no hacer ruido son totalmente en vano.

—Lara, ¿estás bien? —me pregunta.

«Mierda.»

—Sí —respondo—. ¿Te he despertado?

—No, tranquila —dice con voz somnolienta—. Ven —susurra.

Levanta las sábanas con una mano y me invita a que vaya a su lado. Me deslizo en la cama hasta quedar pegada a él, que me abraza contra su cuerpo. Noto que mueve la cabeza hacia la mesilla.

—No me puedo creer que solo me quede una hora para

levantarme —indica con fastidio.

—¿Tienes que trabajar?

—Sí. ¿Tú tienes congreso?

—No, ni ayer ni hoy hay conferencias.

—Si no tuviera que ir a trabajar te aseguro que no iba a dejarte salir de aquí —dice ronroneando en mi cuello.

—Suena genial —contesto.

Lucas sonríe en mi nuca mientras sus manos me acarician los muslos.

Y yo empiezo a perderme…

No sé cómo lo hace, pero me gira con rapidez y me acomoda a horcajadas sobre sus caderas. Durante unos segundos su mirada se pierde en mi cuerpo como la de un depredador hambriento. Estira el brazo y alcanza un preservativo de la mesilla.

—Lara, fóllame —me pide cuando termina de ponérselo.

Me quito la camiseta por la cabeza y la tiro sin cuidado a un lado. Lucas extiende las manos hacia mí y las posa en mis pechos. El calor de sus palmas y la suavidad con que me acaricia hacen que me estremezca de placer.

—Eres jodidamente perfecta —dice como si hablara para sí.

Baja la mano hasta su miembro, ya listo, y tantea mi entrada. Poco a poco, voy resbalando sobre su erección. Cuando la tengo por completo dentro de mí, suelto el aire y comienzo a balancearme adelante y atrás.

—Sí… Así, cielo… —musita Lucas.

Me gusta tenerlo debajo y contemplar cómo me mira mientras jadea. Ver su rostro transfigurado por el placer que le estoy dando me excita de un modo puramente hedonista y me anima a desinhibirme y a quitarme de un plumazo la vergüenza. Casi sin darme cuenta, voy aumentando el ritmo hasta convertirlo en un movimiento frenético.

Apoyo las manos en sus muslos y echo la cabeza hacia atrás para que la penetración sea más profunda. Necesito sentir a Lucas dentro de mí. Del todo. Que no nos separe ni un centímetro; en una suerte de divina comunión. Él me sujeta por las caderas con fuerza y me ayuda a moverme, llevándome hacia delante y hacia atrás,

creando una danza firme y oscilante. Su respiración se acelera entremezclándose con pequeños gemidos.

El orgasmo me llega de manera impetuosa, desorganizada, violenta, con esa fuerza súbita que solo tienen los tornados, obligando a mi cuerpo a estremecerse de arriba abajo. En el momento en el que me enderezo, Lucas me pasa la mano por la nuca, me acerca a él y me besa, y mientras su lengua surca mi boca, jadeante, hambrienta, descarada, se corre dentro de mí.

Capítulo 22

Estamos tumbados boca arriba. Mi cabeza descansa en el hombro de Lucas y su brazo pasa por detrás de mi espalda. Está empezando a amanecer y una luz aterciopelada se cuela por las cortinas, tiñendo la atmósfera de una tonalidad cálida.

—¿Cuántos años llevas en Mallorca? —le pregunto.

Entrelaza sus dedos con los míos y yo aprovecho para observar su mano. Es grande y está bronceada, y sus dedos son largos y finos.

—Siete —responde—. Madrid es una ciudad difícil para encontrar trabajo como biólogo marino. Todo es mucho más técnico. Estuve un año y medio trabajando en un laboratorio, pero no me llenaba. Necesitaba tener contacto directo con el mar. Después de un verano me lie la manta a la cabeza y me vine aquí.

—La verdad es que después de bucear contigo a mí también me dan ganas de ser bióloga marina —digo.

Lucas sonríe.

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti, Lara? No sé qué ha sido de tu vida en estos quince años que no nos hemos visto.

Arqueo una ceja.

Oh, oh… ¿Por qué creo que me voy a meter en un jardín del que no voy a saber salir?

—No hay mucho que contar… —contesto intentando sonar despreocupada—. Cuando terminé la carrera de Turismo entré a hacer las prácticas en una de las cadenas de agencias de viajes más importantes de Madrid y después me contrataron.

—¿En esa agencia donde el jefe es tan exigente que te hace llorar? —dice Lucas en broma.

Fuerzo una sonrisa.

—Sí —respondo sin querer entrar en más detalles.

Pensar en Javier no es lo más apropiado en este momento. Me estoy desperezando de una noche de sexo desenfrenado e inmoral.

—¿Y novios? ¿Has tenido muchos?

Para hablar de eso tampoco es un buen momento. ¿Por qué no podemos debatir sobre a qué huelen las nubes?

Me aclaro la garganta.

—No he sido muy noviera —explico. Y es cierto. La verdad es que siempre he pasado bastante de los tíos. La única relación seria que he tenido ha sido con Javier—. Tuve un medio novio en la universidad. Se llamaba Raúl. Pero ya sabes cómo son esos amores: terminan antes casi de haber empezado.

—A ciertas edades los amores están abocados al fracaso porque no se tiene la madurez suficiente para sobrellevar lo que implica una relación —dice Lucas.

Joder, aparte de guapo, inteligente, divertido y de estar formidablemente dotado, también tiene la cabeza bien amueblada y una estupenda mata de pelo encima de ella. ¡El cabrón lo tiene todo!

—¿Y después? —sigue preguntando.

Por lo que veo, no tiene ninguna intención de darse por vencido.

—Después he tenido alguna cosilla por ahí, pero nada serio —señalo para salir del atolladero.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Venga, no te hagas la remolona. —Me da un codazo para que me anime a hablar—. ¿Por qué no tienes novio? Cualidades no te faltan para tener al tío que quieras. Además, estás como un tren.

Alzo un poco los hombros y busco las palabras adecuadas para no meter la pata.

—Hum..., no sé... No creo que tengamos que buscar pareja, en el sentido literal de lo que significa *buscar*. El amor se encuentra, no se busca; aparece o no...

—Tienes razón, pero me extraña que alguien como tú esté sola.

Me mordisqueo el labio de arriba con tanta fuerza que me

hago daño.

—Supongo que todavía no he encontrado a esa persona que me llene como tiene que llenarte alguien con quien estás dispuesto a pasar el resto de la vida. —«Mierda, necesito cambiar de tema. ¡Necesito cambiar de tema ya!»—. ¿Y qué me dices de ti? Me contaste que estuviste saliendo dos años con una chica. ¿Por qué lo dejasteis?

—Me puso los cuernos. La pillé con otro tío —contesta Lucas.

—¿En la cama? —Me viene a la cabeza la imagen de él abriendo la puerta de la habitación y sorprendiendo in fraganti a su exnovia follando con otro, en plan película.

Él sonríe. Parece que lo tiene superado.

—No, la pillé en el yate del niño de papá al que se trajinaba desde hacía unos meses.

¡Joder! ¿No podrían haber roto por otro motivo que me resultara menos... familiar? ¿Que no tuviera tanto que ver con mi situación actual? Trago saliva con tanto trabajo que creo que se me oye. ¿A todo el mundo le da por adornar las cabezas de sus parejas? Javier, el marido de Lola, la exnovia de Lucas... Siempre hemos oído que quien tiene que dar explicaciones es la parte que está comprometida, pero empiezo a pensar que los que nos prestamos a ello también tenemos mucho que ver. Quizá no deberíamos permitir que nadie nos relegue a las sombras. Tener un papel secundario en tu propia historia de amor no mola, no mola nada, teniendo en cuenta la cantidad de cosas que dejamos de vivir.

—¿Qué hacías tú allí?

—Estaba estudiando con un compañero de trabajo el impacto medioambiental que tienen los residuos de plástico en el mar. Nos fuimos a tomar unas muestras a una cala llamada Barques, en Pollensa, un pueblo al norte de la isla. Y allí estaba ella, en la cubierta del yate, abrazada a su niño rico.

—Tuvo que ser duro.

—Sí, pero me abrió los ojos.

—Lo siento —murmuro, porque no tengo ni idea de qué más decir.

No poseo la catadura moral para manifestarle a Lucas que su exnovia es una zorra y que probablemente le gustara más una Visa que a un tonto un lápiz. No, no tengo suficiente moral si contamos con que yo estoy con un hombre casado.

El despertador suena con ese sonido irritante que caracteriza a los chismes de su especie, aunque entone las notas del *Himno a la alegría* de Beethoven.

Lucas se estira.

—Hora de ponerse en marcha.

Nos incorporamos y nos sentamos en la cama.

—¿Por qué no te quedas aquí? Volveré sobre las tres y cuarto —propone—. Podemos preparar algo de comer o compro alguna cosa de camino y pasamos el resto de la tarde juntos.

Suena tentador. Ya lo creo que suena tentador, pero dudo que sea lo más conveniente. Estoy muy confundida, la cabeza me va a mil revoluciones por minuto, y necesito alejarme un rato de Lucas y de todo lo que lo rodea.

—Me encantaría, pero prefiero irme al hotel. Tengo que cambiarme de ropa. Parece que he sacado mi vestido de un contenedor de basura —me excuso.

Lucas inclina la cabeza y me da un beso en el cuello.

«No deberías hacer eso...», digo para mí, derritiéndome por dentro.

—Te queda muy bien mi camiseta, tengo un centenar de ellas en el armario que puedes ponerte —susurra provocativo en mi oído —. O quedarte desnuda...

«Esto va por mal camino. Tengo que detenerlo.» Echo el torso hacia delante para evitar su contacto. Si continúa, voy a perder el control.

—Lucas, es mejor que me vaya —digo. Mi voz suena más brusca de lo que pretendía.

Él se endereza detrás de mí.

—Está bien, como quieras —contesta sin perder un ápice de su amabilidad. Esa que en estos momentos no me merezco.

Exhalo una bocanada de aire, sintiéndome como una auténtica mierda. Soy una maldita perra.

—¿Te llamo esta noche y tomamos algo? —sugiero, pero no me vuelvo para mirarlo.

—Genial —responde al tiempo que se levanta de un salto y llega con un par de zancadas al baño. Antes de entrar, se vuelve hacia mí, regalándome una maravillosa e imborrable vista de toda su perfectísima anatomía—. Me ducho, me visto y te acerco al hotel —añade.

Le habría dicho que no se molestara, que no hacía falta, que podía ir andando o coger un taxi, pero ya he sido suficientemente gilipollas por hoy.

—Gracias —digo, sentada en el borde de la cama.

Suspiro y niego con la cabeza para mí.

«¿Qué cojones estoy haciendo?»

* * *

Lucas solo tarda unos minutos en estar listo, y no puedo más que elogiar esa capacidad que tienen los hombres de ahorrar tiempo en adecentarse, mientras nosotras necesitamos un lustro... o dos, dependiendo del evento y de las circunstancias.

Se inclina y coge las llaves del coche de la mesita auxiliar del salón. Al levantarse, un mechón de pelo le cae húmedo por encima de la frente.

—¿Vamos? —me pregunta.

Asiento en silencio con una sonrisa de imbécil en la cara y salimos de su piso. Él cierra la puerta y dejamos atrás otra de las tantas maravillosas noches que estoy viviendo junto a él.

Durante el trayecto de vuelta al hotel no cruzamos muchas palabras. Ambos estamos sumergidos en uno de esos agradables silencios que nos hacen disfrutar de las vistas, del paisaje, de nuestros pensamientos o de nosotros mismos, porque no siempre necesitamos decir algo.

—Que tengas un buen día —le deseo cuando aparca frente a la puerta de Es Príncep.

—Y tú.

Se inclina hacia mí y me da un beso en los labios. Su boca

todavía sabe a la suave menta de la pasta de dientes. Delicioso. Dios, me quedaría besándolo todo el día, toda la noche, toda la vida, todas las vidas en las que me reencarne...

Se quita las gafas de sol, unas Ray-Ban Aviator gris oscuro, y me dedica una de esas miradas que hacen que me deshaga. El azul de sus ojos es tan intenso con la luz del amanecer que me aturde.

—Duerme un poco —me aconseja con voz casi paternal, dándome un toquecito en la nariz con el dedo.

Me pregunto qué cara tengo para que Lucas me sugiera que duerma, aunque puedo imaginármela: una con unas ojeras tan oscuras como las de un oso panda. No como la suya. Lucas parece perfecto para hacer a cualquier hora cualquier tipo de anuncio: de gafas de sol, de dentífricos, de champús, de condones...

—Me hace falta —reconozco sonriendo.

—Esta noche nos vemos.

Afirmo brevemente con la cabeza; a fin de cuentas, he sido yo la que ha propuesto ese plan.

—Hasta luego —me despido.

—Hasta luego.

Me guiña un ojo mientras sonríe y se pone de nuevo las gafas de sol, ¡y el cabronazo no puede estar más sexy! Incluso con una cáscara de plátano en la cabeza lo estaría.

Abro la puerta del coche, salgo de él y me voy al hotel, intentando no alargar más la despedida. Mientras atravieso las puertas de Es Príncep me convenzo de que ya no somos unos adolescentes, aunque a veces lo parezcamos.

Capítulo 23

Entro en la habitación y lo primero que hago después de dejar el bolso en una silla es desplomarme sobre la cama. Boca arriba, tomo aire y lo suelto ruidosamente en forma de suspiro. Me tapo la cara con las manos. Quiero desaparecer. Joder, quiero desaparecer, aunque solo sea durante cinco minutos.

Me he metido en un lío de narices.

Estoy con Javier y, aunque la rabia me come por dentro, estoy enfadada y me dan ganas de estrangularlo lenta y dolorosamente con mis propias manos, tengo una relación de más de cinco años con él, y lo quiero. Mucho. Si no fuera así, si no lo quisiera, no habría aguantado tanto tiempo siendo *la otra* y teniendo un papel secundario en su vida y en la mía propia. Sin embargo, cada día pienso más en Lucas. En sus ojos golosos, en sus manos cuando me acarician, en su lengua recorriendo cada centímetro de mi cuerpo, en su forma de sonreírme, de follarme, en sus gemidos cuando se corre dentro de mí...

Lucas dijo que iba a poner todo su empeño para que este viaje fuera inolvidable para mí y lo está cumpliendo con creces, superando cualquier expectativa que pudiera haberme creado al respecto. Además..., es Lucas, mi primer amor, el primer chico del que me enamoré, mi amor platónico, el chico con el que contaba estrellas...

Resoplo y me doy la vuelta en la cama, rodeando la almohada con los brazos. Ya no soy una adolescente. Soy una mujer adulta y tengo que comportarme como tal. No debería haberme liado con Lucas. No debería...

—Joder, vaya lío que tengo en la cabeza —susurro.

De pronto siento unas inmensas ganas de llorar.

Rendida, cierro los ojos.

* * *

Me despierta el sonido del móvil. Abro un ojo y después el otro. Pestañeo. Me siento ligeramente desorientada, así que trato de ubicarme. Estoy en la habitación del hotel después de pasar la noche con Lucas.

Bien por mí.

El teléfono sigue sonando de forma insistente. Me levanto y miro a un lado y a otro buscando mi bolso. Cuando lo localizo en la silla que está al otro lado de la habitación, lo abro y busco el móvil en su interior. Después de sacar varios cachivaches innecesarios, por fin doy con él.

—Buenos días, Lola —digo al descolgar.

—¿Buenos días? ¿Tú has visto qué hora es? —me pregunta divertida.

—La verdad es que no —contesto frotándome los ojos.

—Son casi las cinco.

—¿De la tarde? —Mi tono es de sorpresa.

—No, mujer, si te parece las cinco de la madrugada. —Lola se ríe al otro lado de la línea telefónica.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya me entiendes —digo.

Lanzo el bolso sobre la cama y me siento en la silla.

—Lo que entiendo, chata, es que has pasado una noche de muerte con Lucas, que le habéis estado dando al manubrio sin parar y que has estado dormida hasta ahora.

—Eres muy buena dando titulares —bromeo.

Lola suelta una carcajada tan aguda que el sonido se me mete hasta el fondo del tímpano.

—¿Así que has tenido una noche movidita? —pregunta pícara.

—Bueno, no creo que haya sido menos movidita que la tuya con Quique. ¿Qué tal te ha ido con él?

—Ay, Lara, quizá no debería haberme liado con Quique.

«Bienvenida al club», pienso para mí.

—¿Por qué dices eso? —quiero saber.

—Porque Quique es demasiado perfecto. Es guapo, es inteligente y folla de vicio.

«Bienvenida también a este club», me repito mentalmente.

—¿Y es malo que sea perfecto? —añado, aunque me imagino cuál va a ser su respuesta.

—Sí, es malísimo, una catástrofe de dimensiones bíblicas, como el Diluvio Universal o las plagas de Egipto… —levanto una ceja, Lola es muy dada al drama y a la exageración—, porque las posibilidades de que me enganche a él son altísimas —continúa—, tanto como la de que engordes alimentándote solo a base de donuts.

—Eso son muchas posibilidades —comento.

Si te alimentas solo de donuts, al tercer día vas a dejar de entrar en los pantalones, incluso en los que son elásticos. Hablando de donuts y dulces varios, tengo un hambre atroz.

—Claro que son muchas posibilidades. ¡Son todas las posibilidades del mundo! —exclama Lola—. No quiero dejarlo. Quique es fantástico, Lara, es… Bueno, ya te he dicho cómo es, que folla de vicio y todo eso, pero creo que si sigo con esto voy a terminar pillada.

—¿Y él qué dice de lo que tenéis?

Mis tripas rugen hambrientas como si estuvieran dando un concierto en re mayor de Vivaldi. Mientras Lola sigue hablando, me levanto de la silla y me dirijo al minibar que tiene la habitación, situado en el pasillo de entrada.

—Para él son solo unos días de diversión… No hablamos de nosotros en plan «¿Qué haremos cuando esto acabe?» o «¿Qué haremos cuando vuelvas a Córdoba?», ¿sabes? —Lola suspira—. No hablamos de un posible futuro juntos ni nada de esas cosas… Él no saca el tema y yo no me atrevo a mencionarlo.

—Quique está viviendo el momento y ya —afirmo.

No debería ni siquiera abrir el minibar, las cosas de ahí dentro cuestan un ojo de la cara. Pero luego pienso que lo paga Javier y se me esfuma cualquier atisbo de conciencia. Él fue el que me obligó a venir, ¿verdad?

«Pues que se joda», me digo al tiempo que alargo el brazo y echo mano de un sándwich de jamón y queso y una Pepsi.

—Sí, exactamente eso —responde Lola—. Y yo también me lo estoy tomando así, o trato de tomármelo así. *Carpe diem*..., como se dice. Aprovecho el momento presente y no espero nada del futuro, pero cada día me resulta más difícil no pensar en un futuro con Quique.

Me sujeto el móvil entre la oreja y el hombro y abro el sándwich.

—No sabes cómo te entiendo, Lola, a mí me está pasando lo mismo con Lucas.

Suspiro a través del teléfono.

—¿Te estás pillando por él? —me pregunta.

Doy un bocado al sándwich.

—Pues no lo sé, pero tengo un cacao mental de tres pares de narices —contesto mientras mastico.

—¿Estás comiendo?

—Sí, he cogido un sándwich del minibar.

—Esas cosas valen un riñón.

—Lo sé, pero corren a cuenta de Javier —digo con malicia en la voz mientras mastico con delectación.

—Ah, entiendo. Entonces arrasa con el minibar, chata —dice Lola en tono cómplice.

—En ello estoy —bromeo, dando otro bocado.

—Pero ¿cuál es tu problema con Lucas? —me pregunta.

—Que no le he contado que estoy con Javier.

—¿No lo sabe?

—No. Le dije que no tenía marido ni novio, lo cual es cierto, porque Javier no es ninguna de las dos cosas.

—Eso es solo un tecnicismo que no creo que a Lucas le haga mucha gracia. Parece interesado en ti en serio.

¿Interesado en mí en serio? Eso pone peor aún las cosas entre nosotros.

—Define «en serio» —le pido a Lola.

—Pues lo contrario que el interés que tiene Quique en mí —responde.

Se me escapa un resoplido quejumbroso.

—Te juro que he intentado decírselo, pero ningún momento me parece apropiado —expongo como explicación, o como si eso me fuera a librar de ir al infierno, que bien ganado me lo tengo por perra.

—Es que no hay un momento apropiado para contar algo así, pero hay que hacerlo, Lara.

¿Qué le pasa a todo el mundo? ¿Desayunan sensatez todos los días? Helena, Lucas, Lola... ¿Soy la única que tiene síntomas de ser una descerebrada?

—Lo sé, lo sé... —la corto—. Pero es que no es fácil.

Abro la lata de Pepsi y doy un trago largo. Noto la garganta como si fuera de cartón.

—Claro que no es fácil, chata —me dice Lola—. Nada que tenga que ver con los asuntos del corazón lo es. Los sentimientos no se pueden controlar, aunque haya gente que crea que sí. Pero nadie dijo que esto de vivir, o sobrevivir en algunos casos, fuera fácil. La vida no es fácil.

—Madre mía, estás de un filósofo... Parece que te hayas comido a Elsa Punset —digo poniendo un toque de humor, que buena falta nos hace.

—Sí que me he levantado en plan metafísico. —Lola ríe—. Lara, ¿qué vamos a hacer? —me pregunta entonando una voz seria.

—No lo sé —respondo. Me paso la mano por el pelo—. Pero no sé si eso de seguir al corazón nos va a dar buen resultado. No quiero ni pensar lo que va a pasar cuando termine el congreso y volvamos a... la realidad —digo.

Porque para mí este viaje a Mallorca está siendo algo así como una especie de paréntesis en mi vida, una burbuja alejada del mundo, pero algún día tendré que volver a esa vida. Tendré que volver a Madrid, a la agencia de viajes, a Javier y a los problemas por los que está atravesando nuestra relación.

Oigo suspirar a Lola.

—Yo tampoco quiero pensarlo. —Después de una pausa dice—: Oye, ¿tienes planes para hoy con Lucas?

—He quedado que lo llamaría esta noche para salir a tomar algo, pero no sé si al final lo haré…

—Mientras lo piensas, ¿por qué no quedamos en el *skybar* del hotel y nos tomamos unos buenos chupitos? —propone Lola.

Acepto sin titubear. Dudo que arreglemos el mundo entre chupito y chupito, pero al menos nos vamos a echar unas risas.

—¿Te parece bien dentro de una hora?

—Sí, dentro de una hora nos vemos.

* * *

El *skybar* del hotel, encaramado —como no podía ser de otro modo— en la azotea del edificio, regala unas vistas maravillosas, desde donde podemos ver la catedral o el Mediterráneo, entre otras cosas. El lugar es amplio y está decorado con coquetas lámparas de mimbre y verdes enredaderas que cubren las columnas de metal. Las mesas son pequeñas, de color blanco, y el suelo de tarima. En el centro hay una barra larga con varios dispensadores de cerveza y una techumbre de cáñamo nos protege del sol.

La primera ronda de chupitos entra sola y nos ayuda a caldear el cuerpo más que los treinta y tantos grados que tenemos a la sombra. Este año el verano ha venido pegando fuerte.

—Oye, ¿te ha hablado Lucas alguna vez de Quique? ¿De cómo es? —me pregunta Lola.

Asiento en silencio mientras termino mi segundo chupito de la tarde, uno que se llama Orgasmo. Lleva vodka, licor de café y Baileys, y está de infarto.

—Me dijo lo mismo que tú: que es «un cabeza loca» y que adora su libertad —contesto, dejando el vasito encima de la mesa.

No quiero mentirle ni darle falsas esperanzas. Además, eso fue lo que me dijo Lucas, sin más florituras. Quique no está dispuesto a renunciar a su libertad por nadie, y seguramente tampoco por Lola.

Apoya la cabeza en una mano y suspira algo triste.

—O sea, ¿que no tiene pensado tener pareja?

En su voz se cuela una nota de desánimo que me llega al alma, porque estoy empezando a cogerle mucho cariño. Cariño del

bueno. Lola es una de esas personas que tienen el don de aparecer en el momento oportuno, solo para mejorarte la vida. Es difícil encontrarlas, pero, cuando lo haces, se quedan para siempre. Yo ya había tenido la fortuna de dar con Helena, y ahora además ha aparecido ella. Pero no hace falta que os diga lo que ya veis. Es inteligente, es divertida y es leal. Sin ella, estos días en Mallorca habrían sido muy distintos. Probablemente habrían sido un coñazo. Para empezar, no habría ido a El Olimpo de los Dioses y no me habría reencontrado allí con un dios llamado Lucas. Joder con Lucas.

—Lola, la gente no planea tener pareja o no, enamorarse o no. Hay veces que no entra en tus planes tener novio o novia y, sin embargo, ¡zas!, te enamoras perdidamente de alguien —digo intentando animarla de algún modo—. Yo nunca planeé pillarme por un tío casado y llevo más de cinco años con uno.

—A lo mejor tienes razón, pero yo siempre he pensado que hay que tener cierta predisposición para enamorarse.

—¿Te refieres a estar abierto al amor?

—Sí. Si no hay una mínima predisposición a dejar que el amor entre en tu vida, no va a aparecer nadie que te interese, y los que lo hagan no te van a parecer bien. Hasta para enamorarse es importante la actitud.

Me quedo unos segundos pensativa.

—Quizá tengas razón —digo encogiéndome de hombros—. A mí hay muchas cosas del amor que se me escapan.

—Por cierto, deberías mandar a paseo a Javier y cambiarlo por Lucas —indica de pronto ella.

—No son cromos intercambiables —contesto.

—Hay mujeres que utilizan a los hombres como si lo fueran, y hombres que hacen con las mujeres lo mismo. —Lola se termina de un trago lo que le queda de chupito—. No conozco a Javier, pero quiero que sepas que me cae mal. —Y lo dice con tanta naturalidad que hasta me hace gracia.

—El asunto no es tan sencillo. Tú misma lo has dicho antes, los sentimientos no se pueden controlar. Javier no se ha portado bien conmigo estos últimos días, pero no me puedo desenamorar

de él simplemente chasqueando los dedos.

—Chicas, ¿os atrevéis con un Pedo Mágico? —nos pregunta el camarero, interrumpiendo nuestra conversación.

Lola y yo giramos el rostro lentamente y levantamos los ojos al mismo tiempo hacia él, dedicándole una expresión recelosa.

—¿Perdón? —digo.

—El siguiente chupito… —nos aclara el chico, un pipiolo con aspecto nórdico de poco más de veinte años que en este instante señala con el dedo los vasitos con contenido verduzco que lleva en la bandeja.

—¡Sí, claro! —acepta Lola, que esta tarde parece estar dispuesta a beberse hasta el agua de los floreros.

—¿Qué lleva? —pregunto indecisa mientras miro al camarero de soslayo.

—¡Qué más da lo que lleve! Ponnos dos —se adelanta a decir Lola, respondiendo por ambas.

El camarero coge un par de vasitos y los pone en el centro de la mesa.

—Lleva tequila, ginebra, whisky y menta —detalla con amabilidad, dirigiéndose a mí.

—¡Joder! —exclamo.

Durante unos segundos contemplo el vaso con los ojos casi fuera de las órbitas. ¿Quién es la valiente que se mete esto entre pecho y espalda?

—Si os atrevéis con el chupito Búfalo, el bar os invita a un Tumbamuertos —nos explica animadamente el camarero.

—¿Qué lleva el Búfalo ese? —pregunto, empeñada en analizar los ingredientes, pues temo que alguno de esos chupitos pueda llevar cicuta o arsénico.

—Tequila y ron.

—¡Madre mía! No me extraña que lo llamen Búfalo. Solo un animal de esos podría resistir esa combinación.

El chico ríe con mi ocurrencia.

—¿Y el Tumbamuertos? —interviene Lola.

Me da miedo la respuesta porque, por lo que veo, el nivel va subiendo, y las posibilidades de que termine estallándote el

estómago y salpicando de bilis a los que están a tu alrededor son cada vez más altas.

—Whisky, vodka, Cointreau y zumo de limón natural.

—Vete preparando un par de Búfalos —le indica Lola al chico con un aplomo formidable, sin ni siquiera esperar a que yo responda. No puedo más que reírme. Cualquiera que la oiga pensará que está pidiendo que nos sirvan dos búfalos de verdad, como si fuéramos dos mujeres de Atapuerca con ganas de hincarles el diente—. Ya verás cómo podemos con ellos y con el Tumbamuertos ese también.

—Tanto chupito va a terminar tumbándonos a nosotras, Lola —afirmo.

—Eso habrá que verlo. —Acepta el reto.

—Eso es, ¡chicas valientes! —dice el camarero.

—Encima tú anímala —digo.

Me echo las manos a la cabeza. La tarde va a acabar muy mal.

—Dios mío, vamos a salir de aquí a cuatro patas —comento.

Lola se carcajea de forma tan sonora que hace que algunas personas se vuelvan hacia nosotras, y el camarero me mira malicioso bajo unas cejas que mantiene arqueadas de forma elocuente.

—A gatas, quiero decir. Que vamos a salir de aquí a gatas —le aclaro para no llevarnos a malentendidos.

—¿Quién pone el nombre a los chupitos? —pregunta Lola cuando el chico se aleja.

—Vete tú a saber... Algún borracho —contesto.

El camarero regresa unos minutos después y con una sonrisa deposita los chupitos en la mesa. Sin mucho protocolo, Lola y yo cogemos el vaso y nos miramos, asintiendo decididas en silencio. Nos lo acercamos a los labios e ingerimos su contenido de un trago, sin pensarlo.

Cierro los ojos con fuerza mientras el líquido baja arañando mi garganta, como un gato deslizándose con las uñas por unas cortinas. ¡Dios!

—Cuidado, chicas, que eso es una bomba —nos advierte el camarero.

Y tal vez es lo que necesito en este momento. Una bomba. Algo que haga saltar por los aires lo que siento por un hombre casado y con hijos y con el que no tengo ningún futuro, ni al parecer tampoco ningún presente.

Capítulo 24

Tal y como veía venir, con tantos chupitos de nombres estrambóticos servidos por un camarero muy entregado a la causa y el calor que pega, Lola y yo hemos dejado el *skybar* del hotel algo perjudicadas y con muchas ganas de reírnos por todo. No hemos perdido la dignidad ni hemos salido a rastras, pero yo sí lo he hecho a trompicones, incluso he dado un traspié, empujando a una pobre mujer que me ha mirado asustada.

Lo bueno de emborracharte en el bar del hotel en el que te alojas es que puedes bajar a la habitación tan solo apretando el botón del ascensor, y dormir tranquilamente la mona hasta perder la noción del tiempo y creer cuando te despiertes que estás en Mordor.

—¿Llegarás sana y salva? —me pregunta Lola con una sonrisa bobalicona, cuando las puertas metalizadas se abren. Ella tiene que bajar un piso más.

—Sí, sí —afirmo con la resolución que solo te da el alcohol corriendo a sus anchas por las venas—. Mi habitación está... está cerca, solo tengo... solo tengo que girar por ahí, a la derecha, y andar unos pocos metros. Es pan comido —le explico antes de salir del ascensor, haciendo un aspaviento con la mano.

—Bien, si me necesitas, llámame —se ofrece Lola—. Y acuérdate de dormir boca abajo, para no ahogarte en tu propio vómito.

Enarco las cejas.

—Gracias, te... te agradezco el consejo —digo con ironía a una Lola que no deja de desenfocarse.

Hemos bebido el mismo número de chupitos —creo que Lola alguno más: uno que se llamaba Satán o Lucifer, o algo así, y otro que nombran Cucaracha, porque su color marrón recuerda a estos

queridos insectos— y, aunque en estos momentos no estoy muy capacitada para... nada que implique un mínimo de coherencia, creo que va algo mejor que yo. ¿Qué demonios me pasa con el alcohol? ¿Por qué lo tolero tan poco? Tal vez sea porque no meo lo suficiente mientras bebo. Dicen que la buena borrachera es la que se mea, y yo soy de las que se lo quedan todo dentro.

Nos despedimos moviendo la mano antes de que el ascensor se cierre.

—Adiós —balbuceo a la nada.

Tras un par de intentos infructuosos y unos cuantos bufidos de frustración, por fin logro meter la tarjeta en la dichosa ranura (la maldita no dejaba de moverse de un lado a otro) y abro la puerta.

Camino unos pasos, los justos para llegar a la cama y tirarme en plancha sobre ella. Noto que la cabeza me da vueltas, como si estuviera montada en un tiovivo al que se le hubiera roto un engranaje y girara enloquecido. ¿Cuántas veces me he prometido que no iba a beber nunca más? Qué manía la mía de darme consejos y no hacerme ni puto caso.

Una punzada de dolor me taladra la cabeza cuando el sonido del móvil llena la habitación. Me cago en todo lo que se menea y lanzo una exclamación de fastidio. Sin molestarme en abrir los ojos, palpo a un lado de la cama para ver si con algo de suerte encuentro el bolso, pero no obtengo ningún resultado. Palpo el otro lado y, cuando lo toco, a unos palmos de mí, tiro de la correa y lo acerco. Abro los ojos y a tientas saco el teléfono.

Es Helena.

—Oh, Helena... —gimoteo.

Me encantaría hablar con ella, contarle cómo el lío de mi cabeza crece día a día, pero no estoy para nadie. No creo que pueda pronunciar dos palabras seguidas sin trabarme.

—Mañana te llamo —le digo al teléfono—. Te lo prometo... —añado quedándome casi dormida.

Cierro los ojos y me abandono al placer que produce el sopor del alcohol.

* * *

Me despierto de golpe cuando el móvil suena de nuevo. Lo tengo tan cerca del oído que me sobresalto. Levanto la cabeza.

—¡¿Qué?! ¡¿Quién es?! —pregunto ausente, mirando a un lado y a otro con cara de ida.

Al darme cuenta de que es el teléfono, me froto los ojos con la mano y lo cojo de encima de la cama.

Oh, no. Es Lucas.

Joder, quedé en llamarlo para ir a tomarnos algo juntos.

Consulto la hora en el móvil. Si la vista no me falla, pues me bailan los números delante de los ojos, son casi las doce. Durante un rato contemplo la pantalla. El sobrenombre con el que Lucas grabó su número de teléfono, «El chico con el que contabas estrellas», parpadea sobre ella. No debería contestar, y como no debería y además tengo tendencias suicidas cuando estoy bolinga, contesto.

—Lucas —digo.

«Mierda, Lara, ¿no habíamos quedado en que no ibas a coger la llamada? —me reprendo a mí misma—. ¿Por qué no me haces caso por una puta vez en la vida?»

Me encanta desobedecerme y pasarme por el arco del triunfo todo lo que me convendría hacer.

—Chisss... —acallo a mi impertinente vocecita interior, pero lo hago en alto.

—Lara, ¿estás bien?

Me incorporo y me siento en el borde de la cama como buenamente puedo, porque no controlo mucho los movimientos.

—Sí, sí, claro que estoy... claro que estoy bien. Perfecta... Perfectamente.

—¿A quién has mandado callar? —me pregunta Lucas.

—A mí... misma —contesto con toda la sinceridad del mundo y con la voz pastosa como si me estuviera comiendo un polvorón —. A veces... a veces me hablo demasiado.

—¿Estás borracha?

—Un poco —confieso, y de pronto me da la risa tonta—.

Lola..., ya la conoces, me ha liado para tomar unos chupitos en el *skybar* del hotel y creo que se nos ha ido la mano, la mano y el pie, sobre todo a mí —digo sin parar de reír.

—Vale, pero ¿te encuentras bien?

La preocupación de Lucas y la calidez que hay en su voz cuando me lo pregunta me enternecen. Javier nunca se ha preocupado por mí más allá de hacerme llegar a casa un caldo de pollo caliente a través de una empresa de repartidores si estoy con gripe. Mucho más romántico que acercarlo él en persona y darme unos cuantos mimos, adónde va a parar.

—Sí, sí, perfectamente. La habitación me da vueltas y tengo... tengo unas náuseas de agárrate y no te menees. —Me vuelvo a reír sola al darme cuenta de lo bien traída que está la frase. No debo menearme mucho si no quiero acabar echando la raba en mitad de la bonita alfombra del hotel—. Pero estoy perfecta... mente, como una pera limonera —repito, arrastrando las palabras con la lengua y abriendo mucho los ojos porque tengo la sensación de que me estoy quedando dormida.

—Lara... —Lucas trata de regañarme, o más bien de que le haga caso. Lo percibo en la nota seria que se cuela entre la entonación profunda de su voz, pero en el fondo está intentando no descojonarse de la risa por la ingente cantidad de sandeces que están saliendo de mi boca. Porque sé que son sandeces, todas y cada una de ellas, pero no puedo parar de hablar. Es como si me hubieran dado cuerda.

»¿Quieres que vaya al hotel? Puedo acercarme ahora y así me aseguro de que estás bien.

—¡No, no, no, no, no! ¡Ni se te ocurra! Mañana... mañana tienes que madrugar y yo estoy bien. Estoy... estoy bien. Superbién. *Happy, happy!* Ya te lo he dicho. ¿No ves que no me trabo al hablar? Podría... podría recitarte de carrerilla y sin titubear la lista de las preposiciones. —Y con mis santos ovarios empiezo—: a, ante, cabe, con, contra, de, desde, durante...

—Lo que veo es que te has cogido una melopea de campeonato. —Lucas suspira.

—Es que no tolero muy bien el alcohol, ¿sabes? Pero... pero

he descubierto que es porque no meo lo suficiente. —Y las palabras salen de mis labios como si le estuviera exponiendo una importantísima teoría científica.

—Lara, por favor...

Pero yo sigo hablando como una puñetera cotorra. ¿Por qué no hay nadie aquí para que me dé un punto en la boca? ¿O para que directamente me corte la lengua?

—Que te lo digo en serio, Lucas, que la gente que mea veinte mil veces mientras bebe no se las pilla tan gordas como yo. Porque, según entra el alcohol, va saliendo. ¿Lo entiendes?

—Vale, puede que tengas razón.

La paciencia de Lucas es como la del santo Job, infinita.

—Lola ha bebido unos cuantos chupitos más que yo y la cabrona estaba tiesa como una vela. No ha dado ningún traspié ni ha empujado a una pobre mujer como he hecho yo cuando salía del bar —digo, y mi voz se tiñe de repente de tristeza.

—Cielo, no pasa nada porque hayas tropezado con una mujer. Eso le sucede a todo el mundo —me consuela Lucas.

Me habla con suavidad, como si estuviera conversando con una niña pequeña a la que intenta hacer razonar, consciente de que la melopea que me he agarrado es de campeonato, como él mismo ha dicho, y que ha mermado mi capacidad de raciocinio hasta convertirla en la de una cría de poco más de seis años.

—Eso no es verdad, a Lola no le ha pasado. Ella no ha empujado a nadie. —Y vuelvo a sentirme triste.

Lucas suspira pacientemente al otro lado de la línea de teléfono. Se está ganando el pase directo al cielo.

—Venga, Lara, cojo el coche y dentro de diez minutos estoy en el hotel —insiste.

—No... no vengas, Lucas, que estoy bien, de verdad. Además, el recepcionista no te va a dejar pasar, y menos a mi habitación. —La voz me vuelve a sonar pastosa. Durante unos segundos guardo silencio—. Es más, te voy a dar un consejo: aléjate de mí —suelto sin más.

«¡Cállate, Lara! ¡Cállate, cállate, cállate!», me grita histérica mi voz interior.

—Lara, ¿por qué dices eso? —me pregunta extrañado.

—Porque no soy buena gente —contesto—. No lo soy. Y tú sí. Tú eres leal, auténtico. Un tío de puta madre...

—¿De qué coño hablas? —suelta.

«¡Maldita sea! ¡Cállate la puta boca!», vuelve a reprenderme mi voz interior. Pero yo paso de ella.

—Hablo de que te alejes, de que huyas, de que corras... De que salgas cagando leches. No seas insensato, lárgate antes de que sea demasiado tarde —digo, e intento vocalizar todo lo posible para que me entienda.

—¿Tarde para qué? Oye, ¿te has tomado algo más que unos chupitos? No sé, ¿un tripi o algo así?

—¡¿Qué?! ¡Nooo! ¿Por qué...? ¿Por qué dices que si me he tomado un tripi?

—Porque no estás diciendo nada más que tonterías.

—No son tonterías, Lucas; si supieras... si supieras... —Noto que me quedo sin fuerzas. Mi voz se va apagando poco a poco.

—Lara, ¿qué tengo que saber?

—La verdad.

—¿Qué verdad? ¿De qué hablas? No te entiendo. —Y aunque lo oigo, no soy capaz de articular palabra. Me siento terriblemente cansada. Al ver que no respondo, él continúa hablando—: Hazme un favor, métete en la cama. Necesitas dormir la mona que tienes encima —dice.

—Sí... Eso es lo que... lo que necesito. Dormir... —digo en un hilo de voz.

Dejo caer la espalda en la cama y doy media vuelta, acurrucándome hasta hacerme un ovillo.

Capítulo 25

Abro los ojos, pero los cierro de inmediato cuando siento la vibrante luz del sol atravesándome las pupilas como si fuera un racimo de alfileres.

—Joder, ¿quién cojones me manda beber chupitos Tumbamuertos, Resucitacadáveres, Desentierramomias…, o como narices se llamen? —me reprendo a mí misma con un humor de perros.

El ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, y luego estoy yo, que también soy humana, o eso creo, y que no termino de levantarme de una (resaca) y ya estoy dándome de bruces con otra.

Hago un nuevo intento de abrir los ojos, esta vez más despacio, después de frotarlos con los dedos, y compruebo que sigo vestida con la misma ropa que llevaba puesta ayer por la tarde cuando quedé con Lola para ir al *skybar* del hotel, y que ni siquiera me he molestado en meterme en la cama. Tampoco me he descalzado, y de desmaquillarme ni hablo. Es decir, que en estos momentos no me diferencio mucho de una indigente. Madre santísima.

Me incorporo, pinzándome el puente de la nariz, y me siento en el colchón. Las sienes me palpitan tan fuerte que creo que la cabeza me va a saltar en mil pedazos.

Lo primero que hago es buscar el teléfono. Lo encuentro a mi lado, extrañamente cerca. Y la idea de que lo he utilizado sobrevuela mi mente. Me pregunto horrorizada si habré llamado a alguien en plena melopea. Ya os he dicho que los puñeteros móviles son un peligro cuando vas con un par de copas de más. Han abierto todo un abanico de nuevas y épicas meteduras de pata que te hacen esconder la cabeza debajo de la tierra de por vida.

Llamar o escribir mensajes incitados por el alcohol que llevas en las venas es un error que te puede acarrear más de un disgusto.

Y en esas, Javier atraviesa mi mente.

—No, no, no… —suplico con la cara descompuesta.

Por nada del mundo quiero que piense que ando detrás de él como una babosa. Me dejó claro que no quería que habláramos hasta que regresara a Madrid, y por la madre que me parió que no vamos a hablar hasta que regrese a Madrid.

Me faltan dedos para desbloquear rápidamente el móvil y entrar en el registro de llamadas. Para mi sorpresa y estupefacción, no es con Javier con quien he hablado, sino con Lucas; la llamada me la hizo él y duró varios minutos. Durante unos instantes toda mi vida pasa por delante de mis ojos. No sé qué me da más mal rollo —por lo que puedo haber dicho—, haber hablado con Javier o haber hablado con Lucas. Confesarle por teléfono mi verdadera situación sentimental sería casi una broma. De muy mal gusto.

Empiezo a ser presa de los nervios. No puedo haber sido tan inconsciente, tan… estúpida.

Tardo un rato en reaccionar y en ordenar mis pensamientos. Mi primera idea es llamarlo y tantear el terreno. Si suelta serpientes por la boca es que la cosa ha ido mal, pero la desecho de inmediato. Además, a estas horas está trabajando. La única opción que me queda es hacer memoria y esforzarme por tratar de recordar de qué puñetas hablamos.

Ignorando el terrible dolor de cabeza que tengo, y que hace que me cague de nuevo en los chupitos, el *skybar* y hasta en Lola, por haber propuesto la idea, me levanto de la cama y empiezo a deambular de un extremo a otro de la habitación. Desde el cuarto de baño al balcón y del balcón al cuarto de baño. Doy vueltas una y otra vez, pero por más que intento traer a la memoria algo, no logro hallar ningún retazo esclarecedor. Mi laguna mental no es una laguna, es un mar. El Mediterráneo entero.

Me siento en el borde de la cama, me agacho con cuidado para que la cabeza no se me vaya y me desabrocho las sandalias. Cuando me las quito muevo un poco los dedos arriba y abajo para desentumecerlos, por la presión de las tiras, que me han adornado

la piel con unas tortuosas marcas rojizas. Me levanto de nuevo y ando descalza por la habitación.

—Oh, qué maravilla… —susurro casi al borde del orgasmo cuando las plantas de mis pies notan la frescura que les proporciona la tarima que cubre el suelo.

Súbitamente recuerdo que Lucas se ofreció a venir al hotel para quedarse conmigo y que yo me negué. Pero ¿qué más?

Me acerco al minibar, abro la pequeña puerta y, tras otear lo que hay, meto la mano y cojo una botella de agua fresca. Desenrosco el tapón y doy un trago largo. La resaca ha transformado mi paladar en el desierto del Sahara.

Mientras camino hacia el balcón recuerdo que hablamos de mi pobre tolerancia al alcohol y de algo relacionado con Lola, aunque no sé exactamente qué.

El sonido del teléfono corta mis pensamientos de forma brusca y me hace dar un respingo. Su ruido, porque en este momento para mí es ruido, estridente y diabólico, se me clava en las capas más profundas del cerebro, taladrándolo. Cierro los párpados con fuerza.

—¡Joder!

Me vuelvo, cruzo la habitación y, dando un salto hacia la cama para que deje de sonar de una puñetera vez, lo cojo de encima del colchón. Los ojos se me iluminan cuando veo que es Helena. Seguro que ella me da una solución a este embrollo. Descuelgo.

—¿Estás viva? —me pregunta.

—Creo que sí —respondo—. Aunque ahora mismo parezco la superviviente de alguna de esas distopías apocalípticas que se describen en las novelas de ficción, o un zombi de *The Walking Dead*.

Helena ríe.

—¿Tan ocupada te tiene Lucas que no te da tiempo a nada más que no sea follar?

Me dejo caer en la cama.

—No juegues con eso —digo.

Y cuando oigo de nuevo mi voz veo que suena a un ser de

ultratumba. Joder, y me lo quería perder.

—¿Y esa voz? —me pregunta Helena.

—Estoy de resaca.

—Vaya, sí que te estás tomando tu estancia en Mallorca como unas vacaciones…

—Lola me convenció para bebernos unos chupitos en el *skybar* del hotel.

—Y te cogiste una buena cogorza —afirma Helena.

Me conoce bien y sabe que me pimplo solo con oler el alcohol.

—Una mundial —contesto—. Por favor, no hables muy alto —le pido.

Ella se echa a reír de nuevo.

—¿Sabes que me cae muy bien Lola? —dice.

—¿Ah, sí?

—Sí, te está llevando por el buen camino.

Esbozo una sonrisa.

—La verdad es que os llevaríais genial —comento.

—Tengo muchas ganas de conocerla. Tienes que invitarla a pasar un fin de semana en Madrid.

—Lo haré.

El silencio llena la línea.

—Lara, dime qué te pasa, aparte de estar pasando por los efectos de una resaca del copón —quiere saber Helena preocupada.

Expulso el aire de los pulmones y dirijo la mirada al balcón. Por el hueco que hay entre las cortinas de los ventanales veo un cielo azul índigo y la sutil pincelada blanca de algunos jirones de nubes que se esparcen por él.

—Ayer había quedado con Lucas en que lo llamaría y que nos tomaríamos algo por ahí, pero con la borrachera ni me acordé, aunque te confieso que tampoco tenía intención de quedar con él. Debo parar esto de alguna manera… —musito como si estuviera pensando en alto—. El caso es que me llamó en plena borrachera y contesté.

—¿Y qué le dijiste? —pregunta ella con impaciencia.

—No me acuerdo de qué le dije, Helena. No sé de qué

hablamos.

—¿Y cuál es el problema?

Me aparto un poco el pelo.

—Lucas no sabe nada de la existencia de Javier. ¿Te imaginas que me haya ido de la lengua y se lo haya contado todo?

—¿Todavía no se lo has dicho?

—No.

—¿Por qué?

—Por favor, baja la voz. Tengo la cabeza a punto de saltar en pedazos —le pido.

—Opsss..., perdón. ¿Por qué? —repite, bajando la voz unas cuantas notas.

—Porque no sé cómo abordar el tema. Lo he ido dejando pasar, pensando que Lucas y yo no llegaríamos a ninguna parte, que no haríamos nada, que cuando regresara a Madrid volvería a mi vida normal, pero la cosa se está poniendo seria. Me hace preguntas sobre relaciones del pasado, sobre el amor, sobre por qué no tengo novio en la actualidad... Ya sabes... Y ahora... —Resoplo—. Joder, me espanta la idea de decepcionarlo. Y sé que lo voy a decepcionar cuando sepa que mantengo una relación con un hombre casado y que encima ese hombre es mi jefe —explico a Helena—. Y para rematar la jugada, su exnovia le puso los cuernos con un pijo de la *jet set* mallorquina. ¡Es que tengo la negra!

—Los cuernos están de moda.

—Helena... —lloriqueo.

—Lara, no creo que Lucas sepa nada —dice dejando las ironías a un lado—. Quiero decir, no creo que se lo dijeras en el fragor de la borrachera.

—¿Y por qué no lo crees?

—Porque a estas horas estarías enterada. Tendrías algún mensaje, algún wasap, alguna llamada suya, probablemente pidiéndote explicaciones.

Me quedo unos segundos pensando. El argumento de Helena tiene pies y cabeza y no suena mal del todo. Y cuento con la garantía de que en estos momentos sus neuronas están más espabiladas que las mías, que están atontadas de tanto chupito.

Una llamita de esperanza se enciende en mi cabeza. A lo mejor tiene razón.

—¿Tú crees?

—Sí.

Bufo.

—Espérate tú, que el día es muy largo.

—Por favor, deja de ser tan pesimista —me regaña Helena—. ¿Desde cuándo eres tan ceniza?

—Desde que tengo la picha hecha un lío —respondo.

—¿Y desde cuándo tienes picha?

—Helena, no me hagas reír, por favor.

—Vale, no te hago reír, pero deja de atormentarte. Te estás adelantando a los acontecimientos. Lucas no sabe nada. Te lo digo yo.

Lanzo al aire un suspiro.

—Tendré que hacerte caso, la bruja eres tú.

—Gracias por el piropo.

—Te lo digo en el buen sentido de la palabra.

—Y en el buen sentido de la palabra me lo tomo. Me encanta esa parte de mí.

—Me gustaría que tuvieras una escoba mágica y que vinieras volando hasta aquí. No sabes cuánto necesito que estés en estos momentos a mi lado —digo sintiendo una punzada de nostalgia. La echo de menos.

—A mí también me gustaría ir. No me vendrían nada mal unos días en Mallorca. Playita, sol, chupitos...

—No me hables de chupitos, por favor —digo componiendo un gesto de asco.

El amago de una náusea escala por mi garganta. No sé si tengo algo en el estómago, pero si lo tengo, amenaza con salir.

—Nada de chupitos. —Helena ríe—. Mojitos, ¿mejor?

—Tampoco.

—Vale, nada de alcohol, entonces. —Vuelve a reír—. Me gustaría conocer a Lola y, por supuesto, a Lucas, a él principalmente —prosigue, enfatizando de forma especial el nombre de «Lucas»—. Todavía no te has dignado mandarme una

foto suya —se queja.

—Es que no le he hecho ninguna.

—¿Y a qué estás esperando, bonita? ¿Para qué tienes la cámara en el móvil? Como regreses a Madrid sin una foto de Lucas, te echo mal de ojo.

Estallo en carcajadas, pero dejo de reírme casi en seco cuando tengo la sensación de que la cabeza se me va a partir en dos. Como una de esas sandías a las que les pegas un certero hachazo en el medio y caen las dos mitades al suelo.

—Creo que alguien se te ha adelantado —apunto, apretándome la sien con los dedos para mitigar el dolor.

—¿Ya estás otra vez en «modo cenizo»?

—Que no, que no, simplemente te seguía la broma.

—Date una ducha bien fría y despéjate, ya verás cómo lo ves todo de otra forma después.

—Voy a seguir tu consejo, porque bien sabe Dios que me hace falta. Estoy a un paso de que me confundan con una indigente. Todavía llevo puesto el vestido de ayer.

—¡La madre que te parió! Sí que te la cogiste buena, sí.

—Mi hígado es testigo de ello.

—Bebe mucho zumo de tomate, es bueno para la resaca.

—Lo haré.

—No te preocupes, Lara, todo va a salir bien.

No sé si será cierto, no sé si todo terminará bien o como el culo, pero las palabras de Helena son un bálsamo para mí, un bálsamo que necesito y al que me agarro como a un clavo ardiendo en estos momentos.

—Te echo mucho de menos —digo.

—Y yo a ti.

Capítulo 26

Después de darme una ducha de agua fría de casi quince minutos, mando un wasap a Lola para vernos en media hora en el vestíbulo del hotel e ir juntas al congreso. Por suerte, hoy la jornada de conferencias se celebra por la tarde. Y a Dios gracias, porque ni un terremoto de magnitud nueve con nueve podría haberme levantado para acudir a ellas si hubieran sido por la mañana.

Me pongo un mono corto de tirantes de un llamativo azul eléctrico. Me desenredo el pelo y lo recojo en una coleta alta. De nuevo en la habitación, me parapeto tras unas enormes gafas de sol para que nadie pueda ver los estragos que los chupitos de nombre estrambótico han hecho en mí.

Lola me espera sentada en uno de los sillones de cuero marrón del luminoso vestíbulo. Al igual que yo, va a hacer de las gafas de sol su mejor aliado para hoy.

—No me hables —digo cuando la alcanzo, fingiendo que estoy enfadada.

—¿Qué he hecho? —pregunta en tono despreocupado.

—Proponerme planes para ir a beber chupitos que son poco menos que veneno —respondo.

—No fuiste obligada —arguye en su favor.

—Lo sé, pero no sé qué clase de carisma embaucador tienes para enredarme —digo—. Eres como una de esas serpientes que te hipnotizan con los ojos.

Lola se descojona.

—Desconocía que tuviera ese poder, solo espero que funcione con Quique —bromea.

No puedo evitar reírme.

—¿Te duele la cabeza tanto como a mí? —murmura.

—A mí me duele hasta el alma —afirmo.

—Me agobia pensar que tenemos que pasar cinco horas metidas en el congreso.

—El salón es grande, intentaremos sentarnos en las filas de atrás. Si no nos quitamos las gafas, a lo mejor podemos echarnos una cabezadita.

Lola se baja un poco las gafas con el índice y me mira por encima del borde con lo que parece una expresión de asombro.

—No me mires así —le pido—. Si los políticos se quedan dormidos en el Congreso de los Diputados, ¿por qué no podemos hacerlo nosotras?

Lola mueve la cabeza, dándome la razón.

—Joder, es que no hacía este tipo de cosas desde la universidad —dice, dejando escapar una sonrisilla con cierta malicia.

Lo más probable es que no lo reconozcamos nunca ante nadie, pero todo lo que estamos viviendo en Mallorca estos días, estas irresponsabilidades impropias de dos mujeres de treinta años, nos está revitalizando de un modo extraño, como si estuviéramos disfrutando de una segunda juventud.

—Últimamente actuamos como adolescentes —apunto—. Lo siguiente es hacer pellas o fumarnos un pitillo a escondidas en el baño.

—Los treinta son los nuevos veinte, o eso dicen —apostilla Lola, para justificar nuestro comportamiento.

No sé si estoy de acuerdo en que los treinta son los nuevos veinte, pero mi cabeza no anda para discutir, así que me limito a asentir. Lola me agarra del brazo y echamos a andar camino de la puerta del hotel, dejando atrás el vestíbulo. Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde a la primera conferencia.

Durante el trayecto le cuento lo de la llamada de Lucas en pleno éxtasis alcohólico y le planteo mis dudas. Lola opina como Helena. Piensa que, si le hubiera contado por teléfono a Lucas que tengo una relación con Javier, a estas horas estaría pidiéndome explicaciones. Y quizá tanto ella como Helena tengan razón.

* * *

—Si me oyes roncar, dame un codazo —le digo a Lola, retrepándome en la butaca como buenamente puedo, porque para echarse una cabezadita es incómoda de cojones.

—No te atrevas a dormirte, perra —me advierte en voz baja.

—Me caigo de sueño.

—Y yo también.

—Pero la culpa de todo esto es tuya. Solo a ti se te ocurre retar al camarero para que nos invitaran a un Resucitamuertos de esos...

—Tumbamuertos, se llamaba Tumbamuertos —me corrige.

—Muy mal puesto el nombre —susurro—, porque más que tumbar muertos, lo que hace es resucitar muertos. Resucitaría a todo un cementerio.

Lola suelta una pequeña carcajada. Se tapa la boca con la mano para amortiguar el sonido.

—La verdad es que el chupito se las trae.

—Sí, a mí desde luego me ha dejado K. O.

—Dios mío, Lara, somos un caso —afirma Lola, en un tono que quiere decir que no tenemos remedio. Y está en lo cierto.

—Lo sé, no tenemos solución de ningún tipo —digo divertida.

—De esta nos echan a la puta calle. Me veo en el paro cuando vuelva a Córdoba.

Me encojo de hombros.

—A mí me da igual, Javier ya casi me ha echado de su vida. Me trae sin cuidado si también me echa del trabajo.

En estos momentos, no sé por qué, pero me da igual todo. Quizá sea fruto de los últimos coletazos del alcohol que corre por mis venas.

—Vale, lo haremos de la siguiente forma —dice Lola después de unos segundos en los que hemos estado en silencio—: Primero dormirás tú un rato y después te despertaré y dormiré yo. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

* * *

Mi móvil empieza a sonar de repente, y como soy tan cateta para no ponerlo en modo avión antes de entrar en el congreso, la canción *Torn* de Ava Max suena por toda la sala, rompiendo el silencio que reina en ella. Por suerte, la mujer que está hablando en lo alto de la tarima es lo suficientemente profesional para no detenerse ni mandarme al infierno o cagarse en mis muertos con los ojos, pero eso no evita que algunos rostros se giren hacia mí con curiosidad mientras saco el teléfono del bolso y trato de silenciarlo con poco tino.

El estómago me da un vuelco cuando veo la pantalla.

—Ay, Dios... —farfullo.

—¿Quién es? —me pregunta Lola.

—Lucas —respondo en voz baja.

Sigo sin poder silenciarlo, así que, incómoda como me siento al ser la protagonista del incidente, opto por levantarme de la butaca y, medio encogida (cual Gollum) para pasar lo más desapercibida posible, salgo de la sala.

—Lucas, hola... —digo algo dubitativa y con toda la cautela del mundo al descolgar, ya fuera del alcance de los oídos indiscretos.

Me acaricio nerviosamente la nuca y empiezo a caminar por el largo pasillo.

—Hola, guapa. ¿Qué tal estás?

Analizo su voz detenidamente. Parece normal. Tan amable como siempre, sin ninguna entonación rara que indique que está enfadado o molesto.

Suelto el aire que he estado reteniendo, aunque me doy cuenta de que no es más que una falsa sensación de alivio.

—Bien, bien... Me pillas en el congreso —contesto más tranquila.

—Lo siento, Lara. No lo sabía, pensé que las jornadas eran por las mañanas.

—Algunos días las conferencias tienen lugar por las tardes. Depende de los ponentes.

—Entonces no te entretengo —se apresura a decir Lucas.

—Ah, no hay problema. —Me vuelvo hacia la puerta de la sala—. No pasa nada porque falte cinco minutos.

Sería poco profesional decirle que me he pasado la mayor parte del tiempo medio dormida. Ese secreto nos lo llevaremos Lola y yo a la tumba.

—Oye, Lucas… —Me muerdo el labio.

—Dime.

—Siento no haberte llamado ayer para quedar; Lola y yo subimos al *skybar* del hotel y nos pasamos con los chupitos. Lo siento, de verdad —me disculpo.

—Tranquila, ya te disculpaste anoche. No pasa nada.

—Ya… Sí, bueno… Anoche… —Titubeo de nuevo mientras sigo pasándome la mano por la nunca compulsivamente—. Para serte sincera, no me acuerdo mucho de lo que hablamos. Estaba bastante perjudicada —digo.

Frunzo los labios.

—Ya me di cuenta. Incluso te pregunté si te habías tomado un tripi.

Arqueo las cejas.

—¿Un tripi? ¿Por qué me preguntaste si me había tomado un tripi? Yo no me drogo, Lucas.

—Es que decías muchas tonterías… Estabas como ida.

Putos chupitos.

Trago saliva para pasar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¿Qué clase de tonterías? —me atrevo a preguntarle.

Cruzo los dedos y rezo un padrenuestro a todo el santoral, para que algún santo me oiga y se apiade de mí, pese a que soy atea.

—Te pusiste triste porque habías empujado a una mujer y Lola no, me recitaste las preposiciones de memoria —comenzó a enumerar— y me explicaste que te emborrachas porque no meas tanto como otras personas mientras bebes…

¡La madre de Dios! ¿No había más sandeces para decirle? Así, ¿cómo se me puede tomar en serio?

—Y también me dijiste que me alejara de ti.

Se me corta el aliento de golpe.

«Oh, oh... Vienen curvas.»

—¿Qué?

—Sí, por eso te dije lo del tripi. Empezaste a decir que me alejara de ti, que no fuera un insensato y que huyera, que saliera cagando leches de tu lado, que no eras buena gente y otras cuantas gilipolleces más.

Menos mal que se lo ha tomado como si fueran gilipolleces.

—¿Por qué decías esas cosas?

Fuerzo una risilla.

—A saber... —Intento parecer despreocupada y que no se me note la tensión que me tira de las mandíbulas y que apenas me deja pronunciar las palabras—. Ya te he dicho que iba muy perjudicada. No me hagas caso, Lucas... Son gilipolleces, como has dicho.

—Vale. —Lucas se queda conforme con mi explicación y eso hace que me sienta fatal. Me duele mentirle. No se lo merece. No es justo—. ¿A qué hora sales del congreso? —me pregunta.

—A las nueve —respondo con la voz apagada.

—¿Te paso a buscar y nos tomamos esta noche lo que al final no nos tomamos ayer? —propone—. Puede ser agua —añade con sorna.

Arrugo la nariz.

Me encantaría verlo, me encantaría pasar la noche follando con él; dormir a su lado mientras me abraza por detrás y sentir su respiración pausada en mi nuca. Me encantaría tumbarme en el jardín trasero de una casa abandonada y contar estrellas hasta quedarnos dormidos.

—Lucas, prefiero cenar algo ligero y meterme en la cama. Me encuentro fatal por la resaca. —Y es cierto—. Creo que todavía tengo algo de alcohol corriéndome por las venas —bromeo, para amortiguar la negativa a su plan.

—Lo entiendo. ¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana nos vemos.

—No te entretengo más, Lara. Que te sea leve lo que te queda —dice cómplice.

—Gracias. —Sonrío.

—Un beso —se despide.

—Un beso, Lucas.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Suspiro. Me siento como una miserable, como una puta mierda. Lucas no se merece lo que le estoy haciendo. No se merece que le mienta. Si algo de verdad le dije anoche por teléfono fue que se alejara de mí, que huyera, que es un insensato si se queda a mi lado, y que soy mala gente. Así me siento ahora mismo, como la peor persona del mundo.

Vuelvo a la sala con los ánimos por los suelos, como si me los hubiera pisado un elefante.

—¿Qué te ha dicho Lucas? ¿Sabe algo? —me pregunta una impaciente Lola.

—No, no sabe nada —contesto mientras guardo el móvil en el bolso.

Noto en la garganta el sabor salado de las lágrimas que me estoy aguantando. Lola se inclina hacia mí.

—Lara, ¿qué te pasa?

Levanto la vista.

—Soy una hija de puta, Lola.

Capítulo 27

Treinta minutos después, al filo de las siete y media de la tarde, hacemos un descanso de un cuarto de hora. Lola y yo abandonamos la sala junto al resto de la gente y nos dirigimos a la máquina de café y refrescos que hay al final del pasillo.

—¿Por qué dices que eres una hija de puta? —me pregunta Lola.

—Porque lo soy —respondo mientras saco unas monedas de la cartera.

—Pero alguna razón habrá. Nadie dice «soy una hija de puta» de un momento para otro.

Introduzco un euro en la máquina y selecciono una botella de agua fría.

—Me estoy portando fatal con Lucas —digo. Cojo la botella y meto otro euro en la máquina—. Elige lo que quieras —le indico a Lola. Alarga el brazo y pulsa el botón de un té helado—. ¿Sabes qué le dije ayer por culpa de la puta borrachera?

—¿Qué?

—Que se alejara de mí, que huyera, que saliera corriendo... Bueno, «cagando leches» fue la expresión exacta, y creo que es el mejor consejo que podría darle —afirmo—. Ah, y también le dije que no soy buena gente —añado.

Desenrosco el tapón de la botella y doy un trago. El agua fría es una bendición para mi boca acartonada. Putos chupitos.

—¿Y qué le has dicho para salir del atolladero?

—Que no me haga caso, que son tonterías de borracha. Aunque en realidad es cierto. No soy buena gente.

—Vamos, Lara. No te fustigues así. No es para tanto —me dice Lola, sacando su té de la máquina.

Arqueo las cejas con escepticismo.

—¿No?

—No. —Lola enfatiza la respuesta moviendo la cabeza—. Te estás poniendo como la mala malísima de la película y no es así. —Da un sorbo de té—. No eres mala tía, solo hay que ver cómo lo estás pasando. Tu cara lo dice todo.

Me apoyo en la pared contigua a la máquina y suspiro.

—Pero le estoy mintiendo a Lucas...

—Sí, vale, y eso no está bien. Deberías haberte sincerado con él desde el principio, haberle dicho la verdad respecto a tu situación sentimental, pero tampoco has matado a nadie.

—Soy una egoísta —digo.

—Todos hemos sido egoístas alguna vez en la vida, sobre todo cuando los sentimientos están por el medio. Es inevitable. Pero no vamos flagelándonos con un látigo por la calle.

—Quiero seguir con Javier, y soy lo suficientemente egoísta como para no desear quedarme sin Lucas. No entiendo cómo es posible que tenga sentimientos tan opuestos.

—No me gusta ser pesimista, cariño, pero vas a tener que elegir a uno —dice Lola.

Doy otro trago de agua.

—No creo que Lucas quiera estar conmigo cuando se entere de lo que tengo con Javier ni de las circunstancias que rodean mi relación con él. Ya sabes..., hombre casado, con hijos, además es mi jefe... —Enderezo la espalda—. Y, de todas formas, nos separan un montón de kilómetros y el Mediterráneo. Lucas tiene su vida aquí y yo en Madrid.

El descanso ha terminado y la gente empieza a regresar a la sala.

—¿Vamos a por el último tirón? —dice Lola.

—Vamos —asiento echando a andar.

* * *

Cuando llegamos al hotel ya no estoy para nadie. No puedo dar más de mí. Lola me propone cenar juntas en el restaurante, pero yo lo único que quiero es meterme en la cama y dormir...

hasta perder la noción del tiempo.

En la habitación, gasto solo unos pocos minutos en ponerme el pijama, lavarme los dientes y desmaquillarme. Me acabo de meter en la cama cuando entra en mi móvil un wasap. Me recuesto en el cabecero y veo de quién es.

Lucas.

El corazón me da un brinco. Como cuando éramos niños y venía a mi casa por sorpresa para merendar juntos un bocadillo de Nocilla.

Mañana no tienes excusas. Quiero llevarte a un
lugar muy especial
para mí. Un beso.

Me quedo un rato mirando el mensaje. Lo leo y lo releo. Una y otra vez. Y de pronto sonrío. De verdad. Con una de esas sonrisas bobaliconas que se extienden lentamente por los labios hasta llenar la cara por completo. Una de esas sonrisas que iluminan los ojos como lo hace el primer rayo de sol del amanecer colándose por el azul oscuro de la noche.

Y pienso en Javier. ¿Cuándo he tenido con él algo como esto? Nunca. Pensaréis que al principio de nuestra relación, pero no, tampoco. Lo nuestro surgió de forma intempestiva, como las tormentas que se forman en verano.

Capítulo 28

—Lucas, no me has dicho todavía adónde vamos, solo que lleve bikini —digo montada en el coche.

—Y no te lo voy a decir, pero es un lugar que te va a gustar mucho —me responde enigmáticamente, como siempre hace cuando quiere enseñarme uno de sus «tesoros».

—¿No me vas a decir nada más?

—No.

—Ni una pequeña pista.

—No.

—¿Y si te voy nombrando sitios y tú me dices frío o caliente? —lo pico.

—No.

—¿Y...?

Lucas me corta.

—¿Nadie te ha dicho que eres muy impaciente? —se burla.

Me cruzo de brazos.

—No, porque nunca me he topado con alguien tan duro como tú —contesto enfurruñada.

Lucas rompe en una carcajada. Me mira unos segundos tras sus Ray-Ban Aviator, esas que le quedan de anuncio y que cuando las lleva puestas dan ganas de tirárselo (bueno, para ser franca, dan ganas de tirárselo siempre), y vuelve la atención a la carretera.

—Lo que te jode es que siempre te sales con la tuya y conmigo no te vale —dice en tono divertido. Lo miro de reojo—. Sí, no me mires así.

—Así, ¿cómo?

—Como si acabara de ahogar a tu gatito en un charco —añade con sorna—. Ya me sé tu truco, Lara. No se te olvide que te conozco desde que éramos críos. Miras a la gente con ojitos de

cordero degollado y haces todo lo que quieres con ellos —me vacila.

Bajo los párpados y con un movimiento lento e insinuante me acerco a él.

—¿Y contigo no funciona? —le susurro al oído con voz sensual, como una serpiente que sisea con ojos oscilantes para hipnotizar a su enemigo y devorarlo, al tiempo que aprovecho para exhalar el aliento sobre la piel de su cuello, como un toque de gracia final.

Lucas sonríe.

—Eso funcionaría para parar el coche en el arcén y follarte tan duro en los asientos de atrás que te olvides hasta de cómo te llamas, no para que te diga adónde vamos —afirma rotundo.

Vuelvo a enderezarme en el asiento y miro al frente, con la braga mojada, eso sí. Mejor dicho, el bikini. Empezamos bien la excursión. Yo a mil, como una moto.

—¿Nadie te ha dicho que eres un cabrón? —digo sin dejar traslucir en el tono de voz que me he puesto cachonda.

—Alguna que otra tía —responde ajeno a las palpitaciones que están sufriendo mis partes nobles.

De buena gana le preguntaría si ha habido muchas tías en su vida, aparte de la exnovia que se lo montó con el niño de papá de la *jet set* mallorquina (aunque no es difícil imaginar que sí), pero eso implicaría que él también curioseara sobre mi pasado sentimental, y es un terreno muy peligroso en el que no debo, no puedo y no quiero adentrarme.

Aunque sé algunas cosas que logré sonsacarle con más o menos acierto y discreción a Alejandro el día que hizo la fiesta en su casa. Me contó que Lucas lo había pasado bastante mal por culpa de su exnovia (normal, teniendo en cuenta que fue testigo directo de la infidelidad) y que desde entonces no se tomaba a las chicas muy en serio. Por norma general, se las follaba y se deshacía de ellas a los dos días, tres como mucho. No quería con nadie compromisos ni historias que implicaran sentimientos. Solo un poco de diversión, de desahogo carnal. Algo que conseguía sin mayor problema, porque a Lucas las tías se lo rifaban, casi

literalmente, y él podía escoger con cuál quedarse. A veces incluso se le presentaban dos amigas a la vez, y terminaba llevándose a las dos a la cama. ¡Al mismo tiempo!

Los celos me castigan cuando pienso en esas cosas. Imaginarme a Lucas haciéndoles a otras lo que me hace a mí, lo que me dice a mí y del modo en que me lo dice me pone celosa. Algo que nunca me ha pasado con Javier y su mujer, excepto el día de la fiesta del veinte aniversario de la agencia. Quizá porque sé que el repertorio de posturas sexuales que practican se reduce al misionero. No es un matrimonio especialmente sexual ni morboso.

—¿No vas a insistir más? —me pregunta él, sonriendo con burla.

—No, yo también te conozco y sé que es inútil. Eres la persona más cabezota del mundo —digo enfatizando las últimas palabras.

—Mira que eres exagerada.

—Sí, sí, exagerada... Es igual que cuando éramos niños.

Despega los ojos de la carretera un segundo y los posa en mí.

—Ya te he dicho varias veces que hay cosas que nunca cambian —señala guiñándome un ojo con malicia sana.

* * *

Poco más de una hora después llegamos a Manacor, exactamente a Porto Cristo. Lucas aparca al final de una avenida donde hay otros coches.

Echa el freno de mano y se desabrocha el cinturón de seguridad mientras levanta el rostro hacia mí.

—Quiero que veas el lugar adonde me gusta venir cuando necesito estar solo —dice, y advierto que le brillan los ojos.

Al salir del coche se dirige al maletero. Lo abre y, para mi sorpresa, aparte de la mochila con sus cosas, saca una nevera portátil.

—¿Y esa nevera? —pregunto—. ¿Nos vamos de pícnic?

Lucas esboza una sonrisa.

—Así es. A cala Pepita, una cala aislada del mundo —

contesta, desvelando por fin la sorpresa.

El rostro se me ilumina porque la idea me encanta.

Pasar una tarde entera con Lucas en una cala aislada de todo y de todos. Solos él y yo, donde absolutamente nadie nos moleste, se convierte de pronto en mi concepto de cita perfecta.

Caminamos durante quince minutos por un sendero estrecho y bastante lioso que serpentea hasta descender hacia una zona rocosa. Menos mal que Lucas sabe por dónde vamos, porque yo me habría perdido ya una docena y media de veces.

—Ahí está la playa —dice, descubriéndome la belleza de un paraíso diminuto a solo unos metros.

Una pequeña lengua de mar entra en la tierra flanqueada por dos promontorios rocosos, formando en el extremo una pequeña playa de arena blanca, lamida por suaves olas. Desde donde estamos, el agua se ve de un vivo color turquesa, concediendo una cierta dulzura al paisaje, junto con la arena, que da la sensación de ser una alfombra de seda.

Los últimos metros de descenso los hago sin apartar la mirada.

Al llegar, Lucas deja la nevera y el resto de las cosas sobre una roca y yo hago lo mismo con mi mochila. De pie, mis ojos recorren el lugar de un extremo a otro para descubrir cada uno de sus rincones.

Lucas se acerca a mí y me abraza por detrás, pasando los brazos por encima de mi pecho.

—¿Qué te parece? —me pregunta, apoyando la barbilla en mi hombro, y tengo la sensación de que está expectante por mi respuesta.

—Es el paraíso —digo conteniendo el aliento.

—Hoy va a ser nuestro pedacito de paraíso —me susurra al oído con una intención que me enciende la piel.

Me besa en el cuello y, tras rozarme la oreja con la punta de la nariz, me da un lametón en el lóbulo.

«Joder...»

Cierro los ojos. Un latigazo de placer me baja por la espalda desde la cabeza hasta la entrepierna, haciendo que se me escape un

gemido.

«Vuelve en ti, Lara. Por favor. Vuelve en ti. Es muy pronto para perderte», me advierte mi voz interior, que anda siempre a la que salta.

Abro los ojos.

Por suerte, Lucas deshace el abrazo y se separa de mí. Eso, que corra el aire entre nosotros.

—¿Y cómo descubriste este sitio? —pregunto, tratando de recomponerme.

Me doy la vuelta y lo veo sacando una toalla gigante de su mochila, una de esas que se pueden compartir con otra persona.

—Buscaba una playa donde poder estar en pelota picada —dice.

Abro los ojos perpleja.

—¿Es una playa nudista? —quiero saber.

Observo, o, para ser claros, contemplo, como si fuera una hermosa escultura en movimiento, cómo Lucas se quita las zapatillas, la camiseta, las bermudas y se queda solo con un bañador tipo bóxer de color negro. Tan ajustadito en la parte del paquete que los ojos se me van irremediablemente a ese punto. ¿Os acordáis cuando os decía que podría hacer anuncios de cualquier cosa? Pues añadid a la lista que puede hacer anuncios de bañadores, calzoncillos y derivados. ¡Santísima Madre de Dios!

—No solo es una playa nudista, puedes tomar el sol en bikini o vestido de monje, si quieres —responde—, pero, sí, aquí puedes quedarte en bolas sin que la gente te mire como si acabaras de bajar de un ovni.

No creo que Lucas pase desapercibido ni vestido ni desnudo, ni que lo miren porque parezca un marciano, precisamente, pero vale, se admite pulpo como animal de compañía. Por otro lado, soy una tonta, pero no puedo evitar sentirme un poco decepcionada.

—Esperaba que me contaras una historia un poco más… bohemia, no sé…, más romántica —comento.

Lucas esboza una breve sonrisa sin despegar los labios. Esos preciosos labios que no dejan de pedirme que los bese.

—La parte romántica vino después. —Extiende la mano hacia

mí—. Ven a tumbarte a la toalla —dice, y continúa hablando mientras me deshago del vestido y me quedo en bikini, un modelo rosa con flores verdes. Me siento a su lado—. Cuando lo dejé con mi ex tenía muchas veces la necesidad de estar solo, para perderme o para encontrarme, no lo sé bien... El caso es que hice de este lugar mi particular refugio. Es una zona muy poco frecuentada, casi siempre está vacía y con el paso del tiempo se convirtió para mí en el sitio perfecto para estar a solas conmigo mismo. Muchos días vengo hasta aquí, me tumbo en la arena a escuchar música, a leer o simplemente a pensar...

Paseo la mirada en torno a mí y de pronto siento el aguijón de los remordimientos. No sé si merezco que Lucas me haya dejado entrar en su lugar preferido, en este espacio que siente tan suyo; al que viene cuando quiere entender el mundo y de qué va esto de vivir.

—Es un lugar idóneo para hacer todas esas cosas —apunto.

«Y para hacer el amor», pienso para mis adentros.

Pero quien dice hacer el amor dice copular como si no hubiera un mañana.

—¿Traes aquí a tus conquistas? —pregunto antes de que me dé tiempo a morderme la puta lengua.

—No. Este sitio es solo para mí.

Y su respuesta me sorprende y me hace sentir fatal. Lucas no necesita traerse a nadie a este rinconcito para echar un polvo.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque la pregunta ha sido estúpida —digo.

—No te preocupes.

—¿Por qué me has traído a mí aquí?

—Porque tú eres mi amiga y una persona muy especial para mí, Lara. No quería que dejaras de ver este lugar.

Durante unos segundos guardo silencio.

—Gracias —digo—. Por todo —añado—. Gracias a ti este viaje está siendo increíble.

—Te dije que pondría todo mi empeño para que fuera inolvidable para ti.

—Pues lo has conseguido con creces.

Y aunque no quiero, porque no es el momento ni el lugar, los ojos se me humedecen sin que pueda hacer nada para impedirlo. Parpadeo rápidamente para que las lágrimas que acuden a mis ojos no me traicionen.

«Mierda.»

—Hey, ¿qué te ocurre? —me pregunta.

Me pasa el brazo por la cintura y me abraza mientras me da un beso en la cabeza, adoptando una actitud protectora.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Algo te pasa.

—Tonterías —replico. Hago un esfuerzo por sonreír mientras me seco las lágrimas con los dedos—. No me hagas caso.

—Dime qué te pasa, Lara —insiste.

Tomo aire y lo suelto mirando el trocito de mar que está a nuestros pies.

—Hoy no, Lucas. Hoy solo quiero estar contigo. Aquí. Quiero que el mundo desaparezca a nuestro alrededor y que seamos la única mujer y el único hombre sobre la Tierra, sin nada que nos preocupe, sin nada que nos distraiga del otro. Libres para hacer lo que deseemos.

Capítulo 29

Después de mi perorata vuelvo el rostro hacia Lucas, que me sonríe hasta el punto de entrar en efervescencia.

—En este momento lo somos. En este momento somos la única mujer y el único hombre sobre la Tierra —dice.

Lo miro unos instantes. Paso la mano por su nuca, atrayéndolo hacia mí, y lo beso. Sus labios son tan reconfortantes como un trago de agua fría tras un día caminando por el árido desierto.

Saben a sol, a mar y a tardes de verano. Saben a cosas bonitas... y a algo parecido a la magia.

Meto la lengua en su boca y busco la suya. Nos tenemos tantas ganas, tanta hambre, que ambas combaten en una lucha encarnizada por saborear la del otro. Es un acto cargado de sexualidad y erotismo a partes iguales.

Lucas se vuelve sobre mí para que me tumbe en la enorme toalla.

—Me gustas mucho, Lara —dice pegado a mi boca—. Más de lo que pensé que me gustaría alguien.

—Y tú me gustas a mí, Lucas. Mucho. Muchísimo. Más de lo que deberías... Más de lo que quiero... —murmuro.

Me falta tanta voluntad cuando está cerca de mí...

—¿Qué quiere decir eso? —indaga confuso, mirándome.

—Nada —respondo sin darle importancia—. Bésame. Bésame, por favor —le pido, y mi voz suena como una súplica.

Lucas inclina la cabeza y atrapa mis labios con los suyos, que lo esperan entreabiertos. Con la rodilla me abre las piernas y se coloca entre ellas, apoyando su peso en los brazos.

—Te estaría follando las veinticuatro horas del día —susurra empujando su erección contra mi pelvis—. Día y noche... Noche y

día… Hasta hacerte perder el conocimiento.

Sus palabras me pervierten la piel, envileciéndome. Abro más las piernas y él comienza a frotar su miembro contra mi sexo.

Levanto la cabeza para besarlo, pero se separa.

—Espera. Lara, espera… —dice entre jadeos.

—¿Qué pasa? —le pregunto desconcertada.

—Es una cala poco frecuentada por gente, pero puede venir alguien y vernos.

—Oh, vaya… —musito frustrada y decepcionada.

Lucas se echa a un lado.

—Se permite el nudismo, pero no creo que esté bien visto el apareamiento —bromea.

—Ya, entiendo…

—Pero sé dónde podemos follar sin que nos vean —dice. Se levanta de un salto, aferra mi mano y tira de mí para incorporarme —. Coge la toalla —me indica mientras va a por uno de los preservativos que tiene en la mochila.

»Es por aquí —añade.

Sonrío y cojo de nuevo la mano que me tiende. Caminamos unos pocos metros hasta adentrarnos en una especie de socavón horadado en las rocas.

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta con los ojos llenos de travesuras—. Ah, sí… Ibas a besarme.

Esboza una sonrisa de medio lado y espera a que lo bese. Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con las manos y aprieto los labios contra los suyos. Lucas vuelve más apasionado el beso y, mientras me come la boca como si quisiera devorarla, me empotra contra la pared.

—¡Joder! —digo cuando mi cuerpo impacta contra la roca.

Lucas entorna los ojos.

—¿Quieres que me ponga duro contigo? ¿Eh? ¿Quieres que me ponga duro? —me pregunta con voz maliciosa. Pero lo hace por cumplir, porque sabe la respuesta de antemano.

—Sí —contesto, casi deshecha por dentro.

Sin darme tiempo a nada más, me da la vuelta y me coloca de cara a la pared. Se pone en cuclillas, aferra el elástico de la braga

del bikini y la baja al tiempo que me muerde las cachas del culo con los dientes.

Cuando me quita el bikini, se incorpora y, despacio, se inclina sobre mí.

—Si quieres que te folle duro, te voy a follar duro, nena —me susurra al oído desde atrás—. Voy a hacer que pierdas la noción de todo.

¡Madre mía!

Trago saliva impaciente.

Lucas mete la rodilla derecha entre mis piernas y empuja una de ellas para separarlas. Durante unos instantes, lo que tarda en ponerse el preservativo, todo parece estar suspendido en el aire. Hasta que noto una de sus manos en mi cadera y la otra aferrando mi pelo. El primer tirón hace que arquee el cuello y eche la cabeza hacia atrás.

—¡Dios! —gimo.

Vuelvo a gemir cuando Lucas me embiste hasta lo más hondo, y me agarro como puedo a las rocas. Sale de mí y vuelve a entrar con la misma fuerza mientras tira de nuevo de mi pelo. Jadeo y lo oigo jadear a él. Y mi cota de excitación alcanza la cima.

—¡Lucas! —grito.

—Chisss… —Me silencia.

Me embiste una, dos, tres, cuatro veces más, y tengo la sensación de que me va a romper por la mitad. Aprieto las rocas con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos.

—¿Te gusta? —me pregunta en tono ronco, y el muy cabrón también sabe la respuesta.

¡Sí, joder, claro que me gusta!

—Demasiado —confieso involuntariamente.

Lucas ríe y se clava con un gesto salvaje otra vez en mí.

—Me estás corrompiendo —jadeo.

—Pues esto no es nada, cielo —dice.

Me separa de la pared y, con la mano en mi espalda, me indica que me ponga a cuatro patas sobre la toalla. Nunca la postura del perrito me ha dado tanto morbo como en estos momentos. Lo noto arrodillarse detrás de mí y me preparo para lo

que viene.

Lucas clava los dedos en mis caderas y me penetra. Me empuja tan fuerte que trastabillo un poco hacia delante, pero enseguida él se encarga de recolocarme tirando de mí hacia atrás y vuelve a penetrarme de golpe. Gimo.

—Me pone oírte gemir —susurra morboso.

—Y a mí me pone que me la metas como si fueras un puto animal en celo —suelto.

¿De dónde me salen esas obscenidades?

Oigo el sonido vibrante de su risa detrás de mí.

Se incorpora un poco y extiende su torso sobre mi espalda. Su mano se enreda en mi pelo y, tirando de mi cabeza hacia un lado, busca mi boca y me besa hasta que me desgasta los labios.

Trato de respirar, de tomar un poco de aire. Los pulmones me arden, pero Lucas no me da tregua. Mientras sigue empujando brutalmente contra mi cuerpo, su mano se cuela libertina entre mis muslos y juguetea a su gusto con los dedos sobre mi clítoris. Grito de placer.

¿Qué coño me da este tío? ¿Por qué me tiene aquí jadeando por él como si fuera una perrita? Me va a volver loca.

«¿No es suficiente demostración lo que te está haciendo?», me respondo a mí misma.

Llevo el brazo hacia atrás y me aferro con fuerza a una de las manos, que sujeta mis caderas.

—Lucas, ya... —gimo.

Y, clavándole las uñas en los dedos, me dejo ir en el orgasmo más brutal de mi vida.

—¿Quieres otro?

«¿Otro? Joder.»

—Sí —respondo.

Él me da la vuelta y me coloca boca arriba. Su piel está perlada de sudor y los rasgos de su rostro muestran la contracción del esfuerzo y del placer. Sin salir de mí, se desliza por mi cuerpo y, descansando su peso en los brazos, sigue embistiéndome con fuerza. Mi sexo está tan sensibilizado que no voy a tardar mucho en volver a correrme.

La respiración de Lucas se acelera y los gemidos suenan más fuertes. Se inclina y hunde la cara en mi cuello hasta que el espasmo final le arranca un gruñido que ahoga entre mi pelo. Lo abrazo, rodeando su espalda con los brazos, y de nuevo me deshago de placer bajo su cuerpo.

Lucas levanta la cabeza y me mira, sin salir todavía de dentro de mí.

—Joder, Lara… —susurra con la respiración entrecortada, apoyando su frente en la mía—. Eres la puta hostia.

—Tú sí que eres la puta hostia, Lucas, has hecho que me corra dos veces seguidas —digo con voz estremecida.

Aferro su rostro entre las dos manos y le doy un leve beso en los labios.

—Es que me encanta ver cómo te corres —afirma.

Sale de mí y se deja caer a un lado.

—Y a mí tu cara de orgasmo.

Lucas se apoya en un codo y me mira.

—¿Y qué cara es esa?

—Una en la que los rasgos se te desdibujan por el placer. Es extraordinariamente erótica —confieso.

—Vaya… —murmura, apartándome un mechón de pelo, húmedo por el sudor, de la frente.

En ese momento sus tripas rugen tan fuerte que parecen dispuestas a entonar el *Concierto de Aranjuez*. Se lleva la mano al abdomen.

—Mi estómago pide lo suyo —dice.

—Será mejor que comamos antes de que te dé una pájara. Últimamente estás haciendo mucho ejercicio —me burlo.

Me mira con picardía.

Nos levantamos y enseguida nos ponemos las prendas de baño. Cuando salimos del escondrijo todo sigue igual, como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si las manecillas del reloj se hubieran detenido. Mientras extiendo la toalla, Lucas saca las cosas de la nevera.

—¿Te gustan los bocadillos de queso y jamón? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y la tortilla de cebolla?

—Sí.

—¿Y...? —Hurga en el interior de la nevera—. ¿Pimientos asados?

—También.

Lo veo sacar otras cosas más en táperes de cristal: una ensalada, media sandía, algo de embutido, refrescos, cerveza y una botella de vino. ¡Madre de Dios!

—¿Has hecho toda esta comida para traerla a la cala? —le pregunto asombrada.

Lucas arruga la nariz.

—Bueno..., en realidad la nevera me la ha preparado la mujer del dueño del bar que hay debajo de mi casa —dice rascándose la nuca. Echo la cabeza hacia atrás y me descojono de la risa—. Con el trabajo que tengo ahora en verano no me daba tiempo a cocinar tantas cosas —añade como justificación.

Doy un salto y me lanzo a sus brazos.

—Es perfecto —digo dándole un beso en la boca—. Gracias.

Y por primera vez en mi vida veo a Lucas ruborizado. No me digáis que no es para comérselo. Pero no de esa forma que os estáis imaginando, aunque también.

* * *

—Joder, prueba la tortilla. Está de muerte —aseguro.

Alargo el brazo hacia Lucas y se mete en la boca el trozo que está pinchado en mi tenedor.

—Mmm..., riquísima —comenta mientras mastica—. Es que Candelas tiene muy buena mano para la cocina.

—Felicítala de mi parte cuando la veas. Está todo buenísimo.

—Le alegrará mucho saberlo. La pobre andaba preocupada por si había algo que no te gustaba, por eso ha preparado comida para un regimiento —dice Lucas, pinchando un poco de ensalada.

No diré que no hemos dado buena cuenta de la comida que ha preparado Candelas para nosotros, porque estaría mintiendo como

una bellaca, y del vino, con el que hemos brindado unas cuantas veces. Pero siempre controlando, que no quiero que me pase lo mismo que con los chupitos.

Después de darnos mutuamente el protector solar, poniendo el mayor interés y afán en ello y recreándonos en la acción hasta casi la lujuria, nos tumbamos en la toalla boca arriba para disfrutar de la tarde de playa.

—Lucas...

—Dime.

Giro la cara hacia él.

—¿Crees que si me hubieras besado cuando éramos adolescentes habríamos empezado una historia? —le pregunto.

Lucas me mira.

—No —responde.

—¿Por qué? —digo con algo de decepción en el tono de voz.

—Porque éramos muy jóvenes, Lara. Demasiado para establecer una relación. Pocas parejas que empiezan tan pronto duran con el paso del tiempo; pocas sobreviven.

—Pero sí que las hay —le rebato.

Lucas se incorpora y se apoya en un codo.

—Sí, por supuesto, pero es muy difícil que algo cuaje a esas edades. A medida que vas creciendo, evolucionas, los gustos cambian, las aficiones..., todo. Y lo que compartías con esa persona, lo que te unía a ella, se esfuma.

Vuelvo el rostro hacia el cielo pensativa.

—A lo mejor tienes razón —declaro resignada.

Suspiro.

No sé por qué me empeño en querer pensar que Lucas y yo podríamos haber empezado una historia cuando éramos adolescentes. Quizá porque así me habría ahorrado todos los sinsabores y las decepciones que me ha ocasionado el amor, o eso que llaman amor, pero que a veces es una mierda. Sin embargo, tiene razón, esos romances tan tempranos no tienen mucho futuro en el tiempo. Se madura, las personas evolucionan con los años, y lo que empieza como el amor de tu vida termina yéndose al garete.

—¿Por qué es tan importante para ti eso? —me pregunta

Lucas.

Lo miro de nuevo. Alza la mano y se quita las gafas de sol. Sus ojos adquieren un azul tan cristalino que da la sensación de ser dos piedras preciosas.

—No sé… —digo encogiéndome de hombros—. Me ha dado por pensar qué habría pasado si me hubieras besado.

—Aquel beso habría sido fruto de las hormonas. Nada más. Tenía diecisiete años. En lo único que pensaba era en sexo —afirma Lucas.

—¿En sexo?

—Las veinticuatro horas del día. Todo me hacía pensar en sexo. Todo. Estaba más salido que el pitorro de un botijo. —Me llevo las manos a la tripa y estallo en carcajadas—. Habría terminado jodiendo nuestra amistad —señala Lucas en tono serio—, y no me lo habría perdonado nunca, porque tú fuiste una de las mejores cosas de mi niñez. Los mejores recuerdos de esa época los tejí contigo.

—Supongo que tienes razón. —Yo también me pongo seria—. Pero…, ¿sabes? Me habría gustado que mi primera vez fuera contigo.

—¿Tu primer beso?

—Sí, el primer beso también, pero me refiero a mi primera relación sexual. Me habría gustado que fuera contigo, Lucas —le confieso.

—Pues habría sido una puta mierda, Lara —dice, tal cual.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Porque mi primera vez fue un desastre.

—Cuenta, cuenta… —le pido, frotándome las manos mentalmente—. Incluye detalles morbosos, por favor.

Lucas se ríe.

—Voy a echar por los suelos mi buena imagen.

—Bah, da igual, cuenta…

—Oye, te dará igual a ti, pero uno tiene una reputación que mantener —afirma fingiendo arrogancia.

Junto las palmas de las manos en un gesto de ruego.

—Venga, *porfi*… *Porfi*… —insisto.

Al final se anima.

—No hubo mucho morbo, que digamos. No atinaba a ponerme el preservativo. Abrí como tres o cuatro porque se me rompían, no los desenrollaba bien… Bueno, un jaleo de cojones. Tuve que mirar bien y asegurarme por dónde la metía para no equivocarme de agujerito y liarla parda. La chica también era virgen, estaba tanto o más nerviosa que yo, y eso no me ayudó mucho.

—¿Y cuando ya lo conseguiste…?

—Terminé casi antes de empezar. Con unos pocos empujones me fui.

—Quién lo diría viéndote ahora —digo moviendo las cejas arriba y abajo de forma elocuente.

—A mi favor diré que años después coincidí con la chica en la discoteca Kapital de Madrid y la recompensé por aquel desastre —añade él entre risas.

—Seguro que la recompensaste con creces.

—Sí, creo que sí. Al menos ya sabía lo que hacía. —Sigue riendo—. Y la tuya, ¿cómo fue?

—No fue para tirar cohetes ni fuegos artificiales, pero al menos no me dolió.

—¿No?

—No, estaba muy tranquila y eso ayudó a que entrara sin problemas. Además, el tío se curró los preliminares. Él terminó, yo no me corrí, pero me reí bastante.

—¿Dónde fue?

—En la habitación de un hotel de Londres, en un viaje de fin de curso que hicimos el segundo año de universidad.

—El sitio era cómodo —comenta Lucas.

—Sí, eso sí.

—Mi primera vez fue en los asientos traseros del Seat León de segunda mano que me regalaron mis padres cuando me saqué el carnet de conducir —me cuenta—. Tuve que hacer malabares para no golpearme con las puertas, los cristales y el techo.

—Debes evitar los espacios reducidos —me burlo.

—Es que me gusta el contorsionismo —dice Lucas.

—He descubierto que a mí también. Hoy has hecho que contorsione todo el cuerpo como si estuviera trabajando en un circo. —Sonrío.

—Me encanta que te contorsiones mientras te la meto hasta el fondo —susurra Lucas con esa voz sensual que hace que me ponga como una moto. Y para colmo me guiña un ojo.

Siento que la piel me arde como si estuvieran pasándome un soplete por ella, y no es por tomar el sol, precisamente.

—Esto…, hace mucho calor, ¿no crees? —digo abanicándome con la mano—. ¿Nos damos un baño?

Lucas asiente.

Nos levantamos de la toalla y nos dirigimos a la lengua de mar que da forma a la cala.

Capítulo 30

Las pequeñas olas nos mojan los pies y comprobamos que el agua está a la temperatura perfecta. Ni fría ni caliente. Perfecta. Cuando nos llega a la altura del pecho, nos paramos. Lucas se coloca frente a mí.

—Dime el lugar más raro donde has follado —pide.

—Los lugares más raros donde he follado han sido contigo. Nunca lo había hecho en una casa abandonada ni entre las rocas de una cala.

—¿Y antes?

—No he tenido amantes muy imaginativos... —respondo. «Ni muy generosos», digo para mí. Comparados con Lucas, los chicos con los que he estado eran unos simples aprendices y unos egoístas —. Y el sitio más raro ha sido... el baño de un bar.

—Un clásico —comenta Lucas.

—Tan clásico que ya ni cuenta como sitio raro —digo—. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez en un baño público? —Me tumbo boca arriba con los brazos extendidos y dejo que el agua me meza—. ¿Y tú? —pregunto a mi vez.

Lucas mete la cabeza debajo del agua.

—En un fotomatón —contesta al salir.

Giro el rostro hacia él y está echándose el pelo hacia atrás con las manos. Sus pectorales suben y bajan mostrando una definición muscular perfecta.

—¿En un fotomatón? ¿Cómo narices se te ocurrió hacerlo en un fotomatón?

—Lo hicimos donde nos pilló el calentón —responde—. Nos pusimos cachondos en plena calle y lo que había más a mano era un fotomatón.

—Madre mía, tiene que ser más incómodo que los asientos

traseros del Seat León.

Él asiente con la cabeza y algunas gotitas de agua caen sobre mi cuerpo.

—Mucho más, porque soy muy alto, y el espacio de esos chismes es muy reducido, extremadamente reducido, pero al final encontramos una postura factible.

—Tienes que evitar los sitios pequeños —le repito.

—Ya te he dicho que me gusta el contorsionismo —bromea encogiéndose de hombros—, y valió la pena, porque las fotos que nos hicimos fueron de escándalo —dice con mordacidad.

—Nunca mejor dicho. Puedo imaginarme qué salió en ellas —comento entre risas. Me pica la curiosidad—. ¿Con qué postura lo hicisteis? —le pregunto.

—Ella sentada encima de mí. Por suerte para mis brazos, fue un polvo rápido y nos corrimos a la vez, porque para penetrarla la tenía cogida casi en vilo.

—¿Fue con tu ex? —digo con voz cautelosa, no vaya a ser que me esté pasando de curiosa, y ya sabemos qué le ocurrió al gato por curioso.

Lucas niega con la cabeza.

—No, fue con una universitaria alemana que estaba en Mallorca con una beca Erasmus.

No sé por qué, pero me alivia que el polvo en el fotomatón no fuera con su ex. Tuvo que ser una experiencia excitante. Un fotomatón, la calle, un espacio mínimo, ocultos tras esa cortinilla que ni siquiera llega al suelo… Aunque con Lucas cualquier experiencia es excitante. No sé cómo lo hace, pero es así.

—¿Siempre follas en sitios raros? ¿Escondrijos en rocas, casas abandonadas, fotomatones…? ¿Te da morbo?

—No, follo donde me da el calentón. Si se puede, claro. No me apetece pagar multas por escándalo público —bromea—. Y morbo me da siempre —dice con una sonrisilla pícara—. Pero no soy amigo de la monotonía. La rutina en el sexo o en cualquier otro aspecto acaba matando cualquier relación.

—Es cierto, la monotonía acaba llevándose por delante todo —afirmo.

Y me viene a la cabeza Javier. Nuestra relación está basada en la rutina, pese a ser supuestamente una aventura. Al principio los encuentros sexuales constituían la tónica excitante. Cuándo y dónde podríamos echar un polvo suponía un reto. Ahora ya no.

—¿Lo has hecho alguna vez en el agua? —La pregunta de Lucas me mete de nuevo en la realidad—. ¿Playa, piscina, pantano, charca...?

—¿Cuenta la ducha? —respondo divertida.

—No.

—Entonces no.

Se acerca a mí con expresión burlona.

—Voy a tener que arreglar eso —dice. Me coge por la cintura y me pone de pie—. Así tendrás otro clásico que añadir a tu lista.

Sonrío, alzo los brazos y los paso por su cuello sin dejar de mirarlo.

—¿Has oído la canción *Sea, Sex and Sun* de Serge Gainsbourg? —me pregunta, pronunciando el título y el autor en un inglés impecable.

—No.

—Luego la escuchas en mi iPod. Era un tío que sabía dónde estaba lo bueno.

—Intuyo que ahora también lo voy a saber yo —observo con morbo.

Lucas se inclina con una sonrisilla y nuestras bocas se juntan en un beso hambriento, húmedo, jadeante. Cuando nos separamos para tomar aire, dice:

—Voy a por un preservativo.

Lo sujeto por el brazo y lo detengo.

—Quiero hacerlo sin preservativo, Lucas —aseguro—. Quiero sentirte sin ninguna barrera entre nosotros. Ya te dije que tomo la píldora.

Sus labios se elevan en una sonrisa.

—Vale —accede.

Con sus ojos fijos en los míos, sus manos empiezan a descender por mi culo. Hunde los dedos en mis nalgas con fuerza y me aprieta contra su erección, que se deja intuir con descaro bajo

la fina tela del bañador.

—Lara, me tienes todo el día la polla así, dura como una puta piedra —dice.

Su voz profunda y susurrante me provoca cosas que solo siento con él. ¿Cómo es posible que me haga sentir como si ningún hombre me hubiera tocado antes? Bajo la mano y, colándola en el bañador, le acaricio el miembro. Está más duro que nunca y palpita entre las yemas de mis dedos. Lucas se tensa con el contacto y arrastra un gemido a lo largo de la garganta.

Mientras lo acaricio, me levanta la parte de arriba del bikini y deja mis pechos al aire. Su boca atrapa uno de mis pezones. Lo succiona con tanta fuerza que casi llega a provocarme dolor. Pero, lejos de quejarme, me aprieto más contra él para que succione más fuerte.

—Lucas, si viene alguien pueden vernos —digo como si la realidad hubiera llamado a la puerta diciendo: «Eh, estoy aquí, putos cachondos». ¿De dónde ha salido esa brizna de cordura?

—Seremos discretos —murmura Lucas—. Y rápidos. —Me sonríe con complicidad.

Se acerca más a mí, mete la mano entre nuestros cuerpos y retira a un lado la tela de la braga del bikini.

—¿Estás lista?

—Yo siempre estoy lista para ti.

Se agarra el miembro y, tanteando la entrada de mi vagina, me lo mete poco a poco.

—Así, despacio… —susurra en mi oído como si me estuviera haciendo una confidencia, mientras deja que entre lentamente—. Para que nadie sospeche que estamos follando.

Y debajo del agua quedan ocultos nuestros cuerpos enredados y nuestro pecado. Lucas pone la mano en mi espalda para que no pierda el equilibrio y con la otra me sujeta la pierna que he levantado y que descansa sobre su cadera.

Aunque trato de concentrarme, no puedo dejar de estar alerta y de mirar a mi alrededor por si a alguien le da por venir a esta cala. Me moriría de vergüenza si nos pillaran.

—Relájate, cielo. No nos va a ver nadie —me dice él

sonriendo mientras se mece con firmeza contra mi cuerpo.

Suspiro y sigo su consejo.

Y la verdad es que tardo poco en perder la noción del espacio y de que el placer se lleve de calle la vergüenza. Dios, me estoy convirtiendo en una descarada. Ni siquiera siento pudor por el gemido tan alto que dejo escapar y que deben de haber oído en Palma de Mallorca.

—¿Bien? —pregunta Lucas cuando ve que he empezado a disfrutar.

—Muy bien —respondo con una voz diluida, poniendo los ojos en blanco de placer.

Aumenta un poco el ritmo, entrando cada vez más en mí, pero sigue siendo discreto. Rápido o lento; duro o suave, Lucas me lleva siempre a cotas de excitación que pensé que solo eran fantasías y exageraciones de las escenas de las novelas eróticas. Esto es un ¡zas! en toda la boca. Al final va a ser verdad que hay tíos con el sublime don de hacer que te corras con solo susurrarte alguna obscenidad al oído.

—Qué rico... —farfullo con deleite, sin ser muy consciente de las palabras que emergen de mi boca.

—Está rico, ¿verdad? —dice él en tono ronco.

—Sí..., oh, sí...

Un calor insoportable comienza a ascender por mis muslos, envolviéndome las caderas hasta alcanzar mi entrepierna. En breve...

Clavo los dedos de una mano en su hombro y, agarrada con la otra a su cuello, me sacudo contra él. Lucas me sujeta con fuerza por la espalda para que no pierda el equilibrio.

—Lucas, me corro... Sí, me corro... —siseo.

—Eso es... Cielo, córrete —susurra él en mi oído mientras mi cuerpo sigue estremeciéndose entre sus brazos.

La tripa se me contrae con fuerza cuando aprieto los dientes para ahogar los gemidos que luchan por salir de mi garganta. Tengo que controlarme, no se me puede olvidar que estamos en una cala pública y que podría aparecer alguien en cualquier momento.

Sin soltarme, Lucas hunde la cara en mi cuello y sus caderas convulsionan contra mi pelvis mientras deja escapar un pequeño gemido en mi oído.

Cuando el orgasmo pierde intensidad, sale de mí y me mira a los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Contigo siempre estoy bien —digo en un resuello.

—¿Te suelto?

—Sí.

Cuando las manos de Lucas dejan de presionar mi cuerpo noto los músculos en tensión. Agotada, lo abrazo y apoyo la cabeza en su pecho tratando de normalizar la respiración. Él pasa los brazos por mi espalda y deja descansar su barbilla en mi cabeza. Y nos quedamos así un rato, respirando el olor del otro, sintiéndonos el latido del corazón en silencio, embebidos en la mágica paz que solo otorga la intimidad de haber compartido piel y un momento como el que acabamos de compartir.

* * *

—¿Sabes que estás preciosa después de follar? —me dice Lucas, apoyado en las rocas de uno de los lados de la cala.

Vuelvo el rostro hacia él.

—¿Ah, sí? —pregunto coqueta.

—Sí, la cara se te sonroja y hace que tus ojos se vean mucho más bonitos de lo que ya son.

—Estás hecho un donjuán. —Me río.

Él agacha la cabeza y me da un beso en el cuello.

—Y tú estás hecha una máquina.

Me carcajeo.

—La máquina eres tú —digo—. Me duelen músculos que ni siquiera pensé que existían.

Lucas se ríe.

—Sabes muy bien cómo alimentar el ego de un tío.

—Y tú sabes muy bien cómo satisfacer a una mujer. Y lo digo en serio, Lucas. —Apoyo los brazos sobre la roca y descanso la

barbilla en ellos—. Hay hombres a los que les da igual si su pareja tiene un orgasmo o no. Si se corre o no. Piensan que la relación sexual se acaba cuando ellos terminan. —Me encojo de hombros—. Y satisfechos ellos, satisfechos todos —añado con mordacidad.

—Eso es un poco egoísta, ¿no? —opina.

—¿Un poco? —Bufo—. No me extraña que haya mujeres que finjan los orgasmos teniendo amantes así. Estarán deseando quitárselos de encima. Literalmente. Existen doce tipos de orgasmos femeninos distintos, y hay hombres que son incapaces de provocarte uno.

Lucas sonríe.

—Para mí es muy importante que la mujer que está conmigo en la cama disfrute y, por supuesto, que se corra. Me da igual que lleve con ella dos años o que sea el rollo de una noche —afirma—. Aparte, me excita mucho oír gemir a una mujer y saber que soy el autor de esos gemidos. Supongo que es ego o incluso narcisismo —concluye con naturalidad.

—Pues si es ego o narcisismo, ojalá todos los hombres fueran tan ególatras y narcisistas como tú. Al menos sus parejas estarían sexualmente satisfechas y no tendrían que fingir que lo están.

—Para satisfaceros solo hay que tener un poco de paciencia. Nosotros siempre llegamos, solo tenemos que asegurarnos de que vosotras también lleguéis.

—Sí, pero para eso se necesita algo de pericia, aparte de paciencia, como tú has dicho. Y algunos de los de tu género carecen de ambas cosas.

—No parece que hayas tenido muy buenos amantes —comenta Lucas.

Hago una mueca con la boca.

—Los he tenido mejores y peores, pero desde luego ninguno como tú. Pareces poseer la pericia que les falta a muchos —confieso con la mayor franqueza del mundo.

A estas alturas no tengo ganas ni ninguna razón para callarme algo que es verdad. No es una cuestión de alimentar o complacer egos, es una cuestión de realidad. Al césar lo que es del césar, y si Lucas folla como los ángeles, no soy nadie para quitarle méritos.

Las mujeres estamos muy equivocadas en eso. Nos educan para que todo gire en torno al hombre, también el sexo, por supuesto. Y ellos lo saben. ¿Dónde se ha visto que tengamos que fingir los orgasmos para que crean que lo han hecho bien? ¿Para que su ego masculino no se dañe?

Por eso a algunos no les importa ser unos incompetentes en asuntos de cama, o ser perfectamente incapaces de satisfacer a una mujer: mientras tengan su buena corrida, lo demás se la trae al pairo.

Lucas se da la vuelta y gira el rostro hacia mí.

—¿Tú alguna vez has fingido los orgasmos? —me pregunta.

En lugar de contestar, doy una brazada y echo a nadar hacia la orilla.

—Ese silencio es que sí —responde por mí, mientras me alcanza con su impecable estilo crol.

—Alguna vez —digo.

—¿En serio? —Parece no dar crédito.

—Ya te he dicho que en ocasiones estás deseando quitarte al tío de encima —digo divertida.

—Ay, Dios mío, como conmigo se te ocurra fingir, te mato —replica.

—Tranquilo, contigo no hace falta. Contigo los orgasmos los tengo a pares. —Sonrío mientras me pongo de pie y salgo del mar.

Él me sigue.

—Te lo digo en serio, Lara. —Da un par de zancadas y me adelanta—. Si un día no te corres conmigo, me lo dices y yo me las ingenio para que termines.

Me echo a reír. Dios, ¡qué mono es!

—Lo tendré en cuenta —digo tumbándome encima de la toalla.

Capítulo 31

—¿Te atreves a tomar el sol completamente desnuda? —me pregunta Lucas.

Abro los ojos y lo observo de reojo. A su mirada asoma ese matiz provocador de cuando éramos niños y me proponía hacer alguna fechoría. Tiene razón cuando dice que hay cosas que no han cambiado. Esa forma de mirarme no lo ha hecho, es igual, sigue intacta.

—Porque ya me has visto en pelota picada unas cuantas veces, si no, juraría que es una treta para verme desnuda.

—Podría ser… Pero no lo hago por mí.

—¿Ah, no? ¿No quieres verme las tetas? —pregunto en broma.

—¡Claro que quiero verte las tetas! —dice Lucas con toda la espontaneidad del mundo—. Pero no quiero que te desnudes para satisfacer mi lado *voyeur*, quiero que te desnudes por ti.

Frunzo el ceño.

—Explícame eso —le pido.

—¿Nunca has estado por casa en bolas?

—¿Tú sí?

—Yo he preguntado primero.

—En verano, cuando hace mucho calor, me quedo en bragas y sujetador.

—Pero no hablo de estar en ropa interior, sino de estar completamente desnudo, como Dios te trajo al mundo.

—Tú sí, ¿verdad? —conjeturo.

Aunque no tiene mucho mérito llegar a esa conclusión, teniendo en cuenta que descubrió esta cala buscando lugares donde poder hacer nudismo.

—Sí —responde.

—¿Y te fríes un huevo cuando te quedas en bolas en casa? Porque las salpicaduras pueden hacerte mucha pupa en según qué partes.

—¡Joder, Lara, no me pongas mal cuerpo! —exclama entre carcajadas.

Arqueo las cejas en un gesto gracioso.

—Yo solo te lo advierto…

Se incorpora girándose hacia mí y se apoya en la mano, tapándome el sol. Su rostro aparece en mi campo de visión recortado contra el azul pálido del cielo.

—Hablo en serio. Deberías probar la sensación de libertad que proporciona algo tan simple como estar desnudo. Es…, no sé…, indescriptible. Y en un sitio como este aún más. Con el sol, la brisa, el sonido de las olas… Me encantaría que disfrutaras de este pequeño paraíso como si estuvieras sola.

—No toda la gente es capaz de disfrutar de las pequeñas cosas —apunto.

—¿Y tú eres una de esas personas?

Alzo los hombros.

—No lo sé…

Y le doy esa respuesta porque no lo sé. Ni siquiera sé si soy capaz de disfrutar de la vida.

—¿Por qué no pruebas?

Me quedo mirándolo unos instantes. Quizá tenga razón. Quizá sea hora de aprender a disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, de esas que en el fondo conforman la tan buscada felicidad.

En silencio me quito primero la parte de arriba del bikini y, cuando me deshago de la braguita, me tumbo de nuevo sobre la toalla mirando al cielo.

—¿Qué tal? —tantea Lucas.

—Extrañamente bien —contesto.

Estiro los brazos por encima de la cabeza.

Cierro los ojos y suspiro.

¿Cuánto tiempo hace que no me sentía así, libre de todo? ¿Sin ser juzgada? ¿Cuánto tiempo hace que no experimentaba la paz que siento en este instante? Desnudarme solo ha sido un gesto;

sencillo, trivial, que cualquiera puede hacer. Pero en este momento está impregnado de mucho más; tiene un significado mayor. Simboliza despojarme de las ataduras, de las inhibiciones, de los prejuicios... Significa ser libre. En su totalidad.

Lucas me da un pequeño beso en el hombro, se quita el bañador y, sin decir nada, se tumba a mi lado. Busca mi mano sobre la toalla y cuando la encuentra entrelazamos los dedos.

Y pienso que esta cala y todo Mallorca parecen haber sido diseñados específicamente para nosotros, a medida, para dar rienda suelta a nuestra historia, para hacerla a nuestra manera, descubriendo nuestras emociones y poniendo nombre a todo lo que sentimos y que revolotea como una maraña de conceptos abstractos por encima de nuestras cabezas, reproduciendo un cuadro de Vasili Kandinski, y caigo en la cuenta de que la felicidad, o algo muy parecido a ella, ha adquirido significado en esta isla del Mediterráneo, al lado de Lucas. Sobre todo a su lado. Porque la felicidad tiene mucho que ver con las personas, con el quién. En este caso tiene mucho que ver con él.

Y en un momento determinado, sin saber el motivo, se me va la cabeza, y en ese estado de enajenación mental transitoria en el que me encuentro, hago algo que nunca me habría imaginado hacer.

Me levanto, tal y como Dios me trajo al mundo, vestida solo con la piel, y me encamino hacia el mar. Me meto hasta que el agua me llega al cuello y nado lentamente de un lado a otro de la cala sintiéndome libre, tanto como el viento, tanto como la mujer más dichosa sobre la faz de la Tierra. Miro hacia el horizonte, donde el inmenso mar se funde con el azul iridiscente del cielo y los pájaros aletean en el aire como suspendidos por un hilo invisible. El agua centellea formando escamas de plata a mi alrededor. ¿Puede haber algo más hermoso?

Durante un rato me dejo mecer por el suave oleaje, con los ojos cerrados y los brazos estirados; abiertos al mundo, respirando la vida por todos los poros, sintiendo el alma en la piel; inmersa en este enclave único donde bien podría situarse el paraíso, y pienso que ojalá este día durara semanas, meses, porque no tengo ganas

de volver de nuevo a la realidad cuando el congreso de turismo acabe. No me veo con las fuerzas suficientes para asumir mi vida de Madrid. Jamás me he sentido más viva que ahora, que aquí.

Lucas está sentado en la toalla. No puedo ver la expresión de su rostro, pero sé que me está mirando. Sonrío para mí y paladeo las mieles de no tener que esconderme ni ocultarme del mundo. De no tener que dar besos a escondidas, de no tener que disimular las ganas de abrazar. Lucas me ha dado eso: luz. No sombras, como Javier.

Nado hasta la orilla y salgo del mar caminando con firmeza hacia él, que no parpadea mientras avanzo hacia donde está. Me gusta que me mire, no lo voy a negar. Y que lo haga del modo en que lo hace. Hay algo ancestral y primitivamente seductor en exhibir mi cuerpo delante de él, en atraerlo.

Me siento a horcajadas sobre sus muslos. Mi larga melena cae hacia un lado, ondulante por la brisa, mientras algunas gotas de agua se deslizan sobre su torso como pequeñas perlitas.

Lucas se queda quieto, observándome, sin decir nada. Hundido en un silencio que es solo nuestro y que nos habla de muchas cosas, en ese lenguaje que es único de los sentimientos.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por todo.

Nunca me he sentido tan bien conmigo misma como en este instante en el que soy solo piel, porque me doy cuenta de que lo único que necesito para cubrirme son las manos de Lucas, sus brazos estrechándome contra él, sus labios recorriendo cada recoveco de mi cuerpo, sus caricias haciendo infinito el contacto...

* * *

Si creía que el día iba a acabar ahí, estaba muy equivocada. Nada más lejos de esa realidad que nos tiene atrapados. Lucas es una caja de sorpresas, y rematamos la tarde yendo a un cine al aire libre que se celebra en los alrededores de Palma de Mallorca. Había reservado las entradas por adelantado, porque se llena de

gente y si lo dejas para el último momento no pillas hueco, y, metidos en el coche, atiborrándonos a palomitas y chucherías que hemos comprado en un quiosco que había allí mismo, vemos nada más y nada menos que la reposición de *Grease*.

Lo más emocionante es cuando se apagan los focos del lugar y pocos segundos después cobra vida la pantalla. Nunca había estado en un cine al aire libre y, aunque he visto la película *Grease* mil veces, el nuevo escenario hace que me parezca tan divertida como la primera.

Sentada allí en el coche, al lado de Lucas, bajo la luz de la luna llena, con la inocente Sandy y el rebelde Danny Zuko viviendo las peripecias de su historia de amor a unos metros, me siento como una adolescente en la primera cita con un chico. Lucas me está devolviendo todas aquellas sensaciones de la juventud más incipiente, transportándome a una época de mi vida en la que todo era menos complicado pero más intenso. Y me doy cuenta de que seguimos siendo él y yo. Lucas y Lara. El Lucas y la Lara de quince años atrás, y también me doy cuenta de que nos sobra el mundo, porque, al igual que lo sentí el día que fuimos a bucear, hoy hemos hecho uno a medida para nosotros.

Cuando la sesión termina, nos quedamos un rato en el coche, bajo la oscuridad de la noche, besándonos y metiéndonos mano como dos chavales de instituto. Y juro que habría parado el tiempo si hubiera podido, porque no logro encontrar en toda mi vida un momento en el que haya sido tan feliz como este, y sé, con toda la certeza del mundo, que va a ser uno de esos recuerdos que no se desvanecen jamás de la mente, de esos que guardas como un preciado tesoro.

Capítulo 32

Después de la sesión de cine y del sexo *light* adolescente en el coche, nos vamos al piso de Lucas. Supuestamente a dormir, pero es solo un eufemismo para esconder que en realidad lo que vamos a hacer es retozar hasta casi entrar en coma. Porque decir que nos hemos pasado media noche follando, fornicando o montándonos el uno al otro es demasiado franco, y alguien con la piel muy fina puede sentirse ofendido, pero en realidad es lo que hemos hecho. ¿Qué se le va a hacer? Somos unos indecentes.

Deberían lavarnos el cerebro con lejía. Pero si hemos de ir al infierno, hemos de hacerlo por la puerta grande.

Me despierto cuando los rayos de sol del amanecer se cuelan en la habitación. Abro un ojo y veo que estoy en el dormitorio de Lucas. Alargo el brazo a través del colchón para buscarlo, pero descubro que estoy sola. Levanto la cabeza y giro el rostro. Sí, estoy sola.

Me dejo caer sobre la almohada y una sonrisa aparece en mis labios al recordar la maravillosa tarde que pasamos. Y la noche. ¡Dios! Lucas es una locura.

Exhalo el aire y retiro las sábanas. Con pereza, me levanto y voy al baño. Curioseando en los cajones del armario del lavabo, encuentro un cepillo de dientes sin estrenar. Lo cojo y me lavo los dientes con él. Me refresco la cara y, frente al espejo, me revuelvo un poco el pelo para darle forma, aunque no lo consigo.

En fin...

Veo el desodorante de Lucas en un estante, uno de esos que prometen llevarse a las chicas de calle (como si a él le hiciera falta), y me echo un poco. Joder, huele maravillosamente a él.

Antes de salir de la habitación abro su armario y, tras examinar su ropa, cojo una camiseta, una fucsia con un mensaje

que reza: «Lo importante es ver aquello que resulta invisible para los demás».

«Curiosa frase», pienso mientras me la pongo.

Cierro el armario y me dirijo descalza a la cocina, donde he oído ruido. Cuando entro me encuentro a Lucas en bóxer. Solo en bóxer, ofreciéndome una panorámica trasera de su cuerpo que me pone al borde del babeo. Apoyo un hombro en el marco de la puerta y me quedo observándolo durante un rato con los brazos cruzados. Los músculos de su espalda se mueven sugerentes mientras trastea con vete a saber tú qué. Y luego está su culo. ¡Joder, su culo! Prieto, marcado, respingón.

Carraspeo.

Él se gira.

—¿Se puede saber cuánto tiempo llevas ahí? —pregunta con una rebanada de pan de molde en las manos.

—Un ratito —respondo con una sonrisa pícara esbozada en los labios.

Deja el pan encima de un plato y se chupa el pulgar.

—Me has estropeado la sorpresa que iba a darte —dice.

Viene hasta mí y me da un beso en los labios. Me enderezo y paso los brazos por su cuello.

—¿Qué sorpresa? —le pregunto curiosa.

—Llevarte el desayuno a la cama. Estaba metiendo el pan de molde en el tostador. —Me abraza por la cintura.

—No sabía que fueras tan romántico —comento mordiendo su barbilla, áspera por la incipiente barba que le está creciendo.

Lucas ríe.

—Pero ¿qué concepto tienes de mí? —dice fingiendo que es un niño bueno que nunca ha roto un plato, aunque creo que debe de haber roto vajillas enteras, por el brillo malvado que hay en sus ojos—. Soy el hombre más romántico del mundo.

—Ya veo, ya... Gracias de todas formas, la intención es lo que cuenta —le aseguro.

—Me suena esta camiseta —señala tirando de ella.

—Espero que no te moleste que la haya cogido de tu armario.

—Para nada. ¿Te gusta?

—Mucho. La frase me encanta.

—Quédatela. Te sienta mucho mejor que a mí.

—No, Lucas, de verdad. Gracias, pero...

—Es un regalo —me corta con suavidad. Y sin dejarme rechistar, dice al tiempo que se da la vuelta y vuelve a prestarle atención al pan de molde—: ¿Prefieres mermelada de fresa o de melocotón?

—De melocotón —contesto—. ¿Te ayudo a hacer algo? —me ofrezco, avanzando hasta donde está él y cotilleando por encima de su hombro qué está haciendo.

—No, eres mi invitada. Tú solo ponte cómoda —indica metiendo un par de rebanadas en el tostador.

—Vale.

Cojo impulso y me siento sobre la barra americana con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Huele delicioso —comento sin dejar de observar lo que hace.

Lucas termina de untar mermelada en una de las tostadas y me la pasa.

—Toma.

—Gracias.

Al verla se me hace la boca agua, así que le pego un bocado con todas las ganas.

—Mmm..., está riquísima —digo saboreándola con delectación, como si llevara siglos sin comer.

Pero es que tanto ejercicio carnal, tanto *pim-pam-pum*, me abre el apetito.

Lucas se gira y, apoyado en la encimera, muerde la tostada con mermelada que tiene en la mano, repasando mi rostro con los ojos.

—¿Has dormido algo? —me pregunta.

—Cuando no te tenía encima, sí —contesto distraída.

Doy el último bocado a la tostada y me chupo los dedos para limpiarme los restos. Él se acerca a mí, me separa las piernas y se coloca entre ellas.

—No siempre he estado encima —sonríe de medio lado con

intención.

Se mete en la boca el último trozo de su tostada, pero un chorretón de mermelada se escapa, deslizándose por su pecho. Sin pensarlo dos veces, aproximo la boca a su torso y le doy un lametazo, pasando la punta de la lengua por su pectoral.

—Tú ya me entiendes... —digo mirándolo desde abajo al tiempo que me relamo.

Lucas se inclina y roza ligeramente mis labios con los suyos, pero no me besa. Solo deja que perciba su cálido aliento sobre la boca. Cuando voy a besarlo yo, echa un poco la cabeza hacia atrás. Debe de saber que me pone muy perra que haga eso, porque vuelve a echar la cabeza hacia atrás cuando intento besarlo otra vez. Con una sonrisa de lo más sexy, se pega a mi cuerpo y siento su miembro en mi sexo.

Joder, está más duro que el mármol de la encimera.

Durante unos segundos nos mantenemos la mirada. El deseo ha dilatado sus pupilas hasta convertir el iris en un finísimo anillo azul claro. Sin apartar los ojos de mí, pasa las manos por mis nalgas y me empuja hasta el borde de la barra americana para apretarme más contra su erección. A Lucas le gusta mostrarme y demostrarme cómo lo pongo, cómo su polla se endurece con solo tocarme. Y a mí el simple movimiento de atraerme hacia él me arranca un gemido.

Atrapa mi labio inferior entre los dientes y lo muerde, tirando ligeramente de él. Después continúa con la barbilla, el lóbulo de la oreja y el cuello. Me descubro restregándome contra su miembro como una gata en celo, trazando círculos con las caderas para intentar ganar terreno a mi placer. Estoy tan mojada que noto cómo la humedad empapa la tela de la braga.

Lucas deja escapar un gemido que choca con mi boca al tiempo que comienza a moverse para facilitar el contacto y se lanza a mis labios como si el mundo se fuera a acabar si no lo hiciera. Su lengua sabe a mermelada de fresa y a ganas.

Cruzo las piernas por detrás de su culo y lo aprieto contra mí para sentir aún más su cuerpo.

—¿Pretendes batir algún récord? —le digo, apartando unos

centímetros mi boca de la suya.

—Contigo, todos —responde.

Nos sonreímos cómplices y seguimos besándonos hasta convertirnos solo en labios, lengua y jadeos. Después de estar un rato así, dando rienda suelta a nuestras bocas, él levanta el rostro y dice:

—¿Te gustan los vibradores? —Su pregunta me deja pasmada, pero pasmada de verdad. Casi sin margen de reacción.

¿Vibradores? ¿No jodas que tiene un vibrador escondido por ahí? De pronto miro hacia todos lados en plan paranoico, por si Lucas tuviera en mente practicar algún jueguecito con la mermelada y un aparatito de esos, pero no veo nada sospechoso. Y no sé exactamente si me alivia o me decepciona.

—No… no lo sé —contesto.

—¿Nunca has usado un vibrador? —Parece extrañado.

—No.

—¿Ni siquiera cuando te topas con uno de esos amantes con falta de pericia que te dejan sin orgasmo? —dice utilizando un tono burlón.

—No —niego otra vez.

Me coge por la cintura y me baja de la barra americana.

—Voy a enseñarte una manera de masturbarte para cuando te encuentres con uno de esos imbéciles —afirma con actitud de suficiencia.

Me da la vuelta y me lleva caminando con él hacia el extremo de la cocina. No tengo ni idea de qué pretende hacer, pero mi imaginación empieza a funcionar a toda velocidad al ver hacia dónde nos dirigimos.

¡No me lo puedo creer!

Mis sospechas cristalizan cuando me dice al oído con voz susurrante:

—Vas a probar las revoluciones de mi lavadora.

Arqueo las cejas en el momento en que la sorpresa salta a mi rostro. Lo miro de reojo y veo que sonríe maliciosamente.

—¡¿Qué?!

Lucas aprovecha mi instante de confusión para tirar hacia

abajo de las bragas y quitármelas. No sé cómo se las apaña, pero empuja un poco mi cuerpo con el suyo y de pronto encuentro mi sexo pegado a una de las esquinas de la lavadora.

—Primero despacio… —sugiere con una peligrosa suavidad, y en el tono noto que está divirtiéndose como un cabrón con la situación, con mi desconcierto y supongo que con el óptimo resultado del experimento.

Sin separarse de mí, gira una de las ruedas del electrodoméstico hasta posicionarla en seiscientas revoluciones y pulsa el botón de encendido. La lavadora hace un pequeño clic y se pone en funcionamiento mientras él me abre un poco más las piernas.

—Relájate, cielo, y disfruta… —dice.

El bombo da un par de vueltas sin mucho movimiento antes de empezar a coger velocidad. Rápidamente, unas vibraciones profundas se expanden por mi clítoris cuando la lavadora entra en el ciclo de centrifugado.

«¡Dios santísimo!»

Me aferro con los dedos al borde del electrodoméstico y me muerdo los labios. Lucas extiende la mano y sube las revoluciones a ochocientos mientras se saca el miembro y me lo mete desde atrás despacio, para que no me haga daño en mis partes con la lavadora. El cabrón tiene muy bien medidos todos los tiempos. Me pregunto cuántas veces más habrá hecho esto y mis celos se disparan. No quiero que dé placer a nadie que no sea yo.

Después de un rato de meneo no soy capaz de reaccionar ni de articular palabra en idioma alguno. Mi mente se nubla, cerrándose a todo lo que no sea Lucas, las oleadas de placer que recorren mi cuerpo de arriba abajo ¡y esta puñetera lavadora! La doble estimulación a la que estoy siendo sometida va a terminar explotando en fuegos artificiales no tardando mucho.

Pero para Lucas no parece ser suficiente, y sube las revoluciones a mil doscientos, el máximo.

No puedo más.

—¡Joder! —exclamo con los dientes apretados cuando la lavadora empieza a vibrar a toda velocidad, proporcionándome un

placer brutal.

De pronto las piernas se me debilitan extrañamente. Aprieto los bordes con los dedos con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Mis gemidos inundan la cocina.

—¿Te gusta? —me pregunta con morbo, pegado a mi oído, al tiempo que sigue entrando y saliendo de mí lentamente.

Los ojos casi se me dan la vuelta, y gimo.

—Veo que sí —se responde a sí mismo con satisfacción, lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Y antes de que me dé cuenta estallo, como creo que no lo he hecho en mi vida, experimentando el placer más bestia que he sentido nunca. Cierro los ojos y noto cómo mi cuerpo se convulsiona contra el de él, que ha detenido sus embestidas mientras el orgasmo me recorre entera con violentas sacudidas.

—Lucas... —gimo con los labios apretados, dejando caer la cabeza hacia delante, rendida—. Oh, Lucas...

—Sí, cielo... Estoy aquí. Córrete para mí... —me susurra con la voz enronquecida por la pasión al tiempo que me abraza con fuerza—. Me gusta que digas mi nombre mientras te corres.

Y termino de deshacerme entre sus brazos.

La lavadora acaba el ciclo de centrifugado y Lucas me insta a que apoye las manos encima. Comienza entonces a embestirme de nuevo. Con los dedos clavados en mis caderas, entra y sale de mí cada vez más rápido, más fuerte, con un ritmo incansable. Siento sus testículos golpeando mi culo. Pega sus labios a mi oído.

—Me encanta follarte, Lara. Me encanta estar dentro de ti... Joder, cómo me gusta estar dentro de ti —susurra al borde del éxtasis.

Sus músculos se tensan, y con un último empujón y un gruñido en mi cuello se deja ir en mi interior.

Y el mundo se queda en blanco.

Me pongo derecha algo aturdida. Mi pecho todavía sube y baja pesadamente. Lucas sale de mí despacio y me pasa la mano por la espalda.

—Estás temblando —observa.

—Estoy bien —digo al percibir una nota de preocupación en

su voz.

—Ven. —Me abraza y yo apoyo la mejilla en su pecho, algo húmedo por el sudor. Siento su mano acariciando mi pelo cariñosamente y suspiro.

Esto se está complicando. Le he dicho a Lucas que estoy bien, pero no es del todo cierto. Tengo miedo. Para mí esto ha pasado a ser más que sexo increíble. Mucho más. Y ese «mucho más» me aterra.

—Lara, ¿estás bien?

Se agacha un poco para buscar mi mirada y establecer contacto visual conmigo.

—Sí. —Trato de sonar convincente.

—¿De verdad? —insiste.

Tengo que sonar más categórica si pretendo convencerlo.

—De verdad —digo con toda la resolución de la que soy capaz.

—Tal vez lo de la lavadora no haya sido buena idea… —comenta preocupado—. Puedes decírmelo, no hay problema.

Alzo el rostro hacia él y sonrío. No quiero que piense lo que no es.

—¿Has visto cómo me he corrido? —le pregunto—. Lo de la lavadora ha sido una idea fantástica. Te lo aseguro.

Lucas sonríe.

Dios, qué sonrisa… Sensual, vibrante, irresistible… ¿Por qué me gusta tanto como la primera vez que la vi cuando solo éramos unos niños?

Me echo las manos a la cabeza y niego para mí.

«¡Houston, tenemos un problema!»

Capítulo 33

A medida que pasan los días crece mi confusión y también mi cobardía, y es que uno no sabe lo cobarde que es hasta que debe enfrentarse a los sentimientos. A los que tiene y a los que no.

Desde que me reencontré con Lucas estoy en una constante huida hacia delante. No hablo, no actúo, no hago nada, excepto dejarme llevar por la inercia del momento y por las ganas de exprimir cada segundo con él, sin importarme las consecuencias. No he encontrado —o no he querido encontrar— la oportunidad para abordar el tema de mi situación sentimental. Cualquier excusa me parece perfecta para no hacerlo, para seguir en silencio, dejando a la verdad en la estacada.

Y en esas me encuentro todavía.

Esta noche Lucas me ha invitado a cenar en el bar que hay debajo de su piso, el de Candelas, la amable mujer que le preparó la nevera del pícnic la tarde que fuimos a cala Pepita.

Es un bar tranquilo y modesto, anclado cerca del paseo marítimo, con ese encanto que solo poseen los lugares que se vuelven familiares con el tiempo.

Al entrar, Antonio, dueño y marido de Candelas, mira a Lucas y le guiña un ojo con complicidad, y algo me hace pensar que él le ha hablado de mí… largo y tendido. Y pensarlo me pone tontaina.

—Buenas noches —nos saluda cuando llegamos a la barra.

—Hola, Antonio —dice Lucas.

—Hola —digo.

El hombre me mira mientras termina de secar unos vasos con un paño. Debe de estar a punto de cumplir los sesenta y tiene un aspecto muy peculiar. Alto, fuerte, calvo y con una profusa barba blanca que lo hace parecer un ermitaño. A lo que contribuye una camisa de cuadros de leñador.

—Antonio, ella es Lara —se adelanta Lucas.

—Encantado —afirma inclinando un poco la cabeza.

—Igualmente.

En ese momento se abre una puerta situada detrás de Antonio y aparece una mujer delgada, no muy alta, que contrasta visiblemente con el aspecto de su marido..., y digo «de su marido» porque creo que es Candelas.

—¡Lucas! —exclama ella al verlo.

—Mira, Candelas, ella es Lara —dice Lucas—. Lara, ella es Candelas, la persona que mejor cocina de toda la isla.

Y pese a su edad —rondará también los sesenta—, se ruboriza con el efusivo halago de Lucas.

—Mira que eres exagerado —opina—. No le hagas caso —añade dirigiéndose a mí.

—La verdad es que no puedo estar más de acuerdo —comento—. La comida que nos hiciste el día que estuvimos en la cala estaba riquísima. Nos chupamos los dedos. —Bajo un poco la voz—. Y ahora que no nos oye nadie, te diré que no sobró nada.

El rostro de Candelas florece con una sonrisa, como el de una abuelita cuando su nieto alaba su arte culinario.

—Me alegro mucho de que te gustara —asegura.

—La pobre no sabía qué preparar —interviene Lucas sonriendo—. Como no conocía tus gustos...

—Pues acertaste con todo: con la tortilla, con la ensalada, con los pimientos... Gracias —le digo.

—Fue un placer —contesta Candelas, más ancha que larga.

—Tenéis una mesa al fondo, al lado de la cristalera —habla Antonio, señalando con la barbilla el rincón que nos ha preparado.

Durante la cena Lucas y yo nos reímos y nos sonreímos con una complicidad que nunca he tenido con ningún otro hombre, ni con Javier. Esa química tan brutal solo la tengo con Lucas. Hablamos de mil y una cosas, nos damos a probar la comida del otro y nos acariciamos furtivamente las piernas (y lo que no son las piernas) por debajo de la mesa, con esa necesidad que tenemos de conspirar frente al mundo.

* * *

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta Lucas mientras esperamos las natillas que ha preparado Candelas.

—¿Con qué?

—Con lo que tenemos.

La imagen de Javier asalta mi mente.

Me muerdo el labio nerviosa.

—No sé… —digo encogiéndome de hombros—. Nos separan muchos kilómetros…

—Los kilómetros desaparecen con aviones. Hay vuelos todos los días entre Madrid y Mallorca —repone Lucas resuelto. Porque así es él, decidido, valiente, con una solución para todo.

—Una relación a distancia es complicada. Tú tienes tu vida aquí y yo en Madrid.

Aferro la servilleta y empiezo a juguetear con ella para tener los dedos ocupados y no morderme los nudillos.

—Las cosas son tan fáciles o tan complicadas como nosotros queramos que sean.

Y su argumento me da en toda la cara, como una hostia con la mano abierta.

Lucas busca mi mirada, pero yo la evito. No soy capaz de mirarlo a los ojos, y eso hace que el ambiente se cargue de un silencio pesado.

—O quizá para ti esto solo está siendo una aventura de verano —concluye, y percibo el deje de decepción que hay en su tono.

Levanto la cabeza de golpe.

—No. —La voz me sale más chillona de lo que pretendo—. No, Lucas, no —niego una y otra vez—. Pero… —Me muerdo el labio de manera insistente mientras busco las palabras adecuadas—. No eres solo una aventura de verano, pero… Tal vez al final es eso.

—¿Qué quieres decir?

Bajo de nuevo la vista y sigo jugueteando con la servilleta.

—El verano siempre trae amores como este. Intensos,

apasionados, que nos sustraen de todo: del mundo, de la realidad, pero cuando la vida real vuelve a imponerse, se hacen añicos.

—¿Y crees que eso es lo que nos va a pasar a nosotros? —dice Lucas.

Noto su mirada fija en mí.

—No lo sé —susurro.

Me muevo incómoda en la silla. Joder, no tengo ni idea de nada. Ni siquiera de lo que quiero. Quiero a Javier, pero no deseo perder a Lucas.

—¿Tienes miedo? ¿Es eso? —me pregunta.

«Estoy aterrada», contesto para mí.

Aterrada porque nunca pensé verme en esta tesitura, aterrada porque yo solo tenía ojos para Javier, porque no creí que pudiera fijarme en otro hombre ni aunque ese otro hombre fuera Lucas, mi amigo de la infancia, mi primer amor, el chico con el que contaba estrellas cuando era niña. Aterrada porque no sé qué hacer, porque soy humana y, como tal, adolezco de egoísmo y de cobardía, y tengo miedo de quedarme sin nada, de salir hecha pedazos.

—A lo mejor todo esto no sea más que un espejismo —planteo.

Una pasión fulminante en la que se sienten cosas que después se esfuman con la misma rapidez con la que han surgido, como una de esas estrellas fugaces que se cruzan en nuestro camino una noche y que desaparecen tan pronto que apenas dejan rastro, que ni tan siquiera estás seguro de haber visto, porque puede haber sido simplemente una mala pasada del cerebro.

—Eso solo lo descubriremos con el tiempo —apunta Lucas.

Y su madurez, por sensata y oportuna, empieza a hacerme sentir mal.

—Quizá lo descubramos cuando me vaya y nos echemos de menos —digo.

Candelas llega con una bandeja y dos cuencos de natillas con canela, y yo no he agradecido nunca una interrupción tanto como esa.

—Aquí tenéis, chicos —dice poniendo un cuenco delante de cada uno.

Luego se va a la cocina y Lucas y yo nos comemos las natillas prácticamente en silencio.

* * *

Huimos rápidamente al piso de Lucas, a saciar esa otra hambre, la de los cuerpos, la de la carne; la que inspira el todopoderoso deseo; los instintos.

Lucas me folla con desesperación mientras sus manos, que parecen haberse multiplicado por mil en el trayecto del bar a su casa, me queman la piel allá por donde pasan. Se hunde en mí con tanta ansiedad que tengo la sensación de que voy a perder la poca cordura que me queda, si es que alguna vez he poseído algo. Y no me importaría volverme loca, no si es de placer.

—Tengo adicción a ti, Lara —me dice con la respiración acelerada y la mirada vidriosa por el orgasmo que acaba de tener —. Eres como un puto vicio, una enfermedad que se mete en las venas y no te puedes quitar de encima.

Sonrío, todavía sobre él.

—Me gusta ser una droga para ti —susurro.

Me inclino y le doy un beso en los labios.

El sonido de su teléfono nos devuelve a su piso. Lucas extiende la mano de mala gana y coge el móvil de encima de la mesilla de noche mientras yo me dejo caer a su lado, agotada de tanto ejercicio. ¿Para qué ir al gimnasio teniendo a Lucas?

—¿Qué tripa se te ha roto, Quique? —le pregunta en tono socarrón cuando se lleva el aparato al oído—. Pues no sé… Espera, que se lo pregunto a Lara, que casualmente está aquí conmigo. —Lucas dirige sus ojos azules hacia mí—. ¿Has estado alguna vez en una fiesta de las que se celebran en un barco en alta mar? ¿En una *party boat*?

—No —contesto.

—¿Te gustaría ir a una?

—Sí, ¿por qué no?

Lucas vuelve a hablar con Quique.

—Por Lara no hay problema. ¿Tú se lo has preguntado a

Lola?... ¿Y qué te ha dicho?... Vale, perfecto. Coméntaselo a Alejandro. ¿El domingo? —Vuelve a dirigirse a mí—. ¿El domingo te viene bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza un par de veces.

—Sí.

—Vale, el domingo... Lo miramos mañana en alguna agencia —le dice a Quique—. Seguro que hay *packs* promocionales muy chulos que nos salen a buen precio... Bien, lo hablamos. Hasta mañana —se despide—. Y no seas muy cabrón, que te conozco —se permite añadir.

Extiende la mano de nuevo y vuelve a dejar el móvil sobre la mesilla.

—¿Qué se hace en esas fiestas? —pregunto curiosa.

Aunque no he estado en ninguna, he visto algún que otro reportaje en la televisión.

—Comes, bebes, bailas, te das un chapuzón en el mar y, si la cosa no se da mal, puedes terminar echando un polvo a hurtadillas en alguno de los camarotes.

—Hablas por experiencia propia, ¿verdad? —digo con los ojos entornados.

Lucas hace un mohín de lo más mono con los labios. Dios, es que es para comérselo. De todas las formas posibles, sin descartar el canibalismo.

—A mí, que me registren —dice con expresión inocente.

—¡Eres un golfo! —Sonrío y le doy un codazo.

—Chisss... —me silencia con un siseo que se me antoja tremendamente sensual.

Me pasa la mano por la cintura para acercarme a su cuerpo, inclina la cabeza sobre mí y me besa como solo él sabe besarme, haciendo que se me deshaga la boca.

Capítulo 34

Tumbada boca abajo en la cama de Lola, releo una y otra vez los wasaps que durante estos días he ido intercambiando con Lucas en nuestras breves conversaciones. Puede parecer una tontería, y quizá lo sea, pero escribe muy bien; con sus comas, sus puntos, sus tildes… No tiene faltas de ortografía y no hace que los ojos te sangren. Como ese *meme* que circula por internet en el que Mickey Mouse se está metiendo los puños en los ojos hasta hacerlos sangrar, porque es menos doloroso que las patadas que algunos le pegan al diccionario.

—¿Te gusta este? —me pregunta Lola, mostrándome un vestido corto de color naranja. El vigésimo que ha sacado del armario, el resto descansan aburridos en la pila que ha ido formando sobre una silla.

Levanto los ojos de la pantalla del móvil y la miro.

—Es muy bonito —respondo.

—Eso mismo has dicho del anterior.

—Es que también era muy bonito. Todos los son, Lola.

Lo deja encima del resto, se acerca al armario y echa mano a otro negro de manga larga.

—¿Y este? —quiere saber.

—Vamos a estar en un yate, con la manga larga te vas a cocer.

—Sí, tienes razón —dice con un suspiro.

—¿Y cómo narices has podido guardar tanta ropa en una maleta? —le pregunto sin poder contener mi curiosidad.

Porque realmente no tengo ni idea de cómo ha logrado lo que a mí me parece una proeza. A estas alturas de la película, después de estar en Palma más de quince días, yo he tenido que repetir modelito.

—Con el método de Marie Kondo —responde.

—¿Qué método es ese? No me suena de nada.

—Sí, mujer, esta japonesa que escribió un libro para enseñarnos a tirar todo aquello que no nos hace felices y doblar la ropa en vertical.

—Ah, vale. Ahora sí —digo, cayendo en quién es y en que he visto su libro en el escaparate de algunas librerías—. ¿Y da resultado? ¿Es efectivo lo que dice? —añado con escepticismo.

Lola señala con una sonrisa la pila de vestidos que hay sobre la silla.

—Júzgalo por ti misma —contesta—. Y aún tengo otro par de ellos en el armario.

Arqueo las cejas. ¿En serio?

—Tendré que probarlo —digo.

—Hay muchos vídeos en YouTube, puedes echar un vistazo a alguno de ellos, pero para mí es mejor el libro —me advierte Lola—. ¿Y qué me dices de este? —me pregunta, enseñándome un modelo de color azul eléctrico que tiene el aspecto de ser tan ajustado que se le marcaría hasta el hígado.

—Con ese vas a tener a Quique toda la tarde puesto palote —bromeo.

—Entonces este —indica sin pensarlo, descartando el resto de golpe.

No puedo más que echarme a reír.

—Amén —digo.

Lola vuelve a mirar el vestido y asiente, complacida con la decisión.

—Sí, definitivamente me voy a poner este. A ver si consigo que a Quique se le ponga tan dura que le duela —afirma en tono socarrón.

Dejo caer la cabeza y oculto la cara en un cojín.

—Dios mío... —susurro.

—Y tú, ¿qué vas a ponerte esta noche?

Levanto el rostro y abrazo el cojín.

—No lo sé. Mi repertorio de trapitos y posibles combinaciones entre ellos finiquitó hace días —digo resignada—. Para mi mala

suerte, no conocía el método ese de Marie Kondo.

—¿Por qué no te pones algo mío? —sugiere Lola—. Hay vestidos que no me he puesto. —Se dirige a la silla—. Mira… —Empieza a escarbar entre los modelos que se han ido acumulando encima del pobre asiento—. Este, este y este… —los coge haciendo malabares para que el resto no termine en el suelo y me los muestra— no me los he puesto, y a ti te quedarían genial.

La idea no me disgusta, y los vestidos mucho menos, porque si de una cosa me he dado cuenta estos días que hemos compartido juntas es de que Lola, aparte de divertida, guapa, ingeniosa e inteligente (sí, la cabrona lo tiene todo), posee buen gusto para la ropa.

—¿Crees que me valdrán? —planteo levantándome de la cama y sentándome en el borde.

—¡Claro! Tú eres un poco más alta que yo, pero es algo que juega a tu favor, porque así te quedarán más cortos que a mí —dice moviendo las cejas de arriba abajo en plan insinuante.

—No sé… —Durante unos instantes dudo.

Frunzo la nariz.

—Mira, con este… —me coloca delante de la cara un elegante vestido blanco de corte ibicenco con un precioso encaje en los hombros y la espalda al aire. No marca curvas, pero enseña pierna porque es cortísimo— tú también vas a tener a Lucas palote toda la tarde. Pero palote, palote.

Empiezo a descojonarme, porque con Lola es imposible no hacerlo.

—Ya verás, se les va a poner tan dura que les va a doler —añade con un punto de malicia.

—Joder, Lola.

—¿Qué? —Me mira con expresión inocente, morritos incluidos—. Que sufran un poquito —susurra.

Cojo el vestido y me lo pongo por encima para ver cómo me queda.

—Me lo voy a probar —digo, porque el resultado no tiene mala perspectiva. Estos días he cogido moreno y con el blanco del vestido queda de fábula.

Allí mismo, me quito el que llevo puesto y me pongo el de Lola.

—De lujo —se adelanta a decir cuando me ve con él.

Me echo un vistazo en el espejo.

—¿Tú crees?

—¿Lo dudas? Nena, estás para comerte. Lucas se va a retorcer de dolor. Ya sabes… —Mueve la cabeza y me guiña un ojo cómplice.

—¡Por Dios, Lola! Deja de hablar en esos términos, que me imagino a Lucas retorciéndose sobre la cubierta del yate y… pobrecito —digo riéndome.

Y ella se ríe conmigo.

—¿Te lo quedas? —me insta con una sonrisa.

—Sí, es muy bonito. Gracias.

Lola mueve la mano restando importancia.

—Solo me lo he puesto en una ocasión, y fueron un par de horas, así que prácticamente lo vas a estrenar tú.

Me quito el vestido por la cabeza, lo dejo encima de la cama y vuelvo a ponerme el mío.

—¡Mierda, mira qué hora es! —dice de pronto con la vista clavada en su reloj de pulsera—. Solo disponemos de media hora para arreglarnos. ¡Media hora! Tenemos que ponernos las pilas. *Go, go, go!* —exclama, colgando rápidamente en el armario los vestidos que hasta ahora descansaban encima de la silla.

—Es tiempo más que suficiente —intervengo.

La observo mientras va resuelta de un lado a otro de la habitación, llevando esto para allá y trayendo lo otro para acá, y me pregunto cómo hemos llegado a ser tan cómplices como lo somos en tan poco tiempo. ¿Cómo hemos llegado a caernos tan bien? ¿A congeniar del modo tan soberbio con que lo hemos hecho? ¿La amistad es como el amor? ¿Hay flechazos? ¿Amistad a primera vista? Porque, si es así, yo he tenido un flechazo con Lola.

¡Jo!, cómo la voy a echar de menos cuando dejemos atrás Mallorca y todo lo que estamos viviendo aquí.

Como me sugirió Helena, tengo que invitarla a pasar un fin de semana en Madrid, y corrernos las tres una buena juerga. Sin tíos,

solo nosotras. ¡Va a ser la caña! Madrid tiene que echarse a temblar, porque vamos a quemar la noche.

Lola se para frente a mí y da una palmada para que salga de mis cavilaciones.

—Lara, *go, go, go!* —repite metiéndome prisa.

—Ya voy, ya voy —digo.

Capítulo 35

Cuando el chico de la agencia en la que cogimos los paquetes promocionales nos dijo que una fiesta a bordo de un barco —en este caso de un yate— era una de las experiencias más divertidas e inolvidables que se podrían vivir en Mallorca, Lola y yo nos miramos con escepticismo. Una fiesta no deja de ser una fiesta, no es una experiencia religiosa ni un orgasmo. Pero nos tenemos que dar un punto en la boca nada más subir a bordo del enorme yate de no sé cuántos metros de eslora, cuya cubierta brilla como si estuviera recién encerada.

Por setenta euros, que no es moco de pavo para una tarde-noche de fiesta, vamos a disfrutar de comida, bebida, un baño en alta mar y un DJ que amenizará el cotarro con la mejor música.

Enseguida el yate se convierte en un espectáculo de luz, color, sonido y diversión cuando nos adentramos en el Mediterráneo. Las decenas de personas que están concentradas en los metros que hay de cubierta conversan, ríen y bailan bajo el cielo azul de Mallorca.

—¿Te has puesto ese vestido para torturarme? —me pregunta Lucas.

Joder, al final va a ser verdad lo que ha dicho Lola de que va a terminar retorciéndose de dolor por la dureza de la erección que le va a provocar verme con este vestido. Al pensarlo, no puedo evitar reírme para mis adentros con cierta malignidad.

Lo sé, soy una bruja.

Lola, que parece intuir el comentario de Lucas desde la distancia, o quizá le ha leído los labios, me guiña un ojo. Le respondo en silencio con una leve sonrisa.

—¿Por qué? ¿Tan feo es, que supone una tortura verme con él? —bromeo, fingiendo ser la persona más inocente sobre la faz de la Tierra.

Lucas pasa el brazo por mi cintura, inclina la cabeza y pega los suaves y carnosos labios a mi oído.

—Estás tan insoportablemente sexy con él que tengo la polla a punto de reventarme los pantalones —susurra con voz rasposa.

Un latigazo de placer me sacude de la cabeza a los pies.

¡Joder!

—Creo que vas a tener que aguantarte un poco las ganas. Estamos en un barco, rodeados de decenas de personas —le digo para hacerlo rabiar.

—No te creas, hay muchos rincones en el yate donde podría hacer que te retorcieras de placer.

Carraspeo y, lo confieso, bajo el rostro algo ruborizada. ¿Cómo puede Lucas sacarme los colores como cuando éramos adolescentes? Pero es que si alguien oyera lo que me está diciendo...

—Qué ambientazo, ¿no? —dice Alejandro, que ha venido a la fiesta acompañado de Carla, una amiga de esas con derecho a roce. Una chica muy mona de la misma Palma, con el pelo rizado rubio, ojos color café y una sonrisa amistosa.

—¿De dónde sale tanta gente? —pregunto tratando de ignorar el calor que las palabras de Lucas han instalado en mi entrepierna.

—Eso digo yo, ¿de dónde sale tanta gente? —repite Lola mirando a su alrededor.

—Las fiestas en barcos tienen mucho tirón —responde Lucas —. Son un atractivo más de las islas.

—No hay vacaciones que se precien que no tengan una fiesta en un barco —apunta Alejandro.

* * *

Un rato después, ya alejados de la costa, el yate se detiene y los que hemos contratado el baño en alta mar en el paquete promocional tenemos la oportunidad de darnos un chapuzón en mitad del Mediterráneo.

Los primeros en bajar por una de las escalerillas que el yate tiene a los lados somos Lucas y yo.

—¿Está fría? —le pregunto desde los peldaños de metal de la escalera.

—No —dice.

Confiando en su palabra, me lanzo al agua sin pensarlo dos veces y doy un par de brazadas hacia él.

—¡Joder! Está fría —gimo.

—Ya —dice Lucas, dirigiéndome su sonrisa más traviesa y provocativa.

Lo fulmino con la mirada.

—Eres un cabrón —afirmo dándole un puñetazo en el hombro.

Mientras se ríe con todas las ganas del mundo, me abraza con fuerza por debajo del agua y me da un beso en el cuello, cerca del lóbulo de la oreja.

—¡Suéltame! —exclamo fingiendo que estoy enfadada, aunque él sabe que no es verdad, que no quiero que me suelte, que no quiero que lo haga nunca.

Detrás de nosotros bajan Lola y Quique y, por último, Alejandro y Carla.

Jugando, trato de zafarme de los brazos de Lucas, pero no lo consigo. Me libera cuando mete la cabeza en el agua y desaparece de mi vista. Muevo los ojos a derecha y a izquierda para buscarlo. Nada. Y sé que va a hacer alguna fechoría, como cuando éramos niños y se escondía detrás de un árbol para asustarme o me decía que había visto moverse algo a mi lado. Yo siempre acababa gritando o dando un brinco.

De repente siento cómo me coge los tobillos y tira de mí hacia abajo, hundiéndome en el mar. Lo siguiente que veo es su cara sonriente bajo el agua. Me rodea la cintura con las manos y me da un beso en los labios. Envuelvo su cuello con los brazos y emergemos a la superficie enredados en un abrazo. Tomamos una bocanada de aire, sosteniéndonos la mirada unos segundos.

—Quiero contar estrellas contigo todas las noches de mi vida —me dice Lucas.

Y, llevada por la emoción del momento, le respondo:

—Y yo contigo.

Sin apartar los ojos de los suyos, le retiro de la frente un mechón de pelo mojado y lo beso como si me fuera a morir mañana.

* * *

El atardecer nos obsequia uno de los momentos más espectaculares de la velada. La puesta de sol entinta el cielo como si tratara de esbozar una pintura impresionista, dejándonos momentáneamente pasmados.

Abrazada a la cintura de Lucas, con la mejilla apoyada en su pecho, miro embobada el modo en que se difuminan con exquisita pericia los diferentes tonos amarillo, naranja y rosa que trae el ocaso del día; de qué manera envuelve con reflejos escarlata todo lo que está a la vista, creando uno de los espectáculos de color más fascinantes que puedes contemplar. Tanto es así que las charlas y las conversaciones de la gente se detienen, silenciándose en un instante infinito para que nada nos lleve a un lugar diferente de este. Y todo lo mundano, todo lo que no sea este momento, este atardecer, desaparece a nuestro alrededor. Aunque solo sea por un breve segundo.

El mundo es, de pronto, maravilloso. Lucas y yo bailamos, reímos, tonteamos, nos acariciamos, nos besamos, nos metemos mano, y durante un tibio soplo de tiempo nos sentimos el uno del otro, a años luz de todo cuanto nos separa fuera de aquí. Repito, todo es maravilloso, hasta que (porque tenía que haber un «hasta que», claro):

—¿Lara? —dice una voz masculina a mi espalda.

La sonrisa se me congela en la cara, como si alguien hubiera dado a la tecla de *pause*.

Cierro los ojos un segundo.

No puede ser.

El corazón se salta un par de latidos dentro del pecho cuando reconozco la voz de Gonzalo. ¿Qué coño hace Stuart Little aquí? ¿Precisamente aquí? ¿En este barco? No esperaba encontrar a nadie conocido, y menos a él. En este instante siento que la vida

me ha dado una leche con la mano abierta y me ha devuelto de golpe a la realidad, poniéndome cara a cara con ella.

Aparto el brazo de la cintura de Lucas y me giro estupefacta, rezando para que solo sea una alucinación, un producto de mi imaginación, una maldita pesadilla. Pero no. Ahí está. En carne y hueso. Vivito y coleando. Con su estúpido semblante de Stuart Little y esa expresión ratonil que tanto detesto.

—¿Gonzalo?

—Sí, el mismo —dice con una sonrisa idiota al tiempo que me saluda con dos efusivos besos—. Te he visto entre la gente y no me parecías tú... Era imposible que fueras tú. —Alza la voz y hace aspavientos con las manos, llamando la atención del grupo—. Y entonces me he dicho: «Gonzalo, acércate a ver si es la guapa de Lara». Y, sí, eras tú.

Decidme si se puede ser más imbécil.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—El sueldo no me da para irme al Caribe, así que me he conformado con Mallorca.

«Podrías haberte ido al Caribe y haberte ahogado en una de sus playas, o podría haberte comido un cocodrilo», pienso con maldad para mí, regodeándome con cualquiera de las dos posibilidades.

Debería estar penado con cárcel ser tan inoportuno como lo es él.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Te hacía en Madrid —continúa, ajeno a mis ganas de matarlo.

Por la manera en que habla, altisonante y pastosa, incluso ridícula, advierto que está borracho, y Stuart Little borracho tiene más peligro que una piraña en un bidet.

—Marina no ha podido venir al Congreso Nacional de Agencias de Viajes y Turismo porque la han operado de apendicitis y la he sustituido yo —respondo.

—Vaya..., ser la amante del jefe no te ha librado del marrón, ¿eh? —espeta, dándome un codazo en las costillas.

¿Por qué alguien no le arranca la lengua de cuajo a este tío?

Aprieto las mandíbulas.

—Gonzalo, por favor… —le pido.

Miro de reojo a Lucas y, por la expresión que atisbo en su cara, Stuart Little no le está cayendo demasiado bien. Algo que no me extraña, porque no creo que, aparte de su familia —y lo harán por obligación—, haya alguien en el mundo que lo aguante.

—Pero si no pasa nada. Aquí no te conoce nadie —dice haciéndose el gracioso—. ¿Qué importa si te tiras al jefe? ¿Qué importa si está casado y tiene hijos? —balbucea.

—Lara, ¿qué está diciendo este gilipollas? —interviene Lucas en tono hosco.

—Gonzalo, ¡cállate! —le exijo.

«Dios, haz que se calle.»

Pero Dios me ignora.

—¿Este es tu nuevo churri? —Gonzalo mira a Lucas de arriba abajo con desdén, y mis ganas de matarlo crecen—. ¿O es solo una aventurilla de verano? ¿Un aquí te pillo, aquí te mato? —continúa hablando sin hacerme ni puto caso—. ¿Sabe que te follas a hombres casados? ¿Que no eres más que una putilla?

—¡Ten cuidado con lo que dices! —grita Lucas.

Veo su brazo pasar delante de mí y su mano aferrar a Gonzalo por la pechera. De inmediato Quique y Alejandro salen a su encuentro para que no le pegue un puñetazo. Aunque se lo merece por *bocachancla*.

—Cálmate, Lucas —le pide Quique, sujetándolo por los hombros—. No merece la pena.

Lola y Carla, que tienen la cara desencajada por todo lo que está sucediendo y por el modo en que se está estropeando la tarde, vienen a mi lado.

Gonzalo alza las manos, mostrando las palmas.

—Tranquilo, fiera, que no quiero pelea —dice con chulería, dando un paso hacia atrás.

Si yo fuera un hombre, en este mismo instante le partiría la boca, a ver si la cerraba de una puta vez.

—Entonces lárgate, gilipollas —le ordena Lucas con mala leche.

—Nos vemos en el trabajo, Lara. —Gonzalo se despide de mí

como si nada, como si no acabara de decir todo lo que acaba de decir, como si no acabara de joderme la vida.

Por fin se da la vuelta y, después de trastabillar y mantener a duras penas el equilibrio, se abre paso entre la gente que ha empezado a arremolinarse a nuestro alrededor.

—Aquí ya está todo visto —indica Alejandro para dispersar a las personas que nos miran con curiosidad—. Venga, seguid a lo vuestro.

Lola me acaricia el brazo de arriba abajo.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta.

Asiento.

—Sí —contesto.

Aunque no lo estoy. Nada bien.

Se acabó. Todo se acabó. La verdad ha saltado en pedazos y me ha explotado en la cara de la manera más insospechada, más rocambolesca y más absurda.

Siento los ojos de Lucas clavados en mí como un par de dagas.

—¿Quién cojones es ese imbécil? —me pregunta.

—Un compañero de trabajo —musito.

—¿Y de qué estaba hablando, Lara? ¿De qué estaba hablando ese tío? —Ante mi silencio, Lucas insiste—: ¿Lara?

No aguanto más y me echo a llorar.

Lucas me coge de la mano.

—Ven —dice.

Capítulo 36

Sorteamos a los grupos de gente y lo sigo por inercia hasta el otro extremo de la cubierta, donde no hay nadie excepto una pareja que se está dando el lote, pero que se va cuando nos ve llegar.

—Lara, ¿qué pasa? —dice Lucas, y sus palabras comienzan a sonar impregnadas de tensión.

Sorbo por la nariz. Intento hablar, explicarme, darle una respuesta, pero las palabras se niegan a salir de mi boca. Es como si estuvieran atascadas en el fondo de la garganta.

—Dime que lo que ha dicho ese imbécil no es cierto —me exige en tono seco.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Lo siento, Lucas. Lo siento mucho... —es lo único que soy capaz de decir.

—Lara... —En su voz hay tanto asombro como decepción en su rostro.

Y a mí se me parte el corazón.

Tomo aire y lo miro con los ojos llenos de lágrimas.

—Quería contártelo... Yo... yo... lo intenté... Pero... pero no me atreví... —comienzo.

Las palabras se atropellan en mi mente y balbuceo un torrente de ellas que no parecen tener sentido, y para que no se me acabe de entender me tiembla la voz.

—¿Estás con otro hombre? ¿Con un tío casado? Y, además, ¿es tu jefe? Apuntas alto —suelta con mordacidad.

Y el tono con el que lo dice me duele. Me muerdo los labios.

—No es lo que piensas...

—¡Me dijiste que no tenías marido ni novio! —me echa en cara sin dejarme terminar.

—Y no lo tengo. Javier no es mi marido ni mi novio —afirmo.

Lucas me mira con sus azules ojos como si quisiera atravesarme con ellos.

—No me vengas con juegos de palabras, que ya no somos unos niños. —Se da la vuelta mientras se pasa la mano por el pelo agobiado—. ¡Joder! Pero ¿qué cojones os pasa a todas las tías?

Lo dice por su exnovia, y que me compare con ella me duele en lo más profundo del alma, porque sé cuánto lo decepcionó. Aunque probablemente tenga razón. Las lágrimas siguen rodando por mis mejillas sin control.

—No entiendo nada… —lo oigo susurrar de espaldas a mí.

—Javier y yo estamos pasando por un bache. Últimamente las cosas no van bien entre nosotros… —trato de explicarme.

Lucas se vuelve hacia mí, clavando sus ojos en los míos, presa de un sinfín de emociones que no soy capaz de descifrar, pero que no son buenas. Bajo la cabeza. Me resulta muy difícil afrontar la acusación que veo en su mirada.

—Entonces ¿te has liado conmigo por despecho, porque las cosas no van bien con él?

—No.

Lucas ladea la cabeza y busca mi mirada.

—¿No? Entonces ¿te has liado conmigo porque necesitabas que alguien te follara para no sentirte sola? —pregunta burlón.

—¡No! Me he liado contigo porque me gustas —contesto tajante. Si de algo estoy segura es de eso.

Me acerco a él y lo abrazo por la cintura. Pero Lucas se deshace de mis brazos y se aparta de mí, y su reacción me deja sin aire en los pulmones, como si me hubieran dado un golpe en mitad del pecho.

—¿Dónde quedo yo en toda esta historia? ¿Qué soy? ¿El amante de la amante? —dice en tono mordaz, dejando escapar una carcajada seca.

—Lucas, por favor…

Me enjugo las lágrimas que resbalan por mi rostro.

—¡Por favor, nada! Ahora lo entiendo todo. ¡Todo! Tu reticencia, tus dudas… Esa sombra que se interponía entre nosotros. Ese maldito «pero» que siempre sobrevolaba nuestras

cabezas. Yo me di cuenta y te lo dije. Te dije que había algo que te impedía entregarte a mí por completo, pero tú siempre decías que eran tonterías, que no merecía la pena hablar de ello. ¿De verdad crees que esto no era importante?

—Tenía miedo —confieso—. Mucho miedo. Yo no esperaba encontrarme contigo aquí. Ni siquiera tenía pensado hacer este viaje. Todo fue muy rápido, improvisado... Al principio intenté mantenerme alejada de ti, era lo más inteligente que podía hacer. Pero eras tú, eras Lucas, y cuando quise darme cuenta ya era muy tarde. Sé que te lo tendría que haber contado, pero no sabía de qué modo abordar el tema. No quería decepcionarte...

—¿Cuánto tiempo llevas con él? —me interrumpe Lucas de pronto, y su pregunta es como un disparo.

—¿Qué más da eso?

—¿Cuánto? —repite entre dientes, masticando la palabra.

No respondo de inmediato. Cinco años se me antojan ahora mismo como toda una vida, pero no voy a mentirle.

—Cinco años —contesto.

Bufa.

—¿Cinco años? —suelta con incredulidad—. Joder, cinco años...

Lo miro y veo dolor en su rostro.

—Has jugado sucio conmigo, Lara. Has jugado como te ha dado la puta gana. Y te juro que de ti no lo esperaba. De otras puede, pero de ti, no. Te conozco desde que éramos críos. O creía que te conocía... Pero ya no eres la niña con la que cazaba grillos, la niña con la que contaba estrellas en el prado... Esa niña era honesta, sincera. Y ese ha sido mi error. Creer que seguías siendo así. ¿Dónde ha quedado la confianza que nos teníamos?

—Ahora somos adultos —susurro, como si eso pretendiera justificar mi conducta.

—Ya me he dado cuenta. Pensé... —Súbitamente se calla. Resopla—. He sido un gilipollas, un verdadero gilipollas.

Sonríe con amargura.

—No, Lucas, no has sido un gilipollas. No lo entiendes...

—Sí que lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Has estado

jugando a dos bandas. Me has engañado, y lo peor es que yo me he dejado engañar.

—No te he engañado...

Pero no deja que me explique. No quiere oír nada de lo que tenga que decirle, y no puedo culparlo por ello.

—No quiero seguir discutiendo contigo, Lara —dice pasándose de nuevo las manos por la cabeza—. Necesito... —Mira a un lado y a otro, titubeante—. Necesito tomar aire... Respirar... Alejarme de ti. No sé...

Doy un paso hacia delante para acortar la distancia que nos separa.

—Lucas, escúchame, por favor... —Mi voz suena suplicante.

Él alza las manos para detenerme. Siento que el corazón se me para.

—Ahora no, Lara. Ahora no. —Sacude la cabeza—. No quiero decir cosas que te hagan daño. Estoy ofuscado y puedo decir algo de lo que luego me arrepienta.

Y hasta enfadado es más sensato que yo.

Se gira, dándome la espalda, y se aleja de mí con los puños apretados.

—¡Joder! —susurro entre dientes.

Me dejo caer en el banco que hay en el borde de la barandilla y me paso la mano por la frente. Resoplo, conteniendo las lágrimas que se me atragantan en la garganta.

Estoy tan abatida que tengo la sensación de que me ha pasado por encima un tren de mercancías, y la cabeza me duele a rabiar. Me hundo en el asiento, incapaz de luchar contra el desánimo que me recorre el cuerpo. Es tan intenso que me ha dejado sin fuerzas.

Vuelvo el rostro y contemplo el Mediterráneo. El sol ha terminado de ocultarse detrás del horizonte y deja ese resplandor de color púrpura que separa sutilmente el día y la noche y que resulta casi mágico. La brisa marina me agita los mechones de pelo sobre la cara.

Me siento como una puta mierda, como una basura. Se ha jodido todo. Todo. Y nada más y nada menos que por el cabrón de Gonzalo y por ese don suyo para la inoportunidad que da asco.

Aunque era cuestión de tiempo que este asunto me estallara en las manos. Sí, solo era cuestión de tiempo... o de karma. Sea como sea, no he sabido prever las consecuencias, y ahora que me he dado de bruces con ellas es hora de pagarlas.

—Lara, ¿estás bien?

Me vuelvo y me encuentro con Lola, detrás de ella está Carla.

—No —digo, y rompo a llorar otra vez, sin que me importe ya que me vean o no.

Lola se sienta a mi lado y me abraza.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

—Lo que tenía que pasar. Lucas se ha enterado de lo de Javier y..., bueno, imagínate cómo se ha puesto —explico limpiándome las lágrimas con las manos—. Ni siquiera ha dejado que le explique las cosas.

—¿Habéis discutido? —dice Carla.

La pobre no sabe de qué va el asunto.

—Sí.

—¿Quién era ese chico? —pregunta Lola.

—Un compañero de trabajo —respondo—. Y un gilipollas que siempre anda metiéndose donde no lo llaman —añado con rabia contenida.

—Qué inoportuno que te lo hayas encontrado aquí.

—No lo sabes bien. Tiene la virtud de no saber mantener la boca cerrada —digo con ironía.

«Puto Gonzalo y puta esa bocaza que tiene.»

—Debería coserse los labios —comenta Lola.

—O pegárselos con Super Glue —añado.

Suspiro. Alzo el rostro y miro a Lola y a Carla.

—Volved con los chicos, yo me voy a quedar aquí —sugiero—. No tengo muchas ganas de fiesta.

—Nos quedamos contigo, no te preocupes —se adelanta a hablar Carla, sentándose al otro lado.

No la conozco mucho, ya he dicho que es una de las amigas con derecho a roce de Alejandro, pero me cae bien. Parece una persona con sentido común, aunque, comparada conmigo, cualquiera tiene más sentido común que yo.

—Sí, ahora nos necesitas —dice Lola.

—Gracias, chicas.

—Además, por la hora que es, no creo que tardemos mucho en volver a puerto, así que no te preocupes —comenta.

Hago un esfuerzo por sonreír. Tampoco es plan ser ceniza y amargarles lo que queda de noche.

—Mejor, si esto hubiera pasado al principio de la velada habría vuelto a la costa nadando —aseguro.

Me paso los dedos por el rostro para terminar de secarme las lágrimas.

* * *

El resto de la noche, hasta que el yate vuelve al puerto, lo paso con las chicas, a ratos hablando de tonterías y a ratos en silencio, abstraída en mi tragedia griega particular. Lucas está con Quique y Alejandro, pero no sé si mal o bien. Supongo que mal.

Cuando atracamos no nos dirigimos la palabra. Yo lo miro con el rabillo del ojo por si se le escapa alguna mirada furtiva hacia mí, pero nada. Parecen haberse esfumado todas las expresiones de su rostro, porque no muestra más que un semblante neutro y anodino del que no saco ninguna conclusión, excepto que no quiere saber nada de mí. Que ya es bastante.

* * *

El par de días que quedan para volver a Madrid los paso encerrada entre las cuatro paredes de la habitación. Solo salgo para acudir a la jornada de clausura del congreso y para despedir a Lola, que coge el avión rumbo a Córdoba un día antes que yo.

—¡Joder, voy a llorar! —dice pestañeando rápidamente para contener las lágrimas.

—Y yo también —afirmo. Al igual que ella, estoy al borde del llanto—. No me puedo creer que el congreso haya terminado ya.

—Ni yo, estos días se me han pasado volando.

La miro con agradecimiento.

—Gracias por todo —le digo con el corazón en la mano—. Sin ti, este viaje habría sido una mierda.

Lola ríe entre las primeras lágrimas que han empezado a escapar de sus grandes ojos negros.

—Te voy a echar mucho de menos —asegura abrazándome y estrechándome efusivamente contra su cuerpo—. Mucho, mucho, mucho.

—Y yo a ti —farfullo, aguantando el tipo a duras penas.

Una bocina suena de pronto en la calle. Deshacemos el abrazo y giramos la cabeza a la vez. Es Quique, que ha venido a recogerla en el coche para llevarla al aeropuerto.

—Y con él, ¿qué tal? —le pregunto en tono de complicidad, apurando los últimos segundos que nos quedan antes de que se vaya.

Lola se encoge de hombros.

—Nada mal. Va a ir a verme a Córdoba dentro de quince días —dice con una sonrisa adornando sus labios pintados de rojo pasión. Está tan ilusionada como una niña con un vestido nuevo—. Quizá todavía pueda meterlo en vereda y que siente la cabeza —bromea con ese humor tan particular que la caracteriza.

Me echo a reír.

—Estoy segura de que lo conseguirás. ¿Dónde va a encontrar a una chica como tú? —Le guiño un ojo.

Se le escapa una risilla delatora.

—Tengo que irme —murmura, ya más seria.

—Oye, queda pendiente ese fin de semana en Madrid —digo.

—¡Por supuesto! No me lo perdería por nada del mundo —responde echando mano al asa de la maleta—. Llámame si sabes algo de Lucas, ¿vale? Bueno, y si no también. Tú llámame.

—Vale —asiento, aunque el gesto es muy pesimista.

Con el corazón encogido y los ojos húmedos por las lágrimas, veo cómo cruza la recepción y sale por la puerta del hotel. Unos metros más allá, Quique se baja del coche y le da un beso rápido en los labios cuando Lola lo alcanza. Con una sonrisa y ojillos de enamorado —porque yo creo que está enamorado de Lola hasta las trancas, pero todavía no se ha dado cuenta—, se ofrece a ayudarla

con la maleta.

Ella se sube al coche y, antes de ponerse en marcha, Quique alza la mano para despedirse de mí. Sonrío débilmente. Al menos no me odia por lo que le he hecho a su amigo.

Capítulo 37

No debería llamar a Lucas, pero lo llamo. Porque últimamente hago todo lo que no debo hacer. En realidad, y para ser franca, he perdido la cuenta de las veces que lo he llamado desde que lo vi por última vez en la fiesta del barco. Aunque, para mi desesperación, el móvil me lo recuerda con maldad cuando consulto las llamadas realizadas. Pero Lucas no me ha respondido a ninguna, ni tampoco a los wasaps, y pese a que estoy empezando a parecer una acosadora, marco de nuevo su número.

Nada.

Quizá está trabajando, o con Alejandro, o tomándose algo en el bar de Antonio y Candelas, o revolcándose con alguna estudiante de Erasmus alemana en una preciosa cala, o quizá simplemente es que pasa de mi culo.

Resoplo.

—Se me está yendo la olla —musito.

Miro el móvil, tampoco debería llamar a Helena, siempre ando descargando mis sentimientos con ella y cortándole trajes con mis historias y problemas, y la pobre tiene los suyos propios, pero más que nunca necesito a alguien para que me haga sentir menos mal, menos sola, menos idiota.

Pulso el botón de llamada.

—La he cagado, Helena. La he cagado bien cagada —digo cuando descuelga.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho esta vez?

Suspiro derrotada.

—Lucas se ha enterado de mi relación con Javier.

—¿Al final se lo has dicho?

—No, no se lo he dicho yo.

«Y ese ha sido mi error, mi grandísimo error», pienso.

—Entonces ¿cómo se ha enterado?

—Por Gonzalo.

—Espera un momento... ¿Gonzalo? ¿Tu compañero de trabajo?

—Sí, no sé cómo ese imbécil de Stuart Little se las apaña para estar siempre donde no se le pide y hablar de lo que no debe.

—Lara, ¿lo dices en serio?

La voz de Helena suena incrédula, y no me extraña. Yo todavía sigo preguntándome qué cojones hacía Gonzalo en aquel yate. Precisamente en ese. Parece una macabra y retorcida broma del destino, que se burla de mí por no haberle contado la verdad a Lucas.

—Parece un chiste, ¿eh? —señalo con sorna al intuir lo que está pensando.

—Un chiste malo, muy malo.

—No sabes la que se montó. —Me acaricio la frente con la mano. Solo recordarlo me angustia—. Gonzalo iba como una cuba y lo soltó todo a bocajarro. Estaban todos, Helena. Lola, Lucas, los amigos de Lucas...

—¡Qué hijo de puta! —exclama ella.

—Lucas incluso lo agarró de la pechera para pegarle. Gonzalo empezó a decir que si Lucas era mi nuevo churri, que si sabía que yo me follaba a hombres casados y que era una putilla.

—Pero ¿qué tornillo le falta a ese tío? —dice mi amiga con indignación—. Es un descerebrado.

—Cuando bebe no se mide —respondo—. Pero ya puede esconderse debajo de las piedras cuando regrese a Madrid, porque se va a acordar toda la vida de quién soy yo.

—Sí, ya puede esconderse bien. Ese idiota no sabe lo chunga que puedes ser cuando te cabreas —bromea ella para animarme.

—Se le ha olvidado que soy de pueblo, y que en los pueblos arreglamos las cosas de otra manera...

—Cuentas conmigo para prenderle fuego al coche.

—Gracias, y cuando lo hagamos me aseguraré de que esté él dentro.

Helena y yo nos echamos a reír al mismo tiempo. Y agradezco

este soplo de aire fresco, porque estoy pasando unas horas nefastas, y reconozco que sin Lola aquí es mucho peor.

—¿Y cómo se lo tomó Lucas? —me pregunta Helena, dejando a un lado el humor.

—Fatal —respondo cabizbaja, con un nudo en la garganta—. Me dijo que lo había engañado, que no se lo esperaba de mí. Lo que más me dolió es que me comparara con su exnovia. Sé el daño que le hizo cuando le fue infiel con el niño pijo ese, y me duele pensar que yo le he causado el mismo dolor. Estaba tan enfadado que ni siquiera me dejó explicarme. Mañana vuelvo a Madrid y no sé qué hacer… —digo agobiada.

—Lara, tienes que hablar con él.

—¿Cómo? —Me encojo de hombros—. Lucas no quiere ni verme. Lo he llamado mil veces y no me ha cogido el teléfono.

—No sé qué puedes hacer, pero tienes que hablar con él antes de regresar a Madrid. Ingéniatelas de alguna forma. No sé… Espéralo a la salida del trabajo, pide ayuda a alguno de sus amigos… Lo que sea, Lara, pero habla con Lucas —insiste Helena. Y la vehemencia con que lo dice me anima.

Me acaricio la nuca con la mano mientras pienso en sus palabras. La idea de pedir ayuda a Quique o a Alejandro tiene muchas posibilidades, más que esperarlo a la salida del trabajo. Pillarlo a traición solo contribuiría a alimentar el comportamiento de acosadora que me estoy echando a la espalda.

—Hablaré con Quique, a lo mejor él puede convencerlo para vernos —indico.

—Hazlo, seguro que te echa una mano —afirma Helena—. Por lo que me has contado estos días, los amigos de Lucas parecen buenos tíos.

—Sí, son muy majos. —Dejo escapar el aire de los pulmones, aliviada de que se abra un resquicio de esperanza para poder hablar con Lucas—. Joder, menos mal que al menos tú piensas con claridad. Yo en estos momentos no soy capaz de hilar un pensamiento mínimamente coherente. Estoy más espesa que un panal de miel.

—Es normal, cariño. No lo estás pasando bien.

—Helena al rescate. —Río.

—Me gusta que por lo menos no hayas perdido el sentido del humor —señala.

—Es tomármelo con humor o tirarme por un puente.

—Dios mío, mira que eres exagerada. Venga, habla con ese tal Quique y arregla las cosas con Lucas.

—Sí, voy a pedirle el número de teléfono a Lola para hablar con él —digo con energías renovadas y el ánimo, de pronto, por las nubes—. Gracias, Helena. Te quiero mucho. No sé qué haría sin ti —agrego en tono ñoño.

—Y yo a ti también te quiero mucho. Tengo muchas ganas de verte. Te he echado de menos estos días.

—Mañana ya me tienes en Madrid dándote el coñazo otra vez.

—A lo mejor te va tan bien con Lucas que alargas tu estancia en Mallorca.

—Ojalá.

—A por ello.

—Ya te contaré. Un beso.

—Un beso.

Cuelgo con Helena. Inmediatamente, con una impaciencia que me carcome por dentro, busco el número de teléfono de Lola en los contactos y la llamo.

Un tono…, dos…, tres…, cuatro…

Presa de la ansiedad, me mordisqueo el interior del carrillo.

—¿Ya me echas de menos, chata? —pregunta con su acento cordobés.

—Más de lo que te imaginas —respondo—, pero te llamo para pedirte un favor.

—Tú dirás… Soy toda oídos.

—Necesito el teléfono de Quique, quiero hablar con él para que convenza a Lucas de que hable conmigo, aunque sea una última vez. Tengo que verlo antes de regresar a Madrid, Lola. No puedo irme de Mallorca así —digo del tirón.

—Respira, nena, que te va a dar un chungo. —Ríe.

—No te importa, ¿verdad?

—¿Importarme? Ahora mismo te lo paso por wasap.

—Te debo una —aseguro.

—Con que me invites a una cerveza el fin de semana que vaya a Madrid, me doy por satisfecha.

—¡Eso está hecho! Te invito a todas las que quieras.

—Con una está bien, no vayamos a repetir las escenitas de los chupitos.

No puedo aguantar la risa recordando la que montamos aquella tarde en el *skybar* del hotel. Guardo silencio unos segundos antes de decir:

—Lola, me gustaría preguntarte una cosa...

—¿Qué?

—¿Te ha contado Quique algo sobre Lucas? No sé..., cómo está, si se encuentra bien...

—Hablamos algo de camino al aeropuerto, pero nada importante. Me dijo que no lo había visto mucho estos últimos días, que Lucas ha ido del trabajo a casa y de casa al trabajo.

Chasqueo la lengua desalentada.

—Joder, me siento fatal.

—Lara, no te fustigues. No te va a servir de nada. Lo hecho hecho está. Ahora tienes que intentar arreglarlo —me dice.

—Sí... Ya... Eso es lo que voy a hacer... Pero no sé si Lucas está por la labor... El día de la fiesta ni siquiera me dejó explicarme.

—Es lógico que esté enfadado, y también es lógico que no te dejara explicarte. Lo pilló todo de sopetón, en caliente, y en caliente nos cegamos y no pensamos con claridad, pero ya han pasado un par de días, y seguro que con la cabeza fría está más abierto a hablar contigo y a arreglar las cosas.

Inhalo profundamente y suelto el aire de golpe.

—Puede que tengas razón.

—Habla con Quique, sabes cómo es, estoy convencida de que te va a ayudar —dice Lola. Y sus ánimos, al igual que los de Helena, me dan un chute de energía.

—Sí, es un tío majo.

—Dímelo a mí. —Sonrío cuando en el tono de su voz reverbera una nota de picardía—. Cuelga y te paso su teléfono por

wasap para que lo llames cuanto antes.

—Vale.

—Después me lo cuentas todo con pelos y señales, ¿eh?

—Por supuesto.

—Un beso.

—Un beso.

Apenas unos segundos después de colgar con Lola me entra un wasap con el número de Quique. Mientras lo añado a los contactos pienso en ella y en Helena, en que son la puta caña, que son las mejores amigas que se puede tener y que no me las merezco. Lo que están haciendo por mí (simplemente por escucharme se tienen ganado el pase directo al cielo), aunque no tiene precio ni se puede pagar con nada, he de compensárselo con una mariscada como mínimo.

Llamo a Quique sin perder tiempo.

Después de presentarme y tal y tal, accede a intentar convencer a Lucas para que se vea conmigo. Pensaréis que Quique también es la puta caña, y, sí, lo es. Y de regalo me confiesa que nunca lo ha visto tan feliz como estos días que ha pasado junto a mí y que eso merece una conversación. Evidentemente vamos a obviar a todo el mundo que va a interceder por mí ante Lucas. De cara a la galería, todo quedará como el consejo de un buen amigo.

—Eres el mejor. Te adoro —le digo a través del teléfono.

Lo oigo soltar una risilla al otro lado de la línea con algo que parece vergüenza. ¿Quique con vergüenza? Como si no estuviera suficientemente acostumbrado ya a los piropos de las chicas.

Cuelgo y dejo caer el móvil sobre la cama lanzando un suspiro al aire.

—Ahora solo queda esperar…

Lo digo como si fuera fácil.

Capítulo 38

Mato el tiempo haciendo la maleta. Me alegro de no haberla tocado hasta ahora, porque así al menos me mantengo distraída y no caigo en la autocompasión a la que solemos ser tan aficionadas cuando algo nos va mal. Concentrada en jugar al *Tetris* con la ropa, el calzado, los bolsos y el neceser, para que quepa todo en el escaso espacio del que dispongo, las horas pasan con más rapidez.

Siento un pellizco cuando veo la camiseta fucsia que me regaló Lucas el día que pasó lo de la lavadora. Ya sabéis..., lo del orgasmo que tuve con el ciclo de centrifugado. Me da vergüenza recordarlo, pero fue brutal. Tengo que reconocerlo. Es uno de esos recuerdos que perdurarán para siempre en mi memoria, como tinta indeleble bajo la piel, aunque no se lo pueda contar a mis nietos.

Durante el rato que estoy en la habitación, me la pongo, pese a que me queda enorme. Pero huele deliciosamente a Lucas y nada me gusta más que estar envuelta en su aroma, y sentirlo cerca a través de su olor.

Al filo de las siete se obra el milagro y recibo un wasap de Lucas. Os lo juro, por poco no me pongo de rodillas en mitad de la habitación para agradecérselo a la Virgen de Lourdes, aunque el verdadero artífice es Quique.

El corazón se me acelera cuando me pregunta dónde quiero que quedemos. El mensaje es escueto y frío, pero dada la situación no estoy en disposición de quejarme, ni siquiera en silencio. Al menos ha accedido a verme después de la vara que le he dado y, sobre todo, de la mediación de Quique, por supuesto. El mérito es suyo.

Sin esperar, le contesto que si le viene bien a las ocho en la playa en la que celebramos la noche de San Juan. Me responde de inmediato con un simple «sí».

En la hora siguiente me esmero por arreglarme para nuestro encuentro. Quiero estar guapa para él. Me ondulo el pelo, dándole un aire desenfadado, y me pongo el mismo vestido y las mismas sandalias que llevé el día que fuimos a la casa abandonada, la primera que vez que nos besamos, en un intento porque el recuerdo de lo que vivimos aquella maravillosa noche acuda a su memoria y le toque el corazón.

A las ocho menos cuarto salgo del hotel camino de la playa con los nervios a flor de piel. Con lo que soy para la puntualidad, mejor dicho, para la impuntualidad, llego con cinco minutos de adelanto, pero he preferido que sea así. No quiero hacer esperar a Lucas.

Miro al horizonte. El sol de levante lanza un cálido brillo sobre el Mediterráneo. Mientras hago tiempo contemplando el mar y las gaviotas que sobrevuelan la playa, pienso en la noche de San Juan; en los *dimonis*, en el espectáculo de fuego, en la forma de bailar de Lucas, en las risas que nos echamos alrededor de la hoguera y en el deseo que pedí, y que no se ha cumplido. Al final, nada ha salido bien. Como acertadamente dice una de las leyes de Murphy: si algo puede salir mal, saldrá mal. Aunque yo he contribuido a que sea así.

Me acaricio los brazos mientras la brisa, que trae el olor a mar y a salobre, me revuelve el cabello.

Giro la cabeza y echo un vistazo hacia el paseo marítimo. Veo llegar a Lucas a lo lejos, con unos vaqueros ajustados con rotos en las rodillas y una camiseta de manga corta de color azul.

«Dios, ¿cómo puede estar tan bueno?», pienso según avanza hacia donde estoy. Se para delante de mí sin decir nada. Se endereza y me parece más alto que nunca con su casi metro noventa de estatura.

—Gracias por venir —le digo.

—¿Para qué querías verme? —me pregunta sin ni siquiera saludarme.

—Para hablar contigo.

—No tenemos nada de que hablar, Lara —contesta.

Su tono es tajante y frío, y su rostro no muestra ninguna

expresión en particular. Solo la sombra que se esconde detrás de sus ojos azules.

—Lucas, entiendo que estés enfadado, yo en tu lugar también lo estaría, pero tienes que dejar que te explique las cosas...

—Es que no hay nada que explicar. Las cosas están muy claras. Me has engañado. Has estado jugando a dos bandas, conmigo y con ese otro tío —dice con desdén—. Nada de lo que digas puede cambiar lo que has hecho. Nada puede cambiar que me has mentido. Me dijiste que no tenías nada con nadie y resulta que tienes una relación desde hace cinco años con otro hombre. —Lanza al aire un bufido—. No puedo confiar en ti. Lara, no te conozco. No tengo ni puta idea de quién eres en realidad.

—Soy la chica delgaducha y de ojos color miel con la que contabas estrellas en el prado del pueblo. Esa soy —digo.

Lucas niega enérgicamente con la cabeza.

—No. La Lara de ahora está muy lejos de ser aquella chica —afirma con voz dura.

—Vale, reconozco que he hecho mal las cosas, que debería haberte dicho en qué punto sentimental estaba, pero no puedes condenarme solo por un error. Lo siento. No... no puedo decir otra cosa. Estoy arrepentida.

Lucas tiene la mirada fija en mí. En sus ojos no hay rastro de la amabilidad que lo caracteriza. En su lugar hay indignación y un destello de decepción.

—Pero es que el arrepentimiento no cambia las cosas, no cambia lo que has hecho, no borra el dolor —dice masticando las palabras.

«¿Dolor?»

El vocablo golpea mi mente con la contundencia de un martillo. Siento un pinchazo de angustia en el fondo del pecho. Y entonces soy terriblemente consciente de que en algún momento de estos días que he pasado en Mallorca me he convertido en una hija de puta.

—Yo... nunca he querido hacerte daño —digo con la voz temblorosa.

—¡Pero lo has hecho! Me siento como un estúpido, Lara,

como un gilipollas, igual que cuando pillé a mi exnovia poniéndome los cuernos con el payaso ese. —Levanta el brazo y hace un aspaviento con la mano—. ¿Es que me veis cara de idiota?

—¡Esto no es igual! —salto sin poder contenerme, porque, ¡maldita sea!, no quiero que piense que soy como ella.

—Es parecido, solo que aquí el *otro* soy yo —dice remarcando la palabra *otro* y pronunciándola como si le quemara en la lengua —. Tiene guasa el chiste, porque ni siquiera me había enterado. —Se ríe con amargura, con burla—. ¿Vas a contarle a tu jefe, amante o lo que cojones sea, que te has estado follando a un tío los días que has estado aquí? —escupe con rabia.

—Lucas, por favor... —susurro.

Miro al suelo avergonzada mientras intento controlar un sollozo. No puedo decir que no merezca todo lo que me está diciendo, porque he sido una imbécil, pero no soy capaz de seguir escuchándolo. Sus palabras son como agujas clavándose en la carne.

—He tratado de comprenderte, de verdad. —La voz de Lucas suena menos áspera, pero sigue tildada de desdén—. Me he puesto en tu lugar mil veces... Y no alcanzo a entender qué te puede llevar a no decir que tienes una relación con otra persona, excepto por las ganas de liarte con el primer gilipollas que te sale al paso para..., no sé... —se encoge de hombros—, escapar de la rutina, de tu aburrida relación, porque tu vida es una puta mierda...

Levanto la cabeza.

—Lucas, no me he liado contigo por ninguna de esas razones. Me he liado contigo porque me gustas. —Suspiro y guardo silencio unos instantes—. Y no quiero perderte —confieso.

—Eso es muy egoísta por tu parte, ¿no crees? —asevera él, dedicándome una mirada gélida.

Mierda, no doy una. La brisa marina me agita el pelo alrededor de la cara. Me paso las manos por la cabeza y me pongo los mechones detrás de las orejas.

—Joder, mañana regreso a Madrid y... —me lanzo a la desesperada.

—¿Y quieres que te eche un último polvo? ¿El de la

despedida? —me corta con acidez.

Niego lentamente con la cabeza, murmurando en un hilo de voz:

—No, solo quiero arreglar las cosas antes de irme.

—No hay nada que arreglar, Lara —sentencia.

Lo observo unos segundos. Su rostro muestra una indiferencia que me parte el alma.

—Creo que lo mejor es que me vaya —dice rompiendo el silencio y haciendo todo lo posible para no mirarme.

No digo nada.

Pero no quiero que se vaya. Quiero que demos un paseo por la playa cogidos de la mano mientras sonreímos sin ninguna excusa, que hablemos de lo humano y de lo divino en el bar de Antonio y Candelas, que me envuelva en sus brazos; besarnos hasta quedarnos sin aliento, que me descubra alguno de los maravillosos rincones de la isla...

Sin embargo, Lucas da media vuelta, con ese puto porte de príncipe que se gasta, y echa a caminar hacia el paseo marítimo. Sin darme un beso de despedida, sin cruzar un adiós siquiera. Y yo me quedo de pie, inmóvil, sintiendo mucho frío. Un frío que me llega a los huesos, aunque hace calor; con el corazón deshecho en jirones y un vacío que traspasa el alma y que me arrastra más allá de lo físico. Y me dejo caer en él mientras veo entre lágrimas, apretando los labios para ahogar los sollozos que pugnan por salir de mi garganta, cómo se aleja de mí, cómo se me escapa... Irremediablemente.

Y lo veo sin moverme del sitio, sin atreverme casi a respirar. No puedo. Porque si me muevo, si respiro, sentiría que estoy viva, sentiría que existo, y yo en este momento solo quiero morirme, solo quiero desaparecer.

Lo he hecho todo mal desde el principio. Y estas son las consecuencias. Me lo tengo merecido.

Capítulo 39

No pego ojo en toda la santa noche, así que agradezco que el despertador suene a las cinco. Al menos dejaré de llorar. Debo de tener los ojos bonitos después de la paliza que me he pegado.

Me levanto de la cama y, con poco ánimo y unas ojeras de caballo, me ducho y me visto con algo cómodo para el viaje en avión. Unos vaqueros y una camiseta básica de manga corta están bien. No ha amanecido y el cielo permanece engalanado con el negro de la noche al otro lado del cristal de la ventana.

Bajo a recepción con la maleta en la mano, donde la chica que trabaja en el turno de noche me ofrece un café y algo de bollería industrial, ya que el comedor todavía no está abierto a los clientes. Le doy las gracias, pero mi estómago solo admite el café. No me entra nada más. Las emociones me lo han cerrado a cal y canto.

Pido un taxi a través de la aplicación habilitada para ello en el móvil y, mientras lo espero sentada en un cómodo sillón de cuero del vestíbulo, la recepcionista me pregunta cómo han sido mis días en Mallorca.

—Geniales —respondo.

—¿Lo has pasado bien?

—Muy bien. Han sido los mejores días de mi vida —digo, aunque la respuesta va más dirigida a mí misma que a ella. Sí, he llegado a la conclusión de que estos días han sido los más maravillosos de mi vida.

La chica arquea sus finas cejas, ligeramente sorprendida por mi contestación, pero es que si supiera todo lo que he vivido aquí, todas las cosas de las que me he dado cuenta, alucinaría en colores, como estoy alucinando yo.

—Ahí está tu taxi —dice señalando la puerta.

Me levanto del sillón y, tras despedirme de ella, salgo del

hotel. El taxista se baja del coche para abrir el maletero, coge mi equipaje y lo mete dentro.

* * *

Ya en el aeropuerto, me veo asolada por un remolino de emociones que soy incapaz de gestionar. No sé por dónde cogerlas. A la tristeza y la frustración de no haber podido arreglar las cosas con Lucas, y la estupidez de lo que he hecho, se une un sentimiento de soledad que invade cada célula de mi cuerpo.

«¿Cómo he podido ser tan imbécil?», me pregunto reiteradamente.

Me dan ganas de abofetearme. Si le hubiera contado la verdad, las cosas habrían sido muy distintas. Ahora no pensaría que lo he engañado y que soy como la zorra interesada de su exnovia.

En mi caos interior, se me pasa por la cabeza la absurda idea de que a lo mejor viene al aeropuerto para despedirse de mí y decirme que me perdona, que lo ha pensado mejor, que merezco la pena y que empecemos de cero. ¿No es eso lo que ocurre en las pelis románticas? ¿No gira en torno a esa extraña perfección el ideal del amor? ¿Milagros de última hora que hacen que sus protagonistas se reconcilien, coman perdices y vivan felices para siempre?

Pero los minutos transcurren flemáticos sentada en el banco de metal que tan frío se me antoja, y no sucede nada. Nada de nada. Lucas no entra por las enormes puertas de la terminal. No corre hacia mí, me coge en volandas y me da vueltas pidiéndome que no me vaya. Es cuando caigo en lo ingenua que soy y me doy cuenta de que esto no es una película romántica ni de que Lucas y yo somos protagonistas de un guion enrevesadamente escrito por algún escritor que se ha levantado con el pie izquierdo. Solo somos dos personas de carne y hueso, dos personas normales y corrientes en un mundo que a veces es demasiado complicado, en el que las lecciones se aprenden a base de hostias a mano vuelta.

Pensar eso me hace sentir aún más sola, más tonta, más

frustrada.

Y todavía cuando tiro de la maleta para dirigirme a la puerta de embarque, echo un último vistazo por encima del hombro hacia la entrada, por si al escritor que narra nuestra particular novela le ha dado por hacer el milagro.

Pero nada.

Quien mueve los hilos de eso que llaman destino no está de mi parte. Y es que la vida raramente, muy raramente, sale como la hemos planeado, ya lo dije cuando empecé a relataros esta historia.

Me giro con los labios apretados y el alma en los pies y enfilo los pasos hacia el final de mi viaje.

* * *

Desde la ventanilla del avión, el mar Mediterráneo se ve como una enorme sábana azul. Lo contemplo en silencio, moteado de nubes algodonadas que lo salpican aquí y allá.

Apoyo el codo en el reposabrazos y sonrío para mí sin dejar de observar las maravillosas vistas. Me voy cargada de los recuerdos acumulados de días en los que he vivido en una nube. Porque así han sido estos días para mí en Mallorca, y todo por cortesía de Lucas. Se propuso a conciencia hacer de mi viaje a la isla algo inolvidable, y ¡vaya si lo ha conseguido! No voy a poder olvidarlo jamás.

Pienso en Javier. Es extraño, pero su imagen se diluye en mi mente como si perteneciera al pasado y no al presente, como si fuese de otra época de mi vida, como esas imágenes borrosas, casi olvidadas, que de vez en cuando cruzan vagamente por la cabeza, pero que ya no tienen fuerza. Como si nuestra relación fuera algo lejano, muy lejano.

En esta especie de paréntesis en que se han convertido estos días en Mallorca, no me he parado a pensar en el futuro. No me he atrevido. Me pregunto qué va a hacer Javier ahora que regreso a Madrid. ¿Hacia dónde irá lo nuestro? Si es que va hacia alguna parte, pienso con poco optimismo, o si hemos llegado a un callejón sin salida, a un punto muerto.

Estos días han cambiado algunas cosas y otras tantas han quedado al descubierto, como si se les hubiera quitado una espesa capa de polvo y hubieran revelado su brillante presencia.

Lucas me ha mostrado un mundo que hasta ahora no veía o no quería ver, porque estoy llegando a la conclusión de que yo misma me he puesto una venda en los ojos que luego me he negado a quitarme. Dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y yo no he querido ver. Ni siquiera lo que tenía delante de las narices.

* * *

Pero no todo es malo ni puede serlo, y siempre hay luces que brillan mientras te abres camino por el oscuro túnel tratando de encontrar la salida. Una de esas luces es Helena, sin duda. No sabéis lo que me pasa por el cuerpo cuando la veo esperándome en la sala del aeropuerto, mirando atentamente a toda la gente que vamos saliendo por la puerta de embarque. Y es que la vida es mejor con amigas.

Me acerco a ella con cara de tonta y frunzo el ceño.

—¿Qué haces aquí? —pregunto todavía con incredulidad, fundiéndome con ella en un cariñosísimo abrazo.

—No pensarías que iba a dejarte sola, ¿no? —dice.

Nos separamos.

—Supuse que trabajabas.

—Hoy tengo el día libre.

—Y has pensado que qué mejor que madrugar para venir a recibir a tu amiga al aeropuerto —bromeo.

—Pues sí, eso mismo he pensado.

—Qué perra eres, ayer no me dijiste nada cuando hablamos por teléfono. —Sonrío.

—Quería darte una sorpresa —dice Helena—. Pero la perra eres tú, ¿has visto lo morena que estás? —Me mira de arriba abajo—. Joder, Mallorca te ha sentado de puta madre. Estás guapísima. Yo ni siquiera he podido bajar todavía a la piscina comunitaria a tomar un poco el sol —comenta resignada.

—No te preocupes, aún tenemos verano para pillar un bono y tomar el sol hasta acabar calcinadas.

—Los dermatólogos te matarían si te oyeran decir eso. —Helena ríe.

—Ya.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos.

—¿Qué tal estás? —me pregunta rompiendo el silencio.

Alzo los hombros.

—Podría estar peor —contesto a medio camino de esbozar una sonrisa.

Trato de no hacer un drama del tema, no quiero que mi vida se transforme en una telenovela por fascículos, pero los ojos se me humedecen de pronto y empieza a temblarme levemente la barbilla. Helena me mira con ternura al tiempo que me pasa el brazo por la cintura y me estrecha contra sí.

—No te preocupes, todo esto pasará —me anima dándome un beso en el hombro.

Pero en la espiral de pesimismo en la que me encuentro sumergida no apuesto mucho por ello. Estoy hecha polvo.

—Supongo —murmuro tirando del asa de la maleta.

—¿Qué te parece si nos metemos entre pecho y espalda un superdesayuno de esos que nos gustan a nosotras y me lo cuentas todo con detalle?

—¿Un desayuno de esos que llevan mucho chocolate y tienen mil seiscientas calorías?

—Sí, uno de esos que van derechitos a las caderas.

—Pues me parece genial. Las penas con chocolate son menos penas, ¿no?

Salimos del aeropuerto, nos subimos en el primer taxi de los que forman la fila que esperan en la puerta y ponemos rumbo al centro de Madrid. Es temprano aún y la capital no ha terminado de despertarse. Las calles, los transeúntes y el tráfico comienzan a desperezarse de la noche enredados entre los brumosos rayos de sol de mediados de julio.

Capítulo 40

Aprovechando el fresco de las primeras horas del día, nos sentamos en la terraza de una coqueta cafetería de la plaza Mayor.

Mientras los comercios abren sus puertas y los coches zumban en la calzada le relato a Helena mis días en Mallorca, desde que llegué con cara de acelga a la isla, porque no quería alejarme de Madrid ni de Javier, hasta mi última conversación con Lucas en la playa.

—Han sido días geniales —digo—. Nunca me habría imaginado la sorpresa que me tenía reservada el destino. Aunque al final todo se haya estropeado, reencontrarme con Lucas y todo lo que he vivido con él ha sido una puta pasada. Me ha enseñado muchas cosas, todas esas de las que tú me hablas siempre y que yo nunca he querido escuchar.

—Las cosas más increíbles de la vida ocurren cuando menos las esperamos, casi sin querer.

Miro a Helena de soslayo.

—¿Esa frase es de ese maestro indio del que me hablaste? —digo en tono de mofa—. ¿El tal Sai… Sai…? —Lo intento varias veces, pero no me sale el dichoso nombre.

—Sai Baba —termina la frase Helena entre risas—. No, tonta, es mía.

Las dos nos echamos a reír.

—Dime una cosa, Lara: ¿por qué no le contaste a Lucas la verdad desde el principio? —me pregunta retomando el tema.

—Porque tenía miedo —respondo—. Soy una cobarde.

—¿Miedo de qué?

—De que no quisiera estar conmigo por tener una relación con otro hombre. Lucas es el tío más legal que te puedes encontrar, y a mí me gusta desde que soy una niña. Supongo que cuando tuve

delante la oportunidad de estar con él, aunque fuera quince años más tarde, no quise perderla. Y, no sé... —alzo un hombro—, quizá también ha tenido algo que ver el despecho. Al principio tenía la intención de alejarme de Lucas, sabía que lo más inteligente que podía hacer era guardar las distancias, pero la indiferencia de Javier me fue acercando poco a poco a él, aparte de que el cabrón es un puto encanto.

—¿Te has enganchado de Lucas? —Helena tiene un semblante serio.

—Hasta la médula —confieso.

Me inclino hacia atrás y recuesto la espalda en la silla jugueteando con el sobrecito de azúcar vacío que tengo entre los dedos. Con uno de ellos, porque he echado tres en el tazón (que no tacita) del café con leche que me he bebido después de comerme un buen arsenal de bollería industrial. ¿Qué le voy a hacer? Soy de extremos: con las emociones, o se me cierra el estómago o se me abre de par en par.

—No sé si me he vuelto a enamorar de él o nunca he dejado de estarlo —añado—. A pesar de haber pasado quince años sin vernos, es como si lo hubiéramos retomado en el punto en que lo dejamos, ¿sabes? Como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Y no hay posibilidades de que Lucas..., no sé..., recapacite?

Contraigo la boca en una mueca un poco agorera. Hay que ser realista.

—Su exnovia lo engañó y yo he hecho casi lo mismo... No, no creo que esté por la labor de darme otra oportunidad. Lucas ya no confía en mí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Mi cabeza está hecha un verdadero lío. No sé qué va a pasar con Javier y tampoco sé si quiero que pase algo. Me ha decepcionado muchísimo.

Helena da el último sorbo a su café con leche.

—No se puede decir que se haya portado muy bien contigo —afirma.

Ya sabéis que Javier no le cae nada bien, y, para seros franca, empiezo a entender el porqué de su animadversión por él y de que

no se corte un pelo ni pierda ocasión para tildarlo de cabrón. Ella vio desde el principio que apuntaba maneras (maneras de cabrón), algo que yo no era capaz de ver, obnubilada como he estado siempre por su mera presencia.

—No, no se ha portado nada bien —admito—. Me abandonó a mi suerte mandándome a Mallorca y, una vez que me tuvo lejos, no me hizo ni puñetero caso. Empecé a estorbarle.

Reconocerlo y verbalizarlo, aunque sea delante de mi mejor amiga, me duele la vida. Pero continúo, como si quisiera hacer una catarsis. Muchas veces necesitamos sacar lo que tenemos dentro, vomitarlo todo para seguir adelante.

—Su indiferencia ha sido épica. Las pocas ganas de hablar conmigo, de saber de mí o de cómo me iba en el congreso dejan claras muchas cosas… —Suspiro pesadamente—. Soy tan tonta que iba a mandarle un mensaje para decirle a la hora que llegaba a Madrid, por si quería venir a recogerme al aeropuerto, pero luego me di cuenta de que era una soberana gilipollez.

—Reaccionaste a tiempo —dice Helena.

Asiento.

—A veces la única neurona que tengo da señales de que está viva.

—¡Por Dios santo, Lara! —Helena se tapa rápidamente la boca para que el trozo de croissant que está masticando no salga disparado hacia mi cara.

—Es verdad —digo con toda la naturalidad del mundo.

Mi amiga mueve la cabeza, negando con expresión resignada. Ella mejor que nadie sabe que no tengo solución, que no va a hacer carrera de mí.

Me quedo unos segundos en silencio.

—He sido una imbécil, ¿verdad? —le pregunto.

—Todos hemos sido imbéciles alguna vez en la vida —me responde.

Agradezco que Helena no haga leña del árbol caído y evite decirme que mi imbecilidad es de récord.

—Y tú, ¿qué tal estos días? ¿Qué tal con Gustavo? —le pregunto, cambiando de tema. Me vendrá bien hablar de algo que

no sea Javier, Lucas y el modo en que lo he jodido todo.

Capítulo 41

En la soledad del taxi, de regreso a mi piso, me siento desubicada, con la sensación de tener el corazón exprimido, con la sensación de que todo lo que contenía en él se ha quedado en Mallorca. Hasta la última gota de mí.

Madrid se ha vuelto de pronto extraño, incluso insolente. Como si fuera una ciudad en la que no hubiera estado desde hace años o en la que no llevara viviendo una década. No deja de resultarme curioso, porque solo he estado fuera veinte días. Veinte. Pero se me hace raro ver sus calles atestadas de gente pese a ser verano, sus sobrios edificios, incluso los más emblemáticos. Pero no es Madrid, soy yo. Mis horizontes se han ampliado, con lo bueno y lo malo, y ahora siento que esta ciudad ya no es del todo mía. Como si no me perteneciera o yo no perteneciera a ella, como si fuera una desconocida. Y no sé si volverá a ser como antes. Si en algún momento lograré que lo sea. Tal vez solo necesito tiempo para poner los pies de nuevo en la capital y en la Tierra, porque lo que he vivido con Lucas en Mallorca ha sido muy parecido a estar en el paraíso, o a tocarlo, aunque suene cursi. Pero el amor muchas veces lo es.

Me he traído en la maleta esa fea sensación de que hay cosas que no siempre salen como queremos, y Madrid forma parte de una realidad que ahora me resulta ajena. Significa volver al punto de partida y reorganizar el juego para empezar de nuevo.

El vehículo se para frente al bloque en el que está mi piso. Pago la carrera al taxista y ambos nos bajamos del coche. El hombre saca mi equipaje y lo deja a mi lado con una sonrisa de cordialidad. Después del «gracias» que le dispenso, monta de nuevo en el taxi y se va.

Saco el asa retráctil de la maleta y, con una mueca entre

fastidio y frustración, subo a pulso el medio metro de bordillo. Voy refunfuñando por la acera y cagándome en el ingeniero al que se le ha ocurrido hacer bordillos que tienes que subir con escalera cuando veo a Javier salir de su Audi de alta gama y cientos de caballos.

El estómago me da un vuelco. Me quedo muda.

¿Qué cojones hace aquí?

Lleva un traje negro, con una camisa blanca y la corbata verde de seda que le regalé en nuestro primer aniversario. ¡Qué oportuno! Javier se las sabe todas, eso es indiscutible. Sabe qué hacer en cada momento y en todas las circunstancias para llevarte a su terreno y, de paso, al huerto. Es un negociador nato.

Va impoluto, como todo él. Siempre perfecto de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Cierra el coche con el mando a distancia y con los ojos clavados en mi rostro camina hacia mí, alto y elegante como siempre, arreglándose con coquetería el cuello de la camisa. Genial. Lo que me faltaba. Gestos que sabe que me vuelven loca.

—¿Te ayudo? —me pregunta lanzando una mirada a la maleta.

Seguro que me ha visto maniobrar con ella y mi cara de frustración al subir el dichoso bordillo.

—No, puedo sola. Gracias —digo en tono tirante.

—No lo parecía hace un momento —dice con un punto de sarcasmo, desplegando en los labios una de sus seductoras sonrisas.

—Si quieres saber qué tal ha ido el congreso… —comienzo con ironía.

—Me importa una puta mierda cómo ha ido el congreso —me corta.

Él siempre tan directo.

Suspiro. Sé que no ha venido a eso, pero quiero mostrarme indiferente, como se ha mostrado él conmigo los días que he estado en Palma, como si el hecho de que se deshiciera de mí no me hubiera afectado del modo que me afectó, como si la cosa no fuera conmigo.

Me echo el pelo hacia atrás.

—Entonces ¿qué quieres, Javier? —le pregunto sin detenerme.

—Hablar.

Me paro en mitad de la acera como si acabara de chocar con una pared de cristal y lo miro arrojando chispas por los ojos.

—¿Hablar? ¿Ahora quieres hablar?

Joder, últimamente mi vida parece un chiste de humor negro.

—Siento si estos días he estado un poco tenso —dice.

—¿Un poco? —replico con burla.

—Lara, han sido días difíciles para mí —argumenta.

Arqueo las cejas con expresión de incredulidad, o de indignación, o de ambas, y durante unos segundos tengo ganas de despellejarle la cara.

—Bueno, te quitaste un problema de encima mandándome a Mallorca —le escupo.

—Tú nunca has sido un problema —asegura con voz suave, acariciando las palabras al pronunciarlas.

Lo miro unos segundos y niego lentamente con la cabeza. Sin decir nada, tiro de nuevo de la maleta, pero Javier se las apaña para ponerse delante de mí de un par de zancadas e interceptarme el camino.

—He sido un gilipollas —admite—. Sé que he sido un gilipollas. No me he comportado bien contigo estos días, pero... —Resopla—. ¿Por qué no subo y lo hablamos en tu piso?

Su voz conciliadora y esa puta sonrisa de niño bueno que esboza sin despegar los labios comienzan a desarmarme, a abrir fisuras en la coraza que he levantado a mi alrededor y que tenía preparada para cuando me enfrentara a él. Pero tengo que ser fuerte. Sé cómo terminará todo si lo dejo subir al piso. Hablaremos pasando de puntillas por el problema, me hará cuatro carantoñas, me susurrará unas cuantas palabras seductoras y alguna que otra obscenidad al oído y acabaremos en la cama, apareándonos como animales irracionales. Después, él se irá con su mujer y yo me quedaré en casa deshaciendo la maleta, sola, como si no hubiera pasado nada.

—Prefiero hablarlo aquí —digo con firmeza. Al menos no hay

una cama cerca.

Javier me mira durante unos segundos y termina claudicando. Raro en él, acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Vale. El asunto se me fue de las manos. Pensé que Lucía podía enterarse de lo nuestro y el miedo a perderlo todo hizo que no gestionara bien el asunto y que tú terminaras pagando los platos rotos. —Al ver que no digo nada, me pregunta—: ¿No vas a perdonarme? —Y sus labios se mueven para dibujar otra vez esa puñetera sonrisa de niño bueno.

Lo tengo muy mal acostumbrado.

—¡Las cosas no se arreglan así, joder! —exploto—. No puedes hacer lo que te dé la real gana, pasándote todo y a todos por el forro, y luego venir pidiendo perdón y esperar que te perdone como si no hubiera pasado nada. ¡Eso es muy infantil! ¡Muy infantil y muy egoísta!

—Conoces muy bien mis defectos.

—Demasiado.

Javier ladea la cabeza y se acaricia la nuca con la mano.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Dime...

Me encojo de hombros.

—No lo sé —reconozco en un tono que baila entre la confusión y el cansancio, porque es como me siento en este momento: confundida y tremendamente cansada—. Han cambiado muchas cosas...

El rostro de Javier se pone alerta.

—¿Qué cosas? —me pregunta con los ojos entornados.

Dejo escapar un suspiro.

—Ahora no quiero hablar de ello —indico pasándome los dedos por la frente.

Él da un paso hacia delante, erguido en toda su estatura, y me coge el rostro entre las manos. Esas manos grandes de dedos elegantes que tantas veces me han acariciado y me han dado placer.

—Tómate unos días de descanso, ¿vale? No vayas a la agencia. Relájate, duerme... —dice despacio.

«Qué comprensivo. ¡Qué suerte la mía! Supongo que es lo que

tiene acostarse con el jefe», pienso irónicamente.

—Sé que también han sido días duros para ti —sigue hablando—. La forma en que te traté cuando te fuiste y luego la llamada de teléfono...

Lo miro directa a los ojos.

—Has sido un cabrón. —La frase sale de mi boca sin poder frenarla. Un pensamiento al que le he puesto voz.

—Lo sé, y lo siento —se disculpa.

Poso las manos sobre las suyas y, retirándolas de mi cara, se las bajo. No me siento cómoda con el contacto.

—Ya hablaremos —digo sin mucho entusiasmo.

Aferro el asa de la maleta y tiro de ella.

—¿Sabes que estás preciosa? —me susurra al oído cuando paso por su lado. Inesperadamente, me coge de la cintura y me atrae hacia sí, pegándome a él—. Me muero por follarte —declara dedicándome su sonrisa más canalla.

Cierro los ojos al latigazo de placer que me recorre la entrepierna y pienso en lo bien que el muy cabrón juega sus cartas, y es que Javier sabe latín. Latín y hasta sánscrito. Es tan buen estratega para los negocios como para todo lo demás.

—Pueden vernos. —Me separo de él. Debo mostrarme firme ahora o perderé la batalla.

Sin añadir nada más, echo a andar. Mientras busco las llaves en el bolso siento la mirada verde de Javier clavada en mi nuca. Y como suele ocurrir en estos casos, no las encuentro. Maldita sea. Meto la mano una y otra vez, la muevo de un lado a otro, hasta que por fin («¡Milagro!, ¡bendito sea Dios!») doy con ellas en uno de los bolsillos interiores.

Sin volver la vista, abro la puerta y entro en el bloque.

Capítulo 42

Me enrollo la toalla a modo de turbante en la cabeza y salgo del cuarto de baño. Después de la ducha que me acabo de dar me siento tranquila y relajada.

Aunque en un principio pensé que los días libres que me había dicho Javier que me tomara no eran más que una treta para contentarme y que no me tirara a su yugular, reconozco que, lo hiciera por el motivo que lo hiciese, me han venido de perlas. Todavía no estoy preparada para enfrentarme a la rutina, porque todavía no sé qué voy a hacer con mi vida. No tengo ni puta idea.

¿Se puede estar enamorada de dos hombres a la vez? Y voy un poco más allá: ¿se puede estar enamorada de dos hombres a la vez y salir indemne?

Por un lado está Javier, al que por edad se le presupone madurez, pero que solo cuenta con ella a ratos. Un *gentleman*, un tipo sofisticado y elegante con porte y actitud de general. Atractivo a rabiar, siempre con sus trajes de chaqueta impolutos. Un *rompecuellos* de esos que te hacen girar la cabeza involuntariamente cuando te lo cruzas por la calle, que sabe lo que quiere, cómo lo quiere, y va a por ello. Y otra vez me quiere a mí, después de todo…

Por otro lado está Lucas. ¡Joder con Lucas! Ese dios del Olimpo que se ha dignado descender a la Tierra para torturarnos a todas con su aire de príncipe rebelde y con la tabla de lavar que esconde bajo la camiseta, donde podemos frotar las braguitas que nos hace mojar. Inteligente, divertido, noble, audaz, sin tácticas ni artificios; sin dobleces, y con ese punto canalla tan excitante. No os lo creeréis, pero me tiemblan hasta las pestañas solo con evocar en mi cabeza el modo en que me lamía cada centímetro de piel, el modo en que me embestía una vez y otra, hasta casi la

inconsciencia. No sé, pero no debe de ser muy normal que lo desee tanto.

Javier me mantiene en la sombra y Lucas me da luz. Javier me resta y Lucas me suma.

Pero Lucas ya está fuera de mi alcance. Cometí un error al no contarle en qué situación sentimental me encontraba cuando nos vimos después de quince años, al no explicarle que Javier, el segundo en discordia en mi vida, formaba parte de ella desde hacía cinco años. Pero no fui lo bastante valiente para confesárselo y apechugar con las consecuencias. No todas contamos con el coraje de las protagonistas de las novelas románticas, cuyos actos rozan la más excelsa nobleza. Las chicas normales cometemos errores, como lo he hecho yo. Somos totalmente imperfectas.

Ahora solo me quedan los recuerdos que fui coleccionando en mi memoria los días que pasé con él en Mallorca, que guardo como oro en paño, y que es lo único que me hace sonreír, porque estoy bastante apática. Dicen que lo que no se olvida nunca desaparece, y yo no voy a olvidarme de nada de lo que he vivido a su lado ni de lo que me ha enseñado; lo recordaré a propósito. Vale, ni del orgasmo que tuve con la vibración del centrifugado de la lavadora. Eso tampoco lo voy a olvidar. Jamás.

Cambio el albornoz por una bata ligera y cómoda y me meto en el cuarto de baño a secarme el pelo. Entre el ruido del secador me parece oír el móvil.

Sí, es Helena.

—Hola, guapa —la saludo al descolgar.

—Buenas, ¿cómo estás?

—Más o menos. Tengo que contarte una novedad —digo sentándome en el sofá del salón.

Me miro en la puerta acristalada del pequeño balcón de mi piso. Ese espacio superreducido que tengo cutremente amueblado con un par de sillas de la colección «Jardín» de Ikea. Madre mía, tengo los pelos igual que la Bruja Avería.

—¿Sobre Lucas? —se apresura a decir Helena en tono ilusionado.

Será mejor que deje mi pelo en paz.

—No, sobre Javier —contesto, apartando los ojos del reflejo que me devuelve el cristal.

—Ah...

—¿Sabes que me estaba esperando en la puerta de casa cuando volví de desayunar contigo?

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué quería?

—Pedirme perdón y darme una explicación.

—Qué amable —dice Helena con ironía.

—Y de paso echar un caliqueño —añado.

Oigo el sonoro bufido de mi amiga al otro lado del teléfono.

—Cómo no. Le picaba y tenía ganas de meterla en caliente. Es tan típico de él... Tendría que pensar menos en follar y más en que, si no te hubiera hecho lo que te ha hecho, no tendría que pedirte perdón.

—Algo parecido le dije yo. Bueno, lo de pensar menos en follar no. —Sonrío. Hago una pausa antes de volver a hablar—. También le dije que era un infantil y un egoísta.

—¿Y qué te dijo a eso?

—Que conocía muy bien sus defectos.

—Encima el cabrón lo reconoce.

—No se puede negar que no sea honesto.

—Me jodo yo con su honestidad. Lara, ese tío es...

—Lo sé —la corto con suavidad. No la dejo terminar, pero sé lo que va a decir (algo acompañado de un exabrupto o unos cuantos exabruptos a secas), y también sé que tiene razón—. Pero me sigue atrayendo muchísimo. Estuve a punto de caer, Helena —admito, hundiéndome un poco en el sofá, y me odio por ello, me odio por permitirle que siga teniendo ese poder sobre mí—. Hubo un momento en que me pidió que subiéramos al piso para hablar y tuve que tirar de todas mis reservas de fuerza de voluntad para decirle que no. Pero algo ha cambiado...

—¿Qué?

Arrugo la nariz.

—Es... No sé explicarlo. Pero me cogió la cara con las manos

y no me sentí cómoda con el contacto. Parecía como si estuviera traicionando a Lucas. Es extraño…, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque cuando me lie con Lucas no sentía que estuviera traicionando a Javier o siéndole infiel. Sí que pensaba en él, claro, pero no de esa manera…

No me había dado cuenta, pero ahora que lo he verbalizado no deja de sorprenderme.

—Lara… —Mi nombre suena en el tono que Helena utiliza cuando va a decirme algo importante.

—Dime.

Carraspea un par de veces.

—Helena, escupe lo que quieras decirme —la insto.

—¿Te has planteado alguna vez que puede que no estés enamorada de Javier? ¿Y que nunca lo hayas estado? —suelta al fin.

Mi garganta emite un sonido indescriptible, aunque podría ser una mezcla de escepticismo y sorpresa.

—¿Cómo se puede estar con una persona más de cinco años sin estar enamorada de ella? —digo.

—Cinco años y toda la vida —afirma Helena—. ¿Qué te crees? ¿Que todas las parejas que hay por ahí están enamoradas? ¿Que toda la gente que está emparejada ha encontrado al amor de su vida? Hay muchos sentimientos que se confunden con el amor, y luego la costumbre y la comodidad, y en algunos casos el miedo a quedarse solo hacen el resto.

—¿Crees que estoy con Javier porque tengo miedo a quedarme sola? —digo entre sonrisas.

—No, cariño. Si tuvieras miedo a la soledad no estarías con un hombre casado, porque es prácticamente como estar sola, y, si no, que te dé un simple cólico nefrítico en plena madrugada, a ver si lo vas a llamar a él para que te lleve a urgencias.

—*Touchée*.

Tocada y desmontada, así me deja Helena a veces con sus argumentos, tan devastadores como la propia realidad.

—Me acuerdo de lo que me dijiste cuando conociste a Javier.

—¿Ah, sí? —pregunto extrañada.

—Sí, perfectamente. Lo admirabas, porque era un hombre que se había hecho a sí mismo y porque había levantado un pequeño imperio de la nada y, por supuesto, te atraía físicamente. Pero eso es normal, porque Javier es un cabrón, pero está como quiere, a pesar de haber franqueado los cuarenta. Eso lo ve cualquiera que tenga ojos en la cara, incluso yo, y sabes que me cae como el culo. Pero ni la admiración ni la atracción física son amor. Creo que lo veías más como una fan a su ídolo que como una mujer a un hombre.

—Sí..., bueno... —Titubeo rascándome la cabeza—. Es cierto que siempre lo he admirado. Ha llegado a lo más alto viniendo de una familia humilde, pero... Joder, no sé, Helena... —Y por primera vez desde que empecé mi relación con Javier dudo si estoy verdaderamente enamorada de él o no—. Si me paro a analizar las cosas con detenimiento, no es lo mismo que siento por Lucas. Lucas... —Me quedo en silencio. ¿Por qué me cuesta tanto poner palabras a lo que siento por él?—. Lucas es todo. Es *mi* todo. Es el único con capacidad para transformar mis lunes en domingos, de hacer que el mundo y el tiempo se detengan. De sacarme una sonrisa aunque esté triste. Han pasado quince años desde que nos vimos por última vez y sigue siendo él, sigue siendo Lucas, el adolescente que hacía que me ruborizara cuando se acercaba demasiado a mí. Lucas está hecho a mi medida. Ningún otro hombre podría ocupar su lugar. No ahora.

—¿Cuándo has dicho esas cosas de Javier?

Me quedo un momento en silencio, pensando.

—Nunca —respondo.

Al otro lado de la línea, Helena sonríe con aire de conclusión.

—Cariño, ahí tienes la respuesta —dice en tono comprensivo —. Las personas creen que están enamoradas hasta que se enamoran de verdad por primera vez, y entonces se dan cuenta de que antes no lo estaban.

De pronto me siento tremendamente confundida, más de lo que estaba antes de esta conversación, más de lo que lo he estado en cualquier momento de mi vida.

—Joder…, yo… No sé… —Me mordisqueo el labio inferior dubitativa.

—Tienes que empezar a poner en orden las cosas, Lara —dice Helena.

—Sí, creo que sí.

Es lo único que ahora sé a ciencia cierta.

Capítulo 43

Y empiezo a poner en orden las cosas.

—Javier, tengo que hablar contigo —digo cuando me coge el teléfono después de tres tonos.

—¿Pasa algo?

—No quiero hablarlo por teléfono.

Se hacen unos instantes de silencio.

—Está bien. ¿Quieres que nos veamos en el piso? —me pregunta.

Parezco muy negativa hoy, pero no quiero hablar con él en un sitio que me recuerde nuestra relación, y el piso de la calle Serrano ha sido durante estos años atrás nuestro picadero particular, el lugar en el que nos apareábamos sin medida. Prefiero algo más neutral.

—¿Qué te parece la cafetería que hay en la esquina de mi calle? Es un sitio pequeño y discreto. No nos va a ver nadie —sugiero esperando que acepte.

—Vale. Estoy ahí en media hora. ¿Te viene bien?

—Sí.

Cuando cuelgo, me quito el short de algodón y la camiseta de tirantes que me pongo para andar vagueando por casa y me visto con un mono vaquero corto con escote palabra de honor y unas sandalias planas con tiras cruzadas de *strass*. Me cepillo el pelo y lo recojo en una coleta alta. Llevarlo suelto con los casi cuarenta grados que estamos alcanzando en Madrid estos días es poco menos que una tortura. No me maquillo ni me esmero demasiado en prepararme, con un toque de *gloss* en los labios y un pellizco en las mejillas para que salga algo de rubor es más que suficiente.

Aunque la cafetería tiene una terraza muy mona con sombrillas y nebulizadores de agua que ayudan a paliar el

sofocante calor, me meto en el interior. No se me puede olvidar que con Javier siempre hay que cuidar y tener en cuenta las apariencias. No se puede traspasar la línea donde acaba la sombra.

Me siento a una mesita de las del fondo, al lado de las cristaleras, que son mis predilectas, y pido una caña fresquita. Apenas la camarera se aleja, veo a Javier aparcando su Audi negro en un hueco que hay libre al otro lado de la calle.

Lo observo mientras se baja del coche y cruza la calzada, guardándose las llaves en el bolsillo de la chaqueta con esa elegancia innata que posee y que siempre me lleva a pensar que él está en otro nivel, que juega en otra liga, en la liga de los ricos y triunfadores. Tras echar un rápido vistazo a la terraza, entra en la cafetería. Alzo la mano para indicarle dónde estoy. De pie en el umbral, sonríe al verme.

Me mira durante unos segundos antes de sentarse en la silla que hay frente a mí.

—Hola —lo saludo.

—Hola.

Se desabrocha el botón de la chaqueta con una mano y se acomoda en la silla.

—Te lo dije el otro día, pero no puedo resistirme a decírtelo también ahora. No sé qué te ha hecho Mallorca, Lara, pero estás preciosa.

Sonrío con algo de timidez, pero más por lo que le voy a decir que por el piropo en sí.

—Gracias.

Levanta el brazo y hace una señal a la camarera, resuelto como es él.

—Una cerveza negra, por favor —le pide, y especifica una marca alemana que le encanta pero que nunca me acuerdo de su nombre porque me resulta impronunciable.

La chica asiente y Javier se vuelve hacia mí.

—Tú dirás, pequeña.

—No sé muy bien por dónde empezar... —me arranco a decir. Me paso nerviosamente la mano por el cuello—. Javier, han ocurrido muchas cosas durante estos veinte días que he estado en

Mallorca.

La camarera me da una tregua cuando nos trae las consumiciones y las deja encima de la mesa. Cuando se aleja de nuevo ya no hay treguas ni puntos suspensivos a los que agarrarme. Respiro hondo y me lanzo.

—Quiero que lo dejemos.

Lo miro, midiendo su reacción. Javier simplemente arquea las cejas.

—¿Qué tontería es esa de que quieres dejarlo? —dice.

—No es ninguna tontería. —Me mantengo firme.

—Si es por mi comportamiento de estos días...

—No, no. No es por eso —lo corto antes de que siga.

—¿Entonces...?

—Javier, me he dado cuenta de que tú no puedes darme lo que necesito, lo que quiero... —Me sincero.

Y al decirlo siento que me he quitado un enorme peso de encima.

—¿Y qué es lo que necesitas?

—No estar en la sombra y no sentirme como a veces me siento —respondo tajante—. No quiero seguir ocultándome ni tener que verte a escondidas. No poder darte un abrazo o un simple beso cuando me apetezca porque pueden vernos. No poder ir de la mano por la calle... —Lo miro fijamente a los ojos—. Quiero tener la posibilidad de hacer lo que todo el mundo hace con su pareja. Aunque suene cursi, quiero sentirme amada, Javier. Además... —Hago una pausa—. No voy a mentirte... En Mallorca me he encontrado por casualidad con un amigo de la infancia. No fue algo premeditado ni algo que buscara, pero...

—¿Has estado con él? —pregunta serio, mirándome con aire escrutador.

—Sí. —Javier aprieta los labios—. Lo siento. Como te digo, no ha sido nada buscado. Fue mi mejor amigo durante la niñez y después, en la adolescencia, me enamoré de él como una boba. Fue mi primer amor, el primer chico del que me enamoré, y al verlo después de quince años...

—¿Estáis juntos?

Niego con la cabeza.

—No. Cuando se enteró de que tenía una relación con otro hombre se terminó todo —musito con la voz temblorosa.

Pensar que lo que tenía con Lucas ha terminado para siempre me duele. Aunque crea que lo he asumido, no es así. Van a pasar meses hasta que lo haga, o siglos.

—Pero tú te has enamorado de él, ¿verdad? Te has sonrojado —observa Javier.

—Sí... Bueno... —Titubeo turbada. Bajo la mirada al notar que las mejillas me arden—. Siento algo especial... —digo para salir del paso, aunque parece que mi cara ha hablado por mí.

Javier se echa hacia atrás, recostando la espalda en la silla, y respira profundamente, llenando los pulmones.

—No puedo decir que me sorprenda que lo nuestro se acabe —afirma.

Lo miro y compruebo que su expresión no es dura.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

—¿Crees que pensaba que no podía ocurrir algo así? —dice en tono de suave indulgencia—. Sería muy ingenuo por mi parte pensar que estarías toda la vida a mi lado, siendo la ot... —Se calla de golpe.

—*La otra*. —Acabo la frase por él, bajando de nuevo la mirada hasta la caña, de la que todavía no he dado ni un sorbo, y eso que me noto la garganta seca—. Puedes decirlo. Me conoces, y sabes que siempre he tenido muy claro cuál era mi papel en tu vida.

—Has sido muy generosa conmigo, en ese y en otros muchos aspectos, pero es un papel que no te mereces, Lara —asevera.

Alzo la cabeza como un resorte, como si alguien hubiera tirado de ella desde atrás con un hilo invisible. Javier sonríe débilmente, y por primera vez desde que lo conozco no veo delante de mí al hombre arrogante, duro, exigente y acostumbrado a dominar el mundo, sino tan solo a un ser... humano. Sobre todo eso, humano, con toda la compleja naturaleza psicológica que nos envuelve. Porque, para qué negarlo a estas alturas de la película, a veces Javier es tan frío y distante como el frigorífico de la cocina.

—No, no te lo mereces —repite al ver mi cara, que es de

pasmo ante su confesión, y porque no puedo articular la mandíbula para cerrar la boca. Si no fuera porque Javier no anda sobrado de sentido del humor, juraría que me está gastando una broma—. No mereces el miserable papel de amante de un hombre casado, ni mereces que te tenga en la sombra. Alguien como tú merece brillar con luz propia. —Respira profundamente, cogiendo fuerzas, porque le cuesta horrores hablar de sus sentimientos. Lo sé. Lo conozco—. Y aunque lo he sabido todos estos años —prosigue—, he sido demasiado egoísta para dejarte volar, para dejar que hicieras tu vida... sin formar parte de ella. Pero tienes razón, yo no puedo darte lo que necesitas ni pedirte que renuncies a ello.

—No... No esperaba esta reacción, Javier —digo cuando soy capaz de cerrar la boca y hablar. Mi voz suena temblorosa, pero esta vez por el cúmulo de emociones.

Javier coge la cerveza, se la acerca a los labios y da un trago largo.

—Muchas veces peco de inmaduro y de egoísta, ya me conoces..., pero no soy idiota, y sabía que una chica como tú más tarde o más temprano se enamoraría de otro hombre. ¡Joder!, eres inteligente, eres preciosa, eres divertida. ¿Quién no querría estar contigo el resto de su vida?

En su voz grave y medida advierto un leve matiz de frustración, como si en algún momento hubiera querido tener algo más conmigo, pero las circunstancias se lo hubieran impedido.

Se me escapa una sonrisa.

—Gracias —susurro.

Javier se mueve en el asiento, inclinándose un poco hacia delante.

—Me jode, Lara. Me jode mucho, porque te quiero. A mi manera, pero te quiero. —Suspira—. Verte todos los días en la agencia y no poder tocarte va a ser muy difícil —añade.

Aprieto los labios.

—Ya he pensado en eso, Javier —digo.

Él ladea la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué has pensado?

—Es mejor que deje el trabajo. No creo que nos resulte

cómodo a ninguno de los dos vernos todos los días.

—Lara, no tienes que dejar el trabajo. Somos adultos, seguro que podemos llevarlo de alguna manera...

—Lo sé, pero quiero dejarlo —digo firme—. Necesito... —Hago una pequeña pausa, ruedo los ojos y miro a través de la cristalera—. Necesito romper con todo, alejarme de todo lo que me recuerde a ti... —Me ruborizo al darme cuenta de que quizá se me ha ido la lengua más de lo que debería—. Lo siento —me disculpo.

—Lo entiendo, tranquila. Quizá tengas razón, ya he dicho que eres una tía inteligente. Pero puedes trasladarte a otra oficina, así no tendremos que vernos tan a menudo —propone. Niego con la cabeza—. Entonces puedo recomendarte para que trabajes en la empresa de algún amigo. Eres una persona muy competente.

—No, Javier —niego de nuevo—. Sabes que nunca he utilizado nuestra relación para escalar puestos ni obtener beneficios.

—Lo sé, y no quiero ofenderte con mi ofrecimiento.

—Y no lo haces, pero es mejor que vuele sola, que me abra camino por mí misma, para bien o para mal. Quiero conseguir las cosas con mi propio esfuerzo, de acuerdo con mis capacidades.

—Está bien. —Se da por vencido—. Al menos dejarás que escriba una carta de recomendación. No estará de más para encontrar otra cosa.

Sonrío, aunque hay una sombra de melancolía en mis labios.

—Sí, claro —digo.

Javier inclina la cabeza y busca mis ojos.

—Eh, todo te irá bien —me anima.

Me muerdo el interior del carrillo y asiento lentamente con la cabeza. Me he quitado un peso de encima, sí, y todo ha ido mejor de lo que esperaba en un principio; no ha habido gritos, ni reproches ni malas caras, pero es inevitable sentir vértigo, aunque sea un poco, como cuando te asomas a un acantilado y te preguntas qué pasaría si te dejaras caer. ¿Tendrías la sensación de estar volando, aunque solo fuera una fracción de segundo? ¿O te estrellarías antes de darte cuenta siquiera de que estás cayendo?

Javier pasa la mano por encima de la mesa, coge la mía y la

acaricia con el pulgar. Levanto la vista y me quedo mirándolo.

—Siempre vas a poder contar conmigo —dice—. Si las cosas no van como quieres o como las has planeado, dímelo, seguro que podemos hacer algo. —Tanto en su voz como en su expresión hay algo paternal. Al fin y al cabo, hemos compartido cinco años de nuestras vidas.

—Gracias.

En un impulso, me coge la mano y se la lleva a los labios. Tras darme un beso en ella, demorándose en el gesto unos segundos más de lo necesario, susurra:

—Te voy a echar de menos, pequeña.

—Y yo a ti —digo mirándolo a los ojos.

Javier se levanta, saca de la cartera un billete de diez euros y lo deja sobre la mesa para pagar las consumiciones. Acto seguido, ofreciéndome una última sonrisa, se da la vuelta y echa a andar.

Lo veo salir de la cafetería envuelta en una espiral de sentimientos encontrados.

Se acabó. Nuestras vidas se han separado para siempre.

Y no sé por qué pienso en su mujer. Y en mí. También en mí. Pienso que soy un ser humano, no un robot, y como tal cometo errores y me equivoco, y cometeré mil más en mi vida porque no soy perfecta. Pero sobre todo pienso en que le he hecho daño sin proponérmelo, como ocurre a veces. Solo espero que ella y Javier sean muy felices.

Tomo una profunda bocanada de aire y lo expulso sonoramente. ¿Qué siento en este momento? Alivio, vacío, miedo, ansiedad...

Dice la canción de Manolo García que el tiempo nunca es perdido, pero yo tengo la sensación de que me han arrancado de la vida cinco años de un plumazo. No obstante, me afano en pensar que durante este tiempo he aprendido algo, que no ha pasado en vano, o que me he estado preparando para eso que llaman vivir, y que a veces no sé de qué va porque me resulta bastante complicado.

Sonrío con un gesto vago en los labios cuando mi pensamiento vuelve a Javier, que en estos momentos saca el coche

del aparcamiento y se va.

Cuando se lo cuente a Helena no se lo va a creer. Al final no era tan cabrón como pensábamos.

Capítulo 44

Hace un mes desde que volví de Mallorca y me parece que ha transcurrido una eternidad. En serio. También hace un mes que lo dejé con Javier y que me despedí de la agencia, pero no sin antes tener una charlita con Stuart Little, y ya sabéis a lo que me refiero con *charlita*... Lo pillé por banda el día que fui a recoger mis enseres personales, es decir, el día que fui a recoger una botella de agua, un par de barritas energéticas que guardaba en un cajón de la mesa, mi agenda, y el cactus que siempre tenía al lado del ordenador, por eso de que absorben las radiaciones electromagnéticas de la pantalla. No sé si será verdad, pero yo soy mucho de hacer caso de ese tipo de cosas.

Javier tuvo la deferencia de no aparecer por la oficina. Mejor, así pude despacharme a gusto con el *bocachancla* de Gonzalo. Os preguntaréis qué es lo que le dije. Y os respondo que de todo... y más. ¡Creo que llegué a tener un orgasmo del placer que me produjo vomitarle todo lo que me apeteció! ¡Dios, qué gusto! Me metí incluso con esa forma de vestir tan hortera que tiene. Pero empecé diciéndole que dejara de sacar la lengua a pasear cuando no debía y que donde mejor la podía tener era metida en el culo. Que no volviera a acercarse a mí para nada, ni para decirme un simple «hola», y que dejara de preocuparse de con quién me acuesto o con quién no y se preocupara de follar más él sin tener que pagar por ello. Le dije que era un don nadie, un gilipollas, un tonto de baba, y que lo único excitante que había en su vida era cotillear sobre la de los demás, que era como una vieja del visillo, siempre en busca del chisme, pero que conmigo anduviera con los pies firmes, que no le iba a aguantar ni una salida de tono más. Y todo esto inclinada sobre su mesa, con cara de asesina a sueldo y apuntándolo con el dedo índice. Él no dijo nada, ni esta boca es

mía. Al parecer, sin una gota de alcohol en las venas no es tan valiente.

Y cuando terminé cogí la caja de cartón en la que había metido mis cuatro míseros cachivaches y salí de la agencia más ancha que larga, como si acabara de ganar la guerra de los Cien Años. Y es que conmigo hay que tener cuidadito.

En cuanto a Lucas…

Si algo no me puedo quitar de la cabeza es a Lucas. Deshacerme de su recuerdo es misión imposible. Este mes no he hecho otra cosa que pensar en él. Mañana, tarde y noche. Así un día y otro. Él ocupa prácticamente todos mis pensamientos, los consume. Una locura. Una verdadera locura, porque apenas puedo concentrarme en otra cosa que no sea la forma en que me besaba, en la que recorría mi cuerpo con la lengua, centímetro a centímetro, en cómo lo sigo deseando aún en la distancia… ¡Maldita sea, es que a veces me pongo a tono solo recordando lo que me hacía!

Alguna vez de las que he hablado con Lola le he preguntado si Quique le había contado algo de él. Porque tenéis que saber que lo suyo va «viento en popa a toda vela», como dice la «Canción del pirata» de Espronceda. Y es que lo que empezó como una aventura, sin más pretensiones, algo para pasar el rato, los días, se está consolidando poco a poco, a fuego lento. Así, como el que no quiere la cosa, como se hacen las comidas que mejor sabor tienen. Pero lo que Lola me ha dicho no es muy sustancioso. Solo que Lucas está volcado en su trabajo y que no se deja ver mucho el pelo. Aunque ese masoca sentimental que todos llevamos dentro de vez en cuando da señales de vida, levanta la manita para decir: «Hey, estoy aquí», y me obliga a pensar que igual está matando el tiempo follando en un fotomatón con una estudiante alemana que está en Mallorca con una beca Erasmus; o quizá lo está haciendo en la ducha, o en el jardín de una casa abandonada, o contra la lavadora… ¡Son tantas las posibilidades! Incluso podría estar tirándose a dos al mismo tiempo. No sería la primera vez, ya me lo dijo Alejandro. Eso hace que las posibilidades se multipliquen. Y se me revuelven los celos y hasta la bilis, porque todavía se me hace

intolerable imaginarme a Lucas con otra que no sea yo.

Y en esos momentos el mundo se me cae encima de manera estrepitosa. Y lloro hasta que pienso que no me quedan más lágrimas, y berreo y pataleo y grito, y me quiero arrancar el pelo de la cabeza a tirones.

Debería pasar página, o al menos intentarlo, pero creo que todavía estoy en esa etapa en la que me gusta y hasta disfruto regodeándome en mi propio sufrimiento, a modo de autocastigo, recordando detalladamente todo lo que he hecho mal, pensando en todo lo que pudo ser y que, por mi estupidez supina, ya no será.

Es paradójico, y en ocasiones chistoso y hasta con un punto grotesco, el modo en que la vida te enseña las cosas, el modo en que te da lecciones, el modo en que te da esas hostias que te hacen reaccionar de golpe y que te ponen una expresión en la cara igual que cuando te echan un cubo de agua helada. He tenido que reencontrarme con Lucas después de quince años y tener con él un idilio —me niego a catalogarlo como aventura, porque para mí ha sido mucho más—, para darme cuenta de que en el fondo no estaba enamorada de Javier y de que me había olvidado de vivir. Por completo, hipotecando mi libertad por un hombre casado con el que no había ningún futuro. Ni lejano ni cercano. Y si para algo estamos aquí es para vivir la vida. Enteramente. Es nuestra obligación. No quedarnos a medias.

Me había instalado cómodamente en la puñetera zona de confort, pese a que no es tan confortable como su nombre indica, sin ver que el mundo y las oportunidades están al otro lado, fuera de ella; sin permitirme ser la protagonista de mi propia vida. ¿Os acordáis de aquella famosa frase que se acuñó con la mítica serie *Expediente X*? ¿Esa que dice: *«The truth is out there»*, «La verdad está ahí fuera»? Pues algo parecido es lo que yo diría de la dichosita zona de confort. Las oportunidades y la vida están ahí fuera, y la verdad también, porque esa zona maldita solo es una suerte de ilusión óptica, un engaño, una mala pasada del cerebro, que no quiere que vayamos a ese más allá a explorar todas nuestras posibilidades. Que nos atrapa en una telaraña absurda, producto del hábito y de la indolencia, y que solo nos conduce a una

infelicidad crónica a través del conformismo. Y lo peor es que ni siquiera somos conscientes de ello.

Por suerte, Lucas me ha dado un empujón para traspasar esa línea, para cruzar a ese otro lado, aunque ahora no esté conmigo. Pero todo final es un nuevo comienzo, una nueva oportunidad.

Y en esas ando. Empezando un nuevo camino.

Tratando como puedo de poner en orden los asuntos del corazón, echando currículos y haciendo entrevistas de trabajo como cuando terminé la carrera. Parece que mi vida ha retrocedido años, o quizá estoy viviendo lo que me toca vivir, lo que corresponde a mi edad. No sé...

El teléfono suena y salgo de mi ensimismamiento. Pestañeo varias veces y lo cojo.

—¿Qué dice la cordobesa más guapa? —saludo a Lola.

—Hola, Lara.

—Hola.

Algo en su voz me dice que las cosas no van del todo bien, y mi primer pensamiento se va a Quique.

—¿Pasa algo? —me adelanto.

—No sé si debo contártelo... —comienza dubitativa.

—¿Contarme el qué? Ahora no puedes quedarte callada. No seas perra.

—Es Lucas...

Y cuando oigo su nombre el corazón me salta a la garganta.

—¿Qué pasa con Lucas? —pregunto impaciente.

—Los chicos están preocupados por él —responde Lola.

—¿Por qué?

—Porque está muy raro. Apenas sale con ellos. No quiere saber nada del mundo. Lo único que hace es trabajar y tirarse las horas muertas en no sé qué cala. Está hecho una mierda, Lara.

Las palabras de Lola me hacen sentir fatal, porque yo soy la culpable del estado actual de Lucas. «¡Me cago en mi puta vida!»

—¿Y por qué me lo cuentas? Yo no puedo hacer nada. Lucas no quiere verme.

—Por eso he empezado diciéndote que no sabía si debía contártelo.

Resoplo y jugueteo con el boli que tengo en la mano.

—No, tranquila. Has hecho bien, Lola —le digo. No quiero que ella también se sienta mal por mi culpa. Últimamente soy como el caballo de Atila: por donde paso no vuelve a crecer la hierba—. Te juro que me gustaría poder hacer algo, de verdad que sí, pero... no sé el qué —añado llena de frustración.

—¿Por qué no vienes a Palma? —sugiere de pronto.

Arqueo las cejas. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo?

La cabeza me da vueltas.

—Lola, ¿te drogas?

—Alguna vez he fumado un porro, pero...

—¿Para qué voy a ir a Palma? —la corto—. A mí ya no se me ha perdido nada allí —digo.

—Sí, se te ha perdido Lucas —afirma.

—Te repito que no quiere saber nada de mí y que antes de volver a Madrid estuve a un pelo de convertirme en su acosadora particular.

—Olvídate de eso. A lo mejor si hablas con él...

—¿Hablar de qué? —Me encojo de hombros.

—Yo qué sé... De lo que habéis tenido, de lo arrepentida que estás... —Lola guarda silencio un momento y añade—: En serio, Lara. Lucas está jodido. Muy jodido.

Durante una décima de segundo me imagino cogiendo un avión y poniendo rumbo a la isla, pero de inmediato niego para mí.

—No... No es buena idea, Lola. —Suspiro profundamente—. Lo único que conseguiría es empeorar las cosas.

—Podrías aprovechar la visita y verme. Estoy pasando el fin de semana aquí con Quique. —Intenta convencerme por última vez.

* * *

Cuando cuelgo el teléfono no puedo dejar de pensar en Lucas y en todo lo que me ha dicho Lola, y me siento como una puta mierda, como la mismísima caca de WhatsApp, pero sin la sonrisa. Lucas está jodido, yo estoy jodida... ¿Por qué las cosas tienen que

ser así?

Doy un zapatazo al suelo, cabreada conmigo misma.

Y lo peor es que no está en mi mano ayudarlo. Mal que me pese, tengo que respetar su decisión de no querer verme, de no querer saber nada de mí, aunque me cueste la vida.

Apoyo los codos en la mesa, me tapo la cara con las manos y rompo a llorar.

Capítulo 45

Si antes no dejaba de pensar en Lucas, ahora ni os cuento en qué se han convertido mis horas. Esta noche mi cerebro ha sido un hervidero. Parecía que fuera a echar humo de un momento a otro, y me siento tan mal que hasta tengo náuseas. Soy una desgraciadita.

Trato de quitarme de la cabeza la sugerencia de Lola: la de coger un avión y volar hasta Palma.

«No es una buena idea. No es una buena idea», me repito mentalmente como un mantra.

Y no lo es porque Lucas no quiere saber nada de mí.

Bufo y me coloco el pelo detrás de las orejas mientras doy vueltas por el piso, imaginándome cómo sería mi reencuentro con él; cómo reaccionaría, qué me diría, qué le diría yo... Y, aunque me mande merecidamente a paseo, ir a Palma empieza a no parecerme tan descabellado. De hecho, creo que, para quitarme la idea de la cabeza, en este momento sería mejor que me la arrancara, porque de otro modo no me va a salir de ella.

Cojo el móvil de encima de la mesa, lo desbloqueo y llamo a Helena.

—Hola —me saluda.

—Me voy a Palma —le digo de sopetón, porque lo acabo de decidir.

Así, de repente. Sin anestesia ni vaselina. Y hasta yo misma siento un instante de vértigo al pronunciarlo. Pero dentro de mí ha desaparecido de golpe cualquier miedo o duda que pudiera tener sobre nuestra historia. Quiero apostar por ella, por el amor, y estoy decidida a arriesgarlo todo por Lucas. Nadie se merece el riesgo que pueda correr tanto como él. Nadie lo vale tanto.

—¿Qué? ¿Has fumado algo raro, Lara? —pregunta Helena.

—No, estoy en todos mis cabales.

—¿Lo has pensado bien?

—No, pero es que no quiero pensarlo. Lucas está jodido, me lo ha dicho Lola, y no soporto la idea de que sea por mi puñetera culpa. —Sigo haciendo un *tour* por el piso, dando vueltas como una loca de un lado a otro—. El amor es para los valientes, ¿no? Eso es lo que dicen.

—Sí, pero…

No la dejo continuar.

—Pues es hora de que sea valiente, Helena —digo tajante, tanto que ni yo misma me reconozco al hablar—. Quizá por primera vez en mi vida —añado—. Durante cinco años me he refugiado en una relación con un hombre casado y creo que era para no enfrentarme al amor, al de verdad, al que te nace en las tripas. Pero ahora que lo he encontrado o que él me ha encontrado a mí y me ha puesto delante a Lucas, no puedo dejarlo escapar. Me da igual si tengo que ir a Palma mil veces, si tengo que pedirle perdón mil veces, si me rechaza otras mil veces más, pero debo seguir intentándolo, por mí y también por él. Lo que hemos vivido juntos merece demasiado la pena como para dejar que muera sin más sin luchar por ello —afirmo de carrerilla, casi sin coger aire—. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —responde Helena de inmediato como si fuera una obviedad. Después guarda silencio unos instantes—. Dios mío, Lara, no sabes cómo te admiro ahora mismo —dice—. Sigue adelante, ve a Palma y demuéstrale a Lucas que eres una tía cojonuda. Él se lo merece, es uno de los buenos.

—Sí, Lucas es uno de los buenos.

—¿Cuándo te vas?

—No… no lo sé. Joder, tengo que mirar vuelos —tartamudeo nerviosa sin saber para dónde ir. Finalmente, en un arranque de lucidez, me dirijo al salón, donde tengo el portátil abierto encima de la mesa—. Y la maleta… —Me viene a la cabeza—. ¡Mierda!, también tengo que hacer la maleta.

—Cariño, no te agobies. Mira los vuelos y luego te preocupas de la maleta —me dice Helena al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, sí..., ¡que no cunda el pánico! —grito, atacada de los nervios.

Me siento frente al portátil y me pongo a buscar los próximos vuelos a Palma.

—Hay uno dentro de tres horas —le voy relatando a Helena —. Llega a Palma de Mallorca a las cuatro de la tarde.

—Consulta si quedan plazas —me indica, porque yo estoy bastante espesa y hay muchas probabilidades de que meta la pata.

Mientras pulso en el enlace con el ratón, cruzo hasta los dedos de los pies para que los planetas se alineen y quede algún asiento libre. Siempre hay cancelaciones a última hora. Puede que con un poco de suerte...

Los ojos se me iluminan.

—¡Sí! Quedan cinco plazas —grito emocionadísima.

—¡Bien! —exclama Helena, que está tanto o más emocionada que yo.

Rápidamente me apresuro a comprar un billete sin preocuparme de lo que cuesta o de dónde está situado el asiento. Lo único que quiero es coger un avión que me lleve a Palma. Cuanto antes. De repente me han entrado prisas.

—Ya lo tengo —le digo con alivio, sintiendo un cosquilleo en el estómago.

—¿Me paso por tu casa y te ayudo a hacer la maleta?

—¿Tienes que preguntarlo? Por favor —le suplico.

—Vale, estoy ahí en media hora. Tengo la tarde libre y Gustavo ha quedado con unos amigos para ir a jugar al pádel, así que puedo acercarte al aeropuerto.

—¡Mil gracias! Cuando vuelva, recuérdame que levante una estatua en tu honor en la plaza de España. Te la mereces por ser la mejor amiga del mundo —bromeo.

—Siempre he querido tener una estatua en una plaza. —Helena me sigue la broma.

—Pues yo me encargo de ello.

Nos echamos a reír.

—Te veo ahora.

—Hasta ahora.

Cuelgo y me voy corriendo a la habitación. Voy tan rápido que me doy un golpe en el hombro con el marco de la puerta.

—¡Ay! —me quejo llevándome la mano al hombro.

Sin perder tiempo, bajo la maleta de encima del armario, la pongo sobre la cama y la abro. Antes de empezar a meter la ropa, me detengo unos instantes.

—Dios, no me creo lo que voy a hacer… —susurro, y una sonrisilla se me cuela en los labios.

Cuando vuelvo a reaccionar, abro el armario y empiezo a coger prácticamente lo primero que veo. Lo bueno que tiene Mallorca es que hace calor, así que tampoco reflexiono mucho sobre qué llevar. Agarro unas cuantas camisetas y un par de shorts a bulto y los lanzo en la maleta sin ponerle mucho cuidado. Meto tres vestidos fresquitos y dos pares de sandalias. Saco el cajón de la ropa interior y echo mano de unas cuantas bragas y otros tantos sujetadores que dejo caer sin más. Alguien podría decir que me voy para un año, pero mejor que sobre que no que falte.

Helena llega cuando ando en el baño, guardando en un neceser el cepillo de dientes y las cremas faciales.

—Esto es un batiburrillo —dice al ver el chanchullo que hay en el interior de la maleta.

—Sí…, bueno… —me revuelvo el pelo con la mano—, es que no tengo tiempo de colocarlo.

—Yo te lo ordeno mientras tú terminas de coger las cosas que te vas a llevar.

—Te quiero —le digo dándole un beso en la sien, pero sin entretenerme.

—Lara, ¿qué crees que va a pasar? —me pregunta doblando una de las camisetas.

—Seguramente Lucas vuelva a mandarme a paseo —respondo desde el baño—. Pero no quiero dejar de intentarlo. No puedo saber que está mal por mi culpa y no hacer nada. El corazón no me deja.

—Dios, estás colgadísima por él, Lara.

Mi afirmación es un suspiro.

—Sí, estoy más colgada que la mona de Tarzán.

Helena estalla en una risotada.

—Te deseo mucha suerte. Ojalá Lucas te dé una segunda oportunidad.

—Ojalá. —Suspiro.

* * *

De camino al aeropuerto, reservo una habitación en el mismo hotel en el que me hospedé durante el congreso de turismo, en Es Príncep, y llamo a Lola para contarle la buena nueva. No puede evitar soltar un gritito de emoción por el teléfono cuando le digo que dentro de una hora y media cojo un avión para Mallorca. Quique, que anda a su lado haciéndole arrumacos, le dice que me pregunte a qué hora llego.

—A las cuatro —contesto.

—Vale, dice Quique que te vamos a recoger al aeropuerto.

—Genial. Os quiero —digo entusiasmada antes de despedirme.

—Y nosotros a ti —responde Lola.

Cuelgo y vuelvo el rostro hacia Helena.

—Me va a dar algo.

—Tranquila, todo va a salir bien —me dice en tono cómplice, apartando unos instantes los ojos de la carretera—. Respira hondo un par de veces.

Sigo su consejo y hago un par de inhalaciones profundas, llenando la capacidad de mis pulmones.

—¿Mejor? —me pregunta.

Afirmo con la cabeza.

—Sí.

Helena se queda conmigo hasta que no tengo más remedio que entrar por la puerta de embarque. Mientras tiro de la maleta, la miro por encima del hombro y vocalizo la palabra *gracias* dedicándole una sonrisa de agradecimiento. Y la situación o la emoción del momento, que siempre se contagia, nos hace ponernos moñas, porque ella se despide haciendo la forma de un corazón con las manos.

Capítulo 46

Las brillantes aguas azules del Mediterráneo vistas desde el avión me recuerdan a los días de sol, de calas solitarias, de besos y de amor que me unieron a Lucas. Amor, sí. Porque era amor. Grande, extraordinario y desbordante. Solo fueron veinte días, veinte, nada más, pero fueron los más maravillosos de mi vida, y cada uno de ellos sigue encendiéndome el alma y la piel.

Las vistas también traen consigo el dolor que llevo intentando esquivar un mes sin demasiado éxito. Sin ningún éxito, mejor dicho. Todavía no me he acostumbrado a vivir sin Lucas. No soy capaz de llenar con nada el agujero indefinible que noto en el fondo del pecho.

Pero son las dos caras de la moneda cuando se está en la situación en la que me encuentro. Nada ni nadie me asegura que lo que estoy haciendo vaya a funcionar, salvo intentarlo, y ver el resultado. Esto se trata de un ensayo-error con una única alternativa.

* * *

Lola se funde conmigo en un caluroso abrazo al aterrizar en el aeropuerto de Palma de Mallorca.

—Chata, estás más guapa que nunca, ¿cómo coño lo haces? —me piropea, acompañando las palabras con un guiño.

—Mira quién fue hablar —digo. Bajo la voz para que Quique no pueda oírme—. El amor te ha sentado de miedo. Estás espectacular.

Lola sonríe ligeramente ruborizada, incapaz de disimular todo lo que siente por Quique, que es mucho, por lo que veo. Están pillados el uno por el otro como dos adolescentes. Qué bien lo ha

hecho Cupido con ellos. Se ha empleado a fondo.

—Hola —saludo a Quique.

—Hola, guapa —dice él.

Se acerca a mí y me besa en las mejillas.

—¿Qué tal está Lucas? —le pregunto cuando vamos de camino al hotel.

Quique hace una mueca con la boca que veo por el espejo retrovisor.

—No sé, Lara... Está jodido. Está muy jodido. —Oír decir eso al mejor amigo de Lucas hace que se me caiga el alma al suelo—. Alejandro y yo nunca lo hemos visto así. Ni siquiera cuando lo dejó con su exnovia.

Me muerdo los labios.

—Joder, no sabéis lo mal que me siento —digo.

—No te preocupes, cariño —interviene Lola, mirando hacia mí—. A lo mejor todavía tiene solución —me anima.

—El problema de Lucas es que no habla, excepto para decir lo estrictamente necesario. Es frustrante, ¿sabes? —Quique vuelve a tomar la palabra sin apartar los ojos de la carretera, pero echándome vistazos de vez en cuando a través del retrovisor—. Es muy reservado. Si se desahogara con Alejandro y conmigo, si nos contara cómo se siente o qué cojones le pasa por la cabeza, podríamos..., no sé... —se encoge de hombros—, darle un consejo, o hacer que viera las cosas con otra perspectiva. Pero se encierra en sí mismo, se pierde por alguna cala de esas que tanto le gustan y ya. No sabemos nada más de él.

—Quique dice que apenas lo han visto este mes —apunta Lola.

Lanzo al aire un sonoro suspiro.

—Si hubiera sabido que se iba a liar esto por no haberle dicho la verdad, os juro que se lo habría contado absolutamente todo desde el principio, hasta le habría dicho qué tamaño de tampón utilizo —digo poniendo un poco de humor a la conversación.

Lola y Quique ríen y yo me uno a ellos esbozando media sonrisilla.

* * *

Ha llegado el momento de la verdad.

El corazón se me va a salir por la garganta. Late tan fuerte que lo siento repicar en las costillas como un tambor de guerra. Después de dejar la maleta en la habitación del hotel y de tomarnos algo rápido en el *skybar* para ponernos al día, nos dirigimos a cala Pepita, donde la intuición me dice que está Lucas. Es el lugar que ha transformado en refugio, en cobijo para estar solo.

Son algo más de las seis y media y la tarde trae una brisa suave y cálida. El calor ha dado un respiro estos días y el ambiente se muestra agradable.

—Cari, ¿estás seguro de que es aquí? —pregunta Lola a Quique con escepticismo.

Él gira la cara hacia ella y suspira.

—Pues no lo sé. Lucas le dijo a Alejandro que venía a una cala de Manacor —responde.

—Sí, es aquí —intervengo—. Hay una cala llamada Pepita que a Lucas le encanta. Es una playa pequeña y solitaria a la que le gusta venir cuando quiere estar solo.

—Con el coche solo podemos llegar hasta aquí —anuncia Quique, aparcando el vehículo en la misma avenida en la que aparcamos Lucas y yo el día que vinimos.

—Sí, lo sé. Para llegar a la cala tengo que andar como un cuarto de hora por ese sendero que sale por ahí —digo señalando el caminito con el dedo.

—Nosotros nos quedaremos dando una vuelta por aquí, por si..., bueno, por si el encuentro acaba antes de lo esperado —dice Lola, amortiguando con una voz suave el posible desastre que puede sobrevenir al plan que hemos ideado.

Aprieto los labios formando una línea.

—Vale —murmuro.

—Mucha suerte, cariño.

Miro a Lola y después a Quique, que está a la expectativa.

—Gracias —digo.

Abro la puerta del coche y me bajo. Después de cerrarla me estiro con los dedos la falda del vestido verde pastel que llevo puesto, una prenda por lo demás playera, sin brillos ni formas demasiado elaboradas, y echo a andar por el sendero de tierra que sale a mis pies y que, como una metáfora sacada de un cuento de fantasía, me llevará hasta el que estoy segura es el amor de mi vida.

Mientras ando por el camino, me asalta una duda que me encoge el corazón hasta el tamaño de una canica: «Mierda, ¿y si Lucas está con una chica?». Me freno en seco. Recuerdo que me dijo que allí no llevaba a sus conquistas, pero vete tú a saber si no ha cambiado de opinión en este mes... Me siento paralizada por el miedo a encontrarlo cepillándose a alguna guiri o haciéndole carantoñas.

Vuelvo el rostro y echo un vistazo al coche de Quique, que ya solo se aprecia como un punto diminuto de color rojo en el horizonte, y la seguridad que me ha acompañado hasta ahora empieza a diluirse, llenándome de miedos y dudas.

Pero, joder, si he llegado hasta aquí, no puedo recular. Tengo que continuar y que sea lo que Dios quiera.

Trago saliva y aprieto el paso, empujando al fondo de mi cabeza las ganas que tengo de salir corriendo en dirección contraria a la cala.

«Venga, Lara —me animo—. Lo que tenga que pasar que pase cuanto antes.»

Sin pensar mucho en nada, avanzo por el sendero hasta que el perfil de la playa y toda la belleza que la rodea sale al paso de mis ojos. Estiro el cuello como una jirafa sin aminorar la marcha y trato de localizar a Lucas, pero no lo veo.

Se me hace un nudo en el estómago.

Tengo la misma sensación que si estuviera a punto de saltar en paracaídas a cuatro mil metros de altura. La adrenalina y la expectación se mezclan con el miedo a que todo salga mal, a que Lucas ni siquiera me dé la oportunidad de explicarme.

Ando unos metros más sin apartar los ojos de la cala. El corazón me salta en el pecho cuando lo distingo sentado de

espaldas sobre la enorme toalla. Esa que un día compartimos. Una sonrisilla bobalicona se abre en mis labios sin poder reprimirla. Ese es el poder de Lucas: me alegra el día de modo *ipso facto*, como quien enciende un interruptor. Con un solo clic.

Los últimos metros los recorro con las piernas temblándome y con mil ojos puestos en el suelo para no darme un piñazo y acabar en urgencias. No sería muy romántico declararme a Lucas sin la mitad de los dientes y farfullando las palabras. No sería romántico ni estético, aunque desde luego sería memorable.

Antes de llegar me reservo unos instantes para mirarlo y recrearme en las vistas (las vistas son él, porque es difícil concentrarse en otra cosa teniendo a Lucas delante), y aprovecho para descalzarme. Me sudan las manos horriblemente.

Lucas está mirando al frente, contemplando la playa, con las piernas flexionadas y los brazos alrededor de las rodillas. Tiene el torso desnudo y lleva puesto un bañador tipo bóxer azul, como el precioso color de sus ojos.

¡Y está solo! Alabado sea Dios.

—¿Se puede? —digo en voz baja al alcanzarlo con las sandalias en la mano.

El rostro de Lucas se gira lentamente hacia mí con expresión interrogante y sorprendida. Su cara es todo un poema… visual. Si se le hubiera aparecido la Virgen no estaría alucinando tanto.

Capítulo 47

—¿Lara? —Sus preciosos ojos, esos que poseen un azul como el del cielo los días de verano, como el mar en calma, se engrandecen por el asombro.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?

Sus cejas se fruncen con incredulidad, como si pensara estar sufriendo algún tipo de alucinación y no terminara de creerse que estoy a solo unos palmos de él, que si extendiera la mano podría tocarme.

Deja de abrazarse las rodillas y estira las piernas, infinitas y tortuosamente musculadas.

Al verlo de cerca, con sus rasgos perfectos y una incipiente barba de tres días oscureciendo su rostro, me doy cuenta de que mis recuerdos no le han hecho justicia. Ninguna. Es mucho más guapo de lo que recordaba. Los ojos le brillan más que nunca en contraste con la piel bronceada y me miran como si poseyeran luz propia. Dios bendito.

Trago saliva de manera compulsiva y trato de centrarme.

—No pensarías que iba a rendirme tan fácilmente, ¿no? —digo intentando romper el hielo y poniendo todo de mi parte para no babear.

—Nunca lo has hecho —responde él—. Eres la chica más cabezota del mundo.

Ambos sonreímos como dos tontos, igual que si fuéramos unos adolescentes en su primera cita, y a mí me invade un ramalazo de vergüenza, una mezcla de inocencia y emoción (y algo de torpeza), como una niña pequeña delante del niño que le gusta, al igual que cuando tenía diez años.

Debo decir que me alegra que de entrada no quiera echarme a

los perros o mandarme al infierno directamente.

—¿Puedo? —Repito mi pregunta, señalando la toalla.

Lucas asiente con un único movimiento y me hace un hueco, aunque hay toalla para media docena de personas, pero es una seña de invitación, un símbolo más que otra cosa.

Dejo caer las sandalias en la arena, me recojo un poco el vestido y me siento a su lado, eso sí, a una distancia prudencial para no invadir su espacio vital. Es mejor que de momento corra el aire entre nosotros.

Huele a bronceador y a verano. O a Mallorca, porque esta isla posee un olor propio que se impregna en la piel de la gente que vive en ella.

Y aquí estamos los dos. Solos con nuestros sentimientos.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —quiere saber, mirando hacia la playa.

—Me han traído Quique y Lola. Están arriba, esperándome — digo—, por si quieres que me vaya —añado.

No se gira para mirarme y tampoco dice nada. Permanece en silencio mientras sigue observando el mar, el cielo, el infinito, o qué sé yo... Porque no logro descifrar qué es lo que está pasando por su cabeza y eso me exaspera, pero tengo que conservar la calma. No se ganó Zamora en una hora.

—¿Estás tan cabreado conmigo como hace un mes? — pregunto con timidez.

Lucas mueve la cabeza.

—No lo sé —reconoce.

Y ahí se queda.

El zumbido de mi corazón es tan desbocado que me extraña que no lo oiga.

—Lucas, te he decepcionado, soy consciente de ello, pero hay muchas cosas que no sabes...

—¿Qué cosas? —dice mostrándose escéptico—. ¿No me lo contaste todo antes de irte?

—No, me dejé cosas en el tintero.

—¿Como qué?

Carraspeo para aclararme la voz.

—No me lie contigo por despecho, ni porque me fueran mal las cosas con Javier o me hubiera peleado con él…

—¿Ah, no? Me cuesta creerlo.

—Lo hice porque no quería perder la oportunidad de estar contigo. —Tomo aire. «¡Vamos, Lara, tú puedes!»—. Lucas, estoy enamorada de ti desde que era una niña.

Y si la cara al verme antes era un poema visual, la de ahora al girarse hacia mí es digna de un retrato de Picasso.

—¿Enamorada?

Mis labios se ensanchan con una sonrisa suave.

—Sí, enamorada… perdidamente. Tú fuiste el primer chico… Tú fuiste el primer chico del que me enamoré, mi primer amor, y durante toda la adolescencia mi amor platónico. Pensaba en ti todas las noches. Tú querías besarme porque tenías las hormonas enloquecidas y cualquier cosa te hacía pensar en sexo y empalmarte, pero yo quería que me besaras para saber cómo era un beso tuyo; un beso de Lucas, del chico del que estaba enamorada, del chico con el que contaba estrellas.

Él se mueve en el sitio.

—Joder, Lara… —Resopla, y percibo un cierto malestar en él.

—Cuando nos reencontramos y empezaste a tontear conmigo… —me mordisqueo el labio de abajo—, no quería que el no estar contigo me persiguiera toda la vida. No quería arrepentirme de no haberlo hecho. Te juro que pensé que lo nuestro sería una tontería, que se quedaría en un par de polvos… No sé… Joder, hacía media vida que no nos veíamos, ya no éramos unos niños, nos habíamos convertido en dos adultos. Pero cada vez éramos un poquito *más*. Cada vez éramos más amigos, más cómplices y más amantes…, y entonces me di cuenta de que seguía enamorada de ti, como cuando tenía doce años, y la situación me vino grande porque ya había metido la pata hasta el fondo.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Pasábamos los veranos juntos…

—¿Declararme? ¿Estás loco? Era una cría…, y tú les gustabas a todas las niñas del pueblo. ¿Por qué te crees que lancé el rumor de que tenías piojos?

Y por primera vez desde que se enteró de mi relación con Javier y se montó todo este jaleo, Lucas despliega poco a poco una sonrisa en los labios, y me alegra haberlo hecho sonreír. El asunto le está haciendo gracia, y eso es suficiente para relajar el ambiente. Por lo menos de momento.

—Y no me arrepiento —añado tajante—. ¿Te acuerdas de Irene?

—¿Irene? —Hace memoria para ver si el nombre le trae alguna cara—. No.

—Sí, hombre, una niña que llegó nueva al pueblo, rubia y con los ojos azules... Muy guapa. Que siempre llevaba dos trenzas.

—¿De verdad crees que me acuerdo de esa tal Irene?

—Da igual —digo moviendo la mano—. El caso es que le gustabas, y era tan guapa que tenía miedo de que te fijaras en ella, así que para que no se acercara a ti dije que tenías piojos.

—Dios, eras un bicho.

—Sí, pero fue efectivo.

Nos echamos a reír; sin embargo, tras un momento, nos ponemos de nuevo serios.

—¿Sabes lo que más jodido me tiene? —dice Lucas, ya sin rastro de risa.

Ladeo la cabeza.

—¿Qué?

—Imaginarme a otro tío haciéndote lo que yo te hago y que tú le hagas lo que me haces a mí... —Se pasa las dos manos por la cara y resopla—. Te juro que me está volviendo loco —dice con la voz amortiguada por las manos.

Sonrío.

—Lucas, ya no hay nadie —digo con voz comprensiva.

Se descubre el rostro, dejando caer los brazos, y me mira a los ojos, intentando profundizar en ellos para comprender lo que significan mis palabras. Una suerte de alivio impregna sus facciones de príncipe rebelde.

—Lo dejé con Javier cuando regresé a Madrid —añado.

—Pero...

Lo interrumpo. Puesta a sincerarme, lo voy a hacer del todo y

con todas las consecuencias, y aprovechando que he cogido carrerilla, continúo:

—Era una tontería seguir una relación con un hombre del que no estoy enamorada. Durante el tiempo que ha durado creí que lo estaba, pero llegaste tú y… y me hiciste ver que no era así. Estoy enamorada de ti, Lucas, y lo más sorprendente es que me parece que lo he estado siempre. En el fondo he sido una cobarde para el amor, por eso creo que me he escudado detrás de una aventura con un hombre casado. Sabía lo que había, disfrutaba de una de las mejores partes de una relación y no surgían los problemas del día a día con los que se enfrenta una pareja.

—No eres una cobarde. Has venido hasta aquí… Eso es muy valiente.

—Sí, bueno… —Me atuso un poco el pelo con manos nerviosas.

—Tú no te mereces estar con un hombre casado. ¿Hacia dónde te conduce una relación así? —dice, y noto como si se estuviera arrancando cada palabra de las tripas—. No mereces migajas ni sobras de nadie. Joder, Lara, eres la tía más increíble que conozco. Te mereces una historia de amor a tu altura. Con lo bueno y con lo malo. Alguien que te quiera de verdad, no solo un momento, no a ratos, no de vez en cuando, no a veces…

Nuestras miradas se encuentran en lo que me parece un instante mágico y sonreímos cortados, como dos adolescentes que se dicen por primera vez que se gustan. Lucas se rasca la nuca y baja un poco la cabeza.

¿Por qué nos cuesta tanto hablar de nuestros sentimientos? ¿Por qué nos ruborizamos ante ellos? ¿Tal vez por la vulnerabilidad que supone desnudar el alma a la persona que queremos? ¿Porque es un ejercicio demasiado arriesgado? ¿Por no parecer débiles? Con lo saludable que es. Cuántos malentendidos y disgustos nos ahorraríamos si expresáramos lo que sentimos.

—No sé qué merezco o no, pero eso es lo que me has enseñado tú. A salir de la zona de confort, a no conformarme, a ver más allá, y a vivir… —digo.

Lucas se me queda mirando y coge aire.

—Este mes he estado hecho una mierda —confiesa.

—Yo también —susurro sosteniéndole la mirada. Es lo único que puedo decir.

Extiende las manos, me aparta el pelo, que se agita delante de mi rostro por la brisa, y, sujetándome el cuello con suavidad, apoya la frente en la mía.

—Estos días sin ti han sido una puta tortura —musita en mi boca—. Me tienes enganchado hasta la médula.

No puedo evitar sonreír. Los hombres y sus diversas formas de llamar al amor, por el propio miedo que les da el concepto.

—Bonito eufemismo para decir que...

—Sí —me corta—, que estoy enamorado de ti. Que me tienes loco.

Siento que sus palabras se deslizan hasta el epicentro de mi corazón.

Nos miramos, sintiendo en la piel todo el amor que se puede expresar con una mirada, y reímos como dos idiotas.

Sin soltarme, me besa apasionadamente. Con todas las ganas acumuladas en este mes que no hemos estado juntos. Y de nuevo saboreo sus labios. ¡Dios, los labios de Lucas...! Saben a caramelo, a algodón de azúcar, a cielo, y a ese algo parecido a la magia.

Con un movimiento preciso, se gira, me tumba y se coloca encima de mí, sosteniéndose con los bazos.

—Llama a Lola y diles que pueden irse, que vamos a tardar un rato —dice con malicia.

—¿Cuánto? —lo provoco.

—Hasta que me sacie de ti —contesta rozándome los labios con los suyos.

—Los atracones no son buenos —señalo juguetona.

—¿Estás segura?

Lucas me abre las piernas con la rodilla y se acopla entre ellas. Su erección palpita en el interior del bañador, apremiante, imperiosa, insistente...

—Bienvenida —digo sonriendo con lujuria cuando noto su polla en mi vientre.

—¿La has echado de menos? —me pregunta restregándose

contra mi sexo.

Y simplemente ese roce me hace gemir.

—Mucho —me río—, y a ti más.

Con una sonrisa prendida en las comisuras, agacha la cabeza y me besa de nuevo como si el mundo se fuera a terminar esta noche.

—Lucas…, pueden vernos —susurro con la esperanza de que pare, ya que yo no cuento con mucha fuerza de voluntad para detenerme.

—Mmm… —ronronea apretando las caderas más contra mí.

—En serio, pueden vernos —repito.

—Me da igual —dice con un deseo latente en la voz.

—Por Dios, nos van a multar por escándalo público —replico sin poder evitar reírme.

Lucas no me hace ni puto caso y asalta de nuevo mi boca, y mi cordura. Si me queda algún resquicio, se esfuma entre sus labios.

Va bajando por mi cuerpo y dejando pequeños besos en el cuello, la clavícula, el hombro, el pecho derecho…

—Dicen que los lunares muestran las zonas donde más te besaron en tu vida pasada —afirma a ras de mi vientre, depositando tres besos en él.

Levanto un poco la cabeza para mirarlo. Entonces caigo en que me está besando los lunares que tengo en la piel.

—¿Ah, sí? —pregunto en un suspiro, porque el camino que va dibujando sobre mi cuerpo me está enloqueciendo.

—Sí, y estoy comprobando que te besaron en lugares muy interesantes —responde travieso, continuando por los costados, alrededor del ombligo, la ingle, los muslos…

Guau…

Y cuando ha besado cada uno de mis lunares, se incorpora. Con un movimiento ágil, me coge de la muñeca y me pone de pie, y antes de que me dé cuenta me alza en volandas como si no pesara más que lo que pesa una pluma y me carga sobre su hombro cual saco de patatas, y como en un perfecto *déjà vu*, se agacha y rápidamente atrapa la toalla y conmigo a cuestas se dirige hacia

ese socavón horadado en la roca que me resulta tan familiar.

—Dios mío, estás loco... —murmuro entre risas, rendida a él. Con Lucas solo puedes rendirte, antes incluso de empezar la batalla.

Echa la toalla en la arena y, después de dejarme en el suelo con cuidado, acerca su rostro al mío y me roza los labios, pero sin llegar a besarme.

—No sabes lo que me costó dejarte marchar, Lara —me confiesa entre susurros, acariciando cada palabra con la lengua—. No lo sabes... Aquella tarde, medio corazón se me fue contigo. Te miraba y quería abrazarte... Abrazarte muy fuerte, decirte que te quedaras conmigo... —Suspira y su aliento me hace cosquillas en los labios—. Pero estaba enfadado, ofuscado... y muy jodido pensando que otro hombre podía tocarte...

—Lo sé —musito.

—Te he echado de menos —susurra.

—Y yo a ti, pero eso ya lo sabes. —Sonrío y lo miro a los ojos —. Ven, te necesito dentro, Lucas.

Y lo necesito. Más que respirar.

Lo agarro por el elástico del bañador y lo arrastro conmigo hasta la toalla. Me tumbo en ella y él se coloca entre mis muslos. Nos besamos, enredando las lenguas en esa danza húmeda que hace que un escalofrío me recorra entera. Sin mucha ceremonia nos quitamos la ropa, que queda desperdigada a nuestro lado.

—¿Sigues tomándote la píldora? —me pregunta en tono bajo pegado al oído, para no romper la intimidad del momento.

—Sí —contesto.

—No he estado con nadie desde que te fuiste —se adelanta a decir para tranquilizarme y que hacerlo sin preservativo no suponga un problema en el futuro para ninguno de los dos.

—Yo tampoco —le confirmo.

Saber que no ha estado con ninguna tía durante este mes, que no ha follado con ninguna estudiante alemana en un fotomatón, me produce un alivio como pocas cosas en la vida. Quizá porque en un tonto pensamiento romántico pienso que sigue siendo mío.

Lucas agacha la cabeza y me besa profundamente. Apresa mi

labio inferior y tira de él, dejando que resbale entre sus dientes.

«Ufff...»

Cuando separa su boca de la mía, le acaricio la cara con las manos y lo contemplo durante unos instantes con los ojos entornados, como si quisiera aprenderme uno a uno sus rasgos. Lucas me sonríe de esa manera que tiene de sonreír y todo mi ser se derrite por dentro. Joder, ¿cómo puede ser tan especial? ¿Cómo puede volver mágicos todos los momentos?

Lleva la mano izquierda por detrás de mi culo y lo levanta un palmo. Con la derecha se agarra el miembro y, sin dejar de mirarme, tantea la entrada de mi vagina. Creo que va a penetrarme, pero no es así. Lucas empieza a masturbarme con el pene, acariciándome el clítoris arriba y abajo.

—Mmm... —murmuro retorciéndome de placer.

—¿Te gusta?

—Es... —No tengo palabras.

La punta de su miembro resbalando por mi sexo es ya por sí sola una experiencia orgásmica. Cierro los ojos y me dejo envolver por las sensaciones que me produce mientras lleno el aire de pequeños gemidos. Después de un rato, tira de mis caderas hacia él. Abro los párpados y, con la vista fija en mi rostro, me embiste.

—¡Dios...! —exclamo cuando lo siento muy dentro.

Aferrado a mis caderas, Lucas me acerca y me aleja de él rítmicamente, haciendo que las acometidas sean cada vez más fuertes y más rápidas, hasta que el golpeteo de los cuerpos empieza a sonar como el tempo de una canción, rebotando una y otra vez en las paredes de roca.

—Me quedaría toda la vida entre tus piernas, cielo —susurra en tono ronco.

Y no sé por qué, me ruborizo. Tal vez por la sensualidad con la que lo dice o por la intensidad con la que me mira. Sus ojos hoy se ven más azules que nunca, como el cielo despejado de una tarde de verano.

Alza mis nalgas un poco más, al tiempo que también me abre más las piernas y, cuando me penetra de nuevo, roza algo dentro que me produce un tremendo escalofrío de placer. Un extraño

estremecimiento que no había sentido nunca. ¿Es el punto G? Sin que me dé tiempo de pensar la respuesta, Lucas sale y vuelve a entrar, y con este nuevo envite lo roza otra vez.

¡La madre de Dios! Es el punto G, el H, el L, y el W...

—Ahí, Lucas, ahí... Sigue ahí... —le suplico, abandonada al placer que me está produciendo—. Joder, ahí..., ahí...

Y, sin saber cómo, me corro, me voy sin prólogos ni gaitas. Así, sin más, tan intensamente que durante una décima de segundo tengo la sensación de que me voy a hacer añicos, como una figurita de porcelana que se estrella contra el suelo.

Me arqueo, me retuerzo; gimo, jadeo, grito, río, lloriqueo. Todo a la vez. Desbordada.

Me recompongo como puedo y noto que Lucas se va a correr cuando sus dedos se hunden en la carne de mis nalgas hasta hacerme daño. Con tres empujones secos y un gruñido gutural que se arranca de las profundidades de su garganta, se deshace de placer dentro de mí.

Exhausto y con la respiración jadeante, se estira y apoya la cabeza en mi tripa. Me rodea la espalda con los brazos y yo enredo los dedos entre su pelo oscuro.

—Mi Lara... —Suspira, conteniendo el mundo en cada letra de mi nombre.

—Mi Lucas...

Y no hay nada más que hablar, nada más que decir, únicamente nuestros nombres suspirados, que lo abarcan y lo involucran todo, incluso miles de «te quiero». Solo tenemos que dejar que se expresen las emociones: los suspiros, los rubores, las miradas, las sonrisas, las caricias, los besos dados al azar, los susurros en los silencios... Porque lo nuestro va más allá de las palabras. Mucho más allá.

Ya no hay «porqués», ya no hay «peros» entre nosotros. Ya no hay nada. Solo él y yo, y esa casualidad que cargó el diablo para reencontrarnos, como dicen Helena y Quique. Es curioso, si te paras a pensarlo, cómo las casualidades hacen el destino.

Epílogo

Hace algo más de dos años de aquella tarde en la que Lucas y yo nos dimos cuenta de que sería difícil vivir el uno sin el otro y de que lo mejor que podíamos hacer era dejarlo todo atrás y seguir contando estrellas juntos. Aunque es muy cursi, y más a nuestra edad, todavía lo hacemos de vez en cuando. No terminamos de desprendernos de esa parte adolescente que rige nuestra relación, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Pero..., chisss..., que quede entre nosotros.

Quizá Lola tenía razón y estábamos destinados a encontrarnos y a retomar las cosas en el punto en que lo habíamos dejado. Yo cada día tengo más claro que sí, que lo nuestro formaba parte de algún plan cósmico o algo de eso, como si hubieran escrito la historia de esta manera exclusivamente para nosotros. Tal vez después de todo hay algo de verdad en las creencias sobre el modo, a veces inexplicable, que tiene de operar el destino.

Pero mejor continúo con el relato...

Lucas quería pedir el traslado a Madrid —la empresa en la que trabaja tiene una filial allí—, pero yo preferí coger las maletas y venirme a Mallorca. Total, estaba en paro por aquel entonces y no tenía mucho que sacrificar ni que perder. Aunque me costó sangre, sudor y lágrimas despedirme de Helena.

A las tres semanas encontré un trabajo como guía turística y estoy genial. Palma de Mallorca es una ciudad maravillosa, llena de matices y con miles de rincones por descubrir. Yo se los descubro a los turistas igual que Lucas me los descubre a mí. Porque esta preciosa isla se ha convertido en mi sitio preferido del mundo, por todo lo que he vivido en ella, por todo lo que me ha dado y porque hizo que me reencontrara con Lucas, que me enseñó de qué va esto de vivir.

Durante algunos meses estuvimos viviendo en su piso, ese que estaba frente al mar y que ofrecía unas preciosas vistas al Mediterráneo, pero cuando me puse a traer todas mis cosas de Madrid, se nos quedó pequeño no, lo siguiente tampoco, lo siguiente. Yo ocupo por tres, lo admito, pero los aparatos de gimnasio que Lucas tenía en el salón no contribuían demasiado a eso de crear espacio, ni siquiera utilizando los métodos infalibles de Marie Kondo. No había manera, ni humana ni divina. Creo que alguno de mis sujetadores acabó tendido en el manillar de la bicicleta estática para que se secara.

En consecuencia, nos decidimos a buscar algo un poco más amplio. A Lucas se le ocurrió un buen día pasarse por el ayuntamiento y preguntar por la casa abandonada en la que nos liamos por primera vez. ¿Os acordáis? Aquella del jardincito, del columpio, de la valla caída en la entrada, del estanque con el agua acumulada de la lluvia, de malas hierbas por todas partes... Para sorpresa nuestra, estaba relativamente tirada de precio. Se pagaba por el terreno, más que nada. Según le contó a Lucas el funcionario que estaba a cargo de la venta, el ayuntamiento quería deshacerse de ella porque, aunque a nosotros nos parecía encantadora, no daba buena impresión ver una casa que se estaba cayendo a pedazos. La estética por delante, por supuesto.

Después de meditarlo mucho, de algún que otro quebradero de cabeza y de hacer centenares..., ¿qué digo?..., miles de cuentas, números y cálculos durante días y alguna noche, la compramos con los ahorros que teníamos y pedimos un crédito para remodelarla. Eso sí que nos está costando un ojo de la cara y la córnea del otro; la dichosa remodelación. Pero es una de esas cosas que estamos seguros de que merecen el sacrificio que estamos haciendo, a pesar de que alguno de los dos terminemos vendiendo un riñón en el mercado negro.

Lo primero que hicimos fue habilitar una parte para poder vivir. Lo justo para que no nos cagara encima una paloma mientras dormíamos. Nos lo hicieron unos conocidos de Quique que eran albañiles, por lo que abaratamos costes. Del resto de los arreglos necesarios —que son unos cuantos— nos estamos encargando

Lucas y yo por nuestra cuenta y orden. Muestra de ello son los bonitos callos que me han salido en las palmas de las manos. Todo muy glamuroso, como veis, muy de cuento de hadas. Y, sin embargo, todo lo que estamos haciendo nos une un poco más, como pareja, como amigos, como cómplices y como amantes…

Entre apaño y apaño, no voy a decir que Lucas no me coge y me empotra contra la pared, porque os estaría mintiendo. Claro que tenemos que asegurarnos de que dicha pared resista el envite y no se nos caiga encima, porque las embestidas de Lucas son de órdago. Qué os voy a decir a estas alturas que no sepáis ya.

En esta trepidante aventura en la que nos hemos embarcado, con alguna que otra dosis de inconsciencia, todo hay que decirlo, y que a veces nos introduce de lleno en los escenarios de aquella comedia con Tom Hanks como protagonista, *Esta casa es una ruina* (literalmente), estamos contando con la inestimable y muy agradecida ayuda de los amigos. De Quique, de Alejandro, de Lola, que se ha bajado de sus altísimos *stilettos* para calzarse unas zapatillas y mancharse las manos de pintura. Dios, ¿qué haríamos sin ellos? Incluso de Helena y Gustavo, que se han animado a venir algunos fines de semana a echarnos una mano. No os podéis imaginar las risas que nos echamos mientras nos bebemos unas cervezas sentados en cajas de madera, botes de pintura o el mismísimo suelo. Esos momentos no tienen precio. De verdad. No lo tienen. Y no los cambiaría por nada.

Os preguntaréis si Lucas y yo estamos pensando en casarnos, y la respuesta es sí. El próximo año, cuando terminemos con la obra de la casa. Será aquí, en Palma, en la playa donde pedí aquel deseo la noche de San Juan y que al final terminó cumpliéndose: todo ha salido bien. La celebraremos bajo el cielo de tonos escarlata difuminados del atardecer, con el mar Mediterráneo como telón de fondo. Después vendrán los hijos, Lucas quiere tener familia numerosa. Más bien pretende que formemos nosotros solitos un equipo de fútbol, pero yo creo que con dos tenemos suficiente.

Y aquí seguimos, queriéndonos, comprendiéndonos, apoyándonos… También discutiendo, claro, y reconciliándonos. En

definitiva, viviendo, como hacéis vosotros, como hacen vuestros amigos y amigas, como todo el mundo, ¿no?

Referencias a las canciones

Torn, Atlantic Records, ℗ 2020 Artist Partner Group, Inc., interpretada por Ava Max.

No Roots, ℗ 2017 Mamá + Pop, interpretada por Alice Merton.

Sea, Sex and Sun, ℗ 2011 Mercury Music Group, interpretada por Serge Gainsbourg.

Nunca el tiempo es perdido, ℗ 2004 BMG Music Spain, S. A, interpretada por Manolo García.

Mónica Martín Manso (Segovia, 1980) se diplomó en Ciencias Empresariales en la Universidad de Salamanca. Empezó su andadura literaria autopublicándose en Amazon. Con una pluma versátil e inagotable, tiene varias novelas publicadas en distintos géneros. *El chico con el que contaba estrellas* es su debut en la novela romántica.

Ha vivido en varias ciudades. Apasionada de la lectura, se define como contadora de historias y escritora compulsiva.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Instagram: https://www.instagram.com/monicammanso/

Facebook: https://es-la.facebook.com/monica.martinmanso

El chico con el que contaba estrellas
Mónica Martín Manso

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-08-25525-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!